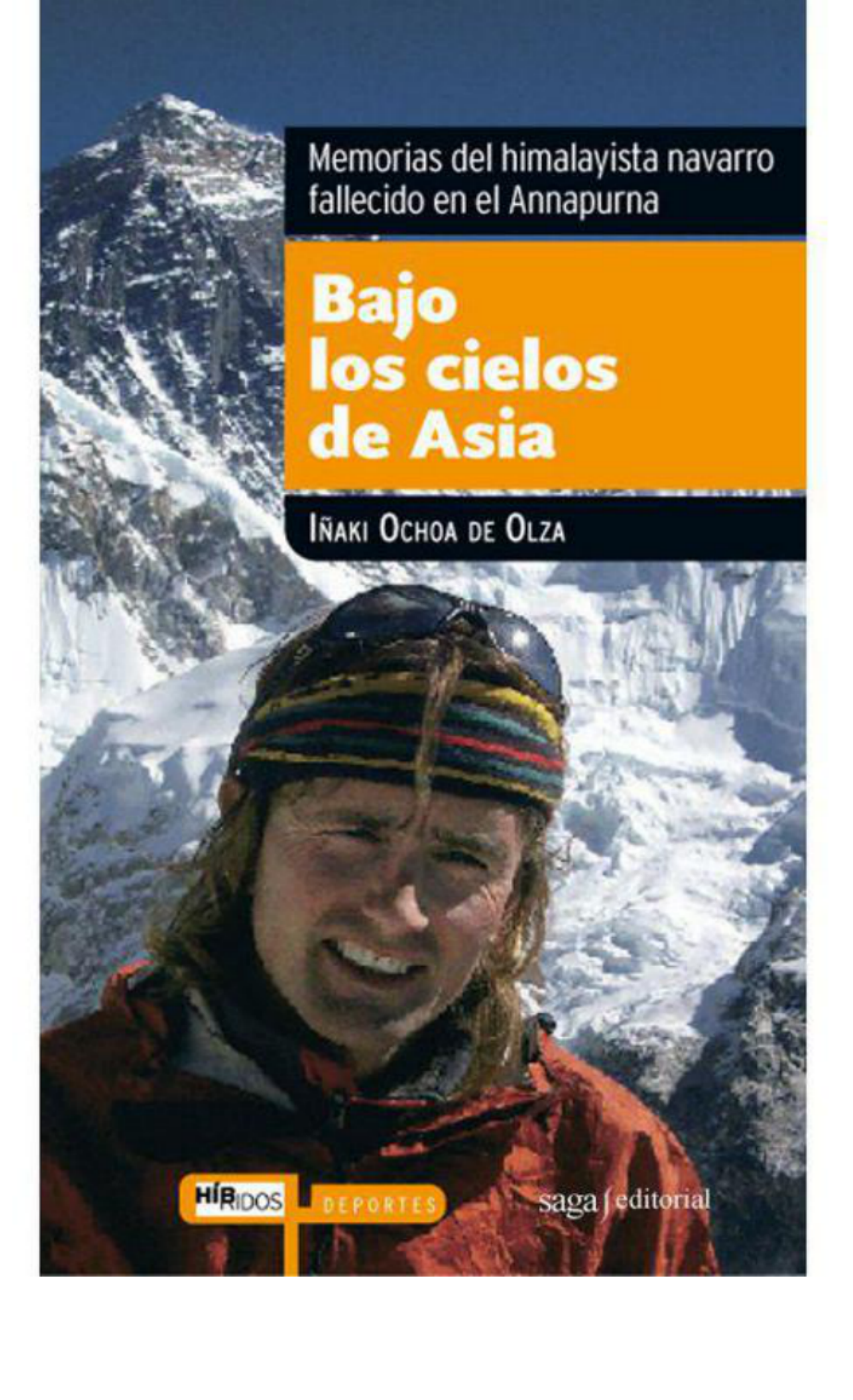

Memorias del himalayista navarro fallecido en el Annapurna
Bajo los cielos de Asia
Iñaki Ochoa de Olza
HÍBRIDOS
DEPORTES
saga editorial

Bajo
los cielos
de Asia

ISBN: 978-84-938750-6-0

www.sagaeditorial.com

Memorias del himalayista navarro fallecido en el Annapurna

Bajo
los cielos
de Asia

Iñaki Ochoa de Olza

PRÓLOGO

Por donde entra la luz

Conocí a Iñaki en marzo de 1997, cuando trabajaba en la sección de deportes de un periódico de Pamplona.

—Acaban de llegar unos montañeros a los que va a patrocinar el periódico. Tienes que enterarte de todo sobre la expedición y hacerles unas pequeñas entrevistas. Va una página. Para mañana.

En la sala de visitas del periódico, hay dos matas de pelo sentadas. Se presentan. La mata rubia se llama Iñaki Ochoa de Olza, la mata negra se llama Carlos Pauner. En una hora me he enterado de que en realidad eso que mi jefe y sin embargo amigo ha llamado patrocinio no pasa de ser una ayuda de cuatro pesetas, o cinco como mucho, a cambio de que Iñaki escriba un artículo para el periódico una vez por semana desde el campo base del Kangchenjunga. También me ha dado tiempo a enterarme de que con ellos van Mikel Zabalza, Julián Beraza y Xabi Guembe, "que son igual de buenos e igual de guapos que nosotros". De que han escogido la dura ruta británica abierta en 1979 por Doug Scott y compañía. Y de que, como son cuatro navarros y un jacetano medio navarro que además se sienten "medio nepalíes, medio indios, medio paquistaníes", para que "nos retiremos de allá van a tener que sacarnos a hostias".

Después de casi siete años haciendo entrevistas, tras hablar con Iñaki –Carlos es algo menos locuaz, lo que resulta fácil– por vez primera termino con la sensación de que he topado con un buscavidas. Me encantan los buscavidas. Cuanto más graciosos e inteligentes, mejor. Tenía un nuevo amigo, aunque entonces no lo sabía. Cuando le conté que justo el día anterior había terminado de leer *El Escalador del Himalaya*, de Doug Scott, creo que le impresioné. Pura chiripa. En realidad iba buscando *Everest solo,* de Reinhold Messner, pero estaba agotado. También me encantan las historias de tíos y tías que sufren helados como perros mientras me desperezo caliente en el sofá. La vida en una sección de deportes ya es dura de por sí.

Once años después, a la una menos cuarto de un domingo de mayo de 2008, Iñaki ya no está en el Kangchenjunga y yo ya no trabajo en el periódico, aunque hago como que escribo, y cinco días a la semana envío unas líneas que tienen la amabilidad de publicar a cambio de un *patrocinio*. ¡La vida perfecta! ¡Ya somos dos los *patrocinados*! ¡Hasta nos ha llegado para comprar entradas para ir con nuestras santas al concierto que Dylan va a dar en un mes en Pamplona! Pero él está aún en el campo V de la arista este de la cara sur del Annapurna y yo estoy en casa, escuchando al viejo Bob.

… *to be on your own, with a no direction to go, like a complete unknown, like a rolling stone*.

Esta versión del 84 en Madrid está bastante bien, tendré que grabársela para cuando vuelva. ¡Bip, bip, bip! En la pantalla del móvil se lee *Iñaki*. Cuando se lee *Iñaki móvil* es que anda por aquí. Cuando se lee sólo *Iñaki* es que anda por allá. Es como tener un amigo transportista. Muy divertido.

—¿Qué tal? ¿Dónde paras?

—Fsssss, a siete ochocientos. Aggg, de puta madre. Paliza, pero bien.

—¿Y? –contraseña para que vea que le he entendido y que siga contando sin gastar mucha pasta.

—Arrrffffssss, Alexey y yo hemos *fijao* 150 metros de cuerda para abajo. Bien, fssssss, si hay nieve igual está decente el paso cabrón. No sé.

—¿Y Horia?

—Aggggssss, más justo, pero fuerte también. Bien, muy bien.

—¿Y mañana?

—Hoy a vuestras doce de la noche para arriba y en unas siete horas, arrrrfffffs, por la cima.

—¿El sitio?

—Impresionante, uffffff. Jorge, impresionante. Ajufffs, ajufffs. ¿Y el puto Osasuna? ¿Se salva?

—Juega luego, en un rato. Va, venga, hablamos mañana. Disfrutad.

—Va socio. Fsssss, hablamos. Abrazo. Arrffsssss.

Cinco días después estoy sentado en una sala de visitas del otro periódico que se publica en Pamplona, uno de los patrocinadores de la expedición junto con la empresa textil de montaña Lorpen. Nos hemos reunido varios allegados de Iñaki. Entre otros, Cristina Orofino, su ex mujer y mejor amiga; Koldo Aldaz, que le llamó para debutar en la norte del Kangchenjunga en 1990; Juan Tomás, con el que subió el GI en 1996; Koldo Martínez, el médico que ayuda a mandar instrucciones hasta el campo base del Annapurna; y Josetxo Imbuluzqueta, el periodista que tan bien le conoce. Todos miramos atentamente la mano de Pablo, uno de los tres hermanos de Iñaki, que habla por teléfono con el campo base, mientras escribe lo que nuestros ojos nunca hubiesen querido leer: R.I.P.

Son las nueve menos cuarto de la mañana del 23 de mayo de 2008, las 12 y media del mediodía en Nepal. En las 120 horas que median con nuestra conversación telefónica, a Iñaki le ha dado tiempo para intentar la cima del Annapurna, darse la vuelta en el “paso cabrón”, bajar a 7.400 metros, llamar a su familia y amigos, sufrir un derrame cerebral casi letal y darnos a todos por igual la oportunidad de demostrarle durante cuatro días a él, y sólo a él, lo mucho que le queremos. Y no sólo por ser un buscavidas gracioso, inteligente, sensible y austero, sino por haberse convertido desde hace mucho tiempo en nuestro enviado especial a los sueños.

Éste es el libro que Iñaki dejó escrito antes de que catorce héroes con las seis letras despreciasen su propia vida para ir en busca del hombre que ni bebía, ni fumaba, ni comía carne y que a pesar de eso era nuestro amigo, unos días de mayo de 2008 que no olvidaremos mientras haya ríos. En busca del hombre que fue cámara de televisión, guía comercial, articulista, conferenciante, profesor de escalada, himalayista de elite y de pueblo, hijo, hermano, amante amigo y amante a secas. Lo escribió como era él, sin importarle nada qué opinaran otros que no fuesen su familia o amigos. Y eso, que se nota, engrandece al libro.

Cuando lo terminó de escribir, escogió la cumbre en el K2 de 2004 como punto y final del relato a su dilatada trayectoria en el Himalaya, un punto y final que no era sino un punto y seguido en el camino que había escogido desde que su padre lo llevó por vez primera al monte y su madre le decía que no se separase del grupo. Cuando me comentó que le gustaría que escribiera el prólogo, ni en el más loco de sus sueños hubiese imaginado que, sin haber sido impreso aún, la sola mención de su nombre evocaría para muchas personas buena parte de lo mejor de lo que es capaz el ser humano.

No tener cerca a Iñaki es una desgracia perpetua, haberlo tenido, un regalo eterno.

Éste es su libro. No soy quien para decirles que es espléndido, pero, por una vez, lo haré: es espléndido. Si una autobiografía tiene como objetivo que el lector se haga una idea de cómo es el autor y su forma de mirar el mundo, el objetivo está cumplido y los miles de libros que Iñaki leyó no habrán sido en vano.

En nombre de su excepcional familia y de la extensa lista de amigos de los que sólo soy uno más, disfruten. Cuando, en 1997, Iñaki escribía desde el Kangchenjunga los folios que un *runner* –sherpa que lleva el correo– bajaba al valle para encontrarse con otro *runner* que los transportaba hasta el fax desde el que se enviaban al periódico, unos cuantos esperábamos aquellas líneas con auténtica impaciencia y devoción. Aquella mata rubia sabía escribir. El libro que tienen en sus manos lo demuestra con creces.

Lyo Ghelo, socio, los dioses han vencido.

Como dice el viejo Bob, incluso para estar fuera de la ley hay que ser honesto.

Como dice el viejo Leonard, hay una grieta en todo, por ahí es por donde entra la luz.

Hablamos. Abrazo.

Jorge Nagore Frauca

Mejor vivir un día como un tigre
que cien años como un cordero.
Ni cien edades de los dioses serían suficientes
para describirte todas las bellezas
de Los Himalayas.

Proverbios sánscritos

A mi familia,
a Cristina Orofino
y a todos los que aman las montañas.

Empecé a escalar ochomiles cuando todavía era joven, 22 años, dirigiéndome en aquella ocasión al Kangchenjunga. Qué insensatez de juventud, y qué placer recordar aquellos tres meses, que han marcado mis pasos más que 19 años de estudios anteriores...

Desde entonces, han sido ya más de 20 expediciones. Algunas veces he estado trabajando como guía de montaña o como cámara de altura, otras veces he tenido patrocinadores y en otras ocasiones me lo he pagado con mis ahorros.

Es una opción, un camino en la vida, y como toda elección, supone dejar otras cosas atrás. Pero nunca me he arrepentido, y siempre he vuelto a casa contento, a recobrar nuevas energías, y partir una vez más, como decía Doug Scott "atado al mástil como Ulises, buscando esas islas que brillan en el cielo con luz propia".

Pues nada más y nada menos que eso son los ochomiles.

Iñaki Ochoa de Olza

INTRODUCCIÓN

De montañas y de sueños

El coche de mi padre, un 1.430 *familiar*, empezó a echar humo con tal generosidad y profusión que a mi progenitor no le quedó más remedio que orillarse humildemente a un lado de la estrecha carretera, con una lentitud desacostumbrada en su conducir. La ruta, la misma que habíamos recorrido unas horas antes, muy de mañana, describía mil y una curvas en su salida del Valle del Roncal, en el extremo noreste de Navarra. Habíamos pasado un largo día en las montañas y yo había aprendido al menos dos cosas importantes durante la jornada. En primer lugar, arriba, en las montañas, me había dado cuenta de que a veces no existe otra solución que dejarte guiar por tu olfato e intuición. Ahora con esta avería comprendía que abajo, en la llanura, no queda más remedio que aceptar como vienen las cosas que ya no podemos cambiar. Todas esas cosas que se convierten en pasado en el mismo momento en que nos damos cuenta de que ya están aquí. Y a partir de ahí es cuando toca pelear por transformarlas.

Nos bajamos a la vez, apartando el humo con las manos.

Nunca he tenido ni la más remota idea de qué son todos esos cacharros que rellenan el interior de los coches. Si abro el capó sólo sé distinguir la batería y el invento de plástico donde se echa el agua que va a parar después a los limpiaparabrisas. Aquel día yo sólo tenía diez años, pero creía recordar que no era la primera vez que la correa del ventilador se rompía. Sabía que en ese momento sucedía precisamente eso, que el coche se ponía a hervir y entonces no había manera de continuar. ¿Por qué tienen los coches ventilador? ¿Y por qué necesita éste una correa? En el colegio nadie me había hablado de ello, sólo nos enseñaban cosas importantes, como los conjuntos disjuntos, las ecuaciones y la fórmula del ácido sulfúrico.

Olía a chamusquina. Me asusté de nuevo, igual que antes en el monte. Siempre he sido algo cobarde.

La luz era de veras mágica. Supongo que la luz de la tarde de otoño es así en cualquier parte. Quizá sea verdad que ningún amor deja tanta huella como el primero, pero estoy seguro de que no hay montaña tan hermosa en tu memoria como aquella que te hizo ver que el mundo no es redondo como te enseñaban en esa misma escuela, sino infinito y eterno y hay que salir a cubrirlo de besos y abrazarlo. En el valle de Belagua la luz era sin duda hermosa, aunque no digo que fuera más hermosa que otras luces, en otros lugares. Mi padre no estaba de humor para apreciarla porque era ya tarde y se había quedado con uno de sus hijos tirado en la carretera. No pasaba nadie. Él es un hombre de complexión atlética, enérgico y de carácter fuerte, a quien los obstáculos sólo animan todavía más. Prefiere embestirlos las veces que haga falta, hasta que uno de los dos caiga derrumbado. Estaba a la sazón dotado del aspecto de un guerrero vikingo, y sus ojos claros y su poblada barba hacían las delicias de policías y guardiaciviles en cualquier control de carretera. Siempre nos tenían parados un buen rato antes de dejarnos en paz.

Mientras él bajaba corriendo al río su melena rubia se agitaba rebelde. Recogió agua en un bidón para echarla con urgencia sobre el radiador. Éste parecía tener sed de la buena y bebía con ganas. Tardó largos minutos y varios viajes al río en presentar los primeros signos de saciedad. Nos quedamos mirando, así sin más.

Un rato después, mi padre charlaba animadamente con el desconocido conductor que nos sacó del apuro y nos trajo de vuelta hasta nuestra casa de Pamplona.

Yo descansaba en el asiento de atrás, pero mi cabeza subía todavía por la cuesta que lleva al monte Lakartxela, de 1.982 metros de altura. Cuando habíamos aparcado el coche, que todavía funcionaba, en un lugar llamado Yeguaceros era aún temprano y la temperatura era fresca, aunque se veía a las claras que después iba a hacer calor. La senda se dirigía sin dificultades aparentes hacia el collado de Bimbalet, mientras los caballos pastaban tranquilos, quizá ajenos a la sencilla hermosura del lugar donde vivían. O quizá no.

Después del collado el camino se perdía, desdibujado entre bloques de piedra. Pronto pude observar con disimulo, presa de una cierta aprensión, que mi padre no parecía conocer la dirección a seguir. Por vez primera me apuré, pensando que la cosa tenía su lógica, puesto que según confesión paterna eran muchos los años que habían pasado desde su última visita a la zona. Yo veía que podíamos perdernos, o peor aún, que no llegaríamos arriba y tendríamos que deshacer nuestros pasos sin remedio. Pero mi padre sabía que no había problema y, ante la ausencia de camino, se dejó guiar por su intuición. Se trataba de una cuesta empinada donde, yo entonces no lo sabía, en invierno suelen producirse accidentes con frecuencia, ya que al estar expuesta al norte se hiela radicalmente. Ahora bastaba con trepar con cuidado, apoyando una mano de vez en cuando. Sudábamos, pero no nos importaba. De hecho, creo que desde entonces ya nunca me importa.

Arriba se veía una brecha, y la cima parecía estar a la izquierda, alta y orgullosa, dotada de un hermoso espolón de roca a modo de nariz. Pronto comenzó a soplar un aire frío, aunque entonces yo aún lo desconocía todo acerca del sabor de los vientos cimeros en la cara. En la brecha comprobamos que la cima estaba al lado opuesto, en la parte de atrás, quizá todavía alejada en media hora. Decidimos dejar de lado la bella cumbre de la izquierda y dirigirnos al punto más alto.

Arriba almorzamos los bocadillos que mi madre había preparado. Tenían el olor y el sabor de lo cercano, de aquello que amamos.

La bajada me producía una cierta desazón, aunque no conocía el motivo. Quizá sólo era que no quería volver a la ciudad, o acaso temía la zona de bloques. Mientras regresábamos a ese viejo carro que tan próximo estaba a dejarnos en la cuneta, mi padre me contaba historias de cuando él pasaba los veranos en ese hermoso pueblo llamado Isaba, abajo en el valle. Historias en las que mi viejo se aplicaba caminatas de dureza y longitud desacostumbrada en la gente *normal*, ya fueran de ciudad o del propio pueblo. Marchaba durante todo el día, no por ir a ver qué hace el ganado o si todo está en orden en el monte. No, lo hacía por simple gusto.

Gracias a la generosidad ajena, pronto estábamos en casa, protegidos por las luces y las sombras de lo cotidiano. Por la noche, en la cama, cerré los ojos y soñé. Como cualquiera, claro. Espero que nadie se crea que mis sueños están dotados de cualidades mágicas, melodías celestiales o infinitas monsergas místicas. Nada de eso; son sueños esos que yo mismo no osaría calificar de extraordinarios, de igual modo que también espero que no alcancen la vulgaridad. Son sólo sueños.

Normalmente no llegan a verse cumplidos tal como los sueño. Pero, como aprendí aquel día de septiembre en el monte Lakartxela, si hago caso a mi instinto, y si soy capaz de aceptar lo que venga tal y como venga, entonces a veces sucede que la realidad se apiada de nosotros por un momento y se aproxima a nuestros anhelos hasta casi tocarlos por un instante con la punta de los dedos. Son los pocos momentos de plenitud que conocemos los hombres. Yo personalmente sólo los he experimentado en el amor y en la montaña, si es que ambos no son lo mismo. La historia que ahora tenéis entre manos habla de eso, de alguien que sigue persiguiendo sueños. De alguien como yo que ni siquiera se esconde o aparta cuando son ellos, los sueños, los que corren desesperados detrás de mí.

Éste es un cuento en el que de nada vale la fuerza de voluntad y de mucho la imaginación, de poco sirve el cerebro y de mucho el corazón, nada pinta la ciencia y mucho la poesía. Es una historia que quiero creer simple y brutalmente honesta, como un trenzado mitad seda y mitad esparto en el que se mezclan sin ambages la naturaleza salvaje, el amor y la pura vida. También, cómo no, anda por ahí la muerte, siempre paciente. Así pues todo esto es algo así

como mi leyenda, censurada por el eficaz filtro de la memoria, que no es más que la prima bastarda de la fe.

A veces las cosas, incluso durante toda una vida, no necesitan de complejas explicaciones. Aquí mejor que no las busquéis, porque no habéis de encontrarlas. Todas esas razonables razones nunca me han servido para nada, así que jamás les he prestado mucha o poca atención.

Yo sólo salí a dar una vuelta, aquel día de otoño en el valle de Belagua. Y resultó que allí estaban mis sueños, corriendo por el monte como locos. La única opción que me quedó fue subir y bajar sin pausa, cual Sísifo, hasta echarles el guante sin compasión. Si los agarras fuerte, con ganas, al final esos sueños caen rendidos a tus pies. E incluso aquellos que nunca puedes llegar a realizar te miran satisfechos desde el cajón donde los guardas, solamente agradecidos por estar ahí. Creo que piensan que es mejor existir en un cajón que no existir de ninguna manera. Y, mientras tanto, esperan ansiosos, como yo, su oportunidad de salir a las montañas.

Aunque si he de ser sincero sé que las montañas sólo son la más hermosa de las excusas. En realidad, lo que yo sueño no tiene nada que ver con ellas.

Es cierto, mis sueños sólo son desgarrados anhelos de amor y libertad.

Aviso a navegantes

No sé si quien avisa es o no traidor. Puede que más bien intente justificarse, o quizá sólo se quede en ingenuo. Pero el caso es que me siento obligado a alertar a mis estimados lectores de que el libro que tienen en sus manos es un fiel reflejo de mi personalidad, con todas sus peculiaridades y con sus numerosos defectos a cuestas.

El autor es alguien que difícilmente se mueve en tonos grises. Se le acusa con cierta frecuencia de ser demasiado radical e intolerante, como si esas características tuvieran grados de intensidad regulables a voluntad. Habrá sin duda quien encuentre que ciertas ideas se repiten a menudo, hasta rozar el hartazgo. Entre ellas la idea de que las cumbres del Himalaya son bellas, o mi proverbial oposición al uso de oxígeno en botellas. No puedo hacer nada, ya sé que a veces me pongo algo pesado. Me disculpen, por favor.

Es también posible que algunos se sientan ofendidos en alguna medida. Turistas, curas, comedores de comida basura, policías de todo pelaje, militares, políticos, estafadores diversos, alpinistas de postal y charlatanes varios pueden llegar a pensar que tengo algo contra ellos, personalmente o como grupo. Y, salvo en un par de casos, nada más lejos de la realidad.

Mientras tanto, sólo espero ser honesto y, si no es mucho pedir, no dejar a nadie indiferente.

Que lo disfruten.

En el Yanki

Yosemite, agosto-octubre 1988

Para venir a lo que no sabes,
has de ir por donde no sabes.

San Juan de la Cruz

—Oiga, buen hombre, ¿usted podría decirnos dónde hay una estación de esquí por aquí cerca?

El rostro de mi amigo *Demonio* parece completamente inocente, está bendecido con una expresión angelical que le impide parecer sospechoso. ¿Por qué habría de resultar sospechoso? Básicamente porque estamos a 9 de agosto de 1988 y en la ciudad de Soria la temperatura debe de rondar los 40 grados, quizá un poco por encima. Es media tarde y arde el asfalto, no se ve casi ni un alma. No teníamos que entrar al centro de la ciudad para nada, pero como tenemos tiempo hasta mañana para llegar a Madrid, antes de coger el avión hacia Los Ángeles, hemos decidido entrar a dar una vuelta, "para ver qué hay". El «buen hombre», con la mejor intención del mundo, responde:

—Pues creo que en Teruel hay alguna, aunque no sé si va a haber nieve en estas fechas...

Los demás ocupantes del vehículo intentamos no reírnos, aunque resulta tarea imposible. Después Natxo sugiere dar otra pequeña vuelta y, cuando pasamos por delante de alguien que pasea, el conductor toca la bocina un par de veces y saluda con la mano. Todos los que nos cruzamos, instintivamente, responden al saludo y dicen hola también con la mano, con el ceño fruncido y cara de extrañeza, y provocan nuevas risas en nuestro habitáculo:

—"Otro que nos conoce", dice Iñaki sin aguantarse las carcajadas.

Iñaki Kampión se ha ofrecido gentilmente a acercarnos a Madrid, en un coche prestado, antes de nuestra aventura americana.

Queremos visitar el Valle.

Para los escaladores de roca, el Valle sólo es uno, y yo me lo imagino grande y libre, y viene a significar lo mismo que La Meca para los musulmanes. Un lugar sagrado, motivo de peregrinaje y objeto de todo tipo de cultos, así es este valle de Yosemite cuyas paredes de roca no sólo son uno de los lugares más hermosos de la Tierra, sino también un escenario sin parangón para escalar en roca. Después de comprar algo de material en Madrid y de dormir *a pelo* bajo las estrellas en un jardín a escasos metros de la terminal de Barajas, nos despierta de mañanita la policía para informarnos sin rastro de gentileza de que allí no se puede dormir. Nos extraña, porque la verdad es que nosotros lo hemos hecho bastante bien. Pero con éstos nunca se sabe y desde luego cosas más raras ya hemos visto. Obedecemos aunque procuramos mirarles mal. Nos vamos a facturar nuestros trastos, sin pensar ni por un instante en que no se trata del último policía que se va a interesar por nosotros o por nuestras actividades en los próximos dos meses. Hemos recortado al máximo nuestras pertenencias, apenas veinte kilos por cabeza, para no pagar exceso de equipaje. Los bolsos de mano pesan al menos otro tanto, repletos como van de chatarra.

Nos despedimos de Iñaki, que tendrá que regresar a casa solo, sin tanta diversión, y nos

embarcamos en un largo vuelo transoceánico. En el avión escribo en mi diario: “Este trasto parece un hotel que vuela. Por la ventana se ven icebergs”.

Destino: California, USA.

....

El Valle nos ve llegar en un autobús que lleva la figura de un galgo pintada en los laterales. En la estación de bus de Los Ángeles, en pleno centro, hemos pernoctado otra vez tirados, la tercera noche seguida, y también hemos pasado más miedo que vergüenza. Hispanos, negros y gentes variadas de mirada vacía parecían muy interesados por nuestros petates y sus contenidos. Nos hemos defendido enrocándonos en una esquina y poniendo nuevamente cara de malos. Ahora al llegar al Valle, sin embargo, nuestros rostros están perplejos y nuestros cuellos dislocados ante lo que se ve a través de los cristales del bus. Los muros de granito son inmensos. Para un escalador europeo resulta imposible hacerse una idea a primera vista de sus dimensiones.

—¡Mira, Iñaki, El Capitán!

Es verdad; está ahí como un símbolo, inmutable y perenne. Esta increíble montaña, de entre las más bellas que conozco, es el estandarte de todo un valle, es como la proa de un barco que corta el aire a lo largo de sus mil metros de altura. Antes de que la vida se escape de entre nuestros dedos queremos subirnos por ahí. Es un deseo como otro cualquiera, legítimo o no, pero mejor llevarlo a cabo antes que después, por lo que pueda pasar.

El primer contacto con la escalada americana no nos puede resultar más severo. En casa lo habitual es escalar en placas, lo que quiere decir que nuestros dedos y antebrazos son muy fuertes y están acostumbrados a soportar el peso de nuestro cuerpo en la roca caliza europea. Pero aquí todo es granito y se trepa sobre todo por fisuras, diedros o chimeneas, todas ellas técnicas de escalada con las que no estamos muy familiarizados, por no decir que no tenemos ni remota idea. Uno de los primeros días lo pasamos en la zona llamada Cookie Cliff, un pequeño sector de fantásticas fisuras situado en la parte baja del valle. Nos dirigimos pletóricos de confianza a una de las rutas más famosas, llamada Outer Limits. En la escala de graduación americana su grado es de 5.9, lo que traducido al cristiano quiere decir que es de una dificultad media, bastante más fácil de lo que somos capaces de escalar en España o Francia. Nos peleamos para ver quién escala primero, aunque lo cierto es que no hubiera sido necesario. Uno detrás de otro nos caemos, nos arrastramos, juramos y ofrecemos, en líneas generales, un lamentable espectáculo. No nos podemos creer lo inútiles que somos. Después de pasar varias horas peleando conseguimos, al menos, recuperar el material y descender hasta el suelo de una pieza.

Un rato más tarde, mientras descansamos agotados y algo deprimidos en la base de la pared, aparece un tipo en pantalón corto, con la bolsa de magnesio atada a la espalda y los pies de gato en una mano. Sonríe y saluda amablemente, y pregunta si está libre la vía. ¿Dónde está su colega? Nos percatamos al instante de que simplemente no lo tiene. El elemento en cuestión luce una tripita curiosa y un bigote que más que un bigote es una provocación, y no parece en absoluto ser parte de ninguna elite. Sin embargo sube sin cuerda, en solitario, con facilidad y maestría completas por el mismo sitio donde nosotros no podíamos ni menearnos. Después, para añadir más sal a la herida, ¡destrepa! también sin cuerda los 25 metros imposibles, vuelve a sonreír y se va.

Nos falta técnica, pero quizá también humildad. Vamos ya mismo a comer una pizza, una bien grande por favor.

....

—*I got you, two films, I got you!!* (¡¡Te cogí, dos rollos de película, te cogí!!)

Miro a mi amigo *Demonio.* En su cara, colorada, se reflejan la sorpresa y el miedo. Estamos rodeados de policías, *rangers* les llaman, y cada uno tiene en la mano una pistola. Uno de ellos, que es alto como una torre y tiene cara de ser un auténtico bastardo, se ha dirigido a nosotros mirando a *Demonio* y señalando hacia el interior de sus pantalones cortos.

—*Demonio*, bonito, no habrás cogido así como por casualidad un par de rollos de película, ¿verdad?

—Mmmmnnn, sí...

Antes de acabar la frase media docena de energúmenos se abalanzan sobre él, le tiran al suelo y le esposan rápidamente. Natxo y yo miramos, entre sorprendidos y divertidos. Todo sucede igual que en una película. El que parece el jefe me pregunta si hablo inglés y después me explica que nosotros nos podemos ir porque no hemos robado nada, pero que mi amigo

tiene un problema, que lo van a llevar a la cárcel, y que el juez decidirá qué hacer con él. Me aconseja esperar instrucciones en el camping y tener a mano el pasaporte de *Demonio.*

Sólo llevamos una semana en Yosemite, pero ya nos lo habían avisado. El primer día que vamos a comprar al supermercado, una mujer cuyo rostro no recuerdo se acerca asustada y señala a *Demonio*, que anda por los pasillos comiéndose, ostensible y tranquilamente, una bolsa de patatas fritas que acaba de coger de algún estante, y que no tiene la más remota intención de pagar. La mujer me explica que estamos en California, donde las leyes son tolerantes, pero que aquí en el Valle se aplica no se qué ley federal al tratarse de un parque nacional y que no conviene andarse con tonterías. Le traduzco todo a mi compañero, pero éste ni se inmuta, y se va a "pillar algún yogur de esos de beber", puesto que parece ser que las patatas pican. Vaya por Dios.

Al día siguiente volvemos al mismo supermercado. Compro para mí y mis amigos como una madre, mientras éstos se despistan por el lugar y discuten a grito pelado si la Budweiser es mejor que la Coors. Al llegar a la caja a pagar observo con curiosidad cómo la chica que está tras el mostrador mira con ojos iluminados por el espanto en dirección a la entrepierna de *Demonio,* que viste orgulloso unos pantalones muy cortos. El muchacho disimula, o quizá ni se entera de la jugada. *Demonio* es sin duda un chico majo, pero yo estoy seguro de que no hay nada en su anatomía que justifique esos ojos a punto de salirse de las órbitas que muestra la empleada. Cuando yo mismo me fijo, veo que una gota de sangre roja y brillante surge de sus zonas pudendas, si es que este hombre tiene tal cosa, y se desliza poco a poco hacia la rodilla, siguiendo después pantorrilla abajo. *Demonio* ha vuelto a actuar. Según me explicará después, ha "apañado" un grueso filete que viene simplemente envuelto en un plástico y por eso gotea. Mi espanto no es menor que el de la empleada y, ensayando la mejor de mis sonrisas, le enseño mis manos todavía manchadas de magnesio y le explico que somos escaladores, pues sé bien que las empleadas del parque nacional son a menudo novias de escaladores americanos del grupo de rescate. A la chica todo esto no le hace ninguna gracia, pero con las cejas me señala la puerta, casi rogándome que me lleve de allí a mis amigos con viento fresco. Nos libramos por los pelos.

Ahora en cambio la suerte se ha acabado y los *rangers* se llevan a *Demonio*. Nos vamos al campo IV, pues así se llama el lugar de acampada de los escaladores. Nos juntamos con el resto de los *spanish* de la zona en el aparcamiento, lugar también conocido como "el centro del universo". Allí pasamos un par de horas de cháchara, discutiendo las posibilidades. Algunos, que ya tienen *experiencia*, aseguran que le van a tener una semana realizando trabajos comunitarios, como pintando vallas o recogiendo colillas. Otros en cambio dicen que no le va a pasar nada. Al rato aparece un coche de policía, y se baja de él una *ranger* de culo gordo que sin embargo parece relativamente simpática, dentro de lo que cabe para alguien de tal profesión. Con una sonrisa nos pregunta:

—¿Hay alguien por aquí que se llame "Iniaki"?

"La-madre-que-lo-parió", pienso, y me presento a la llamada. Me piden que coja el pasaporte de *Demonio* y cien dólares y me dirija a la cárcel. Me ofrecen llevarme en coche *oficial*, pero declino la oferta y me voy andando. Al llegar allí, mi amigo está más o menos tranquilo, y me dice sonriendo sudoroso:

—Han intentado torturarme psicológicamente... me dicen que voy a ir a la cárcel.

Miro a los *rangers* que le rodean, y veo que tienen cara de que debieran haber escogido otro trabajo, así que posiblemente haya sido exactamente al revés. Le ofrecen pagar cien dólares de multa y quedar libre o bien presentarse al juez y que éste decida. Preferimos pagar y salir cuanto antes, aunque son muchos dólares en un presupuesto total de seiscientos, que hay que estirar durante dos meses.

En cuanto nos dejan salir, *Demonio,* muy serio por una vez, me asegura que esto no va a quedar así y que se han ganado un mal enemigo. Esa misma tarde volvimos al mismo supermercado, *a hacer la compra*.

....

En las semanas que siguen conocemos a mucha gente, algunos de ellos de entre los mejores escaladores de nuestro país. El madrileño Jesús Gálvez, los vascos José Carlos Tamayo y Jon Lazkano o los catalanes Juan Carlos Aldeguer *Pato* y Juan Vergara son algunos de ellos. Alguien nos dice que Tamayo, que es vizcaíno aunque no ejerce, tiene treinta años y nosotros no nos lo podemos creer. Tenemos que ir personalmente y preguntárselo para saber que es verdad. A ver si va a resultar que hay vida después de los veinticinco...

También escalamos. Escalamos mucho, hasta quedar prácticamente saturados. Incluso aprendemos a manejarnos en las fisuras, y un par de veces volveré a Outer Limits a medir mis progresos, hasta conseguir escalarla con éxito, lo que me provoca una alegría casi infantil.

Escalamos también El Capitán, por la ruta llamada The Nose (La Nariz), después de mucho esfuerzo y realizando dos vivacs en la pared y uno más en la cumbre. Mi compañero en esta ocasión es un vitoriano al que más o menos acabo de conocer y de quien sólo conozco su alias, *Melón*. Juntos realizamos una de mis más bellas escaladas, siempre recorriendo sistemas de fisuras, pasando las noches en repisas y saliendo por un techo espectacular. Mejor no mirar al valle desde allá arriba, porque los grandes árboles, secuoyas de cincuenta metros de alto, apenas se distinguen. El tercer día recorro ya de noche el fantástico desplome de salida. Mejor así, sin luz, ya que de este modo no veo de qué auténtica basura tengo que colgarme. La noche en la cima, con luna llena y bajo las estrellas, es de las que te reconcilian con la vida.

Con anterioridad habíamos subido uno de los mitos del valle: el Half Dome, que como su nombre indica es una media cúpula de 600 metros de desnivel cuya escalada nos va a ocupar durante dos días, aunque no era esa nuestra intención original. *Demonio,* Natxo y yo teníamos la idea de escalar de un tirón desde el suelo hasta la cumbre, como los buenos. Sin equipaje, como si fuera una de las paredes de Riglos u Ordesa a las que estamos algo más acostumbrados. Claro que no conocíamos al *Payaso,* un catalán que andaba medio solo por el camping, y que se apuntó a escalar el Half Dome en nuestra compañía sin dudarlo. Mejor, pensamos, pues siempre es más rápido ir en dos cordadas de dos personas que en una de tres, o al menos eso pone en el manual.

Pues no. El manual no tiene ni puñetera idea, y básicamente no conoce al *Payaso*. Resultó ser un tipo divertidísimo, la mejor compañía, pero se movía mala y sobre todo lentamente por las chimeneas centrales, lugares ciertamente tétricos donde el aseguramiento es dificilillo y la escalada, aunque es técnicamente fácil, adquiere ya un cierto nivel de exposición y compromiso. Nosotros tampoco es que fuéramos ninguna maravilla, así que aunque escalamos durante todo el día desde la madrugada, cuando se hizo de noche estábamos a casi tres mil metros de altitud pero todavía a 100 metros de la salida de la vía. Fijamos una cuerda en el primer largo de los *zig-zags*, la parte más compleja de toda la ruta, y bajamos a la repisa que hay debajo, de cuyo nombre no quiero acordarme, a protegernos del frío y de la oscuridad. De cena, un caramelo y un par de dátiles. Y un trago de agua, sólo uno, para celebrarlo.

Los más listos se pusieron de inmediato a resguardo del viento. A mi *me tocó* el lado chungo, expuesto a los elementos. Nada era suficiente para que dejáramos de temblar y nadie consiguió dormir ni un segundo. Como consuelo, Natxo se acordó, apenas pasada la medianoche, de que era el cumpleaños de *Demonio*. Los cánticos que siguieron, a volumen brutal y durante varias horas, alertaron a los *rangers* y al equipo de rescate, según nos enteramos después en el valle. *Demonio* ya tiene diecinueve años, pero yo soy el único que ha cumplido los veintiuno y puede demostrarlo enseñando un pasaporte. Así que, aunque a mi no me gusten, vuelvo a ser el encargado de comprar las cervezas de celebración al día siguiente, en el mismo supermercado donde ya hemos hecho tantos amigos.

La chica de la caja ya me reconoce. Sonríe con cara de pensar: “Qué monos”. Por un momento pienso en tirarle los tejos, pero al final vence la timidez, como siempre. Lo de las chicas es un lío, mejor nos vamos a escalar.

....

Mientras tanto, ha llegado David y ya estamos todos. David también es de Pamplona y, aunque es mucho más guapo que los demás, su carácter es de alguna manera parecido al nuestro y se adapta rápidamente a nuestro ritmo de vida.

En Yosemite los días pasan iguales, repletos de escaladas. Somos infinitamente libres, cada cual se va a trepar con quien le place. Enseguida descubrimos que es fácil saturarse de escalar, pero también es peligroso dejarse llevar, ya que puedes acabar todo el día tirado en el río comiendo demasiados helados. Los *rangers* nos acosan, porque la estancia máxima permitida es de siete días. Nosotros llevamos ya más de un mes y por si eso fuera poco sólo uno de los cuatro paga por estar en el camping, mientras los demás se cuelan a diario a cenar y dormir. El que está apuntado, además, utiliza un nombre falso para ello. Entre todos los españoles hay una especie de competición, por ver quién se registra con el nombre falso más original, aunque obviamente ha de ser desconocido en los Estados Unidos. Así, repasando la

lista de inscritos en nuestro camping, uno puede reconocer a famosos toreros, futbolistas de prestigio y hasta reconocidas tonadilleras. *Demonio* gana la contienda sin despeinarse, cuando regresa de apuntarse y asegura que lo ha hecho como *Julio Iglesias*, que es posiblemente el único español a quien conocen por aquí. El *ranger* que lo inscribe ha debido estar tronchándose durante un par de horas, menos mal que ellos conocen nuestro juego...

Un buen día aparece un mejicano de aspecto lúgubre, o cuando menos oscuro. Un tipo que habla sin apenas abrir la boca, que nos asegura que nos vende su coche por doscientos dólares. Vaya chollo, pensamos. Luego resulta que el pequeño problema es que el trasto, un *Oldsmobile* del 69, grande y sucio como la ambición de un político, no tiene papeles, ni seguro, ni nada de toda esa basura que hace falta para circular por el mundo. Además, el otro problema es que de entre todos nosotros sólo *Demonio* tiene carné de conducir, y no sabemos si es válido en este país. Aún así, adquirimos el vehículo, sabiendo que tendremos que huir de la policía como de la peste, aunque eso no implique necesariamente cambiar de hábitos. Mis amigos, como yo, no parecen conocer otra ley que la ley natural, y a fe suya y mía parece bastante natural que si uno tiene coche, entonces ha de usarlo. Así que decidimos irnos a Oregón, a la zona de escalada de Smith Rock. Sólo está a dos mil kilómetros, o algo parecido. Antes de partir, el *Pato* se me acerca guasón viendo mi cara de angustia, y me dice:

—No te preocupes, Iñaki, que igual tenéis suerte y no os meten en el *talego.* Pero si cuando volváis a casa el avión se cae al mar, tú te ahogas seguro, aunque *Demonio* y Natxo fijo que sobreviven...

Y algo me dice a mí que no le falta razón.

Salimos del Valle por la tarde, ya casi de noche, en uno de esos atardeceres que lo inundan todo con una luz especial. Pasamos por Mariposa y en Merced nos metemos en la autopista. Natxo y David hace ya rato que duermen con aspecto inocente en el asiento de atrás. *Demonio* conduce, aunque se está durmiendo también, lo noto por el hecho de que va dándose cabezazos con el volante. En un momento dado, gracias al cielo, se para en la cuneta y me dice:

—Iñaki, conduce tú, que me estoy durmiendo.

—¿Yoooo? Pero sí no sé.

—¿No has conducido nunca, o qué?

—Sí, en los autos de choque.

A *Demonio* no hay manera de convencerle y después de explicarme un par de cosas, cómo se arranca y tal, se tumba a mi lado a dormir plácidamente. A pesar de que el coche no tiene embrague, de que estoy en un país que no conozco y en una situación en la que nunca me he visto antes, intento mantenerme tranquilo. Mis amigos o bien están muy cansados, o tienen mucha fe en mí, o carecen de instinto de supervivencia, puesto que duermen como niños. La noche pasa rápida y sólo la excitación y lo novedoso de la situación evitan que yo mismo me duerma al volante. Sólo en una ocasión nos cruzamos con un coche de policía, pero al pasar sigilosos a su lado nos percatamos de que unas botas de *cowboy* salen por la ventanilla del conductor. Están echándose una siesta, cosa que pensamos es perfectamente lícita. *Demonio* toca un poco la bocina "para saludarles", me mira y dice:

—*Jodé*, vaya zánganos...

Por la mañana estamos ya en Oregón, una tierra salvaje y bella como pocas, realmente espectacular. Smith Rock, en cambio, aunque tiene su encanto, palidece en comparación con Yosemite. Durante un rato Natxo me releva al volante, aunque la presión popular hace que él mismo se vea sustituido en apenas unas pocas millas, después de un par de amagos de salida de carretera y de provocar el pánico en un pobre abuelo a quien adelanta y casi saca de la vía. Suerte que el hombre no saca la escopeta. Además nuestro coche parece haber fallecido en el trayecto, aunque luego resultará que sólo habrá que purgarlo, debido a que le hemos echado gasolina en vez de gasóleo. Natxo jurará por lo más sagrado que he sido yo, durante la noche y mientras ellos dormían, pero yo sé muy bien que ha sido un empleado de gasolinera cerca de Sacramento. Tenía pinta de tarugo.

David y yo decidimos volver a Yosemite, a apurar nuestros últimos días de escalada, mientras *Demonio* y Natxo, por su parte, prefieren intentar arreglar el automóvil y pasar la última semana en San Francisco, *haciendo el mal*, según expresión propia. Yo por mi parte, de emociones que no sean verticales ya he tenido bastantes, de momento. Quedamos con nuestros amigos diez días después, directamente en el aeropuerto de Los Ángeles.

David y yo nos ponemos a hacer autostop en mitad de Bend, Oregón. No estamos en buen sitio, en mitad de una calle de cuatro carriles y ya por la tarde. Pero la suerte también acude a

la cita, encarnada en forma de coche muy grande conducido por una chica joven que, percatándose tarde de nuestra presencia, hace dos veces una difícil maniobra sólo para recogernos. Es verdad que David es muy atractivo. Los dos sonreímos al montarnos en el carro, realmente desordenado y lleno de trastos. El coche nos gusta al instante, al igual que la dueña, que es rubia y sonríe todo el tiempo. Me siento adelante porque David es guapo, sí, pero no habla nada de inglés. Cuando me sacudo la cara de tonto, en la medida de lo posible, entablo una conversación que pretendo animada, mientras David, desde atrás, me pega en el hombro cada treinta segundos: "traduce, traduce, cabrón". Yo, como quien oye llover. La chica, además de bonita, es un encanto y nos conduce hacia las afueras, hasta una parada de camiones donde vivaqueamos de nuevo bajo las estrellas. Ella se despide y nos asegura que, en cuanto haya luz, los camioneros nos recogerán sin problemas, lo que será cierto hasta extremos increíbles. Desde el calor de su saco, David me dice:

—Ya sabes dónde estaría yo durmiendo si no fuera por ti, ¿no?

—Estando yo aquí lo dudo, pero en cualquier caso yo no te iba a hacer la traducción...

Los camioneros no pueden ser más gentiles y el primero que pasa, para. Si tienen que desviarse de nuestra ruta, llaman por radio a alguien que nos recoja y así recorremos mil y pico kilómetros en un suspiro. El último que nos trae se sale de la autopista en Merced para dejarnos en un sitio mejor para nuestros intereses. Nos resulta increíble la hospitalidad de esta gente, que además nos invita a cenar en bares donde el personal lleva un cuchillo a la cintura y las camareras dos botones de más desabrochados.

Un rato después, volvemos a estar tirados a sólo cincuenta millas del Valle. Pasan pocos coches. Me fijo en uno de ellos, una ranchera llena de niños pequeños conducida por una mujer mayor que parece ser la madre, y que tiene aspecto de estar bastante cansada de la vida. David está escondido con las mochilas por ahí. Viene en el sentido contrario que nosotros deseamos, pero al rato me percato que ha dado la vuelta y se va a parar a mi altura. Todavía hay esperanza, pienso a la vez que saludo:

—Hola... vamos a...

Sin dejarme empezar, y sin saludar, la mujer me corta:

— ¿Conoces a Cristo?

Estoy mudo por el espanto. Balbuceo:

—"Estooo, si, ya sé, uno que murió así, ¿no?", digo mientras abro mis brazos en cruz. Mientras tanto David se ha acercado interesado, pero al ver el cariz que están tomando los acontecimientos se va alejando con el ceño fruncido. Me hace gestos de alarma, se ha dado cuenta también él. La mujer está iluminada y ha cogido carrerilla, ya no va a parar:

—Yo también me drogaba, como vosotros. Pero ese no es el camino del amor universal. Subid a mi coche y os llevaré a mi templo. Y conoceréis a Cristo y también el amor verdadero...

No tuvo mucho éxito. Lo de traernos al camino verdadero lo habían intentado otros antes, y alguno incluso lo hará después, pero no se han dado cuenta de que nuestra religión es vertical y nuestro único amor universal está hecho de roca y piedras, de nieve y de las cosas que se pueden tocar...

....

Las últimas tres noches en América las paso en el aeropuerto de Los Ángeles, que es un sitio bastante ganso. Vamos, es bastante más grande que el de Pamplona. Me he despedido de David en Yosemite, puesto que él se queda a trepar unos días más, y con un alemán que sólo habla unas quince palabras por día pero que también vuela desde aquí, nos hemos venido a la gran ciudad a hacer el turista, a ver lo que hay y a derrochar los últimos veinte dólares, que sólo dan para comer una vez al día en un bar de esos donde por 3,99 dólares te dejan levantarte todas las veces que quieras a rellenar tu plato de ensalada, aunque creo que las camareras quedaron traumatizadas por el tamaño de nuestros estómagos. El segundo día que entramos ya no se reían ni pizca. Paseamos nuestra suciedad, nuestra pinta de garrulos y ese olor que ya no nos abandonará hasta casa, por Hollywood Boulevard y Venice Beach. Están a punto de echarnos de varios garitos, aunque no nos lo tomamos como algo personal.

Ingenuo de mí, enseguida pienso que nuestras aventuras "en el Yanki" han llegado a su fin. Hago resumen mental y estoy satisfecho de cómo hemos escalado casi cincuenta días y de lo enriquecedora que ha sido la experiencia. También me doy cuenta de que cuando uno se ha puesto en camino ya no quiere volver a abandonarlo. La carretera engancha. Si acaso, para la próxima vez pediría un poco menos de *stress* emocional en lo que concierne a nuestras relaciones con las diversas autoridades, o quizá sólo un menor contacto con sus

representantes, ahora que parece que por esta vez nos hemos librado. Bendita inocencia, la mía.

Natxo y *Demonio* se presentan en el aeropuerto un par de horas antes de la salida del vuelo de Iberia que supuestamente nos ha de devolver a Madrid. Así, sin mucha prisa. Cuando les veo, me echo a temblar. Cada uno arrastra como puede dos carros repletos hasta arriba de *cosas*. Me refiero a cosas que no traíamos al aterrizar, cosas que no sé de dónde han podido salir, aunque me lo imagino. Hay una guitarra eléctrica, un radio-casette gigantesco, cajas enteras de discos, bolsas llenas hasta reventar de ropa de todo tipo, y así hasta sumar más de cien kilos... Me pregunto cómo conseguiremos facturar todo esto. En sus rostros veo dos amplias sonrisas, resulta que consiguieron arreglar el coche, sin pagar un duro, por supuesto, porque alguien *se enrolló*. En San Francisco lo subastaron en plena calle, al mejor postor, y le sacaron quinientos dólares, lo que explica las sonrisas y la procedencia de, al menos, parte de todo este *parné.* Vienen escandalizados porque un homosexual declaró su amor eterno por Natxo en plena calle. No, si al final va a resultar que los chavales son conservadores.

Después de narrar las respectivas aventuras durante un buen rato, Natxo me explica, así como quién no quiere la cosa, que *Demonio* ha perdido el pasaporte.

—“Pero no importa”, dice Natxo, “tiene el carné de la biblioteca todavía...”

Miro a *Demonio* preguntándome por un momento si este elemento sabe leer, o si quizá falsificó algún papel para conseguir tal acreditación. Y después ambos se ríen. No un poco, ni nerviosamente, más bien a plena carcajada, relajados. Y entonces empiezan las dos horas en las que más he sudado en mi vida.

Manos a la obra. Primero pregunto en el mostrador de facturación de Iberia cuáles son las posibilidades de volar sin pasaporte. La señora que nos atiende, que no es precisamente amable y tiene pinta de tener el azúcar alto debido a un consumo excesivo de *donuts,* me sugiere subir corriendo, pues parece ser que no queda mucho tiempo, a las oficinas generales a hablar con el señor *Pez Gordo*. El señor *Pez Gordo* se muestra más amable al ver nuestro aspecto, o quizá es sólo una cuestión de imagen corporativa, o puede ser que le convence nuestro perfume arrollador, pero el caso es que se lo toma a bien. Nos explica que los americanos no tienen mucho problema en dejar salir a la gente, el problema suele ser más bien entrar. Así que si el comandante de nuestro avión no se opone es posible que *Demonio* pueda dejar el país sin pasaporte, bajo la responsabilidad del propio capitán del aparato. Al rato se presenta el hombre en cuestión y sonriente, el infeliz, dice que no hay inconveniente por su parte. Hala pues, vamos a facturar esos 100 kilos de nada de exceso de equipaje. Volvemos abajo, donde el humor de la señora de los *donuts* no ha hecho sino empeorar. Nos pide los billetes. Le doy el mío y le pido a *Demonio* los suyos. Me responde que él no los tiene. Natxo tampoco tiene ni idea de qué le hablo. Ambos se miran con cierta extrañeza, aunque sin asomo de angustia o desesperación. Sin embargo la señora en cuestión sonríe al apreciar su triunfo desde el otro lado del mostrador:

—Diles a tus amigos que sin billetes no salen de aquí, que de eso me encargo yo.

—A ver, *Demonio* mío, haced un esfuerzo para recordar dónde los habéis podido perder, que dice aquí la colega que lo del pasaporte aún, pero que sin billetes no hay vuelo.

Después de unos segundos de intensa reflexión, se escucha un grito de Natxo:

—Ha sido el cabrón del negro del carro...

No es que se esté poniendo racista, nos explica. Resulta que los billetes estaban en los típicos carros de aeropuerto, que iban llenos de cosas, y que nada más descargarlos de sus voluminosos contenidos un empleado ha pasado a recoger inmediatamente. Nos dice que él los ha dejado en el “apoyadero” que estos carros tienen “para dejar los billetes”. Justo ahí. Por lo tanto basta con encontrar el carro, deduce. Casi nada en el aeropuerto de Los Ángeles. La del mostrador nos concede magnánima cinco minutos, y nos ponemos a la tarea con frenesí. Por la hora que es, debíamos estar ya en un avión cuyo pasaje hace rato que ha embarcado. Pero aquí estamos, recorriendo filas y filas de carros a la carrera, sin esperanza. Repentinamente oigo un grito desde el otro lado de la sala y veo a *Demonio* que lleva orgulloso los billetes en una mano. Está claro que Dios está hoy de nuestra parte, aunque todavía no ha terminado de trabajar.

Cuando llegamos al mostrador, la empleada tiene cara de muy pocos amigos y un walkie-talkie en una mano. El avión nos está esperando, a nosotros. Como hay prisa, no hay problema con el peso, todo va para adentro. Nos da las tarjetas de embarque y nos señala la dirección de la puerta. Al pasar el último control de rayos X, sin embargo, veo que la chica que

está vigilando la pantalla, que es una moza bastante recia, se pone a hacer señas y a dar grititos, alertada por algo que ella ve en la mochila de mano de *Demonio*. Veo que éste tiene cara de apuro, lo cual ya significa bastante.

Con cara de no haber roto un plato en su vida me explica que ha sido un *apaño* muy de última hora, cuando se dirigían precisamente hacia aquí y han parado en no sé qué tienda.

Efectivamente, es el piolet. Nos dicen que lo único que se puede hacer, puesto que ya vamos tarde y no hay tiempo de volver al mostrador a facturarlo, es que venga alguien de la tripulación y lo recoja para dárselo al comandante, que por otra parte ya nos conoce. Todo se soluciona, aunque la azafata que viene a buscar el picudo trasto tiene una expresión que refleja el odio más puro. Bueno, el mismo odio con el que nos miran los pasajeros de la nave cuando entramos con tres cuartos de hora de retraso sobre el horario de salida previsto. Nos sentamos donde nos da la gana, faltaría más, pero yo me desplomo agotado en cuanto despegamos. Queda ya lejos el granito de California y hay que empezar a pensar en otra cosa. En mi estresado sueño, envuelto en una nebulosa, oigo la animada conversación que *Demonio* mantiene con uno de los *azafatos*:

—¡¡Ahí va!! ¿Así que eres navarro?, qué casualidad. Pues ya nos traerías unas *cervecicas*, ¿no?...

....

Nada más tocar suelo español, oímos la orden por los altavoces del avión, dirigida a *Demonio* con nombre y apellidos, de presentarse inmediatamente al comandante. Con la ilusión de un niño, nuestro amigo se despide. Le deseamos suerte, porque vemos que los miembros de la tripulación todavía le miran raro. Y es que doce horas de vuelo son pocas para olvidar ciertas afrentas.

Un rato después, Natxo y yo estamos en mitad de una larga fila de gente esperando mostrar nuestros pasaportes igual que si fuéramos ciudadanos de bien. Esto es Madrid-Barajas y parecemos borregos. Como siempre en el futuro, pretenderé con cierto desdén y por unos instantes que no aborrezco estas fronteras, y que los perros guardianes apostados al otro lado del cristal no me provocan una profunda náusea.

Todos los pasajeros tienen pinta de estar contentos de regresar a casa. Pero nosotros no, sólo quisiéramos seguir en camino. Al otro lado de un cristal vemos como pasa a buen ritmo la tripulación de nuestro avión, todas tan monas. El último es el comandante, que pone cara de póquer. A su lado camina *Demonio* con aire familiar, como si conociera el terreno por el que se mueve. Una amplia sonrisa se dibuja en su cara. En una mano sostiene un piolet, en la otra lleva un carné de biblioteca. Y saluda agitando la herramienta ostensiblemente, señalando con la punta hacia donde nosotros nos encontramos. Natxo se vuelve de espaldas con agilidad y, aguantándose la risa, me dice:

—Haz como que no le conoces...

Despertar en primavera

Kangchenjunga, marzo-mayo 1990

Cuando no tienes nada,
nada tienes que perder.
Ahora eres invisible,
ya no te quedan secretos
que esconder.

Bob Dylan

Los otros ya han salido.

Han cogido sus mochilas y han aprovechado la frescura de la mañana para largarse rápidamente, casi sin decir adiós. Juan y yo vamos a pasar calor en la etapa de hoy, nos toca a nosotros andar detrás de los porteadores para hacer como que les vigilamos y, si no es mucho pedir, para que no se despiste ninguno. Juan se ha sentado a esperar tranquilamente al borde de un campo de maíz y, aparentemente ajeno al mundo que nos rodea, se ha enfrascado en la lectura de ese libro terrible de Umberto Eco, *El péndulo de Foucault*. Yo, mientras tanto, estoy distraído mirando a ninguna parte, observándolo todo y tratando inútilmente de empaparme de este ambiente tranquilo y sosegado, silencioso y casi mágico. De repente se me ocurre que me gustaría ser como ellos: ser oriental, comer arroz con los dedos y pelar patatas con una sola mano, juntar las manos y saludar “¡Namasté!”. Es un pensamiento que me divierte. Poco a poco bajo de mi nube...

Unos niños se han acercado lentamente hasta aquí, y observan con infinita curiosidad cómo estamos desparramados sobre nuestras colchonetas. Tímidamente primero y con desparpajo después han comenzado las habituales peticiones de caramelos, bolígrafos y fotos. Ellos viven aquí, en Mitlung, que no es más que un pequeño pueblo perdido en mitad de las montañas del este de Nepal. El invierno ya casi ha terminado y comienza a estallar una primavera plena y luminosa. Sin duda han sido meses desalmados y fríos, una época dura que no conoce la piedad en estas tierras salvajes. Los que han sobrevivido son más fuertes. Uno de los pequeños me llama enseguida la atención por su vivacidad. Habla un poco en inglés, así que en lo muy básico podemos entendernos bien. Tendrá seis o siete años, y es pequeño de tamaño pero parece muy fuerte. Seguro que cuando sea mayor trabajará de porteador en muchas expediciones al Himal, a las montañas. Lo primero que quiere saber es a dónde vamos. Sonrío para mis adentros, yo mismo llevo días preguntándome exactamente lo mismo. Cuando le respondo “Kangchenjunga Himal” tuerce el gesto y me dice:

—*Ufff, Kangchenjunga Himal, derai derai jaro lagcha...* (hace mucho, mucho frío)

Pronto conversamos como viejos amigos que se reencuentran tras un largo período de tiempo. Apunto y trato de recordar las primeras palabras que aprendo en lengua nepalí. Le pregunto por su nombre y me explica que es Pasang Dendu, de la etnia Tamang. Junto a él están algunos de sus amigos, uno que se presenta personalmente como Pinzo y también dos niñas diminutas que no parecen asustadas en absoluto. Pasang me explica con paciencia que

unos son de la etnia Tamang, otros son Rai, o Limbu... todavía no hay Sherpas porque apenas pasamos de los mil metros de altitud. Pasang va a la escuela, aunque para ello cada día tenga que subir una montaña. Quizá por eso sus piernas ya parecen las de un atleta, apenas cubiertas por unos pantalones cortos y raídos. Además Pasang me dice que en el camino de subida no hay agua *("pani chaina")*, aunque al llegar a clase el problema se soluciona. Él está en 4º, y sus amigos van a 2º y 3º de primaria.

El pelo de Pasang está rapado al uno, con maquinilla casi. Por eso se ríe a carcajadas cuando señala mi melena amarilla y, sobre todo, esa especie de perilla que me sale. Porque este pequeño se ríe de todo. Se ríe de mí, se ríe de sí mismo y también se ríe del hombre de mal genio que, provisto de un palo, viene dispuesto a apartarlos de nuestro lado porque, como niños que son, deben estar molestándonos. Pero no lo consigue, porque Pasang y sus amigos son escurridizos como el agua y bastante más listos.

Uno de los chiquillos saca un libro de texto del colegio, un libro escrito en nepalí en el que sólo entiendo los dibujos. Se me ocurre un sistema para aprender un poco más de este lenguaje que ya he comenzado lentamente a apreciar. En uno de los dibujos aparecen unos patos. Como yo ya sé que gallina se dice *"Vaale"*, le señalo a Pasang los patos y le digo *"Vaale",* sabiendo que me va a corregir. Pasang sonríe una vez más, condescendientemente, y me explica:

—Ja, ja, ja, *vaale* no, *ass, ass*...

Así, mediante este sencillo sistema, aprendo algunas palabras nuevas. Pasang me enseña un dibujo que le impresiona mucho. En él, una temible serpiente *("sher")* se acerca a un niño *("baabu")* con muy malas intenciones. Me mira con interés y fijeza, como escrutando si el riesgo es real, percibiendo en mi reacción si yo también estoy asustado ante un peligro tan evidente. Luego, pasando las páginas, aparece un mapa del mundo. Enseguida le enseño dónde está *Spain*, y Pasang me señala con orgullo dónde queda Nepal, pequeño y rodeado por todas partes de poderosos vecinos. Después este diminuto chaval que ya es mi amigo me pregunta mi nombre. Si no se lo digo, no me va a dejar marchar. Cuando al fin lo entiende, abre desmesuradamente los ojos y entre risotadas se dirige hacia donde están sus amigos repitiendo:

—*Iniaki, Iniaki, ja, ja, ja, Iniaki Kangchenjunga climb, ja, ja...*

Se nos ha hecho un poco tarde, así que tendremos que decir adiós a Pasang y a sus colegas. *"Namasté"*, es hora de salir. Tenemos que empezar a sudar una nueva etapa, hacia un sitio que se llama Chirwa. Cuando me despido del chico acaricio su cabeza y le regalo mi bolígrafo. Veo en sus ojos un brillo especial. Creo que él me comprende, creo que Pasang sabe que andar a través de las montañas salvajes es un camino hacia la libertad.

Nos vamos, vete tú a saber hacia dónde.

....

Todo había comenzado bastante antes, en uno de esos días de noviembre en los que uno no sabe si ponerse la ropa de frío, la de lluvia o toda al mismo tiempo. Entonces la ciudad da asco. En Pamplona llueve a menudo ese mes y la piel de los dedos de alguien que escala quema entonces con deseo. Cuando el teléfono sonó lo descolgué rutinariamente, envuelto de un modo espeso y torpe en esa mezcla de comodidad, seguridad y confort que mata a mucha más gente que las bombas, sin sospechar ni por un momento que esa llamada iba a cambiar mi vida para siempre. Al otro lado del hilo, el hablar pausado de Juan Tomás hace que a veces resulte difícil entenderle. Bromeó:

—Oye, no te lo tomes como un insulto, el que te consideremos alpinista...

Cuando me despegué de mi sopor urbano, me di cuenta de que me estaban ofreciendo un hueco en la *Expedición Navarra Kangchenjunga 90*, ni más ni menos. Además de Juan, también Koldo Aldaz, *Juanillo* Cebriain y Pedro José Larregui *Ferre*, eran de la partida. La cosa a la fuerza tenía que ser sencilla para mí porque ya estaba en marcha. Gracias a los contactos navarro-polacos iniciados por Koldo un par de años atrás, en el Makalu en 1988, la infraestructura de la expedición iba a ser organizada por un grupo de aquel país que ya llevaba tiempo trabajando en el tema burocrático. Nosotros sólo teníamos que presentarnos en Nepal con dólares suficientes para el permiso y los gastos básicos. Ellos, los polacos, se ocuparían de la comida y el material.

¿Kangchenjunga? ¿Kangchen... qué? Nadie parecía saber nada de esa montaña de nombre impronunciable, la tercera más alta del mundo, con sus 8.586 metros de altura, apenas treinta menos que el K2. Pronto comenzaríamos a llamarle *Kanchen*, con una familiaridad no exenta de desparpajo, que luego habría de revelarse sin duda demasiado

osada. Le dije a Juan que me lo pensaría rápidamente y le diría algo, lo que más bien quería decir que pensaría cuidadosamente cómo no dejar escapar tal oportunidad, cómo conseguir el dinero que me faltaba sin demora. No iba a ser una expedición cara, escalando *a lo polaco*, pero aún así me hacía falta medio millón de pesetas y yo sólo tenía en mi poder la mitad. Era bastante dinero el que necesitaba, y trabajando solamente los fines de semana en una pizzería no iba a hacerme rico precisamente.

Como hacemos siempre en caso de apuro o ante los problemas insolubles, recurrí a lo mío, a lo más cercano. Les pedí un préstamo a mis padres, que como siempre hubieran dado lo que no tenían para ayudarme a realizar mis sueños. Tenía la certera impresión de que no tendría que trabajar mucho para devolverlo...

La gentileza de Juan y Koldo para conmigo no había hecho sino comenzar. En febrero de 1990 escalamos juntos en los Pirineos algunas rutas, como el mítico corredor de Gaube, en el macizo del Vignemale, en cuya helada cascada final pude poner a prueba por vez primera mis habilidades en hielo vertical. Juan Tomás era ya entonces parte de la elite internacional, y durante todos los años 80 se había dedicado a realizar un alpinismo creativo y puntero, que le había llevado a abrir nuevas rutas en los Andes e Himalaya y a escalar como invitado con los mejores alpinistas de Francia, por ejemplo. Fue el mejor de los maestros, su paciencia e inteligencia hacían que todo resultara mucho más fácil. Me aconsejó constantemente, sobre todo acerca de la preparación física, de la cual él era un dedicado y constante defensor. Empezamos a entrenarnos a diario. Los cuatro meses que transcurrieron desde la invitación hasta la partida fueron una lenta tortura y el deseo fue creciendo hasta llegar a abrasar por dentro.

También mis amigos se alegraban por mí, aunque entre algunos escaladores de roca estaba entonces muy mal visto el “ir de expedición”, gastar tanto dinero para subir lo que despectivamente denominaban “cuestas de vacas”, aunque curiosamente ninguno de ellos se había encaramado a ninguna ni de lejos. Cuando mi amiga Myriam regresó de escalar en Mali estuvimos hablando largo y tendido. Ella estaba contenta por mí, por mi ilusión y felicidad, mientras arreglaba su nueva y diminuta casa en el casco antiguo de Pamplona. Myriam García Pascual era, además de una persona que amaba la escalada y la vida como nadie, la hermana que nunca tuve. Me había ofrecido su amistad sin poner ninguna pega ni condición y yo la había tomado como un aprendiz, con la devoción de un alumno que descubre algo nuevo cada día. Habíamos escalado en Riglos (Huesca), y por supuesto también en Etxauri (Navarra). Era una mujer muy sensible, que se movía por la roca con gracia y soltura. Había escrito ya su *Bájame una estrella*, que se iba a convertir, más que en un libro, en un objeto de culto, en un monumento a la vida libre en las montañas de cualquier lugar del mundo. Myriam me pasó el libro manuscrito, pidiéndome que lo leyera con calma y le diera mi opinión. También sugiriéndome que se lo hiciera leer a mi padre, que es escritor, para ver qué opinaba. Las críticas, por descontado, no pudieron ser más positivas por ambos lados, casi entusiastas. Ella estaba preparando su propio viaje al Himalaya de la India, donde junto con Jesús Buezo *Risi* y Miguel Angel Lausín se habían propuesto escalar el Meru, una montaña de roca y nieve de gran dificultad técnica de más de 6.000 metros de altura. Estaríamos fuera de casa en las mismas fechas. A finales de febrero nos despedimos, y mientras ella iluminaba la emotiva escena con sus ojos grandes y con su sonrisa, me dijo:

—Me parece que contigo se podían haber ahorrado un billete de avión...

Myriam tenía razón; yo volaba a un palmo del suelo, envuelto en la felicidad más pura.

....

Al llegar a Kathmandu la vida explota ante tus ojos. Aterrizar allí por vez primera es sin duda una experiencia que perdura. Nuestro vuelo llegó entrada ya la tarde, casi de noche, después de dar la vuelta por medio mundo, y de hacer una última escala espantosa en Calcuta.

Las calles de la capital nepalí son estrechas y todo resulta precario, provisional, todo parece estar a punto de desvanecerse en el aire. A finales del invierno la temperatura en esta zona sub-tropical es todavía fresca y por las noches se puede respirar.

Koldo nos esperaba en el aeropuerto puesto que él había llegado algo antes. Había volado con la compañía tailandesa Thai, que nos había regalado un pasaje de avión. Koldo, que ya conocía Kathmandu, era un guía eficaz y pronto nos llevó hasta el hotel, por llamarlo de alguna manera, donde se alojaban los polacos. ¿Polacos? Bueno, lo cierto es que la mitad de la expedición había cancelado el viaje a última hora y sólo cuatro alpinistas, todas ellas mujeres, y un médico se habían presentado a la cita con el *Kanchen*. Nos quedamos algo

perplejos, no teníamos ni idea de lo que iba a pasar después. Y, bueno, aquello tampoco era un hotel, más bien parecía la casa de alguien que con asiática gentileza y al módico precio de medio dólar por día nos dejaba pasar allí la noche.

Mientras las polacas, que formaban un grupo veterano, de aspecto abigarrado y recio, se quedaban cocinando en sus propias habitaciones una especie de sopa espesa a la que llamaban "golonka", nosotros salimos a la calle a cenar. Recorrimos sin perder detalle las aceras repletas de gente. Decenas de ojos oscuros se fijaban en nosotros con interés, como queriendo escudriñar nuestra procedencia, e intentando averiguar por nuestro aspecto a qué nos dedicábamos. Paseamos tranquilos hacia Thamel, el barrio turístico, un lugar donde la vida parece discurrir a un ritmo diferente. En los bares y restaurantes sólo parecía sonar la música tropical y tranquila de Bob Marley, y se podía comprar y comer lo que fuera por poco dinero. Mis amigos bebían cerveza San Miguel en botellas muy grandes y los vendedores ambulantes nos acosaban con estilo y maestría. Resulta mejor ni decirles de dónde eres, porque hasta los niños hablan unas pocas palabras de castellano con el fin obvio de ganarse unas rupias. Kathmandu me resultó una fascinante mezcla de miseria y dicha, de basura y picardía, de amables soledades enclaustradas entre la muchedumbre. Un lugar donde una tímida sonrisa vale por mil carcajadas occidentales.

Por la noche no podía dormir. Me asomé a ver las estrellas, ese mismo cielo que podía ver en los Pirineos.

Qué lejos estábamos de casa.

Ahora ya hemos dejado atrás a Pasang y su pueblo, Mitlung. Hemos parado en Chirwa, un lugar al que llamamos "el pueblo donde se cayó Boardman". Nos referimos a Peter Boardman, claro, una de las desaparecidas leyendas del alpinismo inglés, que participó en la primera ascensión en 1979 en la cara norte de este *Kanchen* que nosotros vamos a conocer pronto. Los ingleses también pararon aquí y, como no encontraron cerveza que llevarse al gaznate, se dedicaron a pasar la tarde practicando la escalada de bloques, el *boulder*, en los bonitos dados de piedra que rodean el pueblo. En una de tales prácticas Boardman fue empujado a propósito, aunque sin aparente mala intención, por su compañero Georges Bettembourg. El resultado: una mala caída y un tobillo roto. El tal Bettembourg era francés, lo que quizá explica, al menos en parte, el incidente. El caso es que Boardman jamás pensó en dejar la expedición y ni corto ni perezoso dejó que un par de pequeños nepalíes llevaran sus más de ochenta kilos a la espalda durante varios días hasta llegar al campo base, dando muestras de un gran coraje. Aquello eran hombres de los que ya no quedan, pienso medio en broma mientras camino. Me refiero, está claro, a los que le llevaron por turnos a cuestas durante una semana...

1

También hemos pasado por Amjilassa y por Kyapla. Dejamos atrás bosques de rododendros, pequeños de tamaño, pero plenos de belleza y las primeras nevadas nos sorprenden por la noche. Los días vuelan. Apenas hay tiempo para nada que no sea andar, comer y acampar. No es que andemos muchas horas, cada día tres o cuatro a buen paso, pero las etapas vienen marcadas por el ritmo que ponen nuestros sesenta porteadores. Estos me impresionan profundamente desde el primer momento por su dureza y fuerza. Caminan lentamente bajo cargas que nosotros consideraríamos monstruosas, y lo hacen con habilidad extrema, ayudándose de un bastón en el que descansan apoyando la carga cada pocos metros. Su vida se reduce a lo que pasa ahora mismo, a comer caliente cada tarde y a acurrucarse junto al fuego, si lo hay, por la noche. Algunos llevan carga doble, 60 kilos, para cobrar el doble.

Subimos despacio a Ghunsa, que no sólo es un pueblo sino también un patatal a 3.500 metros de altura. Aquí tenemos que quedarnos un par de días, para aclimatar nuestros cuerpos a la altitud desacostumbrada y también para realizar un obligado cambio de porteadores, puesto que los que traíamos desde Basantapur llevan ya más de una semana con nosotros, pero sobre todo porque los locales son de otra casta y no permiten que en sus tierras trabajen extraños. No lo consentirían, y cualquiera que lo intentara acabaría molido a palos. Los sherpas de este pueblo, como todos, descienden del Tibet. Siempre sonríen, canturrean o silban, y son además unos ladrones de primer orden. En cuanto nos descuidamos nuestras cosas vuelan, da igual que sea keroseno, arroz o tus botas de escalada. La necesidad es mayor que cualquier otra consideración.

Nuestros empleados (un cocinero, su ayudante y un jefe de porteadores), son los encargados de que no desaparezca nada, pero se las ven y se las desean ante el arte que

despliegan los locales. Lakpa es el cocinero y Pasang su ayudante. Su vida es realmente dura, trabajan muchas horas cada día para alimentarnos. Las polacas además son muy exigentes y no les pasan una. Hay ocasiones en las que saltan chispas en el ambiente. Por el contrario, una vez estemos en la montaña no utilizaremos los servicios de sherpas de altura, ni mucho menos oxígeno en botellas. Ambas tácticas no nos parecen adecuadas ni justas y además, aunque quisiéramos, el dinero no nos llega.

En Ghunsa todavía hace frío, estamos al final del invierno.

Nunca he estado en grandes altitudes y no sé qué esperar de esta expedición. Decido simple y racionalmente no esperar nada. No sé si me adaptaré, no sé si la pared será demasiado técnica y difícil dada mi experiencia y no sé si mi cabeza resistirá lo necesario. Sin embargo, estas dudas no están presentes en mi vida cotidiana, ya que son tantas las cosas que aprendo y las impresiones que recibo que no tengo tiempo de estar preocupado. Por la noche, si la duda viene a visitarme, la mando de paseo con una buena patada. Si no pruebo, nunca sabré cuál es el precio de mi piel.

Mis compañeros se esfuerzan en hacerme la vida agradable. *Juanillo* siempre está de broma, y *Ferre* habla poco, pero siempre que lo hace da en el clavo. Después de una noche en la que no ha parado de llover se despierta aturdido, sacude la cabeza y nos dice mirando a ningún lado:

—Esta vida no tiene sentido.

Juan y yo le miramos divertidos, preguntándonos si ésta va a ser la tónica general del viaje y si vamos a poder disfrutar de perlas como ésa a menudo.

Desde Ghunsa ya sólo nos quedan tres días de camino. En Lhonak, apenas a 4.700 metros de altura, me duele la cabeza. Me duele mucho.

....

—¡¡Mirad, mirad qué pedazo avalancha!!...

Alguien ha gritado desde afuera, creo que es Koldo. Abro la cremallera de la tienda con premura y salgo descalzo al exterior. Observo paralizado por la emoción y el miedo el enorme alud que barre la cara norte del Kangchenjunga en su totalidad. La nube deja polvo de nieve a escasa distancia del campo base y tarda unos cuantos minutos en disiparse. Ha recorrido los siete kilómetros que nos separan de la base de la pared en un suspiro. Hemos llegado a Pangpema ayer, pero después de esto a más de uno no le importaría recoger los bártulos ahora mismo y salir valle abajo con presteza.

Pangpema es un prado alpino a 5.100 metros de altura y aquí hemos instalado nuestro campo base; tenemos tiempo y comida para quedarnos casi dos meses. El lugar es perfecto, confortable al tener incluso un poco de hierba, y el agua es buena. Éstas son cosas muy a tener en cuenta al instalarse si se desea un poco de comodidad y evitar enfermedades. Además parece seguro, a salvo de posibles aludes, por lo menos si se ponen bien las tiendas.

La cara norte del Kangchenjunga es terrorífica. O muy atractiva, si se mira con ojos de alpinista. Da lo mismo, es cualquier cosa menos fácil. Está defendida por diversos glaciares colgantes que mandan *recados* hacia abajo de vez en cuando en forma de hermosas avalanchas, hermosas solamente si te pillan a una buena distancia. Pocas rutas son posibles en esa pared, que además está bastante alejada del campo base, lo que implica tener que caminar unas cuantas horas por un glaciar pedregoso y poco agradable hasta encaramarse por sus laderas.

Enseguida me percato, a pesar de mi corta experiencia, de que este monte nos queda bien grande. A todos menos a Juan. Éste se encuentra en un estado de forma óptimo y es el tipo de alpinista que puede escalar con seguridad por una pared como la norte del Kangchenjunga. Los demás sin embargo no tenemos la experiencia suficiente, como es mi caso. Otros no se adaptan a la altura, o echan de menos otras cosas y se pasan el día pensando en lo que ha quedado atrás. Pero todos hacemos de tripas corazón y, basándonos en el trabajo técnico de Juan, quien está claro que va a tener que fijar el 99 por ciento de las cuerdas que hagan falta, y en la buena voluntad de los demás, pronto queremos ir ganándole metros a la montaña.

La historia de la escalada en el Himalaya desde los años setenta parece discurrir paralela a la historia del alpinismo polaco. En los peores escenarios los alpinistas de ese país han abierto nuevas rutas, han realizado escaladas invernales en las montañas más altas con un alto grado de compromiso y exigencia, acompañadas de mucha escasez de medios. Jerzy Kukuzcka, desaparecido en la cara sur del Lhotse en octubre de 1989 y Krzysztof Wielicki, el primero en subir un ochomil en veinticuatro horas, son quizá sus mejores representantes.

El caso de *nuestras* polacas es diferente. Dos de ellas, Amelia Kaploniak y Iolanta Patinowska, son relativamente buenas alpinistas, pero sobre todo quieren trabajar y están dispuestas a darlo todo para avanzar en el equipamiento de la ruta y los campamentos, haciendo gala además de buen humor. Las otras dos, por el contrario, hacen gala de una actitud de *prima donna* que no les sienta nada bien. Anna Cerwinska y Kristina Palmowska se llaman y lo cierto es que son estrellas que rivalizan con otra polaca, Wanda Rutkiewicz, por el cetro del liderato del himalayismo femenino mundial. Rivalizan tanto, de hecho, que se llevan a matar. Quizá ocurre que tras del cetro llegan aparejados jugosos contratos con patrocinadores y cosas por el estilo que animan el cotarro. Ambas tienen experiencia a ocho mil metros de altura puesto que subieron al Nanga Parbat hace cinco años, además de alcanzar la antecima y la cima del Broad Peak, respectivamente, un año después. Así que debido a sus canas les respetamos, aunque aquí su actitud no nos convence y se escaquean todo lo que pueden y un poco más a la hora de arrimar el hombro. De ello nos damos cuenta pronto, un día en el que alguno de nosotros coge la mochila de Anna para ayudar en el paso de una grieta peligrosa que requiere ser negociada con cuidado. Al tomarla en sus manos se percata de que está prácticamente vacía, sólo que la colchoneta está colocada estratégicamente dentro del compartimento principal de la mochila para otorgarle un volumen ficticio que no se corresponde con el peso real. Interesante jugada, que conviene no olvidar.

Por todos estos detalles, en ocasiones la relación se tensa un poco, aunque la presencia como médico de Risyek Duglolecki siempre suaviza las cosas. Este hombre, veterano y bien curtido, posee un fino e irónico sentido del humor que apreciamos rápidamente. Lo que no apreciamos en absoluto es el hecho de que nos gane al ajedrez siempre, sin excepción y sin despeinarse siquiera, no importa que seamos uno, dos o los cinco a la vez los que intentemos batirle. La *selección navarra* se va a ver humillada en repetidas ocasiones por este polaco que además nos repite las jugadas de memoria y nos enseña con modestia por qué nuestra estrategia era equivocada. Él no se va a mover del campo base durante los más de cincuenta días que vamos a permanecer aquí y va a cuidar de nosotros como un padre.

Un día se dirige a mí y me explica lo peligrosas que son algunas cosas de la vida. Me cuenta cómo un buen día, siendo El Buda ya mayor, decidió dar una enseñanza a un discípulo suyo a quien le gustaban mucho las mujeres. El Buda se recostó como los leones, sobre su costado izquierdo, y le dijo lentamente:

—“¿Sabes? Las mujeres y nosotros somos completamente diferentes, tenemos diferente mentalidad y diferentes necesidades. Si quieres ser un monje, tendrás que evitarlas”.

—“Pero maestro, ¿qué debo hacer si son ellas las que se acercan buscando el contacto?”, demandó el alumno inquieto ante semejante perspectiva.

—“Entonces sólo te queda una posibilidad: tener mucho cuidado”.

El intercambio cultural entre gentes de dos lugares tan diversos siempre es enriquecedor. Nos enseñamos mutuamente todas las palabras malsonantes en ambos idiomas y aparte de eso, las polacas sólo van a aprender el significado de dos palabras en español, a saber: *chapa* y *foca,* y en ambos casos involuntariamente. La chapa es la que *Juanillo* lleva puesta mediante un imperdible en el gorro siberiano que cubre su cabeza a todas horas. Está formada por una hoz y un martillo y las polacas no parecen apreciar el gesto de ningún modo. No quieren saber nada del antiguo modelo político y esperan con ingenua credulidad que la apertura les traiga todas las bendiciones del sistema capitalista. La palabra *foca* la aprenden a base de oírla constantemente, siempre en plural y también a menudo en boca de *Juanillo.* Un día Iolanta ya no puede contenerse y le pregunta:

—*What means foca? You say it so much...* (¿qué quiere decir *foca*? Lo decís tanto...)

Juanillo hace como que se atraganta para perder unos microsegundos, los suficientes para pensar, sonríe ampliamente y responde:

—*Hmmmm... a very nice animal...* (un animal muy bonito)...

Pronto descubrimos que nosotros, como el monje budista, tampoco tenemos más opción que tener mucho cuidado. La vía de escalada que hemos escogido, conocida como variante Messner, resulta ser peligrosa en el corredor que une los campos I y II, entre 6.200 y 6.600 metros de altura. El campo II, que está en un lugar expuesto a las avalanchas, lo hemos metido en una inmensa grieta para protegerlo. Después una enorme plancha de hielo da acceso a la arista norte, ya a 7.200 metros, lugar donde vamos a instalar el campo III, al resguardo de un bloque de piedra. Un poco más arriba hay que escalar la roca bautizada por los ingleses como “El Castillo”. A partir de ahí nuestra intención es subir rápidos, poniendo un último campo cercano a los 8.000 metros y saliendo a cumbre muy temprano ligeros de

equipaje, basando nuestra seguridad en la rapidez y en volver a ese último campo antes de que anochezca.

Eso dice la teoría, pero la realidad es diferente. A Juan lo vamos a matar trabajando y los demás le seguimos como podemos. Para mí, la expedición es ya un éxito el día que alcanzo los 7.200 metros del campo III, después de una dura jornada. Aunque yo no he sido el que ha puesto las cuerdas, me encuentro bien, me muevo con cierta soltura y no parecen acosarme todos los males que se leen en los libros; edema pulmonar o cerebral, congelaciones, vómitos... Ni siquiera me ha vuelto a doler la cabeza desde que llegamos a la montaña.

A primeros de mayo comienza a soplar un viento violento que nos hace replegarnos al campo base en busca de protección y nuevas energías. Aquí, en el valle, ya ha explotado la primavera y la vida resulta mucho más sencilla ahora. Las comidas, que consisten básicamente en arroz y algunas latas conseguidas por las polacas en el mercado negro de Delhi, son sencillas pero nutritivas y el sueño vuelve a ser reparador. Es una grandísima tentación quedarse por aquí, y olvidarse de las duras condiciones de vida de un campo de altura, lugares en los que apenas comemos, bebemos o dormimos.

Mientras tanto, yo me he despertado. No sabía que estaba dormido, pero sin embargo he abierto los ojos de par en par a un mundo nuevo que sólo conocía por lo que había leído. Esta primavera va a marcar un punto de no retorno en mi vida. Pronto me doy cuenta de que pertenezco sin remedio a estas gentes, a estos valles y a estas montañas, y que mi vida ya no tendría el mismo sentido sin ellas.

Esta primavera de 1990 he salido de ese letargo en el que involuntariamente estaba sumido. Ha sido dinamitado, ha saltado hecho añicos el espeso y destructor sueño urbano. No quiero volver a saber nada de carreras universitarias, ni de sus muy aburridos profesores. He despertado a la vida que quiero. No sé si la he elegido yo a ella o más bien ha sido al revés. Pero ha sucedido y ahora he descubierto un camino, que será el mío.

Sólo tengo que seguirlo.

....

Los ojos de Juan se quedarán grabados en mi alma para siempre.

Juan Tomás es, digamos, un bien escaso, que no abunda. Es uno de los mejores compañeros de expedición que se puedan tener; amable, inteligente, trabajador, paciente y divertido, aunque puede parecer tímido porque habla poco. Ha seguido llevando el peso del trabajo y ayer mismo, junto con *Ferre*, ha equipado con cuerdas “El Castillo”, hasta los 7.700 metros de altura. Yo me encontraba reventado y pasé el día descansando, con cierta sensación de culpa, en la tienda que hemos instalado en el campo III, a 7.200 metros de altura. Por la tarde decidimos salir de noche, e intentar un ataque desde aquí, aunque sabemos que las posibilidades de llegar a la cumbre son remotas. Sólo estamos nosotros tres, ya que Koldo y *Juanillo* han renunciado más abajo por diversos motivos, aunque están bien y más que dispuestos a ayudar. Las polacas no parecen estar para nada. Nosotros quedamos en empezar a las 10 de la noche y pasamos la tarde bebiendo y recuperándonos.

El anochecer es mágico. La vista no se parece a nada que yo haya contemplado anteriormente. Comienzo a comprender, a mi pesar, lo incómodas y desquiciantes que pueden llegar a ser las últimas horas antes de intentar la cima de una montaña tan grande. Una sensación de pesada incertidumbre se apodera del ambiente y sólo es posible imaginarse la clase de esfuerzos a los que uno se va a ver sometido.

Desde los primeros pasos, se puede sentir cómo el soplo es corto, falta el aire y cada pocos trancos hay que detenerse, agotado. Sin embargo yo me encuentro relativamente bien, y veo que aún es posible moverse y coordinar lo suficiente como para ser efectivo. “El Castillo” está tieso de verdad y al pasar admiro con mala conciencia el enorme trabajo que Juan y *Ferre* han hecho ayer. Está amaneciendo y me siento como si fuera el principio de todos los tiempos, y nosotros los últimos habitantes de este planeta. Al salir de los últimos metros de escalada, sofocantes a esta altura, llegamos a la zona más llana que nosotros conocemos como el “Campo de fútbol”, que nos llevará hasta el “Croissant”, una barrera de rocas que tiene esa forma, ya a ocho mil metros de altura. Después empinadas rampas de nieve llegan a los “Pináculos”, donde se alcanza, a 8.450 metros, la cara sur, por la cual se sigue hasta la cumbre. Así, poniéndoles nombres a los accidentes geográficos, pretendemos burlar a la montaña, engañarnos a nosotros mismos pensando por un momento que nos movemos en terreno familiar, creyendo que dividiendo en etapas este gigantesco maratón podremos llegar a completarlo.

Pero no iba a ser nuestro día. *Ferre* se da la vuelta poco después de superar “El Castillo”.

Nos quedamos Juan y yo solos y avanzamos a trompicones por las rocas que cubren esta zona de poca pendiente. Pronto comprendemos por qué no hay nieve: el viento es constante y se la ha llevado a otra parte. Ese mismo viento que lleva soplando toda la noche arrecia por momentos y amenaza con dejarnos tiesos de frío. Además nos desequilibra sin piedad, impidiendo que mantengamos un ritmo decente. Cuando por fin amanece del todo no nos sentimos mejor, aunque al menos podemos ver por dónde pisamos. Una espesa capa de nubes, que se parece bastante a una tormenta, avanza hacia nosotros con rapidez. Sin embargo yo estoy tranquilo. Supongo que por eso son bellas estas montañas, porque hay tormentas y no se puede subir a ellas todos los días. O al menos eso pienso yo.

Me apoyo en una piedra y espero a ver qué dice Juan. Y es entonces cuando sus ojos se van a grabar en mi alma para siempre, asustados ante la posibilidad de que yo haga una gilipollez cualquiera, como quedarme aquí arriba y morirme. Lleva puestas, como yo, unas grandes gafas de ventisca. Él es en estos momentos mi propio espejo y estamos tan solos como si el planeta no tuviera otros habitantes. Su gesto me dice lo que ya sabía, que hoy no subiremos al Kangchenjunga. Sin asomo de tristeza, alerta como un felino y con los sentidos prestos para esa lucha en la que se va a convertir el descenso, Juan me dice que se va para abajo. Yo le respondo que me gustaría llegar al “Croissant”, que sé que está ya sobre los 8.000 metros. Ya sé que es una tontería. Bueno, lo sé ahora que estoy a buen cobijo, pero en aquel momento no se me ocurrió.

Yo me voy para arriba y él se encamina hacia abajo. Y me llevo sus ojos grabados en la mente. Serán esos mismos ojos de Juan los que me hagan darme la vuelta después de superar esos estúpidos 8.000 metros y de hablar por radio durante casi quince minutos con Koldo, que está en el campo base.

Se me hiela a medias un dedo gordo de la mano mientras parloteo, precisamente el pulgar que aprieta la tecla del aparato.

Pero no me doy cuenta.

La bajada es terrible, y se convierte en una lucha sin cuartel. No consigo orientarme en este pedregal, y será casi un milagro encontrar el punto donde comienzan las cuerdas fijas. Conforme pierdo altura, la nevada se hace más intensa y al saltar la grieta que da acceso a “El Castillo”, desencadeno una pequeña avalancha que hace que mi corazón se pare por un momento. También pierdo en la nieve uno de los gruesos cubrebotas que impiden la entrada de frío y nieve en mis pies. Bajo a la carrera hasta las tiendas, donde los demás me esperan y respiran aliviados al verme entero.

¿Por qué siempre pintan el infierno de rojo, con llamas? No tienen ni idea. Ahora yo sé que el infierno también puede ser blanco.

……….

Aún tenemos tiempo, Juan y yo, de hacer un nuevo intento mientras los demás comienzan la marcha hacia la civilización, incluyendo entre ellos al cocinero. Pero yo estoy muy cansado. Ando sin ganas por el glaciar y no veo cómo puedo rendir a ocho mil si a cinco mil metros ya no tengo fuerzas. Además no me gusta ni un pelo el hecho de no tener ni siquiera campo base a nuestra bajada, porque todos descienden valle abajo mientras nosotros tiramos para arriba de nuevo. Hablo con Juan apenas pasada una hora de marcha y le digo que me voy para casa. Creo que él se piensa por un instante lo de intentarlo en solitario pero al final también cede. Después disfrutamos de la vuelta a la civilización, de las comidas y comodidades. Y del calor, sobre todo del calor.

En Kathmandu todo llega demasiado de golpe y uno no puede evitar sentirse deprimido e inquieto. Apenas duermo. Ya no estamos en las montañas. Aguardamos en una larga fila, dentro de la oficina de correos, hasta que podemos llamar por teléfono desde uno de los cinco aparatos que funcionan de entre todos ellos. Llamamos a casa, claro, para que sepan que estamos vivos y que al monte no nos hemos subido porque somos algo inútiles, pero que estamos bien si lo miramos con ojos de madre, aunque bastante flacos.

El día 29 de mayo es mi cumpleaños y me las apaño, yo solito, para olvidar la cartera en un restaurante de la parte vieja de la ciudad, el KC’s. No sería muy importante el incidente si la mencionada cartera no tuviera dentro lo que llamamos el “fondo común”, el dinero que pertenece a todos y a ninguno, y que sirve para pagar las bebidas, las cervezas y las cinco comidas que trasegamos ahora diariamente, como salidos de una guerra. Cada uno de nosotros cinco había puesto 100 dólares esa misma mañana y alguien, a quien Dios no ha llamado por los caminos de la clarividencia, había dicho: “Que lo guarde Iñaki, que es el más *responsable*”. Mis amigos no me lo tienen en cuenta, lo que dice mucho de ellos. Ni siquiera

me toca invitarles a unas cervezas para que se les olvide el tema.

Me monto en un avión que me lleva a casa, pero no me quiero ir. Han pasado noventa días, intensos y llenos de vida. Y el que se va a bajar de ese avión es otro hombre, diferente, cambiado, consciente. Ya tengo veintitrés años.

La llegada a Madrid es alegre y distendida, en un primer momento. Nos esperan algunos amigos y Koldo, que esta vez también ha llegado antes que nosotros, en otro vuelo de Thai. Los abrazos son cálidos y sinceros, aunque Koldo, el tipo más honesto que conozco, malamente puede disimular lo que siente. Enseguida me lleva aparte y me dice:

—Tengo que decirte algo, Iñaki. Ha habido una avalancha en la India, en el Meru. Han muerto Myriam, *Risi* y Lausín.

La mano de Koldo, que me toca como el amigo que es, no puede evitar el golpe. Es una de esas veces en las que te gustaría dar marcha atrás en el tiempo, no haber oído, pretender una ausencia imposible que evite los crujidos del corazón...

Por un instante la demencia y el pánico se apoderan de mí.

Yo todavía estoy sonriente, contento de ver a los amigos, feliz de estar en casa. Me cuesta unos segundos dejar que esa noticia carente de matices, la más cruel posible, llegue hasta mi cerebro. Pero después inevitablemente llega y revienta como una bomba. Contrariamente a lo que se suele decir, no me cuesta nada creérmelo, aunque quisiera despertar y que sólo fuera una pesadilla. Siento como si la misma nieve que acompañó mi descenso en la tormenta, en el Kangchenjunga, explotara dentro de mí, en un lugar cercano al corazón, dejándome al mismo tiempo helado y sangrando.

....

Yo había vislumbrado un camino a seguir esa primavera, despertando en las nieves del Kangchenjunga.

Quizá sea ése mi destino.

Mientras tanto ella, Myriam, la mujer irrepetible a la que quería todo el mundo, la misma que marcó para siempre a todo aquél con quien se cruzó, había encontrado el suyo en otras nieves igual de heladas, igual de sagradas. No quería creer que no volveré a verla nunca.

Miré a Koldo con tristeza. Me hubiera gustado echar a correr y esconderme. Y después llorar.

En brazos de la diosa madre

Everest, agosto-octubre 1992

No cabía duda de que éramos unos buenos muchachos y, como tales, lo mismo escalábamos un ochomil, que cogíamos una borrachera, que asistíamos a los selváticos bailes de la noche... nos esforzábamos mucho.

Herbert Tichy

—Se van, Iñaki, ¡¡que se van con nuestras cosas!!...

Juraría que nadie ha visto nunca nervioso a Juan Tomás. Yo asisto a la escena sin poder hacer mucho, con la misma impotencia que él, pero perfectamente consciente del enorme privilegio que supone verle agitado, aunque no desesperado. Lo cierto es que el presunto problema a mí tampoco me causa ninguna diversión. El inconveniente es que los porteadores han agarrado nuestros bártulos, cuidadosamente divididos en bultos de treinta kilos durante la semana que hemos pasado en Kathmandu y se han dirigido a sus casas particulares sin hacer caso a las voces que les damos, en completa anarquía. Está bien eso de la anarquía, la libertad individual y todas esas cosas, pero nosotros somos ahora la patronal, los que mandamos, responsables de que nuestros dos mil kilos de material alcancen el campo base sin falta ni pega. Y no podemos permitirnos el lujo de que nos roben lo que quieran antes de empezar. O quizá es que hemos leído demasiados libros clásicos, como si fueran novelas de caballería, de esos en los que se habla de caravanas interminables de porteadores obedientes a la mano dura de un líder severo, ordenados y esforzados bajo el cielo infinito de Asia. En cualquier caso, como jefes, tanto Juan como yo damos un poco de pena, o por lo menos dejamos bastante que desear.

Nuestro *sirdar,* jefe de sherpas, el famoso Ang Rita, se acerca divertido y nos explica que nuestros noventa porteadores no tienen la menor intención de abrir nuestros sacos, sino más bien quieren hacer algunas compras de última hora y también comer antes de salir, que esto es Nepal y nunca se sabe lo que puede pasar, así que si te ha de pasar de todas formas, mejor que sea después de comer. Medio aliviados, medio avergonzados nos sentamos a esperar que acaben. Estábamos perdidos en Jiri, un poblado donde acaba la carretera que comienza en Kathmandu, a 200 kilómetros, en mitad de las colinas del prehimalaya. Nuestra expedición ha interrumpido por un momento la rutina del pueblo y todos miran con sana y natural curiosidad. Por fortuna, aquí todavía no ha llegado la televisión.

El monzón se encuentra en su apogeo a primeros de agosto y esta noche no ha parado de llover. Aunque de momento hace calor, la humedad se cuela por todos los resquicios, incluidos los del alma, y resulta del todo imposible despegarse de ella. Tampoco es fácil mostrarse optimistas ante nuestro futuro. Ahora por la mañana parece que ha parado, pero sabemos que sólo es para retomar fuerzas, como si el monzón también tuviera que comer y después fuera a descargar sobre nosotros, con renovadas energías, toda su furia.

Todo es de color verde: la jungla que nos rodea, las piedras musgosas sobre las que se apoyan las casas, nuestra propia esperanza. Hasta el río parece ser de ese color. También

son verdes los mocos colgantes del niño que viene a decirme adiós. Es el hijo de la mujer en cuya casa hemos dormido, y sus mocos parecen ser ingrávidos, permanentes. Se me antoja que están dotados de cualidades personales e intransferibles que hacen que su portador no se moleste lo más mínimo en limpiárselos. Por un instante envidio esa paz que permite a este niño no sentirse sometido a convenciones y desdeñar con fuerza la carga de las apariencias. Con una mano toca mi muslo para llamar mi atención. Sonríe. Nos hemos hecho amigos la noche anterior y él sabe que no volveré por aquí pronto. Le repito por enésima vez que no, no tengo en mi poder ningún caramelo que me sobre. Me gustaría cruzar unas palabras con el primero que pasó por estos lugares ofreciendo dulces a los niños. Bueno, es posible que fueran algo más que palabras, porque el caso es que los niños del Himalaya se han acostumbrado a pensar en los excursionistas occidentales como meros proveedores... con ganas le sacudiría un estacazo. Ahora Ram Bahadur Jirel, que así se llama el pequeño, me dice adiós mientras me pongo a andar con ganas. En este pueblo todos llevan *Jirel* de apellido, todos son más o menos parientes. Nuestra expedición dejará un buen dinero por aquí, y bastante repartido. Los porteadores, además, cobran tres veces más trabajando para una expedición que haciéndolo para un nepalí. Su único problema será llevar treinta kilos a la espalda durante siete días, y también aguantar nuestra neurastenia que pretende controlarlo todo, al menos los dos o tres primeros días.

Tan pronto como empezamos la marcha estamos empapados. Nuestros cuerpos están nutridos de sobra, nosotros no necesitamos comer antes de salir. Llevamos un año esperando este momento, exactamente desde que regresamos del último viaje. Estamos hartos de ruido, de contaminación, de motores, de aviones y coches, de relaciones humanas superficiales en mitad de tanto bienestar. Queremos cambiar todo esto por recibir un poco de la energía que sin duda emana de las grandes montañas del Himalaya. Aunque el precio de este canje pueda ser muy caro, estamos dispuestos a aceptarlo y jugar de nuevo. El agua que cae se cuela por los agujeros de mi paraguas y resbala por mi piel hasta alcanzar mis piernas. Además el sudor corre libre por su cuenta, el esfuerzo se deja notar tras pasar tantos días desde la salida de casa hasta llegar aquí. ¿Para eso entrenamos, sólo para estar parados semana y media entre tantos viajes y compras?

Este agua que me limpia parece purificarme no sólo por fuera, sino también por las zonas escondidas de mi ser que la vida en occidente ha vuelto a dejar aletargadas. Esta lluvia que no para de caer es como la misma felicidad que experimento: voluble, caprichosa, pero al mismo tiempo real y profunda.

....

En Jiri comienza el conocido *trekking* del Everest. Allí es donde nos dirigimos, sin asomo del desparpajo juvenil que acompañaba nuestros pasos en el Kangchenjunga hace un par de años. Ahora no se trata ni mucho menos de que lo sepamos todo, pero tenemos una cierta idea de lo que vamos a encontrar, al menos un esbozo. El sueño de subir a la montaña más alta se ha abierto camino a patadas. No ha sido fácil en absoluto encontrar el dinero necesario para pagar todo esto y, de hecho, el patrocinio por parte del Banco Exterior solamente ha llegado en el último momento, cuando ya teníamos cambiados por dólares todos nuestros ahorros, y estábamos dispuestos a fundirlos. Nos hemos convertido a última hora en *Bex Everest 92*. Esos dólares reposan ahora en un cajón, en la casa de mis padres en Pamplona. Aguardan un destino no tan lejano aunque igual de incierto que el mío.

La idea de escalar el Everest se nos había ocurrido a todos, por supuesto. En mi caso, puedo asegurar que buena parte del mérito recae en mi padre. Hace ya unos años, en 1980, mi progenitor se acercó a la librería de enfrente de casa con la saludable, recomendable y en principio nada peligrosa intención de regalarme un libro. Del libro que escogió le debió de llamar la atención la barba y la *bandana* que cubría el pelo largo del tipo que salía en la foto de la portada. O quizá fue la nariz completamente pelada que se apreciaba, recuerdo de recientes batallas. Se veía a distancia que era alguien seguro de sí mismo, en plena forma, acostumbrado a las fotos y a los flashes. *Everest sin oxígeno*, decía el título. El de las melenas se llamaba Reinhold Messner. Lo compró sin dudarlo; puede que a mi padre le gustara el pelo largo, que lo era casi tanto como el suyo propio. Al fin y al cabo es cierto que alguien que luce esas greñas sólo puede ser una buena influencia. Hacía tiempo que los tres hermanos mayores andábamos por el monte todos los fines de semana, cuando el gimnasio de judo en el que mi padre daba clases a diario estaba cerrado. En aquellos tiempos a mí el judo me gustaba ya infinitamente más que el colegio, y la montaña todavía mucho más que ambos. Creo que leí el libro al menos un par de veces por semana durante el primer año y

luego ya fui bajando algo el ritmo...

Aunque lo cierto es que lo del Everest, en la práctica, lo ideó antes que nadie Koldo Aldaz, que fue mi compañero de expedición en el Kangchenjunga y que ha sido uno de mis (benevolentes) jefes durante los últimos dos años en el refugio de Belagua, del que es uno de los guardas. Con el tiempo se iba a convertir, Koldo, en uno de mis amigos más fieles. Pero desde que este pasado invierno Koldo se enteró de que estaba esperando un hijo, pasó el testigo de la organización a otros. *Pitxi* Eguillor, Patxi Fernández, Pedro Tous y Mikel Repáraz también estaban al menos tan interesados como Juan Tomás y yo, así que decidimos unir fuerzas y planes. Seríamos seis alpinistas compartiendo el sueño infantil de subir a la montaña más alta.

Antes de arrancar hemos vendido muchos miles de camisetas, especialmente Pedro, que trabaja en una empresa que tiene a su vez miles de empleados y que ha resultado ser poco menos que una mina. La camiseta, realizada por los amigos de una empresa llamada Kukuxumusu, se iba a convertir en mítica, casi en un símbolo de nuestra lucha denodada por no quedarnos en casa. Nos apoyó tanta gente que resultaba difícil agradecerlo lo suficiente, aunque también hubo quien dijo que no teníamos la experiencia suficiente y que no llegaríamos jamás a la cumbre. La envidia es libre, desde luego, pero hace falta tener un *morro mundial* para pensar eso de Juan o de *Pitxi,* y más aún para decirlo en público. El gobierno local de la época no nos apoyó. Era un gobierno tan progresista que en un futuro no muy lejano iba a progresar hacia la corrupción generalizada, las cuentas en Suiza y cosas de ese estilo[1]. Me dio por pensar en el propio Reinhold Messner, el mejor himalayista de la historia, quien fue preguntado en una ocasión sobre la causa por la que nunca había aceptado una subvención de su gobierno. El sudtirolés, con cierta diplomacia, respondió que él preferiría estar patrocinado por una prostituta.

Se decidió entre todos mandarnos a Juan y a mí a organizarlo todo en Kathmandu, y así aprendí cómo se hacen las cosas. La eficacia y meticulosidad de Juan son legendarias y yo le seguía cual fiel escudero por la parte turística de la ciudad, procurando esta vez no perder u olvidar los seis millones de pesetas de los que disponíamos para la empresa, que venían en metálico en nuestros bolsillos. Pedro, Patxi, Mikel y *Pitxi* nos alcanzarían en el campo base.

Ahora, mientras comenzamos a andar, sentimos un gran alivio al ver que todo funciona, que podemos relajarnos y volver a encontrar nuestro punto de equilibrio después del descontrol previo a la salida de Pamplona. Pronto me percato de que los días pasados en estas aproximaciones me gustan tanto, y en ocasiones más, que lo que luego será la propia escalada.

Coincidimos en fechas con una expedición vasca, compuesta por los hermanos Iñurrategi, Félix y Alberto, y por Josu Bereziartua y su novia Amaia Aranzábal. Los dos primeros, amigos a quienes conozco hace años, se dirigen directamente al Everest, mientras los segundos quieren subir al Cho Oyu y después, en el caso de Josu, enlazar con el Everest. Los vascos, a pesar de lo que dicen por la tele, no tienen rabo ni cuernos, ni siquiera dos cabezas y la relación va a ser cordial en todo momento.

Para nosotros lo único difícil durante estos días de bondadoso *trekking* es observar cómo diariamente Félix y Alberto se duchan en la fuente de cada pueblo en el que dormimos, tras acabar la etapa del día. Juan y yo pensamos que es mejor evitar catarros y problemas, pero observamos con cierta envidia. Yo sostengo la teoría de que nosotros, los de ciudad, no estamos hechos para soportar estas condiciones. Pero el quinto día de marcha, tras llegar al pequeño pueblo de Bupsa, nos miramos y pensamos, “nosotros, como los hermanos...”. Triste error. Nos dirigimos a la fuente y, tras esperar nuestro turno, nos lavamos como Dios manda, largo y tendido. Por la tarde ya nos pica la garganta y, poco después, tanto Juan como yo nos agarramos un catarro hermoso y sin matices, de esos que duran diez días. Con infinita resignación salimos a caminar al día siguiente, provistos de sendos pañuelos y con la lección bien aprendida.

La llegada al campo base, un gris y húmedo 23 de agosto, es decepcionante. A finales de este mes todavía llueve en el valle del Khumbu y la belleza paisajística que el lugar posee como muy pocos otros en el mundo la recordamos sólo de los libros, puesto que ahora queda cubierta bajo una gruesa capa de nubes. A más de cinco mil metros todavía es agua lo que cae, es imposible orientarse un poco, y no digamos nada de sacar fotos. Juan filma en video casi sin parar. Más nos vale, pues de este modo habrá imágenes para montar un pequeño

documental a nuestro regreso. Después de andar durante catorce días llegamos al campo base a la carrera, casi compitiendo con los guipuzcoanos por llegar antes, o por elegir el sitio. Estupidez de juventud que nos causa un buen sofoco, quizá responsable del pequeño malestar que me asalta durante el primer rato aquí. Y que además es una carrera innecesaria, puesto que no hay nadie en el base para disputarnos el espacio.

El lugar es detestable si lo comparo con Pangpema, en el Kangchenjunga, pero también palidece en relación a cualquier otro campo base de otras montañas de ocho mil metros. Los bloques de piedra que decoran este glaciar son grandes e irregulares y el hielo aflora pronto por debajo de ellos, por lo que resulta tarea compleja tallar una buena plataforma para colocar la tienda personal, labor que bien puede requerir dos o tres horas de esfuerzo. Es necesario aislarse del suelo a conciencia si no se quiere pasar frío por la noche, a pesar de que tenemos sacos de dormir que prometen lo imposible, calor a muchos grados bajo cero. Ningún ser humano viviría nunca aquí[2].

La primera noche el cielo se despeja al anochecer, justo antes de cenar. Es ese mismo cielo que me hechizó hace dos años. Aquí nada ha cambiado y el tiempo parece carecer de sentido. En mi corazón tampoco hay novedades. Me impresionan estos momentos de tal modo que serán imposibles de olvidar. El sol desaparece poco a poco, pero un rato después todavía se puede ver la cima del Nuptse de un color rojizo inigualable. Cuando al fin el sol se acuesta el cielo se torna rosado, después violeta, y al final los colores que se ven no tienen nombre conocido por mí.

A los dos días llegan nuestros compañeros de viaje, primero Patxi y Pedro, que han volado a Lukla ahorrándose así siete días de camino y un día después lo harán *Pitxi* y Mikel, que vienen andando desde Jiri. Podemos empezar a pensar en esta montaña que no se ve desde el campo base pero que pronto sacará lo mejor de cada uno. La Diosa Madre de la Tierra, como la llaman los tibetanos, nos espera impávida, bella y por un instante luminosa en la nieve espesa del monzón.

……….

Escalar el Everest es algo que se hace por orgullo, mayormente. Mirar el mundo desde su punto más alto es una oportunidad única, algo que está al alcance de muchos pero que muy pocos consiguen, se mire como se mire. Por supuesto que puede haber otros buenos motivos, pero sin orgullo ni ambición nadie pasaría meses preparándose, consiguiendo la financiación, viajando. Nadie dejaría en casa a los suyos sin mirar mucho para atrás, nadie arriesgaría el pellejo propio y el ajeno de esa manera. Mi experiencia es muy corta, pero creo, tal y como funcioné en el Kangchenjunga, que tengo al menos el derecho de intentarlo. Por supuesto que tendré que andar con mucho cuidado, reconociendo con suma modestia mis numerosas limitaciones, sabiendo que allí arriba la vida humana se extingue muy pronto y que cuando las condiciones cambian, y a veces lo hacen muy rápidamente, el que no esté preparado lo va a pagar a un alto precio.

Por eso, y porque hemos conseguido un *sponsor*, decidimos realizar una expedición clásica que tenga, si no es mucho pedir, las máximas opciones de poner a alguien en la cumbre. Desde que en 1980 el vasco Martín Zabaleta lo hiciera por primera vez, otros alpinistas de nuestra tierra han repetido el ascenso. A la mayoría de ellos los conocemos y sabemos que no son extraterrestres, que no hay nada en ellos que nosotros no tengamos, especialmente el oxígeno artificial.

Éste es el único asunto que me hace pensar más de la cuenta, que me tiene intranquilo. Le doy muchas vueltas al tema de las botellas de oxígeno antes de tomar ninguna decisión. Tengo muy claro que, en mi opinión, sólo una ascensión sin botellas es digna. Utilizar los tanques supone rebajar la altura de la montaña unos cuantos cientos o miles de metros, dependiendo del flujo de gas que escojamos, hasta que se encuentra la altura de nuestras piernas y pulmones. Entonces, enchufados, podemos encaramarnos a su blanca testa sin dejarnos la piel o los dedos en el intento, aniquilando así la esencia de la aventura. Durante muchos días no sé qué postura tomar al respecto, pero al final pienso que lo mejor es esperar hasta el último momento para decidirme. Seguro que allá arriba cada uno se pone en su sitio con rapidez. Sé bien que no hay hasta ahora más que treinta y siete hombres y una mujer que lo hayan conseguido sin ese tipo de trucos, las botellas. Tengo serias dudas de que yo sea capaz de engrosar esa lista, aunque también pienso que la única manera de eliminar esas dudas es intentarlo.

Tampoco como grupo queremos hacer nada nuevo, nada que salga en las revistas y en los libros y que pase a la historia del alpinismo. Nada que haga que la gente nos mire como a héroes. ¿Quién es tan vanidoso que necesita algo así? Personalmente me conformo con estar aquí y disfrutar de esta expedición y de estos compañeros únicos. Me preocupan bien poco las nuevas rutas y los currículos repletos, ni siquiera sueño con ser alpinista profesional, ya que es algo que se antoja inalcanzable, además de que, visto desde fuera, parece ser una auténtica carrera de ratas.

Contratamos los servicios de seis sherpas de altura, porteadores duros como rocas que acarrearán parte de nuestros bártulos, el oxígeno sobre todo, hasta el collado sur, lugar donde se plantan las últimas tiendas a casi 8.000 metros de altitud. Tampoco es una idea que me guste especialmente, más teniendo en cuenta el hecho de que sólo nos decidimos a ello a última hora, cuando llegó el dinero del patrocinador. Es decir, que si hubiéramos tenido que pagarlo de nuestro modesto bolsillo, entonces hubiésemos llevado todo a cuestas, en la medida en que nuestras también modestas fuerzas lo permitiesen.

También sé bien que por muchos sherpas y oxígeno que llevemos nadie nos obliga a nada, nadie espera nada que nosotros no podamos dar. Pero la aventura no necesita justificación moral alguna, ni ésta que ahora comenzamos ni ninguna otra. La aventura es un impulso del corazón humano, una pulsión ante la que cualquier acto de la razón es inútil. Lo único necesario es ilusión e imaginación, y por supuesto viene de perlas sentir el amor de los que se han quedado en casa y nos apoyan sin transmitir ni sombra de duda. Lo demás sobra, incluida la voluntad de hierro de la que otros héroes *nietzscheanos* hacen gala. ¿De qué pueden servir aquí tanta voluntad y tanto hierro? Sólo añadirían peso a nuestras mochilas.

Queremos disfrutar de la montaña y de los amigos. De la propia escalada. Y volver a casa enteros, si puede ser.

....

Cuando llegamos, estamos solos en el campo base, únicamente acompañados por el grupo de sherpas que equipan la cascada de hielo del Khumbu con cuerdas fijas y escaleras de aluminio, para luego cobrar un peaje a todos los extranjeros que se den cita en el campo base con intenciones de escalar. Les acompañamos e incluso ayudamos en varias ocasiones, para comenzar nuestra fase de aclimatación a la altura. Los diez días que transcurren hasta que comienzan a llegar el resto de expediciones los pasamos en una especie de limbo irreal, envueltos en la magia del lugar, sin las molestias del gentío que se avecina. Se rumorea que en los próximos dos años el precio del permiso que nos cobra el (corrupto) gobierno nepalí por el derecho de intentarlo, ahora establecido en 10.000 dólares para siete personas, va a multiplicarse por siete. Quizá por ello, pasada ya la primera semana de septiembre, comienzan a llegar expediciones de todos los rincones del mundo. Franceses, americanos, alemanes e italianos serán pronto nuestros vecinos, hasta pasar de las doscientas personas. Tenemos que delimitar zonas de recogida de agua para cocinar y zonas reservadas para WC, con el fin de evitar infecciones gastrointestinales.

También aparecen las así llamadas expediciones comerciales, en las cuales los clientes pagan a una agencia que se encarga de organizar el traslado de toda la impedimenta hasta el campo base y en algunos casos incluso de guiar a los participantes hasta la propia cumbre haciendo un uso extensivo de porteadores de altura sherpas, cuerdas fijas y oxígeno embotellado. Creo que algunos utilizarían helio si fuese necesario.

Los italianos vienen a medir el Everest, con un gran despliegue técnico detrás. Me imagino que el asunto de saber la altura exacta del monstruo tendrá alguna utilidad, pero la verdad es que a mi me da exactamente lo mismo, si de una manera u otra voy a tener que subir todos y cada uno de esos 8.848 metros que todos sabemos desde niños que mide el Everest. Claro que a la escuadra *azzurra* el resultado de la medición no les puede coincidir con el antiguo. Imaginemos por un momento que se gastan todo ese dineral y el resultado es el mismo... El Everest, por su parte, no parece preocupado en absoluto por tales actividades. Parece tranquilo, reposado, bellísimo envuelto en su manto de nubes y nieve otoñal.

Así pues el campo base se convierte pronto en un pequeño poblado. Conocemos a gente muy interesante, como el alemán Ralf Dujmovits o el francés Patrick Gabarrou, y vemos pasearse a cantidad de *famosos*, como Marc Batard, Michel Dacher, Pierre Tardivel, Benoit Chamoux, Agostino da Polenza, etc. Se pasean, eso sí, pero en lo que se refiere a trabajar en la ruta ya nadie parece sacar pecho. También es cierto que hemos llegado diez días antes que los demás y nuestra aclimatación está por lo tanto más avanzada. A los galos se les distingue a distancia, puesto que si no llevan puesto algo que sea a la vez naranja *fosforito*,

verde y rosa fucsia, no salen del campo base.

El Everest, el Lhotse y su vecino el Nuptse forman un arco de montañas en forma de herradura que no conoce parangón en el Himalaya. La ruta normal de escalada, descubierta y ascendida a principios de los años cincuenta, requiere en primer lugar someterse al destino para cruzar el laberinto de gigantescos bloques de hielo, llamados *seracs*, que forman la mítica cascada de hielo. Después hemos de recorrer el "valle del silencio", hasta llegar a la pared del Lhotse, que da acceso al collado sur. Desde este lugar, 900 metros separan de la cima a quien le queden fuerzas.

La cascada es un lugar bello como pocos, pero muy peligroso. Durante este mes de septiembre seremos sus prisioneros y habremos de cruzarla en siete ocasiones en cada sentido, arriba y abajo, antes de ser libres de nuevo y poder marchar de vuelta a casa. La atravesamos siempre a primera hora, unos antes que otros pero siempre temprano. Juan y yo acostumbramos a salir a las 4 de la madrugada, aunque *Pitxi* prefiere salir bastante más tarde después de dar cuenta de unos huevos fritos a modo de desayuno. Lhakpa, un nepalí simpático y gordito, es quien se encarga de la cocina, y lo hace perfectamente. Por lo demás, entre nosotros no hay un líder que dé órdenes, nadie dice a nadie qué se debe hacer y cada uno es libre de realizar la aclimatación como más le convenga, según la experiencia personal. Yo tengo serias dudas sobre la democracia como sistema de gobierno al nivel del mar, pero en altitud sé ya de sobra que no funciona en absoluto. En nuestro caso se imponen el respeto y la tolerancia auténticos y todo se discute en común. Después cada uno hace lo que le viene en gana y así jamás se oye voz más alta que otra.

En la cascada lo más importante es ser rápido. El lugar tiene sin duda una magia especial pero también puede destruirte en un instante. El hielo cruje y se queja. Su sonido recuerda al de las letanías budistas, como un mantra que en este caso no consigue calmar los nervios de nadie. En la cascada, el silencio y el ruido son lo mismo, mala señal en ambos casos. Un día, antes de cruzar una grieta inmensa sobre la que pende una tambaleante e insegura escalera, me encuentro con Nuru, un sherpa de los italianos. Es un tipo alto y al sonreír me deja ver sus dientes de oro. Me señala el vacío negro que se abre y parece no tener fin. Sacude la cabeza y me dice:

—*"Other side, America".* (Al otro lado, América).

....

Ang Rita es un sherpa de leyenda que, hasta el momento, ha subido ocho veces al Everest sin utilizar oxígeno embotellado, amén de sus cuatro ascensos al Dhaulagiri. El Kangchenjunga y el Cho Oyu también los conoce desde arriba, así que cuando *Pitxi* se enteró hace apenas unas semanas de que venía a trabajar con nosotros se alegró mucho. *Pitxi* le conoce porque ambos estuvieron juntos en la *Expedición Navarra Dhaulagiri'79*, de tan brillantes resultados. La labor de Ang Rita va a ser la de ejercer como jefe de sherpas y su experiencia en el Everest nos debe ayudar mucho. Resulta curioso que ambos, *Pitxi* y Ang Rita, tuvieran entonces treinta y un años y sin embargo ahora, pasados trece años, *Pitxi* tiene obviamente cuarenta y cuatro pero Ang Rita sólo cuenta cuarenta y uno y así lo demuestra su pasaporte. Sabíamos que el tiempo discurre a otro ritmo en tierras de Asia, pero no que lo hiciera hasta ese punto...

Se ha traído a cuatro amigos y a su hijo a trabajar a sus órdenes. El hijo, que se llama Chewang Dorji y sonríe todo el tiempo, nos asegura que tiene dieciocho años, pero aparenta quince como mucho. Nunca ha trabajado en altitud y nunca ha usado crampones, de modo que el día anterior a su primer porteo en la cascada recibe un cursillo acelerado en las cercanías del campo base, impartido por su famoso padre, y con ese escaso bagaje se va para arriba. Acarreará cargas hasta los 7.700 metros.

El trabajo de un sherpa de altura está bien pagado en relación al país en el que viven, Nepal, que es uno de los más pobres del mundo, el cuarto más pobre si nos atenemos al Producto Interior Bruto. Aunque a veces yo me pregunto si alguno de estos listos que hace las listas ha mirado a la Felicidad Interior Bruta. Lo dudo. Pero Ang Rita no se va a morir de hambre precisamente, sabe sacar un sobresueldo de cualquier situación. Uno de nosotros le regala, "con la mejor intención", sendos ejemplares de *Playboy* y *Penthouse*. La alegría desbordada que exhibe el sherpa cuando recibe el regalo tiene otros motivos que los que en un principio sospechamos. De ello nos percatamos según van pasando los días, cuando observamos que un flujo constante de sherpas de otras expediciones pasa por su tienda durante unos segundos y desaparece con un bulto bajo el brazo. Preguntamos intrigados y Ang Rita nos cuenta entre risas cómo alquila las revistas por separado, en tandas de treinta

minutos o una hora, dependiendo de las necesidades del *cliente*.

Y cuando él se va a trabajar por los campos de altura, el *negocio* pasa a manos del cocinero.

....

La que sigue es una historia simple, la de cómo me convertí en el único miembro de mi expedición que no pisó la cumbre.

Todo comienza en el campo base, reunidos los seis amigos para discutir diferentes estrategias de ataque a la cumbre. *¿Estrategias?, ¿Ataque?* ¡Pero si no somos militares, ni el Everest nos ha hecho nada!... Ambos términos no me gustan en absoluto, pero si no queda más remedio que atacarle, pues le atacaremos. El problema de esta actitud es que entonces es normal que el Chomolungma, La Diosa Madre, se defienda.

Salgo de la reunión donde se ha decidido el futuro inmediato de nuestra expedición y respiro profundamente. No estoy aliviado o satisfecho, no escapo de los demás, sólo sucede que quería ver las luces del atardecer. Mientras la temperatura se estrella por lo bajo, pienso en cómo me acaban de colocar en el primer grupo que parte para intentar subir a la cumbre. Creemos que tenemos mayores posibilidades si vamos en dos grupos de tres personas. Yo no tengo la impresión de haber realizado ninguna maniobra o jugada, pero el caso es que voy a salir hacia arriba con Patxi y *Pitxi*. Juan, Mikel y Pedro vendrán un día después, con las mismas intenciones de subir hasta lo más alto. Lo único que no me gusta es separarme de Juan.

Durante todo el mes el tiempo ha sido excelente, debido a la temprana marcha del monzón. Antes de que lleguen los vientos del invierno, que son terribles por aquí, queremos aprovechar esta pequeña *ventana* de buen tiempo y realizar la parte definitiva de nuestra escalada. Nada salvo una gruesa capa de nieve se interpone entre nuestros deseos y el éxito, pues el tiempo parece estable.

El collado sur es una vasta planicie cubierta de nieve cuando lo alcanzamos a primera hora de la tarde del 24 de septiembre. No hace mucho viento, que es algo extraño a tenor de los relatos de grupos anteriores. Nuestras mochilas se han visto recargadas a última hora tras dar media vuelta dos de nuestros sherpas y los últimos metros son físicamente muy duros. Félix y Alberto Iñurrategi, con la ayuda de otro sherpa, también han llegado hasta aquí, lo mismo que bastantes miembros de otras expediciones. Ellos dos no piensan usar oxígeno, pero yo sigo envuelto en dudas. A última hora de la tarde decido *enchufarme*, pensando con cierta lógica que si me han puesto en este primer grupo de cumbre es que confían en mis fuerzas, y sé de sobra que éstas han de verse menguadas si no recurro a las botellas. Todo sea por la cumbre. Tomar la decisión no ha sido fácil.

Tan pronto nos tumbamos y conectamos el oxígeno noto cómo una sensación de agradable calor se desplaza por mi cuerpo hacia abajo, desde el corazón hacia los pies, y en cuestión de minutos el frío, que hace sólo un rato mordía, desaparece, sustituido por un agradable bienestar. La falsa impresión de seguridad que toda esta tecnología proporciona me preocupa casi más que toda la nieve que se ha acumulado ahí afuera, esperándonos. Les comunico a mis compañeros, que están en la otra tienda, que me encuentro mejor que en el campo base. Sé que no estoy exagerando. El ronroneo del aire al salir de la botella es maligno, te hechiza y te hace olvidar el lugar, de los más expuestos y peligrosos de este planeta. Después, tras beber algo de sopa a modo de cena, decidimos de común acuerdo entre los acampados aquí salir a las doce de la noche. Sabemos que hay trabajo de sobra, que serán necesarias muchas horas para llegar a la cumbre. Y después hay que bajar, ya que la cumbre es sólo la mitad del camino. Me he concentrado al máximo para pensar que la cumbre es opcional, pero el regreso sano y salvo no.

A mi lado, a Ang Rita no parece bastarle la sopa. Saca de su mochila un trozo de carne seca, viejo y a medio roer, y le hinca el diente con ganas. Sabe que yo no como carne normalmente, pero me mira con ojos pícaros y me dice:

—*“Sherpa medicine...”*

....

Esa noche lo di todo.

Los primeros momentos después de salir son de duda, torpes como si se nos hubiera olvidado andar. Somos los primeros en ponernos en marcha. Enseguida encuentro un ritmo que me parece bueno, aunque inevitablemente debo detenerme a retomar fuerzas y aliento cada diez o quince pasos. Siempre los cuento entre cada parada, y no puedo evitar sentirme

decepcionado cuando no alcanzo el registro anterior. La pendiente se endereza notablemente y Patxi y *Pitxi* me relevan a veces en el trabajo de abrir huella en una nieve que cada vez es más profunda. Poco a poco mis turnos duran más, me encuentro en buena forma aunque paradójicamente me molesta la máscara de oxígeno, que termino por apartar de mi rostro cada vez que quiero respirar "de verdad". Cuando miro hacia atrás una larga fila de gente ilumina la pendiente con sus linternas frontales, como una sinuosa y gigantesca luciérnaga. Las horas pasan como si fueran minutos. *Pitxi* viene detrás, después Patxi y más atrás Ang Rita, el único de nuestros sherpas que intenta subir a la cumbre y que me hace gestos con la mano cada vez que intrigado le pregunto por el camino a seguir. El terreno es inclinado, más de lo que me imaginaba, y no utilizamos cuerda.

Mis grandes gafas de ventisca se empañan con el esfuerzo y por el contraste entre el calor de mi aliento y los treinta y tantos grados bajo cero del aire. Pasadas dos horas, cuando ya estoy sólidamente instalado en cabeza, cometo el error que me costará la cumbre en el día de hoy. Me quito las gafas, así sin más. Ahora mis ojos ven mucho mejor, pero también quedan expuestos a la temperatura extrema y al viento que pega suave desde nuestra izquierda y que comienza a helar, sin que yo lo advierta, mis ojos. Después de cuatro horas y media hemos recorrido casi en su totalidad el tramo que conduce a la arista suroeste, a 8.500 metros de altitud, trazando una huella profunda en la nieve. Se trata de un lugar llamado por los escaladores "el balcón".

Comienza a amanecer y el alba trae magia y belleza, además de luz y calor, al mundo inerte y hostil que nos rodea. Sin embargo, algo no funciona en mí. Cuando miro al cielo no lo veo azul, sino que parece como si una capa de niebla lo cubriera todo. En un momento dado espero a *Pitxi* y se lo cuento:

—No sé si va a hacer bueno, se ven como nubes...

—¿Nubes?, pero si no hay ni media.

La respuesta de mi compañero me devuelve bruscamente a la realidad. Comprendo que el problema no está en el cielo sino en mis ojos. Esta evidencia se hace tangible en mi cerebro sin sombra de pánico, se asienta sin crear tragedia alguna. Entiendo repentinamente que el viento que ha estado pegando de lado durante toda la noche ha helado el agua de mis ojos. Todo aparece empañado. Sé que no es un edema porque estoy fuerte, no me duele nada y coordino perfectamente. Sé asimismo que no se trata de oftalmia de las nieves. De hecho, todavía puedo ver un poco por la esquina derecha de mi ojo derecho, el lugar menos afectado por el viento. Sé también, por puro instinto de supervivencia, que tendré que bajar de aquí yo sólo antes de que me tengan que rescatar los demás. Y eso hago.

Les explico a mis colegas la situación. Ellos insisten en ayudarme pero yo insisto más en que sigan hacia arriba y así, sin aspavientos, comienzo mi descenso. Abandono la huella que yo mismo he abierto para no molestar a los que ascienden y me cruzo con casi cuarenta personas. Al rato viene Alberto Iñurrategi, que parece jadeante pero tiene buen aspecto. Mucho más abajo, su hermano Félix parece estar al final de sus fuerzas, ascendiendo penosamente por la huella. A duras penas le veo, pero pienso que no tiene muchas opciones de llegar a la cumbre hoy.

Tardaré unas horas en percatarme de mi error, puesto que sólo Patxi y *Pitxi*, y ellos dos siguiendo las huellas, serán los únicos de toda esta fila de gente que alcancen la cumbre.

Mi descenso es peligroso porque no veo bien. En un momento dado me adelanta el alemán Michel Dacher, que a sus cincuenta y cuatro años también ha renunciado a su escalada sin oxígeno. Estoy avanzando a trompicones en la nieve cuando me pasa como una flecha. Le grito para que me ayude pero no me oye. Me siento en la nieve y noto cómo las lágrimas recorren mis mejillas, saladas y calientes, proporcionándome una agradable sensación de estar vivo.

Saben bien, mis lágrimas.

....

Desciendo casi sin parar hasta el campo II, a 6.400 metros, donde pasaré una noche amarga y solitaria. Antes me he cruzado con Mikel, Juan y Pedro, en el campo III, de camino hacia su propio intento de cima. Se han ofrecido a bajar conmigo nuevamente, cosa que he rechazado otra vez. Juan intenta consolarme lo mejor que sabe, rebosante de genuina compasión, pero hay cosas difíciles y cosas imposibles, y ésta es una de ellas. Por la tarde de este 25 de septiembre alguien viene con la noticia de que "mis amigos" han llegado a la cumbre. No tengo radio ni noticias de su descenso, pero duermo como un niño, agotado. Me alegro por ellos.

A la mañana siguiente llego al campo base envuelto en muy malas sensaciones. Todos los alpinistas con los que me he cruzado en mi descenso me miran compungidos, y algunos me dicen "lo siento mucho", aunque al principio no sé a qué se refieren. Al llegar al base me entero de que Patxi y *Pitxi* están "desaparecidos", y durante un buen rato no hay noticias de ellos. El hecho de que no hayan regresado significa con casi total seguridad que han pasado la noche al raso, con lo puesto, lo que se conoce como vivac. No quiero ni pensar en posibilidades peores.

Mientras tanto, en el collado sur, Juan, Pedro y Mikel desesperan. Pasan las horas y ellos escrutan la pendiente sin cesar, pero no baja nadie. Cuando Ang Rita, que se dio la vuelta cien metros por debajo de la cumbre el día anterior, empieza a recoger los trastos con la clara idea de descender, pierden por un momento la esperanza.

Hasta que la visión de un punto negro en la pendiente les devuelve la fe.

Finalmente Patxi y *Pitxi* bajarán por su propio pie tras haber pasado la noche sentados en la nieve a 8.650 metros de altura. El descenso hasta el campo base, ayudados constantemente por Juan, Mikel y Pedro, durará dos días. Durante este tiempo la mayoría de las expediciones se vuelcan en nuestra ayuda. Especialmente el médico alemán Walter Treibel se desvive intentando devolver un poco de vida a los pies de mis amigos. No hace falta ser ningún experto para ver que tienen muy mala pinta, están completamente congelados.

Yo respiro aliviado cuando al fin les veo aparecer, después de tanta cruel incertidumbre. Llegan al campo base como dos ancianos, andando muy despacio al límite ya de sus fuerzas. Me cuentan, mientras cuido de ellos la única noche que pasan en el campo base, cómo era el resto de la ascensión hasta la cumbre, a la que llegaron a las tres de la tarde. Me agradecen extensamente el trabajo que hice. También me explican el vivac*,* pero eso es algo que sólo podrán comprender ellos. Es imposible describir una noche a tal altura, sin oxígeno, ni agua, ni saco de dormir, cuando la muerte, que también está sentada en la nieve a tu lado, supone casi un alivio. Sencillamente, tuvieron que pasar la noche en la oscuridad, sentados en una repisa demasiado estrecha para acoger sus corazones, grandes.

Al día siguiente, un helicóptero del ejército nepalí, avisado gracias a la expedición italiana que posee contacto por radio con Kathmandu, les evacúa del campo base. Han realizado una ascensión bravísima, abriendo su propia huella, pero ahora vienen tiempos duros para ellos. Les espera el hospital, las amputaciones y un largo tiempo de recuperación.

Estamos de nuevo en el campo base y el tiempo sigue bueno. La huella ya está hecha y las circunstancias parecen propicias para subir a la cumbre. Pero, escuchando por una vez a la razón, yo decido no intentarlo de nuevo, al menos por esta vez. Estoy muy cansado, tengo el ojo izquierdo todavía helado y una incipiente bronquitis que me hace toser sin parar en cuanto me muevo. Además, me hallo moderadamente satisfecho con el resultado de mis esfuerzos. Quiero creer que la cima no lo es todo. También pienso que si yo he de subir al Everest algún día, entonces esto ocurrirá bajo mis propias condiciones. Comprendo al vuelo que la Diosa Madre, Chomolungma, es muy poderosa y puede destruirme sin siquiera pretenderlo. Pero también sé una cosa; no va a moverse del sitio. Siempre hay tiempo para volver, al menos mientras podamos poner un pie delante del otro y sigamos siendo libres.

....

La llegada a la cumbre el 3 de octubre de Mikel Repáraz, Pedro Tous y Juan Tomás (precedidos en dos días por Josu Bereziartua), me convierte en el único miembro de las dos expediciones que no ha pisado la cumbre. Cuando me entero de su éxito yo ya estoy en el valle, caminando. Paso un par de horas difíciles asimilando la realidad de mi *fracaso*, inevitable por otra parte. Después la sensación de ser un perdedor se va tal como vino, sin más.

Todos mis amigos conocen ya cómo se está en brazos de La Diosa Madre de la Tierra. Yo no.

Pero quizá el Chomolungma sabe que estoy preparado para asimilar esta *derrota.* Quizá la montaña intuye de algún modo que soy capaz de esperar, años si hace falta, antes de volver a su regazo.

Supongo que el amor es así, sobre todo si es auténtico y verdadero. No sabe de tiempo ni edad, no conoce esfuerzos ni sueños. Supongo, sí, que la Diosa Madre comprende que volveré a sus brazos algún día.

Y mientras ese día llegue yo sigo caminando, porque no sabría qué otra cosa hacer.

A mi manera

Cho Oyu, agosto-septiembre 1993

Sigo desvariando, pataleando contra la mediocridad. Continúo siendo intolerante con las palabras vacías y arrogante cuando se trata de pasar a la acción. Aguanta o cierra el pico.

Mark Twight

Cristina se movía por la roca con sensibilidad extrema. Hacía gala de una facilidad innata, de esa que no se aprende en una escuela. Y resulta curioso, porque la había conocido en un cursillo de escalada en el que yo era el monitor, hacía ya unos cuantos años, así que se suponía que yo era quien le había enseñado a escalar. Cualquiera hubiera podido pensar ahora que no era así, que era ella la que trazaba su propio camino vertical, en medio de ese océano de roca, con agilidad y destreza. Elegía siempre los mejores agarres y tiraba de ellos con economía en el esfuerzo pero con una sonrisa generosa pintada en la cara. Mientras subía, silbaba una tonada melódica y regular, tranquilizante. Ahora ella escalaba sin lugar a dudas mucho mejor que yo, aunque me dejaba encabezar cada largo esgrimiendo como excusa que le daba miedo caerse. A mí miedo me dan muchas cosas, sobre todo si van vestidas de uniforme y portan armas, pero caerme no me preocupaba en absoluto, así que con gusto lideraba cada tirada, buscando clavos abandonados o cintas viejas para encontrar la ruta. En esta roca que forma grandes bloques todo parece igual y es fácil perderse. Si no espabilas es entonces cuando comienzan los problemas.

Precisamente la ruta por la que subíamos era una de las bellezas del valle de Ordesa, en los Pirineos Centrales. Una pieza codiciada este espolón del Gallinero que se eleva sobre el suelo como la proa de un barco y que atrae las miradas de los miles de paseantes, montañeros y *domingueros* que se agolpan en pocos kilómetros cuadrados durante los meses del verano para darse de codazos por los caminos. La vía que estábamos escalando se llama *Así hablaba Zaratustra,* y se había hecho popular gracias a un documental realizado para TVE (“Al filo de lo imposible”) en el que aparecía mi añorada amiga Myriam García Pascual peleándose con el techo horizontal que corta la vía a un tercio de su altura

Este verano de 1993 tanto Cristina como yo estamos en buena forma, después de los meses pasados entrenando en las murallas que forman la vieja ciudadela de Pamplona. No es un mal sitio, si no llueve. Lo hacíamos, lo de escalar, a pesar de la ridícula prohibición de tal actividad por parte del alcalde de la ciudad. Pensábamos por otra parte que bien podía el señor alcalde construir un rocódromo o, en su defecto, al menos podía dedicar su atención a sus turbios negocios y dejar que cante quien quiera cantar, que corra quien quiera correr y que baile quien quiera bailar. Y, claro, quien quiera trepar que trepe, sobre todo si no molesta a nadie con ello.

Todos los fines de semana nos encaminábamos a nuestros Pirineos. A mí todavía nadie me consideraba *Himalayista*. Nadie, ni siquiera yo mismo, pensaba que necesitaba regresar a Asia tanto como el aire. Pero ahora, en este valle de Ordesa, éramos felices, éramos libres. ¿Acaso no es lo mismo una cosa que la otra?

Bueno, libres del todo no éramos. No podíamos dormir bajo las estrellas, según nos recordaba algún desdichado guarda cada mañana, porque burócratas autoproclamados ecologistas así lo habían decidido. De cualquier modo, procurábamos, y lo seguimos haciendo, no hacer caso ni en lo más mínimo de una norma tan injusta y arbitraria y pasábamos la noche donde caíamos, nos daba igual la hierba de la campa que el pórtico de una iglesia. Los que habían prohibido dormir *a pelo* no conocían la legislación española, en primer lugar. Así es como han dormido los hombres desde hace diez mil generaciones. Teníamos que ser nosotros la primera en aguantar a estos tipos, nos tenía que tocar. En segundo lugar no engañaban a nadie, puesto que eran los mismos que querían prohibir la escalada mientras llenaban el parking de autobuses y hasta el último de los caminos de gente. El valle rebosaba basura, y no me refiero sólo a papeles en el suelo. También llenaban sus bolsillos de subvenciones y hacían caja en el hermoso bar colocado a casi mil quinientos metros de altitud en mitad de la naturaleza, bar que curiosamente no se llevaban cada noche a casa para que no *durmiera* en un lugar prohibido. Ponían una valla y un candado, le llamaban “Parque Nacional” y además esperaban que les diéramos las gracias por proteger la naturaleza. Pobre naturaleza, en manos de tales protectores.

Cristina, sin embargo, no pensaba en tales asuntos mientras colgaba a ciento cincuenta metros del suelo. Yo, desde arriba, no la veía pero notaba que se había atascado en el famoso techo. La cuerda ya no progresaba con la velocidad habitual, que apenas te deja el tiempo de recogerla. También habían dejado de oírse los silbidos habituales. Le di unos cuantos gritos, para ver si surtían efecto, pero el resultado fue que se bloqueó más. No era un problema físico sino mental; el vacío que te absorbe, la roca que ya no parece sólida, la cuerda que de repente se torna delgada y el arnés que bien pudiera derretirse. La escena, en tu cabeza, se torna una película barata y no hay mucho que uno pueda hacer. Se va como viene. Pasado el desplome, cuando al fin liberó la tensión y se relajó, Cristina volvió a ser la misma. Volvió a adquirir todas sus virtudes y ambos disfrutamos de nuevo de la escalada. Los últimos metros no ofrecían mayores dificultades y pudimos sentarnos un rato en la hierba que marca el final de la vía. Habíamos estado escalando un poco más de cinco horas y media, pero las sensaciones placenteras después de la escalada se iban a prolongar durante días. Desde arriba, fuimos testigos otra vez de ese aquelarre mágico que es el atardecer en las montañas que uno ama, nos sumergimos de nuevo en ese conjuro que no cesa y que empuja nuestros pasos a escapar del asfalto en cuanto podemos.

No hay nada mejor en el mundo que la escalada en roca.

....

Mientras camino hacia el coche pienso en mi vida. La cuerda va atada a la espalda, y todo el material cuelga del arnés y tintinea, atrayendo las miradas de los que pasean, mientras casi comenzamos a correr. Tenemos hambre.

Nada de lo que parece preocupar a mis compañeros de curso, a algunos de mis amigos, tiene la misma importancia para mí. No tengo, ni siquiera pienso en ello, un trabajo estable. Al revés, un contrato de trabajo fijo o convertirme en funcionario figuran entre mis peores pesadillas. A mi edad mis padres tenían ya tres hijos, pero yo no podría mantener a un gato, si lo tuviera. No tengo carné de conducir, ni coche por supuesto, ni siquiera perspectivas de tenerlos. Algún hermano me deja unos pantalones vaqueros para estar presentable cuando tengo que dar una conferencia con diapositivas. Suelo acudir a ellas haciendo auto-stop, o a veces en autobús público. En ocasiones me toca quedarme a dormir en casa de alguien del club organizador, o del público, como me pasó en Azpeitia, Gipuzkoa. Allí, la hospitalidad de

un chico llamado Fidel Olaizola y la de su familia me libró de la oscuridad de la noche. Otras veces es Cristina quien me acerca con el coche de su padre. Esta actividad de conferenciante, junto con el trabajo esporádico en el refugio de Belagua, en el Pirineo navarro, y algún cursillo de escalada constituyen mis únicas fuentes de ingresos. Sólo importan las montañas, sólo quiero escalar, y no creo que sea tan difícil de entender. Aún así, hace ya demasiado tiempo que regresamos del Everest. El sueño de volver a Asia parece, en este verano mágico del 93, sólo una ilusión, quizá un espejismo que nunca tendrá lugar. Cuando miro a las montañas que me rodean las amo profundamente, pero no puedo evitar pensar en otras más lejanas en el espacio, aunque tan cercanas como éstas en el corazón.

Los dólares americanos que cambié el año pasado, todos mis ahorros, y que no gasté debido al patrocinio del BEX a nuestra escalada en el Everest, reposan bien guardados en casa. Pero la que no reposa nada es la macroeconomía mundial, los mercados internacionales, las bolsas y todas esas milongas que salen en la sección de los periódicos que nunca leo o en los minutos de los telediarios que nunca veo. Esos mismos dólares, que costaron apenas noventa pesetas hace un año, ahora valen más de ciento treinta. Así pues, sin sudar ni hacer nada, mis ahorros se han multiplicado en casi un 40 por ciento, lo que me viene de maravilla. También me hace comprender que no soy yo el único en este mundo que gana dinero sin sudar. ¿Qué habría sucedido si en vez de uno hubiera tenido mil? ¿No son sinónimos mercado, negocio, bolsa, macroeconomía y *mamoneo*? En otras palabras, ¿cómo es posible que esto sea *legal*?

....

La oportunidad de fundirme los ahorros no iba a tardar en llegar. Un día de agosto me llaman desde Barcelona unos amigos que tienen una agencia, *Muztag*, y me explican que están en contacto con una expedición de montañeros catalanes, de Tarragona, que se dirigen al Cho Oyu y al Shisha Pangma, en el Tibet. Tienen un hueco libre, puesto que uno de ellos ha pagado ya el viaje pero se tiene que quedar en casa por un problema de salud serio, detectado en un chequeo médico realizado con motivo de la expedición. Me dicen que el precio es de medio millón de pesetas, pero tengo que decidirme rápido porque la salida está fijada dentro de sólo dos semanas[2].

Las cuentas salen, tengo ese dinero. Otros se compran un coche, yo me voy al Himalaya. Todo encaja en mis esquemas, así que decido embarcarme. Sólo les pido que, una vez en la montaña, me dejen ser completamente autónomo. De este modo me protejo un poco, ya que a los catalanes no les conozco de nada, ni como personas ni sobre todo como alpinistas. En la montaña quiero hacer las cosas a mi manera.

Los de Tarragona parecen muy agradables cuando nos encontramos en el aeropuerto de Barcelona. Lo primero que hacen es sorprenderme, al regalarme un traje de Gore-Tex que la firma catalana *Vessant* les ha proporcionado a todos, incluido al que se ha quedado en casa y cuya plaza he ocupado. Ahora heredo también parte de su material, a estrenar. Intento aparentar que no estoy sorprendido, una cierta frialdad, algo así como la actitud que se debiera tener si se ha estado ya en dos ocasiones a más de 8.000 metros de altura. Como si esto de que me regalen la ropa de altura me pasara todos los días. Pero lo cierto es que en mi interior estoy dando saltos de alegría. Ellos no se dan cuenta, pero éste es el primer traje de tal material, el de más prestigio del mercado, que poseo en mi vida. En mis primeras expediciones las chaquetas me las habían dejado mis amigos, *Pepe Rayo* en una ocasión y *Demonio* en otra. En aquellas ocasiones, no les pregunté por la procedencia de las chaquetas, por no incordiar y también porque me lo imaginaba. Y cuando regresé de aquellos viajes, devolví a sus propietarios lo prestado con suma ceremonia y cuidado, agradeciendo de corazón la gentileza.

Así que, antes de embarcar, debo probarme rápidamente la ropa, y viendo que me queda como un guante, sólo tres o cuatro tallas grande, tengo que rehacer el equipaje y mandar de vuelta hacia casa lo que alguien de buen talante me había dejado de nuevo.

A veces las cosas empiezan bien.

....

Desde que pongo los pies en el Tibet me doy cuenta de que ésta es una tierra única y especial, donde el espíritu humano se serena apaciblemente mientras las gentes que allí habitan, que son tan salvajes como la propia tierra, intentan vaciar tus bolsillos en cuanto

pueden, tan pronto te descuidas. A cambio, sin embargo, llenan tu alma.

Hemos entrado en este país que forma la meseta más elevada de la tierra desde el vecino Nepal, por el puesto fronterizo de Zhangmu, que sólo lleva abierto desde 1985. Antes, quien quisiera venir a este país a escalar debía llegar vía Pekín. ¿Por qué? Mejor no preguntar. El Tibet fue invadido militarmente por China, como otras veces a lo largo de su historia, en 1949. Casi una década después el Dalai Lama, líder espiritual de los budistas tibetanos, tuvo que exiliarse a la India ante el avance incontenible de las tropas. La mayoría de los tibetanos y sobre todo la clase religiosa que dirigía entonces los destinos del país, decidió no oponer resistencia violenta. Aquellas tropas sólo precedían a los intentos chinos por aniquilar una cultura y con ella a sus gentes. La política de *chinización* emprendida a la sazón, que dura hasta hoy, incentivaba a los emigrantes chinos que decidieran establecerse en el Tibet, eximiéndoles de pagar impuestos y garantizándoles generosas subvenciones de tal modo que, por simple mayoría numérica, impusieran su lengua y costumbres.

La represión religiosa fue total durante el período más oscuro, la así llamada revolución cultural, impulsada por Mao. Casi medio millón de muertos, según las estimaciones más conservadoras, y decenas de miles de exiliados dan fe de la política de extermino llevada a cabo por China. Pero los chinos son muchos y todo el mundo quiere hacer negocios con ellos, así que la comunidad internacional, vaya mierda de comunidad, lleva años mirando para otro lado. Los tibetanos, por el contrario, son pocos y parece que el único que quiere hacer negocios con ellos es Richard Gere. De tal modo que da la sensación de que una reivindicación que es justa y profunda, la que habla del derecho de un pueblo a decidir su destino en paz y libertad, se queda en puro y superficial folclore *hollywoodiense*.

Es bien cierto que antes de la llegada de los chinos las cosas no eran perfectas en el Tibet. Tampoco era una sociedad perfecta, por supuesto, aunque al menos no pasaban hambre, como llegó a ser el caso después de la invasión. Se trataba de una sociedad feudal anclada firmemente en las creencias religiosas de sus habitantes. Pretender imponer el comunismo en una sociedad que no ha conocido la revolución industrial sólo tenía un fin: la anexión estratégica del territorio.

Precisamente esas creencias religiosas han sido prácticamente lo único de lo que los chinos no han sido capaces de despojar al pueblo del Tibet. Cada tibetano lleva colgada en el pecho, cerca del corazón, una imagen de Tenzing Gyatso, el decimocuarto Dalai Lama, al que un día de 1989 concedieron el premio Nobel de la paz.

Dalai Lama quiere decir “océano de sabiduría”, aunque él se considera un simple monje. O un monje simple.

....

Son las siete y media de la tarde cuando la alarma de mi reloj me despierta bruscamente. ¡Ufff!, me duele la garganta, ¿dónde estoy? Ya lo recuerdo, es el campo III del Cho Oyu, es 19 de septiembre, son 7.400 metros de altura. Hace ya más de una semana que tres coreanos, liderados por un tipo pequeño y sólido que come y bebe como un tigre llamado Mister Om, emplearon veinticinco horas para llegar a la cumbre desde aquí, sin contar el regreso. Y bajaron con los dedos de pies y manos *al pil-pil,* con unas congelaciones ganadas a pulso en la guerra contra los elementos. El polaco Wielicki y un italiano flaco y muy simpático llamado Marco Bianchi hace ya un par de días que bajaron también de la cumbre, después de haber escalado la arista oeste.

Por mi parte, he dormido tres horas en una tienda abandonada por los coreanos. Dejé la mía ayer en el campo I. Bueno, no era mía exactamente. Pertenece al propio Wielicki y es pequeñita, pesa sólo dos kilos y pone «Nippin Messner» en los laterales. El polaco me vio salir del campo base cargado como un mulo unos cuantos días atrás, durante una de mis primeras escaladas de aclimatación. Cuando enfilaba solo hacia el glaciar, al pasar por sus tiendas, Krzysztof Wielicki salió a saludarme. Conoce a mi amigo Koldo Aldaz y también sabe que yo estuve hace tres años con montañeras de su país en el Kangchenjunga, así que nos hemos hecho amigos. Cuando nos vio, a mí y a mi macuto, le entró un severo ataque de risa, me dijo “ven aquí, chaval”, y me llevó a su campamento, donde ya había estado yo antes en visita culinaria. Una vez allí sacó un dinamómetro y pesó mi mochila, 28 kilos de nada. Puso cara de *adónde-vas-así-tan-cargado* y pasó a explicarme gentilmente todo lo que sobraba en mi impedimenta. Vamos, un cursillo rápido. Después me explicó que si lo que quería hacer es escalar solo, entonces lo que me echara en la espalda debía pesar poco; esa era la regla fundamental. Iba yo a empezar a disculparme, a decirle a ver qué culpa tengo yo de ser pobre y de que los fabricantes de tiendas se crean que uno puede con todo, cuando se fue, buscó

entre sus cosas y me trajo la susodicha tienda diminuta, con la única condición de que la devolviera. Salí de allí contento y con bastante menos peso en la mochila antes de que empezaran a darle al vodka, que en Polonia le tienen mucho respeto al frío y a la deshidratación, ambos muy traicioneros, especialmente esta última. Y en el Tibet, a 5.700 metros de altura, en verdad hace frío y se pasa mucha *sed*.

No voy a escalar en solitario el Cho Oyu. Esto es técnicamente imposible estando la montaña relativamente llena de gente, aunque sin llegar a las exageraciones del año pasado en el Everest. Pero sí que voy a subir en completa autonomía, acarreando todos mis trastos yo mismo. A pesar de que nieva todas las tardes, espero por mi parte al menos encontrar las trazas de las ascensiones anteriores de estos últimos días. No conozco la ruta a partir del campo I, a 6.400 metros de altitud, lo que añade bastante compromiso o aventura a la ascensión. Normalmente los que se llenan la boca hablando del Cho Oyu como una ascensión fácil no han estado nunca por aquí, ni mucho menos lo han escalado haciéndose su propia huella y porteando su propio material. Pero hablar es gratis, claro.

Es verdad que llevamos menos de dos semanas en el base y el resto de expediciones tampoco están listas para intentar cumbre, de modo que si me meto en líos no habrá mucha gente capaz de ayudarme. Además no llevo radio, por lo que como no les avise a gritos... Los catalanes, simpáticos y amables, son menos flexibles que yo y prefieren mover cantidades grandes de material y equipar todos los campos antes de intentar cumbre, en un estilo más pesado o tradicional, de ese que suele dar mejores resultados por aquí. Yo no se lo he dicho, quién soy yo para dar consejos, pero creo que no tenemos tiempo suficiente para mover todos esos trastos arriba y abajo. De modo que decidí, ya hace unos días, hacer uso del derecho a mi propia independencia que pedí al salir de casa. En el campo base hemos vivido juntos pero en la montaña seremos libres de hacer lo que nos convenga a cada uno.

Al llegar a la tienda coreana me ha tocado darle a la pala con ganas para poder desenterrarla un poco. Los palos estaban retorcidos o rotos, pero en menos de dos horas he conseguido el espacio suficiente como para meternos dentro mi mochila y yo. Hasta aquí he subido lo imprescindible; el saco de dormir, un viejo buzo de plumas que compré en Kathmandu hace tres años, mi nueva chaqueta de Gore-Tex (de ninguna manera la dejo abajo...), el hornillo, la perola, gas y comida para una semana, varios pares de guantes, calcetines y gafas de repuesto de todos los tipos existentes en el mercado, para que no se me hielen los ojitos, por zopenco, como en el Everest el año pasado. También he cogido una cámara de fotos, yo que soy el peor fotógrafo del mundo, para traer pruebas objetivas, datos concretos que satisfagan la curiosidad de la gente y de algunos periodistas. Ha sido un día duro, pues todo este *imprescindible* material pesa lo suyo. La nieve es profunda y me cubre hasta la rodilla.

A 7.000 metros de altura he pasado de largo por el campo II, que no voy a usar, y me he desviado hacia la arista oeste. He dejado al norte, a mi izquierda, la vía normal. Quería llegar hasta estos 7.400 metros, de modo que estoy satisfecho una vez que me meto en mi saco de dormir después de haber bebido y comido como un búfalo. No sé por qué insisten en que se pierde el apetito y el sueño en estas alturas. Me las prometía muy felices cuando vine, pensando que este año no iba a ser yo quien abriera el camino en la nieve, pero está visto que aquí, si no quieres taza, recibes taza y media. Tres norteamericanos vienen detrás desde que salimos del campo base. Andan menos que un gato de escayola y cada día salen dos o tres horas más tarde que yo no vaya a ser que en un descuido les toque abrir huella, con lo que eso cansa.

Después de *desayunar* un par de tazas de té a las ocho y media de la tarde, me esfuerzo en derretir un litro de agua para mi cantimplora. Me asomo a mirar y veo estrellas, pero sólo en la mitad del cielo. La otra mitad está cubierta y no garantiza buen tiempo. Pese a todo, decido salir a las diez de la noche. Calculo que tal y como está la nieve me puede costar más de doce horas llegar a la cumbre, así que quiero tener horas de luz de sobra para bajar con seguridad.

Hoy no llevaré mochila, la rapidez será mi aliada. Poco a poco me voy preparando, aunque me cuesta un rato meter los cubrebotas integrales de neopreno sobre mis heladas botas de plástico. Me pongo el buzo de plumas, que es caliente pero limita mucho los movimientos. Por lo demás sólo me llevaré la chaqueta, por si hay tormenta. Meto en los bolsillos del buzo de plumas la cantimplora y algunas barritas energéticas de esas que no hay quien se trague, la cámara de fotos y pilas de recambio para la linterna frontal, que tendré que llevar puesta toda la noche. Los crampones, el piolet y un bastón de esquí completan mi equipaje. Me voy para

arriba decidido.

Salgo a las diez. Al pasar por la tienda de los norteamericanos, que han acampado al lado, les obsequio con unos berridos, a modo de diana, para ver si se espabilan y colaboran un poco. Como recompensa a mis esfuerzos no obtengo más que un nefasto silencio.

La primera parte de la ascensión es la más empinada. Sorteo una pequeña banda de rocas mientras todavía me siento torpe. A estas alturas es difícil sentirse bien del todo y siempre cuesta bastante calentar. El cuerpo es perezoso y manda señales de alarma constantemente, por si cuela y tú te das la vuelta. Lo complejo es interpretar la intensidad de esa señal y su relación con la realidad, más aún con el agravante de la falta de oxígeno. Me hundo en la nieve hasta las rodillas, el trabajo resulta agotador. Intuyo la vía normal mucho más a la izquierda, se aprecia que son palas de nieve menos tiesas. Aquí el viento ha dejado mucha nieve acumulada, si sigo así no llegaré nunca.

De pronto pienso que si consigo llegar a la arista suroeste, la misma que han escalado los polacos hace unos días, es posible que allí la nieve sea menos profunda. Dicho y hecho, me pongo a hacer una travesía ascendente hacia la derecha que me conduce, en una hora, hasta la arista. Allí la nieve, tal y como pensaba, está bastante mejor. Ahora ya estoy a 7.600 metros de altura, solo. Me concentro en no dejarme llevar por mis emociones, en mantener la cabeza fría. Me esfuerzo en buscar, a la luz tenue de mi frontal, las zonas donde la nieve es más compacta. No se ve ni rastro de la huella de Wielicki y cuando miro al cielo, ya no veo las estrellas. La noche se torna oscura.

A 7.750 metros de altura los copos de nieve que caen me envuelven. Primero pienso que se trata de una revoltosa ventisca, ya parará. Después me percato de que está nevando de verdad, ¡mierda! La primera sensación es de pánico, que se pasa cuando miro hacia abajo y veo que mis huellas todavía no se han borrado. Me acuerdo del escalador inglés Doug Scott, que habla de cómo se deja guiar por su intuición, que es como un sexto sentido o como una “voz interior”. Intento contactar con la mía, pero debe estar desconectada, o sin pilas, porque no me dice nada. Súbitamente me doy cuenta de que estoy bajando hacia la tienda; el instinto de supervivencia ha ganado. La niebla me envuelve del todo y en estas condiciones, bajo esta nevada, descender me parece la única solución posible. ¿Cómo podría orientarme?

Se me parte el corazón y mi rabia es grande, porque me estaba encontrando muy fuerte para estas altitudes. En cuarenta y cinco minutos estoy de vuelta en la tienda, a la una de la madrugada.

Me meto en mi saco y comienzo a cocinar una sopa: pollo con fideos para un vegetariano. Por lo normal soy bastante tranquilo, pero ahora estoy muy cabreado. Cada poco rato miro fuera de la tienda porque la intuición me dice que la tormenta se está quedando en nada, cual promesa electoral cualquiera. De repente se abre la cremallera de la tienda y aparece Joan Cardona, de Girona, que es un amigo que está con otra expedición. Es un chico fortísimo, un atleta muy rápido. Viene desde el campo II y, como yo, se ha visto sorprendido por la nevada. Él también piensa que va a parar de nevar. Le invito a pasar y compartimos el espacio, tan estrecho, de buena manera.

A las dos miro afuera de nuevo y veo estrellas otra vez. ¡Para arriba! Me pongo otra vez los crampones mientras le doy un buen repaso a toda la lista de juramentos que me sé. Joan me dice que pase yo delante, ya que conozco en parte el camino, y comenzamos el ascenso siguiendo mis propias huellas, o lo que queda de ellas.

Escojo el ritmo más fuerte que mis pulmones pueden soportar, como si así pudiéramos recuperar el tiempo perdido. Qué vana ilusión.

La temperatura es de –20 ºC, pero como no hace aire la sensación es casi de calor.

Pronto veo que Joan pierde mi paso y se queda un poco más atrás. Finalmente se dará la vuelta. Yo no aflojo el ritmo, por la huella hecha se avanza ciertamente de maravilla. A 7.800 metros vuelvo a encontrar nieve blanda. Estoy otra vez en la arista, donde antes me di la vuelta. Me encuentro bien, creo que tengo la cabeza en su sitio y no pierdo la fe, que es lo único que puede hacerte mover las piernas aquí arriba.

Mi soledad no es completa. Tengo la curiosa sensación, para quien como yo juraría estar *bien,* de que alguien me observa desde un punto situado dos o tres metros por encima de mi hombro derecho. Es Koldo Aldaz, mi compañero de expedición en el Kangchenjunga y amigo. Su voz me tranquiliza sin oírla, me dice que voy bien, que hay tiempo de sobra. También me aconseja acerca de cuándo tengo que descansar.

Después de un segundo paso rocoso me veo ante un muro que no puedo pasar. Atravieso instintivamente hacia la derecha, por una pendiente severa. Luego la cosa se suaviza y me

doy cuenta de que he llegado al hombro, ya casi a ocho mil metros de altura. Todavía es de noche. Ahora empiezo a pensar que hoy no hay cima que se me escape, un error que me hace perder por un momento la concentración, que era absoluta hasta entonces.

Noto que me flojean las fuerzas y me siento en la nieve a tratar de comer algo. Tras masticar una chocolatina y reposar quince minutos vuelvo a sentirme fuerte. Además ya empieza a amanecer y una luz rojiza ilumina un centímetro de cielo hacia el este. Ya puedo ver sin usar la linterna, mientras en los valles todavía reina la oscuridad. Los americanos, otra vez tan *madrugadores*, se acercan por detrás poco a poco y yo estoy tentado de esperarles para dejarles que abran un poco de huella.

Veo la pendiente final, que parece menos empinada de lo que realmente es. Vuelvo a estar en lo que se conoce como “vía normal”. Empieza a aparecer la nieve costra, esa cuya capa externa parece soportar tu peso sólo para romperse cuando te subes encima, causando un gasto inmenso de una energía que no poseo como para derrochar. El día no ha salido muy bueno y nos rodean las nieblas. Al poco rato se despeja hacia el norte y puedo ver el sitio donde está el campo base, aunque a simple vista no consigo distinguir las tiendas. Pienso por un instante que me estarán viendo con prismáticos y eso me emociona. Me esfuerzo por ir rápido por un momento, una simple cuestión de imagen. La cosa no da resultado y cada veinte pasos he de pararme sin aliento, como un pez fuera del agua.

La pendiente se acaba poco a poco y rompe en una llanura ascendente, con pequeños montículos a derecha e izquierda. Impulsivo, me voy primero a la izquierda, pensando que es lo más alto. Enseguida me doy cuenta que la parte de la derecha parece más alta, así que vuelvo atrás a mi huella original. Los americanos, que mientras tanto también han alcanzado este punto, se paran aquí. Yo sé que el Cho Oyu tiene una cima difícil de localizar. Sé, porque lo he preguntado y leído, que al llegar al *plateau* somital uno debe recorrerlo hasta el otro extremo, punto desde el que se ve el macizo del Everest y que indica que se ha llegado a la cima. Al menos esta es la creencia generalizada. Así se lo comento a los yankis, pero me dicen que para ellos “aquí es la cima”, aunque luego se ponen a andar detrás mía otra vez.

Como yo quiero llegar a la cima “de verdad”, me meto en la niebla siguiendo las escasas trazas que van apareciendo de la ascensión de Bianchi y Wielicki, hace sólo tres días. La niebla va y viene, la huella sólo aparece a veces. Me da miedo perderme aquí arriba, pero continúo hasta que encuentro una zona que aparenta estar más pisada, con restos de orina en la nieve. Después de haber andado durante una hora, pienso que esto tiene que ser la cima. Hacia Nepal no se ve nada, sólo a veces un poco hacia el Tibet. Un inmenso mar de nubes se ofrece espectacular en los pocos ratos de visibilidad.

En la cima del Cho Oyu, mi primer ochomil, no experimento sensaciones místicas ni de gozo, ni llantos ni nada por el estilo. Sólo satisfacción porque ya puedo empezar a bajar. Está bien saber qué es eso del éxito, porque ya había intentado subir a dos ochomiles sin conseguirlo, pero de eso no me doy cuenta ahora. Ese momento tendrá que esperar. También siento una inexcusable necesidad fisiológica así que tan rápido como puedo me abro el buzo, el pantalón, la malla, los calzones y por fín puedo aliviar mis tripas. Cuando veo el resultado pienso que no será muy estético para los americanos llegar hasta aquí, cosa que de todas formas no creo que hagan[3], y encontrarse con *esto,* pero se lo dedico con todo el corazón como pequeña venganza y justa correspondencia a su falta de colaboración.

El estrés acumulado al escalar solo me deja extenuado. Durante el descenso de la cumbre debo pararme constantemente a reponer fuerzas. Al llegar al campo base esa misma tarde, Krzyzstof Wielicki, que era uno de los que miraba con prismáticos, me mete un abrazo de tal calibre que me chafa las gafas como si fueran queso. Las llevaba colgadas de mi cuello. Y después comenzamos a celebrarlo como se merece.

No se iban a acabar pronto los festejos. Se suceden las fiestas en los diversos campamentos, con los italianos o los polacos. Pocos subirán a la cumbre, ya que el tiempo vuelve a deteriorarse justo cuando normalmente debiera haber mejorado. Mis colegas catalanes no iban a poder siquiera intentarlo en condiciones, antes de que se acabaran las fechas. Unos días después se desquitaron sin embargo, ascendiendo al Shisha Pangma central.

Por mi parte, estoy encantado de haber escalado una montaña de ochomil metros en un estilo decente, sin molestar a nadie y pagándomelo todo yo, de mi bolsillo y del de la bolsa de Nueva York. El Cho Oyu me ha hecho un gran regalo. He aprendido que sin arriesgar algo es

imposible ganar algo. También sé que sin conciencia de la muerte la vida resulta trivial. Que no quiero en ningún caso vivir una existencia vicaria. Una vez más he arriesgado voluntariamente mi vida y me he justificado, sobreviviendo.

……….

Unos meses después de nuestro regreso a casa me llaman los amigos de Tarragona explicándome que van a ser recibidos oficialmente por Jordi Pujol, presidente del gobierno catalán, e invitándome a unirme a tal acto.

—¿Yo?, pero si no me van a dejar entrar...

Me convencieron.

Y entré, sí, aunque de milagro. Esta vez no bastaba con unos vaqueros limpios, como para las conferencias. Me tuvieron que dejar hasta la corbata, e incluso me corté el pelo para la ocasión.

Salí de aquel edificio, en la barcelonesa plaza de Sant Jaume, pensando en lo extraños que son a veces los caminos de la vida, que te llevan del valle de Ordesa a Barcelona pasando por el Tibet. También pensaba en Jordi. La verdad es que en la televisión parece pequeño, pero en la realidad lo es aún más.

Baja o revienta

K2, junio-agosto 1994

Ya no creo en izquierda o derecha, en blanco o negro, en bueno o malo. Sólo creo en arriba o abajo. Y abajo está muy cerca del suelo.

Bob Dylan

—*Mi chico,* me han dicho que lo que tengo es cáncer. De colon. Dicen que me van a operar cuanto antes mejor.

Los ojos de mi madre ni siquiera parpadeaban cuando me dio la terrible noticia. Aunque yo me podía imaginar que no era así, ella quería hacerme ver que no estaba asustada. También se daba cuenta de que mi propio miedo era grande. Podía ver reflejada en su figura frágil la dureza y la resistencia de quien no quiere darle ningún margen de ventaja a la desesperación o al desaliento. Desde aquel primer momento, me demostró con hechos lo que significa luchar por lo que se tiene, en su caso su propia vida y la de cinco hombres a su alrededor (que la trataban mucho peor de lo que debieran). Mi madre era, y afortunadamente es, mucho más dura que muchos hombres que se creen capaces de todo y mejores que nadie sólo porque escalan montañas altas. Se mostraba ante mí optimista aun cuando alguien de corazón oscuro parecía haberle sentenciado. No le iba a ser fácil al cáncer acabar con ella.

Era justo antes de navidades, unas fiestas que no me gustan demasiado si no es porque hace frío, hay fiesta y se puede ir a la nieve, a esquiar o escalar en hielo. O sea, que me gustan mucho. Aquellas navidades fueron peores, aunque mi madre trabajó como siempre para tenernos a todos felices, como si no estuviera enferma. El médico decía que tenía que esperar a la operación para saber qué se encontraba dentro.

Unos días después, en enero, iba a darme cuenta de que conocía a mi madre menos de lo que pensaba. Cuando le subieron a la habitación tras la operación, después de lo que me pareció una eternidad, eran cinco los tubos que salían de diversos agujeros de su cuerpo. Envuelto en el estremecimiento más profundo de mi vida, por un instante pensé que sería imposible que sobreviviera a aquello. El médico nos contó, a mi padre y a mí, que el pronóstico era malo porque, según explicó, el cáncer había traspasado las paredes del intestino y estaba ya repartiéndose por ahí. Tenía ganas de ver mundo, el cabrón.

El doctor Ortiz[1] se expresaba con facilidad y transmitía tranquilidad, aunque era difícil interpretarle. Estaba contento, nos dijo, de lo que había podido hacer. Sólo quedaba esperar.

Mi madre me iba a enseñar a agarrarme a la vida hasta con los dientes.

Yo tenía veintiséis años, pero mi hermano más pequeño contaba sólo quince. Tras la operación tuve que olvidarme de escalar y de entrenar. Mi padre, que llegó a tener cuatro trabajos al mismo tiempo sin poder ahorrar nunca un duro, nunca ha sido un *señor de su cocina* de esos modernos. Así que, mientras mi madre pasaba un mes en el hospital, yo tenía trabajo de sobra. Lo mismo cocinaba o lavaba que compraba, o trataba de consolar a mi familia. Es decir, lo mismo que hacía mi madre a la vez que su trabajo de profesora pero

bastante peor hecho. También me pasaba casi todas las noches en el hospital. Eran noches eternas, desalmadas y densas. Casi no me atrevía a moverme en mi sillón, y tenía miedo.

Miedo de perder a alguien que amas. Miedo de una muerte a la que no conocía.

....

Un día, para pasar el rato y asesinar el tiempo, alguien me recomendó ir al cine. Lo hice, estuve viendo una película terrible llamada *La casa de los espíritus.* Para colmo de males salía Antonio Banderas. Estuve llorando media película. No era por el Banderas, no, que tampoco es para ponerse así. Eran lágrimas por mi madre, por su dolor y sufrimiento. También debían de tener algo que ver conmigo, puesto que me calmaron un poco.

Al salir tenía las ideas algo más claras. Esta vez fui yo quien llamó a Juan Tomás un rato después. Le dije algo que era obvio, y que él quizá ya intuía:

—Juan, no voy a poder ir al K2. Mi madre está enferma, no tengo dinero ni tiempo para buscarlo, ni tampoco un segundo para entrenar, no he ido al monte hace meses y...

Juan no me dejó terminar la frase, que yo pronunciaba con voz rota. Me explicó que me comprendía, me animó como buenamente pudo. Yo le deseé suerte, sobre todo para encontrar patrocinio.

Hacía ya unos cuantos meses que yo había vuelto del Cho Oyu. Habían pasado ya los efluvios del éxito, que suelen hacerse a un lado rápidamente para dejar sitio a nuevas ideas, nuevos planes. Tras volver del Tibet no pasó mucho tiempo hasta que Juan y Josu Bereziartúa se pusieron en contacto conmigo con la idea bastante ambiciosa de intentar el K2, la montaña de las montañas. O como decía Juan, la montaña que pintaría un niño.

Nosotros no habíamos dejado de pensar exactamente así, como niños. Por eso queríamos ponernos en marcha de nuevo. Tanto Josu como Juan tenían trabajos *normales* y estaban dispuestos a pagarse la expedición de su propio bolsillo (cosa que al final iban a tener que hacer). Yo esto no podía ni soñarlo. Luego, la enfermedad de mi madre había podido, naturalmente, con el resto de los preparativos.

Mi madre no aflojó ni por un instante en su lucha. Un día la trajimos de vuelta a casa desde el hospital. Entró en casa en mis brazos y yo no tenía que hacer mucha fuerza para sostenerla entre ellos. Era todo huesos y piel.

Aquella noche soñé con un enterrador tuerto que suspiraba y también con un político borracho que saltaba. También soñé con saxofones de plata... Escuchaba mucho a Dylan. Fue un sueño cargado de anhelos.

Pasados un par de meses tuvo que volver al quirófano, en otra operación prevista de antemano para volver a poner en su sitio el intestino y librarse de una bolsa de plástico externa que acumulaba los excrementos mientras tanto. Yo, que soy de los que se preguntan cómo es posible que vuelen los aviones o que floten los barcos, ni siquiera intenté comprender cómo se puede llevar puesta una bolsa que permite ver dentro de ti. Y además sonreír al mismo tiempo. Después vienen los necios, los idiotas y algunos periodistas hablando del valor de los alpinistas...

Los médicos por su parte son así, un día te mandan a casa y te dicen que del cáncer que podía matarte estás curado. Bueno, ellos hablan de posibilidades estadísticas y cosas de ese estilo, pero la recuperación de quien ha estado enfermo y de los que han sufrido a su lado no puede ser sólo física, debe serlo también espiritual. Mi madre se curó haciendo lo que mejor sabe; dándonos amor a todos los que la rodeamos. Yo, por mi parte tenía claro que, sin nada de dinero ni muchos entrenamientos, no podía ir al K2. Pero como dice Borges (no el de los frutos secos, sino otro) las montañas son muchas y plurales, al revés que la mar y la llanura. Sí que podía en cambio aplacar mis ansias de volver a Asia escalando en roca. Escalando mucho.

A principios de mayo, Juan y Josu partieron rumbo a Pakistán. Me despedí de ellos con el alma en pena, como quien ve marcharse la oportunidad de su vida y piensa que no ha de volver.

No estaba deprimido, pero me envolvía la melancolía más bella y pura.

....

Una vez más, la voz al otro lado del hilo telefónico me pilló desprevenido. La voz pertenecía a José Carlos Tamayo, que me preguntó algo cuya respuesta sólo podía ser una. Tras una breve charla de introducción, fue directo al grano y me dijo exactamente:

—Oye, ¿tú te vendrías al K2?

No tengo ni idea de cómo se le puede preguntar eso a alguien y que éste responda

negativamente. ¿Existirá alguien así? Yo, por supuesto, sólo podía responder con otra pregunta, dónde y a qué hora hay que estar para montarse en el avión.

José Carlos era el mismo vizcaíno a quién habíamos conocido seis años atrás en Yosemite (USA). Aquél que no podíamos creer tuviera entonces treinta años, desde nuestra juvenil inconsciencia. Ahora aparentaba aún menos, debido a su pacto con el diablo en persona, pero seguía siendo la misma persona gentil y sensible, extremadamente inteligente, y austero como nadie. La situación era curiosa de veras, porque en algunos aspectos me recordaba mucho a Juan Tomás, que ya llevaba tres semanas en Pakistán... de camino hacia el K2. Ambos se parecen mucho, sobre todo en el hecho de que son compañeros de expedición perfectos, tanto que a menudo resulta difícil estar a su altura. Tamayo hacía ya unos años que colaboraba con el programa de Televisión Española (TVE) “Al filo de lo imposible”. Lo que ahora me ofrecían era un hueco libre en un equipo fortísimo que estaba listo para salir hacia la cara norte de la montaña, en territorio chino. Justo el lado opuesto de donde estaban Juan y Josu.

—¿Cuándo se sale?

—El jueves de la semana que viene.

Joder. Faltaban nueve días y tenía que decir algo rápidamente. Lo consulté con mis padres. Mi madre ya se valía por sí misma, aunque todavía no estaba recuperada del todo. A ella le había dolido más que a mí mismo ver marcharse la oportunidad que yo había dejado pasar. El que un programa del prestigio de “Al filo...” pensara en mí le hizo feliz. Le dije a Tamayo que sí, que me iba con ellos. Tenía los días contados para hacer los visados y despedirme rápidamente de los míos.

Mi madre no sabía entonces que el K2 es casi tan letal como el cáncer.

No tuve tiempo material de preparar los sacos. Por primera vez en mi vida me enviaron urgentemente un petate que contenía ropa, mochilas, sacos de dormir, botas, gafas... jamás soñé con algo así, pero ya era cierto antes de que me diera tiempo a digerirlo.

Quedé en Vitoria con Juan Ignacio Apellániz, *Atxo*, a la sazón el alpinista español con más ochomiles en su haber, para ir juntos a Madrid. Le vi despedirse de su mujer, Nati, con un abrazo largo y hermoso. Me metí en el coche con rapidez, sin atreverme a mirar, presa de un cierto pudor. En Madrid conocí al resto del grupo y también a Sebastián Álvaro, director de “Al filo...”, que no venía con nosotros aunque pasados un par de meses se iba a acercar hasta el campo base para los días finales de la expedición.

En el aeropuerto reinaba una cierta excitación, se notaba que nos íbamos al K2 y no a otra montaña cualquiera. Yo me sentía bastante ingenuo vestido *reglamentariamente* con todas y cada una de las prendas a estrenar que me habían sido entregadas a toda prisa y viendo mis petates, también perfectamente uniformes. Todos los demás iban vestidos como les daba la gana y habían metido las cosas en sus bidones o sacos habituales. Yo parecía un mono de feria.

Se notaba a distancia quién era el novato de la banda.

....

Pronto me di cuenta de que estaba rodeado de personas poco comunes, de una brillantez que no iba a dejar de sorprenderme gratamente hasta el último día de la expedición. Formaban un grupo de fortísimas personalidades que sin embargo se adaptaban a la perfección las unas a las otras, en una simbiosis de caracteres que me fascinó desde el principio.

Diría que eran genios. Sin duda eran gente capaz de causar inspiración, de vivir la vida con fantasía y ganas de incordiar, eso que nunca se ha de perder.

Me resultaba algo más difícil que a ellos integrarme rápidamente los primeros días, debido a mi probada torpeza social y no a que el grupo fuera cerrado.

Además de José Carlos y de *Atxo*, Juanjo San Sebastián, Ramón Portilla, el argentino Sebastián de la Cruz y Juanjo Ruiz formaban el resto del equipo. Corrían otros tiempos en Televisión Española y no estábamos contratados para esta ocasión, algo que no era lo habitual. Dicho de otro modo, no estábamos cobrando un sueldo pero tampoco nos costaba dinero de nuestro bolsillo. Nos dirigíamos al K2 por el norte, desde el Xingkiang chino, al que íbamos a acceder desde Pakistán.

Pakistán me gustó desde que lo pisé.

El viaje en vehículos motorizados no es lo mío, eso lo sé hace tiempo. Sin embargo, tres días de autobús todoterreno en territorio pakistaní, seguidos de otros tres días de jeep por tierras del Xingkiang nos separaban inevitablemente y en el mejor de los casos de Mazardala,

punto donde empezaríamos a caminar otros seis días, acompañados de una caravana de camellos, para alcanzar un lugar más o menos cercano al K2. Desde este lugar íbamos a necesitar al menos otra semana de porteos para adentrarnos en el glaciar y asentarnos en nuestro campo base definitivo. Durante esta semana de trabajo hasta el campo base nosotros seríamos, por una vez, nuestros propios porteadores, aunque contábamos además con la ayuda de tres pakistaníes y dos sherpas nepalíes contratados para la ocasión. Cuando hubiéramos transportado lo básico nosotros nos quedaríamos ya a escalar en el campo base *alto*, mientras nuestros cinco ayudantes seguirían trayendo cargas del campo *de abajo* durante al menos otro mes, sin poner el pie en la montaña en ningún momento. Parecía interminable, al menos sobre el papel. En la realidad, era mucho peor. Nos íbamos a uno de los pocos lugares de este planeta donde es posible estar aislado de verdad. ¿Cuántos sitios quedan donde se puede morir de apendicitis? Éste era uno de ellos.

Desde el punto de vista alpinístico era un proyecto muy ambicioso; el espolón norte del K2 es una ruta muy difícil, sólo comparable en belleza, en mi opinión, al pilar oeste del Makalu o al corredor Horbein del Everest. Subiríamos sin oxígeno ni porteadores de altura, sin cuerdas fijas en el día de cumbre, y todo ello llevado a cabo por sólo seis personas. Además había que filmarlo en cine. Pero lo que más nos preocupaba y al mismo tiempo más nos atraía era ese aislamiento geográfico al que íbamos a vernos sometidos. Los chinos no usan los helicópteros para rescate, a pesar de que se manejan de maravilla con ellos en labores militares, así que no podíamos contar con ayuda si nos veíamos en problemas. Además, en el campo base estaríamos voluntariamente bloqueados, puesto que después de nuestra entrada en el glaciar y con la llegada del verano el río Shaksgam iba a crecer tanto que impedía físicamente su vadeo. Por lo tanto, hasta que el río no bajara a mediados de agosto nosotros no podíamos salir de allí. Y ahora estábamos a primeros de junio.

Mientras nos encontrábamos en Pakistán, pudimos gozar de la atención de las gentes del norte, que poseen corazones grandes y hospitalarios. Sin embargo al entrar en China todo cambió. Los militares que allí abundan como las moscas en verano eran tipos que habitualmente no pasaban de los veinte años, de cerebro lavado y mirada pretendidamente glacial. Se subían a nuestro autobús cada pocos kilómetros, provistos sólo de su uniforme verde y de una arrogancia ilimitada, a chequear nuestros permisos de viaje por tierra y pasaportes, con muy mala cara. Lo más que conseguían era ponernos de buen humor.

Aquel chaval en particular era especialmente antipático, lo cual es mucho decir de un soldado chino. Se subió al autobús con lentitud y se puso a mirarnos con chulería, con la pretensión imposible de hacernos pasar un mal rato. Juanjo San Sebastián, que nació con un *detector de gilipollas* acoplado en alguna parte, nos lo advirtió de inmediato:

—Ojo con éste, que se le ve fino...

Efectivamente, el soldadito se aplica con sus miradas asesinas y nos cuesta un montón no reírnos. Primero se ceba con uno de los sherpas nepalíes, sentado a mi lado. Escudriña su pasaporte y después su cara. Le devuelve el documento con superioridad. Nawang Thile, un sherpa del valle salvaje de Rowaling, un tipo hecho y derecho, ni pestañea. Después el chino se va a por Sebastián de la Cruz, *Sebitas,* aunque si le conociera se hubiera ahorrado la visita sin lugar a dudas. *Sebitas* es inmutable, tranquilo y paciente como nadie. Como es argentino lleva un psicólogo dentro, que le da respuestas para cualquier cosa, y a su lado te sientes bien. Si te asalta cualquier duda, el origen del cosmos por ejemplo, pues se lo preguntas y en cinco minutos (a veces diez...) el asunto está solucionado. Es el más joven del grupo a sus veinticinco años pero, por su sabiduría, parece nuestro abuelo. Viaja repantigado escuchando música y ni se menea cuando el chino, con un leve gesto de indignación, le pide el pasaporte. *Sebitas* ni le mira, lo que al chino le provoca una rabia evidente. Hasta que explota:

—*Name!! Name!!*

—Esteeee... Sebastián de la Cruz.

Al chino esto no le basta. No se puede quedar así. Y grita:

—¡¡*In english!!*

Sebitas enarca una ceja y sus ojos brillan. Después, olvidando lo de las Malvinas por un instante, pone su mejor acento británico para responder:

—¡¡*Shebástian de la Crux*!!...

El chino nos deja por imposibles, no puede entender el gallinero que se ha organizado con nuestras risas. Nos permite pasar, qué remedio le queda.

Un buen rato después Nawang Thile me deja su pasaporte mientras me dice divertido y sonriente detrás de su pequeño bigote:

—Iñaki, ¿me parezco al de la foto?
Yo miro la foto un par de veces, anonadado, y después le miro a él.
—No os parecéis en nada, ¿quién es?
—Es mi tío; es que como yo no tenía pasaporte, pues cogí el suyo...
Y se muere de risa, Nawang Thile

2

.

....

La marcha de aproximación es tranquila hasta llegar al río, el lugar de nuestras pesadillas. Hasta entonces andamos todos los días un rato y disfrutamos del paisaje, único entre los ochomiles. También nos gusta ir de caravana con treinta camellos, como en las viejas historias de Alí Baba. Los camelleros son de la etnia Uygur, puesto que aquí en Xingkiang, al igual que en el Tibet, los chinos sólo están presentes por motivos políticos, quizá de paso. Un día, hablando por señas con ellos, me entero que hay un grupo norteamericano en la montaña, y que llevan ya un mes en el campo base.

Se lo cuento a Ramón esa misma tarde, cuando llego al campamento. Ramón Portilla es un excelente escalador, un tipo sólido que se toma la vida como viene. Tiene un sardónico y corrosivo sentido del humor, aunque a veces parece algo escéptico sobre las posibilidades de nuestra escalada al K2. Es el mejor amigo de Juanjo y lo primero que me dice cuando se entera del tema de la presencia de los americanos, que no esperábamos de ninguna manera, es:

—Ni se te ocurra decírselo a Juanjo, ¿me oyes?, ni en broma.

No comprendo bien el porqué, pero intento metérmelo en la cabeza.

No iba a funcionar. Al día siguiente se me escapa mientras almorzamos tirados a un lado del camino. Al instante de soltarlo comprendo que he metido la pata, viendo la mirada terrible que me lanza Ramón. También comprendo por qué no quería que Juanjo se enterara cuando veo que éste monta en cólera. No es una cólera *normal.* Quizá sea normal al principio, pero después aumenta rítmicamente, *in crescendo,* hasta alcanzar tonos apocalípticos. Lanza juramentos e imprecaciones a los cuatro vientos, sin olvidarse en particular de la familia más cercana de los pobres yankis que han tenido la ocurrencia de venir a escalar el K2 por *nuestra* vía. El tono de su voz es atronador, parece el fin de los días. Sin embargo el resto del grupo ni se inmuta, casi ni le escucha y continúa con el avituallamiento y la cháchara. Yo estoy espantado. Cuando el ataque de Juanjo ya dura varios minutos, José Carlos se da cuenta de mi agitación y me dice:

—Bah, no te preocupes, se le pasa enseguida...

Tiene razón. Juanjo es una persona irrepetible, un compañero único en todos los sentidos, imprescindible como nadie. Alegre, impetuoso, optimista, se bebe la vida a chorros. Es, de hecho, el único de nosotros que parece tener una vida además de las montañas o ser capaz de desarrollar otras pasiones. Puede alegrar la vida de cualquiera a su alrededor, canta canciones que nadie más que él conoce, a voz en grito, y cuenta historias que no puedes dejar de escuchar atentamente. No carece de ánimo: de verdad quiere subir al K2, puesto que, junto con Ramón, ya ha estado otras tres veces en esta montaña.

El paisaje que nos rodea es seco y cálido. No parece que nos dirijamos a una montaña alta, vestidos en pantalón corto y sandalias. De vez en cuando filmamos algunos planos, con Juanjo de director y *Sebitas* ocupándose del sonido. Tamayo también es muy hábil con la cámara, Ramón y *Atxo* hacen de figurantes a la perfección y yo soy más bien inútil para el servicio. El río Shaksgam no ofrece problemas cuando lo cruzamos finalmente a mediados de junio, sin tener que subirnos a los camellos. Sabemos bien que, una vez cruzado, este río nos cierra las puertas de una vida que se queda atrás, que parece que ha dejado de pertenecernos. Ahora *somos* del K2.

Pero nadie mira atrás, el sueño del K2 es demasiado grande. El sueño se muere por ser vivido.

....

El tiempo es perfecto el día de San Juan cuando alcanzamos, más de tres semanas después de nuestra partida, el campo base definitivo. Por coincidencia, se trata del mismo día de este mes de junio en el que Juan Tomás va a subir a la cumbre K2 desde el lado contrario, en Pakistán. Aunque de ello, y de los detalles de su aventura, todavía tardaré dos meses en enterarme ya que no tenemos teléfono, ni contacto por radio con el exterior.

Enseguida visitamos a los americanos, dirigidos por los gemelos de origen británico Adrian y Alan Burgess, para conocer el estado de la vía y lograr un acuerdo que nos permita usar las cuerdas fijas que ellos han instalado en la parte baja de la ruta. A cambio debemos ocuparnos de fijar la parte superior y además tendremos que portear parte de su propio material hasta el campo II. Cuando cerramos el trato todos estamos contentos y al salir de su tienda alguno de nosotros señala que uno de sus bidones está lleno de... cerveza. Parece increíble pero es cierto. La bebida, que venía hasta aquí en polvo, está ahora fermentando y estará lista en quince días, lo que hará mucho por mejorar y profundizar las relaciones entre ambos grupos.

Poco después llegará, para mayor sorpresa, un grupo italiano. Nos parece increíble que seamos tres expediciones las que queremos escalar el K2 desde aquí. Nadie ha venido en los últimos años y, de hecho, sólo se ha ascendido esta vertiente en cuatro ocasiones. Pero ahora tenemos que aceptar sin remedio compartir la vía. Los italianos y los americanos no se entienden entre ellos, así que los transalpinos tendrán que fijar su propia línea de cuerdas hasta el campo II. Después, en el día de cumbre, quieren trazar una variante directa a la ruta japonesa, la única existente en esta vertiente.

Qué montaña tan increíble, qué espectáculo de la naturaleza. Sus líneas son perfectas, desde este lado es incluso más bella que desde Pakistán. ¿Cómo puede una montaña tan hermosa llevar un nombre tan feo como K2, tan tecnológicamente apropiado como carente de espíritu?

No hemos descansado ni un día desde nuestra salida de Madrid, pero ahora menos que nunca. Nada más llegar, nos dividimos en dos grupos de tres personas cada uno y comenzamos a trabajar montaña arriba. El primer grupo, el de los jóvenes, lo formamos José Carlos, *Sebitas* y yo mismo. Es un equipo explosivo, rápido en los movimientos por la montaña, donde no existe el relajo. Tamayo es el ideólogo y *Sebitas* y yo siempre hacemos lo que nos dicen, mochila en ristre. La de *Sebitas* siempre es la más pesada y además se empeña en acarrear a todas horas una hermosa caja de herramientas que incluye tenazas, sierra, alambres varios y otras cosas que yo no sé utilizar en casa así que como para pensar en subirlas por aquí. Pero el de Bariloche sabe usar sus manos y es autosuficiente en todo momento. El segundo grupo, de carácter más *diésel*, incluye a los más veteranos y expertos *Atxo*, Juanjo y Ramón. Juanjo Ruiz, por su parte, se queda en el base en labores de apoyo y filmación.

Nos estamos viendo beneficiados por la mejor climatología que pudiéramos haber imaginado y los días se suceden casi cortados por el mismo patrón, a un ritmo que no decae; después de varios días radiantes siempre llega un pequeño período de tiempo más inestable, que aprovechamos para replegarnos en nuestro campo base, escapando por un momento de la disciplina que impone, sin proponérselo, José Carlos Tamayo, *El comandante*. De momento no nieva mucho.

Cuando llevamos ya tres semanas realizando escaladas de aclimatación y acarreando material, la mitad de la expedición americana decide irse para casa, arriesgándolo todo en el cruce del río. Del resto, sólo uno de ellos muestra interés en seguir escalando, aunque no muestra tantas ansias a la hora de portear trastos o fijar cuerdas. Tanto es así que este hombre, un británico llamado Alan Hinkes, escala siguiendo nuestras huellas, usando nuestras tiendas o equipo sin siquiera molestarse en pedir permiso. Como sus dos compañeros de campo base parecen buenos tipos, y como tienen cerveza, no nos molestamos ni en reprochárselo. A mí, la cerveza de todas maneras no me gusta, yo soy más de *colacao.*

La vía tiene bastante peligro y está *tiesa* en todo momento. Durante los primeros mil metros de desnivel el riesgo de avalanchas es alto y no somos capaces de situar un campo I fiable. Al final lo metemos en una grieta, protegido de los aludes, aunque nunca lo llegaremos a utilizar. En adelante, siempre optaremos por subir directos al campo II, a 6.700 metros, lo que supone salvar un desnivel de 1.700 metros desde el campo base. Cuando ya estamos aclimatados, conseguiremos hacerlo en poco más de seis horas.

....

Comencé a volar por el aire sin pretenderlo, lo cual es algo bastante estúpido si no se tienen alas. Pero en ese momento no lo sabía ni me preocupaba. Tampoco se me pasó por la cabeza toda mi vida en forma de película. Sí, claro, en *technicolor*. Menuda idiotez. Sólo pensaba que me estaba matando. Mi cerebro lo expresó de una forma extraña, diciéndome después del primer rebote contra la pared: “Al siguiente, lo voy a ver todo negro”.

Estúpido había sido, sin duda, engancharme y tirar de aquella cuerda fija vieja. Quizá

debiera haber seguido a tiempo a *Sebitas* y Tamayo, que esa misma mañana habían salido del campo II con idea de montar el III. El tiempo ofrecía muchas dudas, templado y nuboso, así que decidí esperar en las tiendas con Juanjo, Ramón y *Atxo*, mientras la cosa se aclaraba. Cuando dos horas después levantó un poco, seguimos los pasos de nuestros camaradas. Ahora, mientras volaba, de nada valían los reproches.

Era 18 de julio y, aunque ese no era el motivo, por la mañana Juanjo estaba de un humor excelente. Y cuando Juanjo está de buen humor la vida es todavía mucho mejor, aunque sea en un sitio tétrico como la norte del K2. Decidió filmar unos planos, que ejecutó con autoridad, como si no estuviéramos a siete mil metros. Él sabía bien que yo me moría por salir disparado detrás de Tamayo, así que, terminada la labor, me dio luz verde para seguir hacia arriba más deprisa. Me despojé del buzo de plumas, que me daba mucho calor, para ganar movilidad. Lo metí en la mochila, que ya era bastante grande, de modo que ésta sobresalía un buen trozo por encima de mi cabeza. También pesaba lo suyo, pero a ver qué mochila está hecha para ser ingrávida.

Yo podía ver las huellas de mis amigos en la nieve fresca. Habían subido desenterrando viejos restos de cuerda para guiarse. El terreno era a veces bastante vertical, rocoso mayormente. La escalada provocaba auténtico placer.

El sonido que hizo la cuerda al saltar y romperse fue seco. Pude ver por un instante pequeños cristales de hielo, a contraluz, justo antes de que me absorbiera sin remisión la fuerza de la gravedad.

Cuando la caída se detiene por fin no es negro lo que veo, sino rojo. Es el rojo de la sangre que sale con bastante alegría y soltura de varios orificios de mi cuerpo, unos viejos y otros recién hechos. La caída no ha durado mucho, según creo. He debido rebotar cuatro o cinco veces en la pared, durante unos sesenta u ochenta metros. La mochila me ha salvado el pellejo y se ha llevado la peor parte de los golpes. Los primeros minutos son de confusión mientras me recupero del *shock.* Estoy solo y no puedo respirar. Me he detenido bruscamente en una pequeña repisa en la nieve debido a que la cuerda se ha enroscado en uno de mis muslos y se ha trabado, a su vez, en un pico de roca un poco más arriba. Pura casualidad, de no haber sido así ahora estaría ya muerto, abajo en el glaciar.

Estoy más de dos mil metros por encima del valle, a más de siete mil metros de altitud. La cabeza parece estar en orden y también puedo mover las piernas, pero me duele mucho el pecho, la parte baja de la espalda y un brazo. Lo que más me molesta es la mochila, de la que no puedo despojarme. La sangre procede de un tercer agujero de mi nariz. Sé que un poco más abajo vienen los demás. También viene Hinkes, nuestra rémora particular.

Es curioso lo de respirar a la vez por tres agujeros.

....

Dicen que hay que estar preparado para lo peor, y lo peor llega a mi lado a la vez que Alan Hinkes. Le veo a lo lejos y le hago gestos con el brazo bueno. Al principio no le reconozco en su buzo blanco, esperaba que fuera alguno de mis amigos. Estoy tirado en el mismo sitio donde mi caída se ha detenido y la nieve que me rodea está toda roja. Cuando Alan llega a mi lado imploro su ayuda con un gesto, quiero que me ayude a quitarme la bendita mochila que me está asfixiando.

El inglés me saluda desde lejos, al principio no sabe que estoy herido. Cuando se acerca y me ve suelta un taco con un sonoro acento, *"Fuck!"*, y saca su videocámara. Después, mientras Juanjo y *Atxo* llegan, me graba unos planos. Yo, por mi parte, le insulto. Tengo además la fortuna de que mi idioma materno es rico en expresiones que no dejan lugar a la duda, no me ando con medias tintas. Juanjo es el primero en arribar a mi lado y ayudarme. Veo el espanto en su cara y se mueve deprisa, así que sé que la cosa es seria. Me pone unas gafas de sol suyas, puesto que las mías se han aplastado en la caída. Me preocupa que se le manchen de sangre. Joder, no son caras las gafas. Después le digo:

—Juanjo, majo, échame unos planos con la cámara, no vaya a ser que este cabrón de inglés los tenga y los de Madrid no.

Juanjo lo hace y se relaja un poco. Mientras tanto han llegado *Atxo* y Ramón, que le piden a Alan ayuda para un descenso que se presume, dado mi estado, complejo. No sé si estoy muriéndome o no, pero me preocupa el dolor en las costillas y pienso por un momento en la posibilidad de tener un pulmón pinchado. Eso debe de ser chungo.

Alan

3

dice que no, que esto es el K2, que hace bueno y que él se va para arriba. Casi es lo mejor.

José Carlos y *Sebitas*, que están más arriba y no tienen la radio conectada, no se enterarán del accidente hasta muchas horas después. Para mi fortuna mis compañeros no lo dudan ni un momento. El K2 pasa a no significar nada para ellos, instantáneamente. Sólo piensan en cómo bajarme de allí. Son lo contrario de Alan y expresan los mejores valores no ya del alpinista, sino del ser humano.

....

Me acuerdo de mi madre. Me doy cuenta de que ahora ha llegado, para mí, el momento de luchar. Pienso en la cama del hospital, en los tubos, en el olor que salía de aquella puta habitación. ¡Quiero vivir!

"Iñaki", me digo, mordiendo fuerte mis labios, "bájate de aquí o revienta".

Nos separan decenas de rapeles del campo base. Primero, mis compañeros me recomponen un poco, me quitan la mochila, lo que al fin me permite respirar y me dan un par de pastillas de no sé qué. Después, Ramón baja primero, liberando las cuerdas y verificando su estado. *Atxo*, a mi lado, pasa la cuerda por mi aparato descensor cada vez que llego a un nudo que yo solo no puedo salvar. Me consuela constantemente con palabras de aliento. Por detrás Juanjo cierra el grupo, habla por radio con los italianos del campo base, que tienen varios médicos ya dispuestos a ayudar y también nos avisa si cae alguna piedra. El descenso ha de pasar necesariamente por los lugares más peligrosos de la montaña a la peor hora, pero no nos queda más remedio.

Pasamos las siguientes quince horas bajando, prácticamente sin parar. *Atxo* es incansable. Este hombre, a quien yo sólo conocía de vista antes de la expedición, me está demostrando una raza y un tesón que tienen un valor incalculable en este momento crítico de mi vida. *Atxo* es simplemente otro genio. Es cariñoso y práctico, un desastre orientándose y posee un sentido del humor socarrón que se dispara a la menor ocasión. Lleva semanas disfrutando de la montaña siempre sonriente, fuerte como un toro. Jamás flojea. Le hemos estado llamando *La Voz*, cual Frank Sinatra, dado que una persistente faringitis le ha impedido hablar durante algunos días, aunque no ha parado de trabajar ni un momento. Él ha aguantado nuestras chanzas divertido, musitando entre dientes: "cabrones...".

Ahora *Atxo* es mi hermano, mis manos, mi oxígeno. Lo mismo que Ramón y que Juanjo. Según pasan las horas el dolor se hace difícil de soportar, especialmente el de mis costillas. A veces me vengo un poco abajo. Pero intento por todos los medios no ceder, y que ellos no lo noten. No quiero quedarme aquí, hoy.

Al llegar a la rimaya, la última dificultad, la grieta está abierta más de dos metros, oscura y negra como las fauces de una bestia. Normalmente pegas un pequeño bote y el asunto está solucionado pero yo ahora no puedo saltar tanto. *Atxo* salta primero y aterriza al otro lado con limpieza absoluta. Yo lo intento después, aunque ambos sabemos que voy a ir directo al hoyo. En efecto así sucede y mi salto se queda cortísimo, pero *Atxo* sujeta impecablemente la cuerda. Yo cuelgo en el aire, más dolorido si cabe. Le oigo decir, con toda la ironía que la situación permite:

—Sí, hombre, cojonudo... te bajo desde allá arriba para que te me tires en el primer agujero que ves... hala venga, sal de ahí.

Y me saca él, por supuesto. Yo no me puedo reír, aunque quiero. Me duele mucho, por todo.

....

Hace ya unas horas que la noche ha caído sobre el K2. No hace frío. Una vez que piso el suelo del glaciar me relajo un poco. Después de tantas horas me duele todo y mis compañeros, y los italianos que han venido a ayudar veloces cual rayos, se ofrecen a llevarme a hombros. Terco, me niego, aunque he de pararme a menudo doblado por el dolor.

Cuando llegamos a las tiendas ha pasado lo que a mí se me antoja como media vida. Los italianos se vuelcan en mi ayuda. Tienen tres médicos, Paolo Minisini, Leonardo Pagani y Manuel Lugli. En unos instantes estoy instalado en la tienda más grande que tenemos, que ha sido habilitada como hospital.

Voy a permanecer aquí los próximos doce días.

Me inyectan calmantes, me dan de beber y me tranquilizan. Paolo toma el mando de las operaciones. Piensa que tengo varias fracturas, en el brazo y en tres de mis costillas, además de la cresta sacro ilíaca, que para entendernos es un hueso que está encima y a un lado del culo. Nunca me imaginé que algo que no sabía que tenía pudiera doler tanto.

Por la mañana, los amigos italianos me enyesan el brazo a plena luz. También tienen un

fax vía satélite, así que puedo mandar a casa una nota explicando por encima lo que ha pasado. Paolo me enseña cómo ponerme morfina, yo mismo, en una especie de jeringa que ha dejado inyectada de modo permanente en mi muñeca. La droga acaba con mi dolor de forma clamorosa y comprendo al vuelo que es peligrosamente adictiva. Juanjo, mientras tanto, ha montado el trípode y está filmando la escena en una de nuestras pequeñas cámaras de cine *Beaulieu*. Su mente no descansa mientras tararea algo que, otra vez, nadie de nosotros conoce:

—A esta escena hay que ponerle música, la de *Apocalypse now*, por ejemplo...

Es de sus películas favoritas. *Napalm, hijo, napalm, nada en la vida huele igual*. Se va a por el cassette y pronto los altavoces atruenan. Alguien se da cuenta y se lo dice:

—Pero si la cámara esa no graba sonido, tarugo...

—Ya, hombre, es para dar ambiente.

Mientras los días pasan, mis heridas comienzan a cicatrizar lentamente. No puedo moverme. Si tengo que hacer mis necesidades he de llamar a alguien:

—*¡¡Aaaaatxoo!!,* que quiero mear...

Y *Atxo*, o Juanjo, o Ramón, o cualquiera de mis compañeros vienen a la tienda con una pequeña perola de aluminio que se ha convertido en mi retrete ambulante. Al principio todos los que me visitan tuercen el gesto al ver mi espalda y la parte de atrás de mis piernas. Yo no alcanzo a girar el cuello lo suficiente para vislumbrarlo, pero los hematomas son tan extensos y de un color tan feo que provocan inevitablemente una mueca de horror en el espectador. Me agarran entre un par de ellos y yo hago como buenamente puedo lo que tengo que hacer, mientras les oigo descojonarse:

—Pues no la tiene tan pequeña el navarro...

—No, no, de concurso no es, pero no está mal del todo...

Yo sigo sin poder reírme, por las costillas, pero pienso que, perdido ya todo asomo de dignidad, siempre me queda el amor de estos amigos sin igual.

Pasados unos días, comienzo a levantarme. Ya puedo caminar hasta la tienda comedor, doblado como alguien de muchos años de edad. Asisto como testigo a las conversaciones sobre la escalada, que para mí ya ha terminado. A finales de julio retorna el buen tiempo y mis amigos, que durante mi convalecencia no han perdido el tiempo, discuten ya los planes de cumbre. Por un momento sueño con curarme y escalar, e incluso lo comento con Ramón, que me mira como a los locos. “Ni de coña”, me dice.

....

Cuando llevo varios días quieto, un extraño dolor aparece en uno de mis gemelos. No sé cual es su origen, pero mis peores pesadillas me hacen temer una tromboflebitis, que sería hasta cierto punto normal debido al espesamiento de la sangre propio de las largas estancias en altitud unido a la inactividad forzosa. Se lo cuento sólo a José Carlos, que pone cara de que no es importante y me tranquiliza. Pero al día siguiente veo que alguien ha dejado entre las medicinas, que están a medio metro de mí, una cuyo nombre no reconozco entre las que tomo habitualmente. Cuando, movido por la curiosidad, miro sus indicaciones veo que la primera es “trombosis venosa profunda”. Ya sé quién ha sido el que ha dejado aquí la medicina, y también sé que mi historia no ha acabado todavía. Tengo que salir cuanto antes, por mis propios medios.

En el yeso que cubre mi brazo la gente va escribiendo mensajes de cualquier tipo, en todos los idiomas posibles. De este modo la escayola se convierte en un graffiti lleno de ánimos y de buenos deseos.

Alguien escribe, en letras grandes, “¡torero!”, pero yo me siento ciertamente más cercano al toro; machacado y listo para el arrastre.

....

Mi oportunidad de escapar del K2 llega cuando los tres miembros restantes de la expedición americana deciden irse. Su líder, Adrián Burgess, me invita gentilmente a unirme a ellos. Podré cruzar el río en sus camellos, utilizar sus *jeeps* o comer en su cocina, durante los días que dure la marcha de vuelta al mundo civilizado. La única condición es que tengo que valerme por mí mismo y ser capaz de andar, o arrastrarme, unas cuantas horas cada jornada.

Me decido con una pena profunda, porque mis amigos salen para arriba al mismo tiempo que los americanos para abajo, lo que significa que no estaré en el base durante los intentos de cumbre. Me despido de *Atxo*, que me da unas cartas para su mujer, de Ramón y de Juanjo el día anterior a que *Sebitas* y José Carlos suban a la cumbre en una escalada limpia y meteórica, un 30 de julio fantástico.

Y yo me voy para abajo solo, con mi dolor como compañero, cojeando débilmente por la morrena glaciar.

Las jornadas de caminata durante el descenso no son muy largas para alguien que no esté malherido. Para Adrian Burgess, Brad Johnson y Alan Hinkes no es nada, pero para mí es mucha la miseria que tengo que pasar. Ellos andan tres o cuatro horas al día, a mí me cuesta el triple. Además escasea la comida, así que tiramos solamente de voluntad. En el río las pasamos canutas y yo consigo rajar mi escayola a la altura del codo debido a la fuerza con la que tiro de las riendas del camello que me lleva, mientras éste intenta no perder pie. Oigo cómo las piedras que bajan por el agua golpean en sus patas con un ruido sordo, haciéndole tambalearse. Ya no paso miedo, nada hay que perder.

Pero la miseria, el dolor y el hambre no es lo peor de todo. Lo peor de todo, con diferencia, es aguantar el sentido del humor de Alan Hinkes todas las tardes. Cuando no es sexista, es xenófobo. O ambas cosas a la vez. Y si no, simplemente resulta burdo y grosero. Además es obvio que se cree un tipo gracioso.

Si lo sé, no aprendo inglés.

....

Kashgar no es más que una pequeña ciudad, un oasis situado al mismo borde del desierto del Taklamakan. Allí nos alcanza el grupo de *trekking* dirigido por Sebastián Álvaro, director de “Al filo...”, que incluye a su mujer Carmen y a otros como Darío Rodríguez. Han intentado alcanzar el campo base del K2 después de nuestra salida, de hecho nos cruzamos hace unos pocos días, pero el río había vuelto a crecer y no les ha sido posible llegar.

Adrian Burgess me ha tratado exquisitamente, como a un hijo. Se ha peleado por mí con varias docenas de miles de chinos que pretendían cobrarme 100 dólares a cada paso: por subirme a un jeep, por usar un camello extra, por dormir aquí o allá, por comer, por respirar aire chino... Adrian se ha plantado en todo momento, diciéndoles que donde yo no iba, ellos tampoco, así que a los chinos no les quedaba más remedio que ceder, en último término.

Por lo visto, aquí todo vale cien dólares.

A pesar de la amabilidad de Adrian, acojo con sumo gusto la llegada de Sebas y compañía, que vuelven hacia Pakistán y a cuyo grupo puedo unirme ahora.

La tarde antes de salir de Kashgar estamos charlando con los americanos en una terraza próxima al hotel. Estamos tranquilos porque el tiempo ha sido bueno y nos imaginamos, o al menos lo deseamos, que nuestros amigos hayan subido ya al K2 y estén emprendiendo el camino de vuelta. Aquí no hay línea telefónica internacional, así que no tenemos modo de saber qué ha pasado. Además eso sólo podría suceder si ellos han mandado alguna noticia a Madrid a través del fax de los generosos italianos.

Súbitamente, mientras bebemos algo, una de las empleadas del hotel aparece corriendo con los ojos desorbitados y gritando:

—¡¡*Spanish group, Spanish group, international telephone*!!...

No entendemos muy bien qué pasa, pero Sebas y yo cruzamos la calle lo más deprisa posible. Yo cojeo y él corre. Llega antes que yo a la recepción y me dice después de coger el auricular:

—Es mi hermana.

Con eso espera apaciguar mi impaciencia. En cierto modo lo consigue, al menos durante unos cortos instantes. Yo sé que Sebas tiene una hermana que trabaja en una compañía telefónica española. Ella ha debido conseguir el increíble milagro de que alguien en alguna compañía china del mismo género le conecte con el único hotel de Kashgar que aloja a extranjeros. Después no ha debido serle fácil explicarse y que le entiendan. Y mandar a alguien a buscarnos.

Por eso sé que las noticias, buenas o malas, son importantes. La cara de Sebas no arroja mucha luz, aunque consigue disimular lo que siente en un primer momento. Yo no puedo más de curiosidad y le meto un par de tirones a su brazo para ver si me dice algo. Algo sí que me dice, desde luego, algo para lo que yo no estaba de ninguna manera preparado:

—*Atxo* ha muerto.

Noto como mi dolorida espalda se desliza por la pared de madera del mostrador. Me siento

en el suelo y toda mi realidad se reduce a esa frase, inalterable y cruel, que de ningún modo me resulta digerible. Mientras mis ojos se llenan de unas lágrimas que tardarán años en salir, me siento completamente vacío por dentro.

Sé que él era fortísimo, pero ahora mismo no pienso que sea una injusticia, no pienso en el porqué, no pienso en el cómo. No me rebelo, no blasfemo, no reniego. Sólo puedo pensar en *Atxo* Apellániz, en su sonrisa y su solidaridad cuando yo más las necesitaba. También en Nati, que espera las cartas que *Atxo* escribió y yo le llevo. La misma Nati que recibió aquel abrazo que me avergonzó por su intensidad, aquel abrazo que sellaba una despedida que era definitiva.

Me da la sensación que en el corazón grande de *Atxo* nadie ha sido nunca forastero. Y yo no he sido ninguna excepción.

……….

En los días que siguen nos vamos de vuelta hacia Pakistán rotos por el dolor. Poco a poco conoceremos más detalles de la escalada de *Sebitas* y José Carlos como primer grupo de cima, el 30 de julio. Y de cómo Juanjo y *Atxo* también pisaron la cumbre a últimas horas de la tarde del 4 de agosto, envueltos en la maldita sincronía de una tormenta perfecta que ya les envolvía. También conoceremos la interminable odisea en la que se convirtió su descenso y cómo, casi una semana después, *Atxo* se apagó *como un pajarito* en la tienda del campo II, agotado.

Pero todo está lejos de terminar aún y sabemos que Juanjo necesita un rescate urgente debido a sus extensas congelaciones, en las manos principalmente. Mi cercana experiencia no invita al optimismo y una vez más, los chinos no nos van a defraudar. Son los peores. Primero no serán capaces de mandar un helicóptero propio, alegando “mal tiempo”. Después no permitirán tampoco que lo haga uno del ejército pakistaní, cuya intervención ya había sido autorizada mediante eficaces gestiones de TVE y la embajada española en Pakistán. Y finalmente pondrán todo tipo de pegas a la salida de los diversos miembros de la expedición por separado, alegando que el visado de entrada es “de grupo” y que por lo tanto hay que salir todos juntos. Gracias a sus trabas y a su criminal negligencia, las amputaciones de Juanjo serán más extensas y crueles.

¿Me permiten ustedes maldecir un poco? Pues, que mal rayo les parta.

En Islamabad pasamos, Sebas y yo, más de una hora al teléfono hablando con Nati. Le cuento lo bien que me trató *Atxo* durante toda la expedición e intento lo imposible, consolarle por algo tan absolutamente irreparable. Mientras hablo con ella, Sebas y su mujer, Carmen, me secan las lágrimas y el sudor que, juntos, gotean en la alfombra de esta habitación de hotel.

En el avión que un par de días más tarde me lleva a casa hay otros escaladores. Noto que me miran raro, quizá con cierta compasión, con un cierto alivio. O quizá felices de no estar en mi pellejo.

A los que no sean escaladores o montañeros, a los que no gocen de cualquier pasión, no podré explicarles el porqué de nuestras actividades. Tampoco lo iban a entender, de todas formas.

……….

A primera hora de la mañana entro por la puerta de uno de los hospitales públicos de Pamplona. Exactamente ha pasado un mes desde la caída, aunque no he parado quieto en ningún momento, ni ahora al llegar a casa. Ya me siento mejor, aunque todavía tengo dolores bastante profundos pero bien repartidos.

El médico que me atiende trabaja en urgencias en agosto y se le ve aburrido, así que debe de ser interesante que aparezca un tipo escayolado, que se ha duchado dos veces en los últimos tres meses, una de ellas en una palangana, y le cuente cómo casi se mata en un rincón de China, en un monte bastante grande. Que las leyendas y dibujos pintados en nueve idiomas diferentes en el yeso de su brazo son puro arte, encontrado por el camino. También le resulta sin duda curiosa la explicación de por qué la escayola está *arreglada* con cinta aislante. ¿Así que la rompiste cruzando un río en camello, eh?

Se debe de pensar que vengo directo de las fiestas de algún pueblo.

Me hace unas radiografías y me dice que estoy bastante bien, gracias. Me quita la escayola con una sierra. El sonido metálico y frío me va despojando de mi coraza temporal, pero viendo mi brazo esquelético y blanquecino comprendo que ya casi estoy sano. También intuyo que costará mucho más tiempo que cicatricen las otras heridas. Las del alma.

El rey del dolor

Shisha Pangma, septiembre 1995

Los campeones no se fabrican en los gimnasios. Los campeones se hacen de algo que sale de muy dentro; un deseo, una visión, un sueño.

Muhammad Alí

¿Cómo superar la experiencia del K2?

De entrada, mi primer error habría sido intentar “superarlo”; eso es algo que nunca podría suceder. Tampoco se puede “vivir con ello”. Lo quisiera o no, esa misma experiencia era ya una parte de mí, que me pertenecía y que se quedaría conmigo para siempre. Y todos los psiquiatras del mundo se pueden ir al carajo con sus tratados sobre la superación del duelo y sus fases, sus divanes y sus facturas... Los amigos, la gente, se mueren y ya está. Es simple. Mi propia muerte me la imaginé en el K2. Y si no sucedió no sé bien por qué fue.

Sin siquiera sospecharlo, esa montaña gigantesca se había instalado firmemente en mi ser. Era ya parte de mi código genético. En los meses anteriores, durante la enfermedad de mi madre, había intuido que la muerte es lo que da sentido a la vida. Y en el salvaje K2 nos había visitado vestida de gala, nunca bienvenida. Entendí entonces que una, la vida, no existe sin la otra, la muerte. Parece sencillo, pero no lo es. Quizá por eso no lo enseñan en la escuela donde, por cierto, sólo se aprenden cosas que parecen complejas e importantes pero no lo son.

Sólo encontré una manera, nada racional por fortuna, de seguir adelante y no abandonar la vida de las montañas; tirar todo recto y dejar que el camino se revelara por si mismo. No tenía por qué ser tan difícil y además podía aprender de los grandes maestros.

Dijo el Buda, que debía saber lo suyo, que la felicidad no es algo que esté al final del camino, ni hay un camino hacia ella. Al contrario, la felicidad misma *es* el camino. Puede pasar. Bob Dylan, algo más flaco pero al menos tan sabio como aquél, dijo por su parte: “¿Feliz?, cualquiera puede ser feliz. ¿Cuál es la finalidad?”. Mejor todavía. Y mi amiga Myriam García Pascual, que escuchaba más a Rosendo, escribió en cierta ocasión: “...vivir, que me interesa más que ser feliz”. Insuperable.

Así que una vez que curé mis heridas físicas y entendí que el asunto de la felicidad es puritita patraña para telenovelas, pasé a dedicarme a lo que realmente importa: escalar o, en su defecto, lo que se me vaya poniendo por delante.

....

Unos meses después, la primavera llegó por fin, explotó e inundó de belleza y vida el lugar donde vivo. Está bien la primavera, pero sólo si el invierno ha sido severo. Y el sitio donde naces, por más que te alejes temporalmente, se te queda pegado cerca del corazón y no lo olvidas fácilmente.

En Etxauri, donde habíamos aprendido a trepar, los atardeceres no tienen nada que envidiar a los de ningún otro lugar. La luz se torna hermosa, casi mágica, mientras los días alargan cada vez más. Nos escapábamos muchas tardes a apretar los dedos contra la roca, a danzar embrujados por sus paredes intentando encontrar el camino de menor resistencia,

pues nada menos que eso es la escalada.

Alcancé el nivel más alto de mi vida. Nada comparado con el de otros, pero bastante respetable para mí dado el esfuerzo que me suponía. Nunca fui el mejor dotado para los deportes; en el colegio todos los de mi clase salvo tres o cuatro corrían más que yo. Pero aunque fuera lento era duro de pelar y no cedía fácilmente. Terco como una recua de mulas. Escalando me pasaba lo mismo y disfrutaba finalmente del calor del sol en la espalda después de los meses pasados *en la nevera*, en nuestros Pirineos.

El K2 estaba ahí, bien cerca de mi piel, pero no tenía prisa por regresar a sus paredes. Sabía que algún día volveríamos a vernos.

Preparábamos con entusiasmo la próxima expedición, que no tenía nada que ver con los ochomiles. Se nos había ocurrido escalar la Torre Sin Nombre, en el grupo de las torres de Trango, en el Karakorum pakistaní. Se trata de una belleza de roca, de poco más de seis mil metros de altura. Algo así como un estallido de piedra que se eleva hacia el cielo, un pináculo cuyas paredes ofrecen desniveles de casi dos mil metros de granito naranja y perfecto. La idea era simple; seis buenos amigos y dos planes diferentes. Por un lado Antonio Aquerreta, Fermín Izco y Mikel Zabalza le tenían echado el ojo a una nueva ruta en la cara norte de la mole de roca. Ruta que iba a exigir, a priori, técnicas de escalada artificial y bastante tiempo colgados, durmiendo en hamacas. Por otro lado Txuma Ruiz, Julián Beraza y yo mismo queríamos repetir la vía eslovena en la vertiente opuesta, donde quizá fuera posible una escalada un poco más rápida y en estilo libre. Y, a ratos, al sol.

A mí lo de abrir nuevas rutas nunca me ha llamado mucho la atención, en primer lugar porque no soy tan bueno, y en segundo lugar porque me importa un huevo de pato pasar a la sacrosanta historia del alpinismo.

Bastante tengo si el alpinismo llega a ser parte de *mi* historia.

....

Un día de abril me levanté de la cama con lumbago, con una extraña molestia en la parte baja de la espalda. No podía doblar el cuello hacia abajo y tenía además un dolor que bajaba por la pierna casi hasta el tobillo. No recordaba haberme hecho daño escalando, ninguna caída, ningún gesto extraño. Pensé que con un par de días de descanso la cosa estaría solucionada. Un maestro del autoengaño.

El par de días se iban a convertir en tres meses. Y la Torre Sin Nombre se iba a quedar, de momento, en el cajón de los sueños sin cumplir.

El dolor empeoró poco a poco hasta dejarme tirado e inactivo, incapaz de hacer ningún movimiento, nada de ejercicio. Ni siquiera un simple paseo podía dar. No hablemos ya de escalar o correr. Pronto perdí la forma física, ganada a pulso. También engordé. Los que me rodeaban, sin ser culpables de nada, sufrían mi frustración. Comenzó entonces el peregrinaje maldito de un médico al siguiente y de éste a otro. Así hasta cinco... Del seguro, naturistas, masajistas, fisios, osteópatas. Ningún resultado positivo.

Nadie de entre ellos parece saber lo que tengo, ninguno ofrece un diagnóstico certero. Hablan de una protusión de un disco vertebral, entre las vértebras L5 y S1. También casi todos ellos imaginan una relación de causa-efecto entre mi vuelo sin motor en el K2 y los problemas de ahora. Pero ningún tratamiento funciona.

A principios de junio estoy ya bastante desesperado, casi desahuciado. He malgastado los últimos dos meses en el sofá, que es un sitio que normalmente me gusta bien poco.

Como el año pasado, veo marcharse a mis amigos hacia Pakistán en una repetición cruel, como una broma pesada, de la misma historia. Hasta el último momento mantengo una reserva de avión y tengo hecho el visado para partir por si milagrosamente mejoro de mis males.

La decisión viene dada por sí sola, cuando un mal día para mí me llama Mikel desde el mismo ministerio de turismo pakistaní, en Islamabad:

—Iñaki, ¿vienes o no? Hay que decirlo ahora mismo, para el tema del permiso de escalada.

—Pues entonces no, no me puedo mover todavía. Mucha suerte, *troncos*. Y traeros alguna foto [1].

A finales de junio, la casualidad hará que comience a ver la luz del final del túnel.

Hace tiempo que he comprendido que, sean cuales sean las causas de mi lesión, sólo yo puedo trabajar en mi recuperación, siguiendo a rajatabla estrictas sesiones de estiramientos y

de musculación de abdominales y lumbares. Perece ser lo único que me ayuda. Un día, mientras estiro mi espalda en el gimnasio, entablo conversación con alguien que cree que me puede ayudar. Es médico y trabaja en la Seguridad Social. Me sugiere que no pierdo nada por intentar la terapia que él aplica en sus pacientes, que según asegura es más simple que el mecanismo de un chupete.

Allá que voy, porque nada hay que perder. *After lost to the river.*

Cuando aparezco en la consulta, solucionada la bazofia burocrática de saber quién paga mi factura, veo que sólo hay abuelos. Y abuelas. No tengo ningún problema, llevo meses sintiéndome mucho más viejo que ellos. La terapia es ciertamente bastante sencilla. Los primeros veinte minutos los paso sentadito en una silla leyendo el periódico, si me place, mientras una máquina me calienta la parte baja de la espalda. Es un calor húmedo y agradable. Después me invitan a pasar al potro de tortura, otros tantos minutos. Es una especie de camilla donde uno se tumba y es atado sin compasión por dos arneses, uno a la altura de los sobacos y el otro bien fijado en las caderas. Después llega una mujer que, con una preocupante cara de sádica, te asegura que puedes estar tranquilo. Entonces uno se teme lo peor, te imaginas que en ese mismo instante va a aparecer alguien particularmente bien dotado y tú vas a pagar por tus numerosos pecados. Pero no es así, de momento, y la de la cara rara le da al botón y unas rudimentarias cuerdas empiezan a estirar de los arneses y por lo tanto de tu espalda, en dos direcciones opuestas. Afortunadamente el que diseñó el aparejo no era ningún necio, y el estiramiento es graduable a elección de la sádica o del médico y tiene un final determinado. Como la vida misma.

En diez sesiones alcanzo el máximo de la máquina. Y me siento mucho mejor, ya puedo mirar hacia el suelo por vez primera en meses.

Así empecé a curarme.

....

A veces hace falta un poco de buena fortuna. Justo después de curarme iban a comenzar los sanfermines. Y yo, mientras no me corten las piernas, no puedo estar en Pamplona y dejar de correr en el encierro.

No me lo pierdo por nada del mundo.

El encierro de Pamplona, la carrera de los toros, es conocido en cualquier parte del planeta y sólo sucede ocho veces al año, durante las fiestas de San Fermín, entre el 7 y el 14 de julio de cada año si la autoridad no lo impide (como en 1978, por ejemplo). La carrera, en la que los pobres morlacos pasan casi tanto miedo como la gente, se desarrolla por la parte vieja de la ciudad, en calles estrechas y atestadas de gente que en buena proporción lleva toda la noche de fiesta.

La famosa estampida tiene parte de tradición, parte de juerga y parte de adrenalina, nada de burocracia y la policía sólo mira desde la barrera. Es tan bueno que me extraña que no sea ilegal.

Mi padre lo ha corrido en unas trescientas ocasiones, entre sus quince y sus sesenta y cinco años. Ninguna cornada y muy pocos incidentes, y todo ello arrimándose de lo lindo en la parte más veloz y violenta de la carrera, al principio, en la cuesta de Santo Domingo. Durante mi infancia yo era el único de mis hermanos capaz de levantarse por voluntad propia, de madrugada, para acompañar a mi progenitor en la emocionante carrera. A veces era yo quien me acercaba a su cuarto y le despertaba:

—Papá, que ya debe ser la hora y van a salir los toros.

—Vuelve a la cama *cabrito*, que es la una y media...

Mi padre me colgaba de un balcón a dos metros del suelo, me aseguraba con una faja y un nudo y se iba a lo suyo. Me conocía toda la calle, hasta el último corredor. Si pasaba por delante de mi puesto el alcalde o el jefe de policía municipal, o algún pez gordo en misión de reconocimiento, interrumpían por un momento su pretenciosa y fingida seriedad y saludaban:

—Hola, *Iñakiko*...

Yo, desde mi inconsciencia infantil, ni les insultaba ni nada.

Así que, claro, cuando pude desatarme del nudo, pues bajé a la calle y empecé a correr también. Con mucho menos talento que mi padre y arriesgando poquito, por lo de escalar y por cobarde-gallina, pero con muchísima devoción y ganas, que también puntúan.

Ahora, después de las famosas diez sesiones de potro de estiramientos, ya puedo pensar en moverme. De ninguna manera me quedaría en casa viendo el asunto en la tele. Así que mi padre y yo caminamos juntos cada mañana de las fiestas desde casa hacia el centro de la ciudad, donde tiene lugar ese baile salvaje en el que se celebra la vida. La misma emoción, la

misma tensión. La única diferencia con veinte años atrás es que ya no me lleva de la mano.

La carrera pasa en un suspiro. La sensación del estómago tarda un poco más en desaparecer, hasta que un rato más tarde le metes un café o un chocolate. Los toros han volado un día más. Si ha habido suerte y ningún morlaco que pese ciento doce kilos, nacido y criado en Birmingham, Alabama, nos ha placado o machacado con limpieza y velocidad inusitada en un ejemplar de tal tamaño, entonces ni siquiera nos habremos dado un golpe. Y los seis toros, negros y colorados, quizá alguno cárdeno, estarán enseguida en la plaza.

Me gustan los toros. Me gusta ver el pelo que les crece en la frente, a modo de flequillo. Y también me seducen sus nombres: *Charlatán, Tormenta, Jardinero, Abogado, Artista, Tomatito...*

Los días de verano amanecen fantásticos después de la carrera. Y están tan cerca las montañas... Deberemos ir a dar una vuelta, o intentar buscar algo de roca a la sombra para estirar los músculos. Cualquier cosa menos estar quietos.

En mi espalda el dolor se ha ido tal y como vino. Durante estos tres meses he sido el rey, el rey del dolor.

....

Ahora estoy pesado y en baja forma, pero otra vez en marcha.

Me ofrecen trabajo de guía de montaña en el Pirineo, durante la última semana de julio y las dos primeras de agosto. Otra vez a última hora, y otra vez me apunto.

Al mismo tiempo, busco un grupo para volver a mi Himalaya añorado. Hablo con Gregorio Ariz, que ha sido, durante los años setenta y principios de los ochenta, el líder e impulsor de la mayoría de las expediciones extraeuropeas que han salido de Navarra. Aunque él también es montañero y alpinista, su labor más conocida ha sido la de organizador, líder y después divulgador de tales escaladas, entre las que brilla con luz propia la infravalorada expedición que en 1979 escaló el Dhaulagiri, con mucha soltura para tratarse de una montaña tan difícil.

Ahora Gregorio y su mujer, Pili Ganuza (que subió al Cho Oyu hace tres años, en 1992, mientras nosotros estábamos en el Everest) se han liado la manta a la cabeza otra vez y quieren intentar el Shisha Pangma, el único ochomil situado íntegramente en territorio tibetano. Bueno, sea cual sea la bandera bajo la que esté, es el Himalaya igualmente. El grupo ha ido creciendo hasta llegar a quince, casi todos vascos y hasta un francés, al menos de pasaporte. Parece más un equipo de fútbol, reservas incluidos, que una expedición. La idea es abaratar costes, ya que cuanta más gente comparta los gastos de viaje, permiso y campo base, más barata resulta la salida. Me interesa la historia, aunque en un grupo tan grande me gustaría volver a funcionar de forma independiente, como en el Cho Oyu hace dos años. Quedamos en hablar desde el Pirineo, donde yo voy a estar trabajando las próximas tres semanas. Mientras tanto, ellos van avanzando los preparativos burocráticos.

No es que no me guste trabajar, pero prefiero reducirlo a la mínima expresión. Pasar con lo justo, vivir sin lujos. Mis únicos vicios confesables son las zapatillas de correr, que normalmente me gustan bien caras, y el *colacao* con magdalenas. Ni fumo ni lo he hecho nunca, ni bebo, ni salgo por ahí de bares. De mujeres mejor hoy no hablamos. Prefiero leer a ir al cine. Y la ropa que llevo siempre es de rastrillo, regalada, heredada, encontrada o cosas peores. Si alguien, generalmente mi madre o mi novia me quieren llevar "de tiendas", tienen que esposarme primero, preferentemente de pies y manos. Y sedarme.

Pero este trabajo de guía me atrae porque es creativo, aunque quizá no tanto como el de instructor de escalada. Me va a venir de perlas para recuperar la forma física perdida en los meses de inactividad forzosa a causa de la lesión. Además me va a permitir conocer zonas del Pirineo en las que no he estado, ya que se trata de guiar una travesía que se repite año tras año, alternando el sentido de la misma. Este año se camina de oeste a este, enlazando el mar Cantábrico con el Mediterráeneo. A mí me tocan algunas de las jornadas más duras y hermosas, entre Ordesa y Ull de Ter. La organización corre a cargo de un club de montaña de Pamplona, el Anaitasuna. Los participantes son todos *muy montañeros*, nadie está aquí de casualidad.

Cada semana llegan clientes *frescos*, aunque algunos se quedan dos semanas seguidas. Los dividimos en tres grupos de catorce o quince, y con dos guías por grupo hacemos lo que los seres humanos han hecho desde el comienzo: caminar. Arriba y abajo durante toda la jornada. Un grupo de apoyo lleva los trastos de acampada en *jeeps* cada día y se encarga de cocinar en cada punto de acampada.

Si no llueve, dormimos al raso, bajo las estrellas. Miles de ellas, cuyos nombres no conozco pero que me fascinan por igual.

Después de varios días andando comienzo a sentirme mejor. La espalda ya casi no me molesta, aunque todavía se repiten, a veces, los dolores que bajan por la pierna. Desde Vielha, en el Pirineo catalán, consigo hablar con Gregorio, que me confirma que todo está en orden, que nos vamos otra vez, y que hay cosas que pagar cuanto antes. Ni se me ocurre buscar patrocinadores. ¿Adiós a mis ahorros? Es posible, pero... buenos días, libertad.

Otra vez estoy en camino, cuando menos lo esperaba. De nuevo hacia el Tibet, a la tierra de los caballos del viento y los dioses que viven en las cumbres.

Vuelvo de buen grado a la meseta de los pastores nómadas. Y tengo un plan.

....

Yo lo que quería es ir a Pakistán, pero no siempre consigues lo que quieres. Era una idea que deberá esperar otro año al menos.

Durante los meses de la lesión, envuelto en dolor físico puro y duro, he sobrevivido leyendo y aprendiendo. Soy el orgulloso poseedor de varios centenares de libros de montaña, además de miles de revistas. Me gustan muchas historias viejas, de los inigualables exploradores ingleses más antiguos, como Eric Shipton y H.W. Tillman. También de los pioneros modernos, como Peter Boardman y su compañero Joe Tasker, o del superhombre nietzscheano hecho alpinista, Reinhold Messner. Lo leo todo y lo filtro. También he leído auténticos y exitosos bodrios, en mi opinión, como el libro de Maurice Herzog, *Annapurna primer ochomil*. Soy muy crítico y creo que la historia de los ochomiles se ha escrito mitificando generosamente la actividad. Por ejemplo, ponerse las botas heladas costaba más de tres horas, lo mismo que subir veinte metros con nieve “hasta el pecho”, aunque si las cosas venían mal dadas siempre había un camarada a mano para ayudar. El ambiente era inevitablemente excelente, un éxito de convivencia detrás de otro. Así pues, creo que también se ha manipulado conscientemente la talla humana de los protagonistas, que siempre acaban retratados como héroes sin tacha ni fisura, como hombres diferentes y *mejores* que el resto.

No nos engañemos; los ochomiles son lo más peligroso, sí, pero ni son tan difíciles ni los conquistadores son tan perfectos. Simplemente es una actividad donde se depende en gran medida de las condiciones y del propio juicio, que es algo que paradójicamente no tiene tanto que ver con la experiencia acumulada como con los centímetros cúbicos de materia gris. Hay gente que hace las cosas bien desde el principio, y hay quien ha estado en quince expediciones y sigue sin saber por dónde le da el aire. Y mira que allí sopla... En definitiva, nadie es más que un hombre o una mujer, a la postre, con miserias y grandezas más o menos bien repartidas.

Durante estos meses antes de partir hacia el Shisha Pangma he estado centrando mi atención y recopilando toda la información posible en algo que hace unos pocos años hubiera parecido ciencia ficción; escalar un ochomil en menos de veinticuatro horas. Como si se tratara de una montaña de los Alpes o de los Pirineos. Sé que el polaco Wielicki, a quién conocí en el Cho Oyu, fue el primer ser humano en lograrlo, en el Broad Peak en el año 1984. El pequeño bigotudo corre que se las pela, sin siquiera toser. Sé que algunos otros, como el francés Benoit Chamoux, el suizo Erhard Loretan o el mejicano Carlos Carsolio han seguido sus pasos en otras escaladas fugaces. Ellos hablan de que éste es el estilo del futuro, de que alguna vez las grandes montañas se escalarán así.

Es posible que tengan razón, por supuesto, pero escalar así de rápido no está al alcance de todos. Y a veces el rebaño reacciona con agresividad cuando algunas de sus ovejas hacen cosas raras, cosas que les están vetadas a los demás.

“Quod licet Iovi non licet bovi” (Lo que le está permitido a Júpiter, no le está permitido a un buey).

Así, también pudiera suceder que los que no son capaces de tales hazañas deportivas, que por cierto son a menudo los mismos beneficiarios de esa mitificación de los ochomiles, reaccionen con envidia, desdén o distanciamiento, restándole méritos a tales ascensiones rápidas con el argumento de que “eso de correr es cosa de atletas; los alpinistas somos mejores como para medir las cosas con un cronómetro”. Quizá, al revés de lo que la elite piensa, cada vez menos montañas se escalarán así. Más bien al contrario, por desgracia, puede ser que cada vez sea más común el uso de sherpas y oxígeno en botellas. Algunos se inyectarían lejía si eso les garantizara el éxito.

Pero cuanta más gente suba al Everest con botellas y de la mano, más brillarán con luz propia ascensos como el de Reinhold Messner, en solitario y sin ayuda de trucos como el gas. Aunque es cierto que resulta insultante que todo suceda en el mismo escenario

.

En cualquier caso, los himalayistas que conozco, mis amigos y los de mi generación no parecen haberse planteado la posibilidad de intentar un ochomil en ese estilo, también llamado *express*. Yo no se lo cuento a nadie, pero cuando llego al aeropuerto tengo esa idea rondándome la cabeza. Y estas ideas son duras de pelar, no se marchan hasta que no las llevas a cabo, o al menos hasta que no constatas que son imposibles de conseguir.

Las fuerzas han vuelto a mis piernas y a mi alma al unísono. Y el corazón de un lobo jamás olvida la estepa. Pienso en ello, y en el altiplano tibetano, cuando el avión toca el suelo de Asia, de nuevo bajo el lluvioso cielo monzónico de Kathmandu.

……….

Las cosas no cambian deprisa en el Tibet. Supongo que los chinos se dieron prisa en entrar y después todo ha ido a un paso lento y retardado.

Los ojos de Anje Pintso, que tendrá ya casi quince años, se iluminan cuando ve todo lo que comienza a salir del camión. Petates, bidones de plástico azul, sacos de latas de comida, de arroz, de mil cosas diferentes ruedan desde las tripas de la máquina y caen a la hierba de la pradera tibetana. Este camión verde, torpe y grande es como el resto de las decenas de ellos que nos hemos cruzado en nuestro periplo hasta aquí. Es chino. Por las mañanas, en el frío de la meseta, lo calientan con un soplete para arrancarlo, mientras nosotros miramos desde una prudencial distancia. Todas sus piezas son reglamentariamente comunistas, obedientes hasta que se rompen, y entonces sustituibles las unas por las otras, en cualquier lugar y momento. Algunos militares de por aquí piensan lo mismo incluso de las personas.

Sin embargo Anje Pintso conoce bien el valor de la propiedad privada, precisamente porque él no posee casi nada. Es un nómada, acostumbrado a caminar con sus cabras y sus yaks en busca de los mejores pastos. Ahora, a comienzos de septiembre la hierba es buena en las tierras más altas, cerca ya del Himalaya, que muestra sus cimas como una corona alargada hacia el sur. Anje Pintso sólo posee la ropa que lleva puesta y una chaqueta de recia lana y piel de yak que quedó guardada en lo que ellos llaman casa, cuatro paredes de adobe sin nada dentro donde pasan los meses más fríos. Aunque es verano hiela todas las noches. No se ha lavado nunca, jamás ha visto el mar o los bosques. Se protege con tres o cuatro pares de pantalones de tergal, venidos de alguna parte de China, superpuestos unos sobre otros, y eso que durante el día hace casi calor. Pequeñas y brillantes gotas de sudor perlan su frente, sin embargo él no se despoja de ninguna de sus capas. Y mira todo con deseo. Como nos descuidemos, él o alguno de sus amigos son capaces de birlarnos cualquier cosa, por innecesaria que nos parezca.

Cuando el camión ha llegado no había nadie y, sin embargo, pasados unos minutos y salidos no se sabe de dónde han llegado los nómadas de los yaks. Han montado sus tiendas en unos instantes. Las tiendas sólo son una simple lona de lana, con dos palos para darle forma y unas piedras atadas alrededor. Una ranura en la mitad del techo dejará salir el humo de la hoguera en la que cocinen, aunque sólo será té de sabor fuertemente salado lo que beban, mezclado con un poco de *tsampa*, cereal de avena molido y tostado. También echan al pote, oscuro y ennegrecido, mantequilla rancia de yak, con lo que la mezcla queda interesante, por no decir imposible para nuestros delicados paladares. La propia hierba será un buen colchón. Para cuando ellos ya están cómodamente instalados nosotros no hemos tenido tiempo ni de echar un primer vistazo.

Ya sólo veinte kilómetros nos separan del macizo del Shisha Pangma, que recorreremos en un par de tranquilas jornadas. El padre y el tío de Anje Pintso, y alguno más de la familia, serán los encargados de montar nuestros dos mil kilos de equipaje en más de treinta yaks, y de que todo llegue más o menos entero al campo base. Una vez allí comienza el alpinismo y quizá, si hay suerte y la montaña es brava, acaba por fin el turismo.

Lo cierto es que yo no había tenido tiempo de hacer mucho turismo precisamente. Cuando llegamos a Kathmandu me entero de que soy el encargado de ir por tierra hasta el Tibet, en un viaje de duración impredecible según los caprichos de las lluvias del monzón. Mientras tanto mis catorce compañeros, en su mayoría todavía desconocidos para mí, van a volar a Lhasa, la capital del Tibet, para después acercarse en vehículos todo terreno hasta aquí, visitando monasterios y adaptándose de un modo mucho más progresivo que yo a la altitud extrema. Me lo tomo con sentido del humor, en justo pago a mi escaso trabajo pre-expedición.

El viaje iba a ser peor de lo que esperaba, de mucha duración y estrés emocional, encontrando por el camino constantes avalanchas de barro que me obligan a contratar porteadores para salvar los cortes en la carretera, que a veces tienen más de 10 kilómetros,

causándome además bastantes molestias. Pero todo compensa al llegar al Tibet, dejando atrás los repelentes acuartelamientos militares chinos que tanto ensucian el paisaje.

Arriba en la meseta se ensanchan los pulmones. La única realidad es aquí y ahora, y todo lo demás va quedando ya lejos. De nuevo somos libres, ahora nuestra vida se reduce a lo sencillo.

Alguien se acerca a Anje Pintso para hacerle unas fotos con una camiseta publicitaria recién sacada de la bolsa, resplandeciente y nueva, completamente blanca. A Pintso le queda varias tallas grandes, pero posa con la elegancia natural del que se sabe imprescindible. Cuando la sesión de fotos acaba, el chaval no pregunta si puede quedarse con la prenda. Simplemente echa a correr dejando sólo polvo tras de sí.

No volveremos a verle.

Para mi gusto, somos demasiados, aunque para mi bolsillo y el de mis amigos la cosa resulta de este modo más que razonable. Sin embargo, a las horas de las comidas y en general durante la estancia en el campo base, la tienda comedor parece más un gallinero lleno de gente que se ríe, grita, discute o juega al mus o al trivial. No hay quien encuentre un poco de tranquilidad. Nada de seriedades místicas ni concentraciones espirituales. Y a la hora de subir, cada uno se empareja como puede o quiere.

Gregorio anda, cómo no, con su mujer, Pili. Los navarros Mikel Otermin y *Albontxa* Nieves quieren bajar esquiando, lo mismo que Robert Larrandaburu, que es de Zuberoa, en el país vasco-francés. Entre los vascos me impresiona por su bondad natural Joxé Urbieta, *Takolo,* que es una leyenda del alpinismo local y representa de forma genuina los mejores valores de este pueblo. Compartiré con él algún campamento durante las ascensiones de aclimatación y seré testigo de su gentileza, bondad y también, todo hay que decirlo, sufridor del par de pies que huelen tanto como no sería capaz de describir. Simplemente impresionante.

Además en el grupo hay otra navarra, Idoia Nieves, que es hermana de *Albontxa*, y quiere seguir los pasos de Pili en las cotas más altas. Viene un arquitecto, Alfonso Alzugaray, tranquilo, amable y de buen juicio. Además hay también un grupo de guipuzcoanos con experiencia en ochomiles, con Patxi Ibarbia y Peio Angulo entre ellos. Algunos alaveses completan el grupo, con el inclasificable Josu Feijoo entre ellos para alegrarnos las veladas con su desorbitada imaginación. Incluso tenemos médico, José Mari Artetxe, que será el único que no esté nunca enfermo. De momento impera la armonía.

Una hermosa cuadrilla desde luego. Somos suficientes como para hacer amigos, enemigos, enamorarse e incluso odiarse, aunque sea con educación. Tenemos tantas teorías sobre el modo de subirse a este monte como personas somos en el grupo. Además de nosotros, en el campo base hay unos checos que poseen la gran novedad: un teléfono vía satélite. Lo han instalado en una tienda aparte, con unas sillas, una mesa y revistas para entretener la espera de los que quieran llamar. La sala de espera siempre está animada, algo a lo que sin duda contribuye el hecho de que las revistas, aunque están en checo, sean *Playboy*, *Penthouse* y del estilo. Asimismo hay una expedición que ha debido ser organizada por algún club de jubilados japonés, que sonríen a todas horas y obedecen constantemente a sus numerosos sherpas. Completan el panorama dos expediciones de Valencia y de Castellón, muy amigables también.

El hecho de tener ciertos lujos y buenos alimentos en el campo base hace que la gente se acomode un poco. En la psicología colectiva rápidamente la nube parece tormenta, la cuesta cuesta el doble y el viento se torna huracán. Los romanos decían que tanto más fuerte es un ejército cuanto peor sea lo que comen. Los romanos no tenían ni idea de escalar en el Himalaya, pero de librar batallas y ganarlas sabían lo suyo. Yo, por mi parte, he decidido que estoy corto de entrenamientos, y sólo he descansado un día de las últimas dos semanas. Me aplico en caminar y escalar todos los días. Sé que, a pesar de las jornadas de travesía en los Pirineos, todavía no estoy en forma y necesito ejercicio, aunque sean pequeños paseos cerca del campo base cuando nieva demasiado. Pero, quizá debido a la inactividad, tengo muchas *ganas de monte*, lo cual resulta imprescindible en una montaña de este tipo. Allá arriba, donde el sol alumbra pero no calienta, sólo la imaginación y el deseo más profundo moverán las piernas. Y yo, de eso, tengo un montón.

Después de diez días hay quien literalmente no se ha movido del campo base. Otros, en cambio, estamos ya nerviosos, aunque hemos disfrutado como cualquiera de una ascensión que es franca y carece de peligros si no nieva en exceso y se tiene algo de cuidado con las grietas. Al cabo de los días, mi estado de forma física mejora mucho, si tengo en cuenta que estoy en activo hace relativamente poco tiempo después de la lesión.

Cuando se va acercando el final de septiembre yo sé que hay que intentarlo ya, porque por mi experiencia de hace un par de años creo que en sólo unos pocos días los vientos del invierno pasarán a ser dominantes, siempre del noroeste y de una violencia creciente y cruel. Mientras no lleguen, todavía quedan restos de humedad, que dejan pequeñas nevadas y niebla. Pero esto es mejor que el vendaval que suele venir luego.

Cuando explico mis planes de realizar una ascensión *express*, en unas veinticuatro horas, encuentro en algunos rostros cierta incredulidad, que se me antoja teñida de superioridad. Quizá sepan algo que yo desconozco. Otros enarcan una ceja y parecen pensar "pobre chaval, y se le ve tan normal...". Aunque la mayoría parece creer que cada uno es feliz a su manera y me dejan hacer sin darme mucha importancia. Lo prefiero así.

Mi primer intento lo realizo el 25 de septiembre, feliz de que se trate del aniversario de nuestra ascensión al Everest de hace tres años. Pienso en mis amigos de entonces, y en el extraordinario grupo humano de aquella ocasión. Mi idea es escalar toda la noche, sin parar, esperando que las fuerzas se agoten después de la llegada a la cumbre y no antes. Salgo a las seis de la tarde, y creo que debería estar en la cumbre catorce o quince horas después. Toda mi ilusión no impide que fracase media hora después de salir, todavía muy cerca del campo base. Comencé con ímpetu y decisión a la luz de mi linterna, pero pronto comenzó a nevar copiosamente. Un rato después de comenzar a caminar ya no se veía nada, y no podía orientarme. Además, tenía todo el aspecto de continuar así y, de este modo, el riesgo de aludes se iba a multiplicar exponencialmente, cosa a la que ni podía ni quería enfrentarme. Media vuelta.

Vuelvo a entrar en la tienda comedor con el sentido del ridículo bastante sensibilizado. No hacía falta, la gente se mofa un poco pero sigue pronto con sus partidas de cartas. Esto empieza a parecerse a un bar, con todas sus virtudes.

....

Dos días después, el 27 de septiembre, ha dejado de nevar y nos llegan noticias de que los japoneses han subido a la cumbre central. Con oxígeno, por supuesto, y con los sherpas abriendo zanja.

El Shisha Pangma es una montaña que tiene tres puntas, dos de ellas que sobrepasan los ocho mil metros por muy poco: 8.012 u 8.046 metros para la cima principal, dependiendo de las mediciones, y 8.008 metros para la cumbre central. La cima oeste *sólo* tiene 7.996 metros. Cada una de ellas tiene su carácter, por separado, de ahí que no se consideren antecimas sino cimas secundarias. De las dos puntas más altas, con una diferencia tan ridícula entre ellas, yo sé bien a cuál quiero subir. A la más pequeña. Es mucho más atractiva la cima central, al ser un pináculo de nieve perfecto, y también resulta mucho más segura, puesto que para llegar a la principal hay que cruzar, cerca de la cresta cimera, una pendiente realmente propicia a las avalanchas. Además, la travesía por la propia cresta cimera resulta más o menos inviable en un otoño normal, debido a las cornisas y a la inclinación del terreno.

Así que, una vez que desayuno copiosamente, decido intentarlo, aunque hoy saldré de día y con un horario no tan exigente, algo más *relajado*, en esta especie de plan B. No siento ninguna presión, soy libre de hacer lo que quiera. Mi estrategia es comenzar a escalar a las diez de la mañana, más o menos, y subir directamente al campo II, en el que está mi tienda y material personal, a casi siete mil metros de altura. Allí, protegido sólo por la lona, quiero descansar unas cuantas horas, bebiendo y comiendo, antes de volver a escalar, directo hasta la cima si es posible.

No me gustan nada las cosas complejas.

Salgo con muy buenas sensaciones en las piernas. A cualquier atleta con experiencia y acostumbrado a entrenar, los primeros minutos de actividad le dicen a menudo mucho de cómo va a ir el resto del día. Mi cuerpo me manda los mejores mensajes posibles.

Establezco un ritmo de crucero que me permite avanzar sin necesidad de parar a coger aire y en menos de seis horas me encuentro en la pequeña tienda, a 6.900 metros de altura. Aquí están Patxi y *Takolo*, que salieron ayer del base y todavía andan acabando su fase de aclimatación. Pasamos el resto de la tarde derritiendo nieve para hacer té y sopa, dos cosas que en casa no tomo ni a la fuerza. Pero aquí hago de tripas corazón y bebo todo lo posible. Comemos algo de queso y alguna galleta. Afuera nieva un poco, sé que a partir de ahora ya no encontraré restos de la huella japonesa, aunque debiera decir sherpa... Pero mi decisión de intentarlo es firme.

A la una de la mañana me pongo en marcha otra vez. Mis compañeros no se quejan, desde el fondo de sus sacos, de mis movimientos y preparativos. No consigo comer nada, y

bebo sólo un poco de café tibio. En poco rato estoy listo. El estómago rechaza todo porque es víctima de la ansiedad de salir. Ése es el estado perfecto para subir a un ochomil, ya que como salgas relajado no hay nada que hacer. Es preciso enfocar todas las energías en un punto, la cima, y dejar las demás circunstancias a un lado. Hay que tenerlo claro, hay que apretar y sufrir.

El campo II está en una llanura y me hundo bastante en la nieve al principio, pero no mantengo una actitud negativa, no quiero que nada interfiera en mis sensaciones. Me concentro en no quejarme, porque intuyo que no me ayudaría en nada. Estoy solo. En las zonas más altas de la montaña no hay nadie, aunque no pienso en ello. Mi mente circula por zonas de mi alma que no conocía. Creo que es por esto por lo que siempre queremos volver a estas cotas inhumanas.

Un profundo deseo de libertad mueve mis piernas. Me conmueven las estrellas, que me hacen ver que va a hacer buen tiempo y puedo llegar a la cumbre. A ratos ese profundo sentimiento me hace llorar, aunque lo espanto como puedo para no gastar energía.

....

La parte más inclinada de la ascensión es un muro que se encuentra entre los siete mil y siete mil cuatrocientos metros de altitud. Hay cuerdas fijas, pero ni siquiera las miro, ni mucho menos las toco. El terreno, *tieso* y sin perdón en caso de patinazo, no es difícil. Además, está fresca en mi memoria la sensación de volar, tras la caída del K2. Desde entonces he tenido muchos problemas para colgarme de ninguna cuerda, aunque sea escalando en Riglos o Etxauri sobre sólidos anclajes.

Ahora comienza a amanecer. Hace rato que he pasado de los siete mil seiscientos metros, y comienzo a sentirme algo cansado. Contacto con el campo base con una radio que me ha dejado Gregorio Ariz. Desde allí me ven con prismáticos y me dicen que no me preocupe, que voy muy bien de ritmo, que es muy temprano y que no voy a tener problemas para subir.

Parecen saber más que yo.

Luego me enteraré, a mi descenso, de que en ese preciso momento no me veían puesto que una nube me tapaba de algún modo. Pero el efecto es positivo y renovadas energías salen de algún lugar recóndito, justo a tiempo.

La ascensión es muy hermosa, y también trabajosa por la cantidad de nieve acumulada. A ratos veo parte de la traza que dejaron los japoneses, psicológicamente es una ayuda indiscutible, sobre todo estando solo. Las distancias engañan y mi mente ya no las juzga como debiera. Paso debajo de un torreón de roca característico que es bien visible desde toda la vertiente norte. A partir de las siete de la mañana me da el sol y entonces el calor pasa a ser mi enemigo. Por momentos pienso que me separan muchas horas de la cima y no sé si me va a dar tiempo.

Pero no hubiera debido preocuparme.

Escalo un pequeño corredor empinado y, al salir, descubro que estoy casi en la cumbre. Una pequeña travesía, expuesta y aérea, me separa del resalte cimero, que es como un torreón de unos quince metros de alto. Arriba veo unas banderas de oración que han dejado, supongo, los sherpas que subieron hace unos días. También hay una cuerda enrollada, en el suelo, y unos clavos de roca y alguna estaca de nieve.

Ni corto ni perezoso, decido fijar la cuerda en la travesía. No podré asegurarme a ella en la subida, pero al menos me será de ayuda al bajar. Me quito la mochila y me concentro en no romper la estrecha cornisa de nieve que forma este paso. Después, en la roca que hay bajo la cima, encuentro varias fisuras donde caben los clavos. Meto uno con el piolet, y aseguro así el paso. Tan sólo unos pasos me separan de la cumbre, estrecha y puntiaguda hasta tal punto que sólo puedo tocarla con las manos cuando la tengo a la altura de la nariz. La abrazo con ganas; es un abrazo profundo en el que deposito mis anhelos y mis ya pasados dolores.

Es hermoso. Todavía no son las diez de la mañana.

Estoy contento pero también agotado. Han transcurrido algo menos de 24 horas desde que salí del campo base. He realizado mi propósito de subir en estilo *express,* pero ahora no soy consciente de ello. Sin saber muy bien por qué, saco mi pequeña cámara de fotos y disparo unas cuantas, a mi alrededor. A lo lejos distingo el Everest. La cima es bella como pocas, pero pequeña y muy expuesta. A ello atribuyo el hecho de que no llore, no grite de alegría, y ni siquiera deje ver mis dientes al sonreír.

Ahora ya no queda más que bajar. Las cosas siguen siendo simples.

....

Al llegar al campo base al día siguiente por la mañana, seco y deshidratado como una pasa, mi sonrisa podría iluminar una ciudad pequeña.

Esto está casi desierto, todo el mundo se ha visto afectado de repente por la fiebre de subir a la cumbre. Boudhiman, nuestro cocinero, sonríe tanto como yo al verme. *Budi*, como le llamamos, es tuerto. Hoy se ha puesto una especie de parche que le da el aspecto de un pirata gordinflón. Su abrazo es sincero y casi me descuajeringa, ya que ahora soy un tipo frágil. Pero mi espíritu está lleno y satisfecho. Como con hambre de días, aunque no mucho entra en mi estomago. Me harto de beber coca-cola. Ahora ni se me ocurre probar las sopas o el té.

Me gustaría que alguien me abrazara en esta noche solitaria, más solitaria que ninguna escalada.

Al día siguiente José Artetxe y Robert Larrandaburu, *Pipas*, siguen mis pasos hasta la cumbre. Exceptuando la ascensión posterior de Peio Angulo, dos semanas más tarde, nadie más de los miembros de mi expedición será capaz de hollarla. Comenzará a soplar en los días siguientes un viento atroz que se llevará con él las ansias de subir a la cima de todos y cada uno de los que lo intenten. *Pipas*, por su parte, ha sufrido un accidente en la travesía a escasos metros de la cumbre. Se ha despistado y se ha caído. Sólo la cuerda que yo dejé fija detiene su resbalón. En el descontrol posterior al golpe, mientras escalaba de nuevo los metros caídos, ha perdido un guante. Cuando llega al campo base presenta congelaciones graves, segundo y tercer grado, en todos los dedos de las manos.

Su destino está claro; el hospital de Zaragoza donde tratan a los que se congelan en el Himalaya. El doctor Kiko Arregi tendrá que trabajar con él, del mismo modo que lo hizo con Patxi y *Pitxi* hace tres años y con Juanjo el año pasado.

Pero *Pipas* tiene una cierta desventaja para viajar deprisa. No habla inglés. Habla vasco, con acento francés. Y también francés, con acento vasco. Y castellano, pero con acento vasco-francés. Ninguno de los tres idiomas vale de mucho por aquí, de modo que decido bajar con él a Kathmandu lo más deprisa posible, y ser sus manos y su intérprete durante el traslado al hospital.

Nos vamos sin tardanza, apenas al día siguiente de su llegada al base. Transcurrido un minuto, justo después de comenzar la caminata, ya estoy echando de menos la montaña.

Seis horas más tarde llegamos reventados al campo base chino, a más de veinte kilómetros de distancia. Una vez más, un año más, comienza de nuevo la pelea para salir de este país sin que los burócratas chinos nos quiten hasta el último dólar. Será una pelea dura, pero vamos haciendo callo. Conseguimos un par de huecos en los vehículos todo terreno que se llevan a los japoneses.

Unos minutos antes de montarnos en los *jeeps*, se nos acercan unos niños. Son los mismos nómadas de tres semanas atrás, de aspecto sucio y desaliñado, aunque sonríen con todo el corazón. Estiro el cuello para ver si distingo a Anje Pintso entre ellos, pero no hay ni rastro de él ni de su flamante camiseta nueva. El resto de los niños se presta a hacerse una foto de despedida a mi lado. Me gustan estos pequeños, su tez oscura y su olor a yak.

Le paso la cámara a uno de los abuelos japoneses, de quien sospecho con razón que sabe manejarla. Veo que los niños, que están a mi alrededor atentos a la jugada, son más pequeños que yo, así que me agacho para no salirme del cuadro. Los pequeños, rebosantes de instinto de supervivencia, se agachan a su vez, como si fuera una extraña costumbre occidental salir en las fotos todos acuclillados. O quizá piensan que un rayo cósmico o una cuchilla láser va a salir disparada de la cámara, trepanando el gaznate de aquél que no se agache. No lo sé pero, si abres los ojos, aquí se aprende cada día.

Sin duda éstas son tierras y gentes salvajes. ¡¡Y cómo las amo!!

Insumiso en la guerra

Gasherbrum I y Gasherbrum II, junio-agosto 1996

Hay en nosotros ciertos talentos que no pueden salir a la luz practicando la medicina o el derecho, siendo vendedor o profesor. Son los talentos que surgen de una necesidad muy simple; la de sobrevivir.

John Roskelley

—Papá, que no voy a hacer la mili...

—Pues mira tú qué bien. Y eso, ¿cómo va a suceder?

El porqué de mi oposición al servicio militar obligatorio estaba claro, entre nosotros no necesitaba una explicación y no hacía falta ni preguntarlo. Mi padre sólo estaba interesado en las implicaciones técnico-burocráticas del tema.

Corría un ya lejano 1985. El ejército español me había mandado una carta y no precisamente perfumada, que dice el son. En ella me informaban, con la frialdad e insensatez que son de suponer en tal institución, de que los próximos doce meses los iba a pasar en algún lugar por ahí, pegando tiros todo el día o, peor aún, ni siquiera eso. Corriendo vestido de verde por cualquier páramo y obedeciendo a un predecible sargento tarugo y gruñón que me alentaría sin descanso ni tregua en mi odio hacia esas peligrosísimas razas extranjeras, siempre a punto de invadirnos. Además aprendería, en aquel mundo de hombres, lo que deben hacer éstos; fumar, visitar burdeles y, cuando hay tiempo libre, empinar el codo con uno de Ponferrada y otro de Mataró. Lo encontraba aburrido y ciertamente discriminatorio. ¿Dónde están las chicas, qué opinan ellas de esto? Y si no hubiese ni tiros que pegar ni burdeles que visitar ya se encargarían ellos de buscarme un quehacer para las horas muertas, las veinticuatro, del día. En definitiva lo que querían era que trabajara gratis durante un año, con la excusa de que la patria me necesitaba. ¿A quién se le ocurre?

A mí, no.

Tenía por entonces amigos que habían hecho sin dudarlo lo que era necesario para librarse. Muchos de mis colegas escaladores no habían tenido mucho problema para alegar psicosis, neurosis depresiva o directamente locura. Te ibas a Burgos, donde por lo visto hay un hospital militar, con un par de certificados médicos firmados y al llegar ponías cara de raro o de triste. Entonces los del ejército se asustaban, igual es que no deben ser tan valientes, y tú te ibas para casa a celebrarlo escalando. Otros alegaron sordera. Los inspectores médicos militares, qué *cucos*, les tiraban monedas al suelo o les cerraban la puerta de un portazo al entrar para desenmascararles, cosa que no sucedía nunca. Otro alegó que era demasiado alto, que tenía los pies planos y que no veía muy bien, todo al mismo tiempo. Falsas como Judas las tres opciones, pero la última coló tras pasar toda la noche en el tren con unas gafas de culo de vaso puestas. Otro se plantó allí y dijo, literalmente, que él era “maricón” y que en un sitio con tanto hombre suelto y durante un año él lo iba a pasar fatal. Tampoco fue.

Pero yo no quería mentir, siempre he sido un mal tramposo. También soy algo bizco y de joven usaba gafas, así que si hubiera querido ya tenía algo por lo que empezar. Lo que yo pretendía era hacerles ver mi rechazo frontal y sin paliativos a su causa. Por eso le expliqué a

mi padre que me había hecho objetor de conciencia. Pero no de los objetores de conciencia que se prestan también a trabajar gratis durante ese mismo año de secuestro legal haciendo labores importantísimas como vigilar una biblioteca o recoger papeles del suelo. No. Yo había enviado una contraoferta al ministerio de defensa, firmada por mí mismo, en la que les ofrecía la posibilidad de librarse de mí para siempre. Gratis.

A cambio, sólo tenían que dejarme en paz e intentar olvidarse de mí, por dura que les resultara nuestra separación...

El único problema de mi contraoferta es que no estaba muy bien recogida en el marco jurídico, que en cristiano quiere decir que no tenían ni remota idea de qué hacer con la gente como yo, que ya éramos unos cuantos miles y creciendo a pasos agigantados [1]. Y además era una decisión que se iba a tomar políticamente, porque todos sabemos que la justicia es ciega, pero no todos son conscientes de que también es muda, sorda y tiene un mal lumbago. Podría arriesgarme a ir a la cárcel.

Les costó unos añitos decidirse, pero un día normal cualquiera llegó una carta en la que me decían que estaba *en la reserva*.

Casi nada, como el buen vino.

....

Jamás imaginé que se pudiera ganar dinero escalando en el Himalaya.

De hecho, ni siquiera me había planteado la cuestión. Mi torpeza en cuestiones económicas es legendaria y siempre que he tenido la fortuna de ganar algún dinero me ha dado la sensación de que ello ha sucedido por pura casualidad. Un amigo que trabaja en un bar y necesitan gente, otro que es guarda de un refugio de montaña y llama de repente y cosas de este estilo. Pero no ocurría a menudo.

Por eso no puedo creer mi buena estrella cuando Sebastián Álvaro me ofrece la posibilidad de ir contratado por Televisión Española, como especialista, a trabajar en Pakistán, filmando un nuevo capítulo de la serie “Al filo de lo imposible”. La idea original es conseguir los permisos para el Gasherbrum I, también llamado Hidden Peak, el Gasherbrum II y el Gasherbrum III, e intentar la travesía entre las tres cumbres; las dos primeras que superan los ocho mil metros y la tercera a la que le faltan escasos metros para esa cota. Empezamos bien, esto es himalayismo de elite.

José Carlos Tamayo y Ramón Portilla, de nuevo y afortunadamente, son ya de la partida. También participa otro navarro, José Ramón Ozcáriz, *Txistu,* a quién no tengo el placer de conocer. Se trata de un esquiador extremo de muy alto nivel que se ha propuesto bajar con las tablas desde la cumbre del G2. Perfecto.

Después Sebas titubea un poco, y pasa a explicarme que hay más compañeros de expedición:

—Sí, vamos juntos con “los de Jaca”...

—¿Cómoooo?...

Jaca es una pequeña ciudad al pie del Pirineo, que cuenta con una academia militar. Cuando Sebas dice “los de Jaca”, se refiere al grupo de alta montaña de tal escuela. Dicho grupo y “Al filo...” han colaborado en el pasado en varias expediciones. Así que ahora me toca a mí.

Yo sé que Sebas ha sido *rojo,* en su pasado. Sé que hay que ser tolerante. Sé de sobra que es una oportunidad única. Sé también que los militares no se comen a nadie. Sé que probablemente nunca jamás vuelva a cotizar en la Seguridad Social. Pero tengo que darle bastantes vueltas a la cabeza para decidirme. Me aseguran que los militares que vienen son muy buena gente, muy expertos. También me dicen que van muy bien equipados, aunque de eso no tengo ninguna duda.

Al final decido, como siempre, hacer caso a mi intuición, que me sugiere que no lo voy a pasar tan mal. Pienso que si a ellos no les importa llevar un insumiso en la banda, pues a mí tampoco me importa conocer a algún comandante. Quiero ver los tatuajes esos de *nasío pa matá*. Y, honestamente, la diferencia entre soltar un dineral por viajar y escalar o que te paguen por ello es algo que no quiero ni puedo dejar pasar de largo. El tren de TVE llamó a mi puerta hace dos años y si vuelven a llamar es que les interesa de verdad que vaya. No nos vamos a tener que cuadrar ante nadie, ni decir a voces “a la orden”, ni nada por el estilo. Somos dos expediciones que se aprovechan una de la otra. Nosotros hacemos una película sobre la expedición y ellos ganan prestigio o publicidad. Además, así nos resulta a todos más barato. Al menos así lo entiendo yo.

Sebas me comenta que hace falta otro miembro, con *Txistu*, Ramón y Tamayo no somos suficientes. Enseguida me viene a la cabeza el nombre de Juan Tomás. No se me ocurre nadie más apropiado para el puesto, un alpinista de elite que ha subido ya al Everest y al K2 y que encajaría en cualquier grupo dadas sus vastas cualidades personales. Además es un excelente fotógrafo. Sebas se encarga de llamarle y Juan dice que sí, que se viene de buen grado a Pakistán.

Nos entrenamos como mulos, antes de la partida. Seguimos a pies juntillas el viejo lema de Koldo Aldaz: "Hay que entrenar para el Himalaya, aunque luego no hay quien vaya".

....

En el último momento tendremos que efectuar un cambio de planes que no nos gusta. Aunque en la actualidad Pakistán es el país de entre los que poseen ochomiles donde hay menos corrupción y donde mejor se trata al escalador, el gobierno de entonces decide en el último momento que sólo nos iba a permitir subir a una montaña por persona. Parece ser que por motivos económicos no desean que nadie mate tres pájaros de un tiro. Ello significa que hay que elegir cual de los tres Gasherbrum queremos escalar. Descartamos de entrada y con pena el Gasherbrum III, de 7.952 metros. Quizá es por eso, por no ser un ochomil, aunque se trata de una montaña bellísima que sólo ha sido ascendida una vez, en 1975, por alpinistas polacos. Decidimos dividir fuerzas para los otros dos gigantes. Mientras Juan y yo intentaremos con los militares el Gasherbrum I, o Hidden Peak, de 8.068 metros, Ramón, José Carlos y *Txistu* se dirigirán al Gasherbrum II, de 8.035 metros. Además ellos tendrán su propio campo base, separado del nuestro, lo cual me gusta menos. Pero no queda más remedio que realizar todas estas maniobras y gestiones para escalar en estas tierras. Los permisos son caros y los gobiernos se aprovechan como pueden de la situación, aunque espero que luego no se quejen si yo llego a hacer lo mismo.

Mis ansias de regresar a Pakistán están bien fundadas. En mi visita de 1994 únicamente estuve de paso, en un tránsito fugaz, casi cruel, hacia la cara china del K2. Fue como enseñarle un caramelo a un niño y luego no dárselo. Me quedé con todas las ganas del mundo de visitar el glaciar del Baltoro y sus increíbles paisajes y gentes.

A nuestras gentes, "los de Jaca", también estoy impaciente por conocerles, pero deberé esperar una vez más a la salida de Madrid a principios de junio. En el barullo y confusión del aeropuerto me van presentando a todos, uno por uno. Nadie me dice su rango, nadie va de uniforme, nadie se presenta como jefe y entre ellos el trato es el habitual entre compañeros de escalada. Los apretones de manos son sinceros y cordiales.

A ver si va a resultar que estos tipos son *normales.*

En seguida me caen bien, aunque me miran algo raro. Claro, quizá sea que el pelo me cae hasta el pecho. El pelo largo me calienta y me protege de los extraños. Me gusta así. Ellos lo llevan todos muy cortito, a maquinilla, cosa que en general considero como "no de fiar". Alberto Ayora y Alfredo Pradilla se sientan a mi lado en el avión, y hablamos de alpinismo e Himalaya. Son jóvenes y entusiastas. Me impresiona desde el principio la solidez y tranquila serenidad de Alfonso Juez y el sentido del humor de Curro Soria. Ambos ya han estado en otras ocasiones con "Al filo...", y Alfonso escaló el Everest con Ramón Portilla. También los demás son agradables. Hay uno que se llama Benito Molina que también está a menudo de buen humor y es terriblemente amigable. Aunque no se lo digo, me pregunto cómo demonios se puede arengar a las tropas con esa pedazo de voz, estilo Gracita Morales.

En cuanto tengo ocasión les explico que yo no he hecho la mili, que a mi no me han pillado en ésa. Tampoco desaprovecho la ocasión de preguntarles, con cara seria:

—Oye, tú, ¿de que *categoría* eres?

—Se dice rango. Yo soy teniente.

—Y eso, ¿es más o menos que capitán?

Me miran curiosos, pero veo que piensan: "será cabrón..."

Conforme avance la expedición, mis preguntas intentarán ser más agudas:

—Oye, tú, ¿no deberías ser algo más que capitán, con todos los años que llevas?

Pero entonces ya no cuela. Y se ríen y me sueltan una merecida *colleja.*

Siempre he pensado que es mejor no juzgar a los demás. Pero si ello es inevitable, entonces lo mejor es despojarles antes de todos sus uniformes. Y estas gentes parecen amar las montañas de la misma manera que yo, al menos muchos de entre ellos. No están aquí por ser funcionarios ni por rutina, lo cual me tranquiliza. Y son lo suficientemente inteligentes, o más, como para llevarnos bien.

Personalmente, comprendo bien pronto que no voy a tener ningún problema.

....

¿Qué hace Sebas subido a ese montón de nieve, gritando?

Sebastián Álvaro, quizá corto de estatura pero nada perezoso, se ha encaramado a un pequeño promontorio del glaciar y se dirige a voz en grito a nuestros porteadores, que han tirado sus cargas en la nieve en actitud de huelga, o al menos de paro. Es normal, pienso, porque el manto blanco que nos rodea es ya de un espesor considerable este 19 de junio.

Estamos a sólo un par de días de distancia del lugar donde queremos montar el campo base. Hasta aquí hemos caminado durante seis días disfrutando de buen tiempo y de un calor asfixiante al principio. Pero desde que entramos en el glaciar no ha parado de llover y después nevar, y la belleza inigualable de este lugar único solamente la recordamos de las fotos. Es inevitable, quizá, sentir una cierta frustración, aunque me siento libre caminando entre estos gigantes. Otra vez la vida se ha tornado simple y nos muestra su cara salvaje.

Para los porteadores la situación es crítica. Nosotros nos podemos refugiar en cómodas botas y chaquetas impermeables, pero ellos andan en botas de goma, tipo “katiuska”, sin calcetines. Se tapan a duras penas con una manta, la misma que les cubre por la noche, apiñados en pequeños refugios de techo de plástico, sólo separados del suelo por un simple trozo de cartón. Mientras tanto nosotros gozamos de tiendas amplias y dormimos secos y calientes en sacos de dormir de pluma. Así que les entiendo y Sebas seguro que también. Pero si ellos se paran aquí y se dan la vuelta la expedición sufriría un retraso definitivo, o algo peor.

Así que ahora Sebas, pletórico de energía y subido bien alto para que le vean, les grita sin descanso. El inglés que habla Sebas haría parecer un erudito políglota al indio de las películas, así que se dirige a ellos directamente en castellano:

—¡¡No tenéis *huevos*, venga para adelante!!

La barrera lingüística no supone ningún problema. Le entienden perfectamente, porque además se ayuda con gestos evidentes. Miro la escena divertido y me imagino que es de estas cosas que luego no salen en la tele. Pero no surte efecto, no se puede apelar a la masculinidad de estos hombres sin par, duros y fuertes, que poseen corazones grandes y hospitalarios detrás de sus barbas musulmanas.

Sólo se pondrán en marcha cuando la nevada comience a flojear un poco, cuando les prometemos una buena propina (que sin duda merecen) y cuando nosotros mismos comencemos a abrir una profunda zanja en la nieve por la que ellos puedan seguir.

Nos libramos por poco.

Durante las negociaciones con los porteadores, un hombre toma una parte activa y positiva en ellas. Es Antonio Perezgrueso, Toñín, el subdirector de “Al filo...”. Toñín es un tipo dotado de una energía que nunca cesa de fluir, siempre alegre y optimista aunque no exento de genio. Es el operador de cámara, responsable directo de la belleza de las imágenes, filmadas casi siempre en cine y siempre a costa de mucho esfuerzo y riesgo.

Durante la marcha de aproximación Toñín no ha parado quieto ni por un momento. A su lado camina su inseparable porteador personal, que lleva el trípode y la cámara grande, una SR que pesa dieciséis kilos. Cuando Toñín ve un sitio que le gusta, pega un par de voces y monta el tinglado para echar unos planos. Entonces nosotros, los *artistas*, pasamos una y otra vez delante de su cámara, que hace un ruido agradable cuando funciona. Él fue cocinero antes que fraile, y en las primeras expediciones del programa era un alpinista más, como en el K2 en el año 1983. Ahora subirá al menos hasta los seis mil o seis mil quinientos metros, siempre trabajando. Además, cuando al finalizar cada etapa el teniente médico monta un pequeño hospital de campaña, Toñín hace de enfermero, atendiendo casos menores, repartiendo gotas para los ojos y despachando a los cuentistas, que se acercan a por pastillas con males fingidos, con una palmada en el lomo, una sonrisa y viento fresco.

El día 21 de junio encontramos, casi por casualidad, el campo base. Sólo lo reconocemos porque hay algunas tiendas dispersas, de alpinistas de otros grupos que han llegado antes. Pagamos a los porteadores, esos hombres que me han impresionado tanto por su fuerza y dureza. Ellos sonríen y agradecen la propina. Se tapan con sus mantas y desaparecen rápidamente valle abajo, en la nevada.

No se ve nada. Podríamos estar en cualquier parte.

....

Unos meses más tarde, Juan Tomás dirá que supimos adaptarnos al ritmo del Baltoro. Juan siempre tiene razón, en general, y más aún ahora en particular.

Mi visión del tiempo que hace en estas montañas está completamente confundida, puesto que sólo recuerdo la muy amable climatología del año 1994, que me hizo creer equivocadamente que el tiempo es así siempre por estos lares. Craso error. Aquello fue una increíble excepción y pronto vamos a acostumbrarnos al tiempo del Baltoro. Una auténtica bazofia.

La cordillera del Karakorum, en la cual estamos, se halla situada al noroeste del Himalaya de Nepal y Tibet. Por eso los inviernos son muy rigurosos, de hecho ninguno de los cinco ochomiles que hay por aquí ha sido escalado en esa época, mientras todos los restantes, menos el Makalu, han sido pisados en el invierno nepalí. Además, y en teoría, las corrientes del monzón procedentes del golfo de Bengala que dejan lluvias en todo el subcontinente indio no llegan hasta donde estamos, con lo cual tradicionalmente siempre se ha venido a escalar aquí durante los meses de junio, julio y agosto. Todo esto está muy bien, pero el caso es que pueden pasar semanas en las que prácticamente no deja de nevar. Lo mejor es mirar al cielo y ver de dónde sopla el aire. Si viene del sur, desde Pakistán, podemos dedicarnos con fruición a cualquier actividad de campo base. En cambio en cuanto sopla desde el norte, de China, hay que pensar en salir para arriba cuanto antes, aunque abajo todavía esté nevando.

Para saber de dónde sopla no hay que esforzarse mucho. Basta con mirar a las banderas que ondean sobre nuestras tiendas. Sólo veinte minutos después de llegar nuestros compañeros, los militares instalan una gigantesca bandera española en la nieve que cubre el glaciar de forma generosa. A mí no es que me moleste, aunque nunca he dado importancia a los trapos estos por los cuales la gente es capaz de matar. No entiendo a los patriotas, pero tampoco lo he intentado con ganas. Por eso, para incordiar y para que no se amohíne el ambiente, unos días después nosotros ponemos una bandera pirata sobre la zona de nuestras tiendas. Otro trapo, a la postre. Se siente uno protegido bajo las tibias y la calavera, aunque no podremos evitar el cachondeo cuando entremos en la tienda comedor y alguien pregunte con sorna:

—¿Qué, qué tal se vive en el Caribe?

Durante las próximas dos semanas sólo vamos a descansar tres días. Efectivamente, como dice Juan, vamos a ser capaces de hacer algo que parece sencillo pero no lo es; interpretar el tiempo que hace, que es en general “muy malo”, pero no es siempre igual de malo. Así, apenas mejore mínimamente saldremos a trabajar en nuestra ruta sin mirar al cielo, pensando en que cuando lleguen esos escasos días despejados, quizá dos o tres cada tres semanas, estaremos ya preparados para intentarlo. Pero el tiempo siempre es el tema principal de nuestras conversaciones.

Sobre nuestras cabezas, presentes a todas horas en lo más profundo del alma de cada uno, están “las montañas de la luz”, que es lo que quiere decir Gasherbrum. En realidad, son seis montañas diferentes que forman geográficamente un semicírculo, un circo de belleza única, y de dimensiones difícilmente calculables al primer bote.

Desmoralizado por un momento en la tormenta que no cesa, me pregunto si en este circo no seremos nosotros los payasos, que vienen con todos sus trastos y sus gracias, y bastante maquillaje, a vivir sus aventuras. Pero se me pasa enseguida.

Además, de pequeño, me gustaban más los trapecistas. Y los leones.

....

El Gasherbrum I es una montaña que no necesita elogios, ya que su belleza se expresa por sí sola. Me recuerda de alguna manera al K2 por su forma piramidal. Fue escalado por vez primera por alpinistas norteamericanos en 1958, aunque la ruta que ellos escalaron en la vertiente sureste está ahora cerrada debido al conflicto militar que animadamente mantienen India y Pakistán sobre cuestiones territoriales. Tan animados están, de hecho, que apenas a pocos kilómetros de nuestro campo base podemos oír los cañonazos. Por lo que entendemos, se tiran fuego de artillería por turnos, a razón de miércoles y domingos unos y lunes y jueves los otros, por ejemplo. Afortunadamente nuestros amigos militares, gracias al cielo, no comentan nada sobre los zambombazos. Nadie dice: “Ah, mira, eso es un 38 mm”. O bien, “Oye, hay que ver qué bien suena ese nuevo mortero...”. Hablamos de lo que sea, menos de eso. La mayoría de las bajas de esta guerra olvidada, por no decir todas, lo son debido a la altitud y la exposición a los elementos y no por el fuego enemigo.

Fuego es también lo que se siente en los pulmones cuando Toñín grita “¡Venga!” y entonces nosotros salimos a paso vivo desde detrás de algún *serac* que nos esconde y pasamos una o varias veces delante de su cámara, que ronronea tranquilizadoramente, insensible a nuestros esfuerzos. Ibrahim Rustán, un tipo grande y simpático, además de fuerte

como un búfalo, es el encargado de transportar la pesada cámara y su trípode. Haciendo gala de una intuición sin igual, en un par de días es Rustán quién se permite sugerir a Toñín los lugares desde donde hay un buen ángulo o desde donde es posible realizar un buen plano, en su opinión. Toñín sonríe al oírle y luego decide él, por descontado, pero Rustán es inteligente y ha comprendido al vuelo que los mejores sitios son siempre los más espectaculares, aunque suelen coincidir, cómo no, con los más peligrosos. Rustán tiene, desde hace años, un hijo cada otoño, porque según dice en su pueblo los inviernos son fríos y hay que arrimarse...

Trabajar filmando en el glaciar es arriesgado por naturaleza, porque conlleva pasar muchas horas sobre este terreno indómito, porque la nieve se ablanda rápidamente y los puentes naturales por los que cruzamos las grietas pueden ceder a partir de las nueve de la mañana. Después, a mediodía, el circo de los Gasherbrum se convierte en un horno donde el calor es intolerable. Sólo podemos aguantarlo en calzoncillos dentro de nuestras tiendas de campaña, sudorosos y exhaustos.

Cuando nos quedamos en *gayumbos*, es curioso, poco nos diferencia a un comandante del ejército español y a mí. Quizá fuera más sano para todos si dejáramos máscaras y uniformes aparcados por ahí y viviéramos a menudo así, desnuda el alma y desnudo el cuerpo.

El glaciar que da acceso a la parte superior de ambas montañas, G-I y G-II, es pérfido y complejo, de los peores que conozco. Por si ello no bastara, sus condiciones se deterioran rápidamente conforme avanza el verano. Habremos de salir siempre de madrugada, como máximo a las tres, y recorrerlo escrupulosamente encordados, so pena de visitar el fondo oscuro y frío de algún agujero. Cuando lo hemos cruzado casi por entero llegamos al campo I, a 6.000 metros de altura. Aquí se separan las rutas de escalada de ambas montañas. Mientras nuestros amigos Ramón, Tamayo y *Txistu* se van para el G-II, nosotros nos desviamos hacia el G-I. Nadie ha pasado de aquí este año, así que tenemos trabajo de sobra. Pero eso no nos asusta.

Hemos elegido la ruta más habitual en estos tiempos para llegar a la cumbre. Se llama “corredor de los japoneses”, y está en la vertiente noroeste de la montaña. Tenemos que abrir camino a través de otro glaciar colgado para llegar a un amplio collado donde pondremos el campo II, a 6.500 metros. Después nos metemos en el corredor propiamente dicho, que es empinado y entretenido hasta que se pone difícil de verdad. Juan fija cien metros de cuerda y recupera otros doscientos que ya estaban por allí y que servirán para proteger nuestro descenso tras la cumbre. Ésa será toda la cuerda que utilicemos en esta montaña. De este modo sabemos bien que por arriba quedarán zonas que no podremos asegurar, que habrá que trepar y destrepar cada uno por su cuenta. Es un riesgo que asumimos porque no parece un terreno imposible. Creemos que estamos a la altura, que podemos pasar por aquí sin usar más cuerda. Aparte de Rustán, que acarrea la cámara hasta el campo I, no utilizamos porteadores de altura.

Mientras aseguro a Juan, la cuerda se va deslizando suavemente por mis manos. Observo cómo este hombre, con esa pericia admirable que tan bien conozco ya, le gana metros a la montaña poco a poco. Para escalar con Juan hay que tener paciencia porque, aunque no es lento en absoluto, a diferencia de otros nunca habla de lo que se va encontrando por el camino y resulta imposible desde abajo saber si lo que él escala es difícil o no. Además, por su forma de moverse todo parece fácil, por lo menos hasta que un rato después paso yo y lo veo por mí mismo. Por eso me extraña oír un grito desde arriba que me avisa de que ha encontrado un pequeño tesoro pirata: “¡Botín!”. Cuando alcanzo su altura veo que se trata de un buen montón de material dejado por una expedición norteamericana el año pasado. Así sabemos hasta dónde llegaron exactamente, son las ventajas de llegar los primeros al año siguiente. Hay varios tornillos de hielo, clavos y cosas así, pero lo más jugoso es una pequeña tienda que inmediatamente nos echamos a la mochila para bajarla al campo base y ver su estado.

Hemos terminado la fase de aclimatación después de dos semanas y estamos listos para cuando llegue el deseado buen tiempo. En el base montamos la pequeña tienda encontrada, que es de excelente calidad, está completamente nueva y es carísima. Juan me dice, con toda naturalidad:

—Quédatela tú, que a mí no me hace falta...

¿Quién dijo algo de los catalanes?

....

No tenemos tiempo de descansar mucho. Pasamos un par de días por el campo base haciendo vida social y conociendo a gente de lo más interesante, como el superclase francés

Jean-Cristophe Lafaille o el duro ucraniano Vladislav Terzeoul, *Slava.* Buenos pájaros, sin ninguna duda. También ha llegado, acompañado de una extraña pareja austriaca, el inglés Alan Hinkes, viejo conocido del K2, a quien procuro ignorar, violentamente si cabe. Además hay coreanos, americanos y una expedición militar inglesa, bastante mediocres comparados con *los nuestros*.

El hecho de estar listos para intentar cumbre tan pronto me pilla un poco por sorpresa. Decidimos salir casi sin descansar, para realizar un intento el día 10 de julio. La primera cordada está compuesta por cuatro personas; el comandante Alfonso Juez, el teniente Manolo Álvarez, Juan Tomás y yo. La estrategia es sencilla; queremos subir directamente hasta el collado, campo II, y dormir allí. Al día siguiente escalaremos por el "corredor de los japoneses" hasta los 7.100 metros del vivac "Messner", punto de partida hacia la cumbre. El tercer día queremos hacer cima, filmar y bajar lo más posible. Filmar es lo más importante; en "Al filo..." de poco vale la cumbre si no hay imágenes de ella.

Pero los planes van a cambiar según salimos, el mismo 8 de julio de madrugada. Una lata de comida en mal estado, ingerida la víspera, obliga a Alfonso a detenerse en el campo I, bastante enfermo. Manolo se queda con él. Por radio nos sugieren, a Juan y a mí, atenernos al plan original y tirar directos al campo II, para no desperdiciar el buen tiempo, que se antoja un bien escaso. Nuestros colegas irán un día después, si Alfonso se recupera.

El segundo inconveniente grave es la cámara de vídeo. No porque pese mucho, o porque Juan no sea un virtuoso usándola, sino porque en el campo II repentinamente deja de funcionar. Mientras yo cocino, Juan pasa cuatro horas intentando arreglarla, guiado por radio por Toñín, pero el engendro japonés escupe las cintas sin remedio. Yo, que no sé cambiar una bombilla, cada media hora reúno el valor suficiente como para hacer una sugerencia. Juan, que me conoce, me mira con ternura y sigue a lo suyo.

Al final la cámara se queda a descansar aquí. Intentaremos hacer buenas fotos.

....

Salimos a las cero horas. Bueno, eso sería cierto si fuésemos militares, pero como yo soy insumiso, salí a las doce de la noche. Y Juan también. Mi estómago se halla atenazado por el miedo, el miedo a sufrir en el océano de nieve que nos rodea. Parece no tener fondo.

Hay veces que los astros y los dioses se conjuran en tu favor. O simplemente has hecho las cosas bien. Has entrenado, viajado, caminado, aclimatado, sufrido, acarreado, comido, bebido. Te has helado y también asado. Posees la técnica para no caerte, la inteligencia para protegerte de lo que te rodea y la imaginación para seguir poniendo un pie delante del otro cuando ya no hay ninguna razón para hacerlo. Así me siento yo ahora.

La noche del 9 al 10 de julio es *mi* noche En cuanto salgo me encuentro en un estado de forma olímpico. Las condiciones no son buenas en absoluto, en la nieve profunda y la oscuridad. La zona somital del Gasherbrum I no es difícil técnicamente, pero su inclinación no perdonaría un error. Si te caes, te estampas.

Pronto me veo nadando en la nieve, náufrago sin esperanza. Me cuesta orientarme, pero consigo encontrar un corredor en forma de codo que da acceso a las rampas cimeras, que ganan inclinación sin pausa. Cuatro de los militares ingleses, que también han salido, y Juan se quedan algo por debajo, aunque yo tengo la sensación de ir demasiado lento. Pero debe tratarse de algo subjetivo porque lo cierto es que gano altura a buen ritmo. Después amanece.

Rodeo por la izquierda el serac somital, con nieve hasta el muslo. A las 9:10 de la mañana alcanzo la cresta de la cumbre. Sólo diez metros me separan del punto más alto, así que llamo al campo base para decirles que casi estoy arriba y que voy a esperar a Juan para hacer juntos los últimos metros. Oigo voces de júbilo que me felicitan efusivamente, pero mi mente está separada de la realidad en la que ellos viven, se encuentra en una frecuencia diferente que se me antoja lejana y distante.

Hace viento al pasar al otro lado, al sur.

El paisaje debe ser bellísimo, pero apenas me fijo. Veo que el Chogolisa resplandece, como una isla. Espero a Juan, que se abrocha el buzo de plumas al llegar. Él ha trabajado sin descanso por esto, y hoy yo también.

Son esos escasos momentos en los que no se desea nada más. Todos mis vacíos, todos mis *huecos*, están plenos.

....

Bajamos muy rápido y en sólo dos horas nos plantamos en el campo III. Nos hemos cruzado con Alan Hinkes, con los austriacos y con Ibrahim, el porteador que comparten.

Todos van para arriba por la cómoda zanja, muy lentos. De entre ellos sólo Alan asegurará después haber llegado a la cumbre, a las 5 de la tarde.

En la puerta de nuestra tienda nos alegramos de ver a Manolo y Alfonso, que mientras tanto han llegado hasta aquí. Alfonso ya está repuesto por completo. Nos felicitan, nos dan de beber y nos mandan hacia abajo serenos y contentos. Nos vamos a negociar los primeros metros de destrepe, que son serios y no tienen cuerda fija, sin imaginar siquiera por un momento que no volveríamos a ver a Manolo Alvarez con vida. Dormimos en el campo II, agotados tras quince horas de esfuerzo y al día siguiente muy temprano corremos glaciar abajo hasta el base. Nuestra llegada coincide con la de Manolo y Alfonso a la cumbre. Ahora somos felices del todo. Todos, militares y civiles, nos felicitan efusivamente.

No imaginamos entonces, tumbados al sol, que la tragedia se ha instalado ya entre nosotros, fría e impredecible. Los mecanismos incomprensibles del destino están cerrando sus engranajes sin piedad sobre Manolo y Alfonso, en un giro siniestro del que no encontrarán la manera de escapar.

Durante los próximos siete días la alegría se tornará llanto.

El tiempo, que ha sido muy bueno durante nuestro ascenso a la cumbre, cambia esa noche y sorprende a nuestros amigos en el campo III, al que han llegado agotados y a última hora porque Manolo se ha caído en su descenso de la cumbre, dañándose el cuello y la espalda. La combinación de dos factores va a desencadenar los acontecimientos. Por un lado, la nevada que nos va a sacudir durante esa semana es de las que se recuerdan. Con la nieve acumulándose por momentos a nuestro alrededor, no podemos imaginar lo imposible que ha de ser la situación para alguien que ya está herido a 7.100 metros de altura. En segundo lugar, el dolor producido por la caída impide físicamente que Manolo se mueva o intente salir hacia abajo.

Mientras todo esto comienza a suceder, mis amigos se ocupan de otra crisis. A los dos días de nuestra bajada de la cumbre. Ramón y Tamayo suben a buscar a Ibrahim, el porteador compartido por los austriacos y Alan Hinkes, que ha desaparecido en la bajada. Ni Alan ni la pareja apellidada Studer saben de él o parecen preocuparse de su destino. Mis compañeros lo encuentran cerca del campo II, perdido y con las manos congeladas, llorando. Ha vivaqueado dos veces sin tienda ni comida. Le trasladan a nuestro campo base, donde el médico militar, que se llama nada menos que José Antonio, le trata con mimo durante los próximos días. Durante todas estas jornadas ni Alan ni los austriacos tienen la vergüenza de presentarse a preguntar por su estado. Hacen bien, porque podrían haber salido trasquilados. Eso sí, cuando son recriminados por su dejadez criminal ambos dijeron lo mismo: que en realidad Ibrahim no trabajaba para ellos, sino para el otro.

Se suele decir que Dios los cría y ellos se juntan.

Durante toda la tormenta, en el campo III, Alfonso muestra un coraje que no conoce límites. Atiende a su compañero, raciona la comida, derrite nieve sin parar, trabaja con la pala para despejar la nieve que se acumula. En un par de ocasiones intentan el descenso a la desesperada, pero el estado físico de Manolo no lo permite y tienen que regresar a su cueva helada. Después de seis días la situación es obviamente de vida o muerte, pero Alfonso no cede y manda “a tomar por culo” a quien le sugiere, primero, y después ordena descender sin su compañero si hace falta para salvarse él. Eso sí, lo hace con gentileza, porque este hombre, además de un héroe, es educadamente encantador.

El resto de miembros del grupo militar, además de Ramón, Tamayo y Juan también intentan el rescate, pero la nieve acumulada en el corredor no permite llegar al campo III, en medio de un riesgo de avalanchas enorme. Ramón Portilla se queda muy cerca de lograrlo en uno de sus intentos, lleva ya varios días *de guardia* trabajando por los demás.

El día 17 de julio la voz inconfundible de Benito llega por radio hasta el base:

—Alfonso ha llegado al campo II.

Muchos pares de oídos, apiñados en la gran tienda comedor, reciben con alivio el mensaje, satisfechos de que algo parece finalmente ir bien. Alguien, sin embargo, se da cuenta y pregunta por Manolo. El mismo tono inescrutable responde:

—Manolo ha muerto.

El mensaje llega por sorpresa, como un puñetazo en el estómago. Nos deja mudos, sin aire... Manolo, ¡no es posible! Era un hombre alegre y bueno.

Nadie había hablado de ser héroes, ni de batallas perdidas. Nadie estaba aquí para ganar gloria o dinero, nadie quería morir en este empeño inútil. Pero la voz que escupen las ondas lo ha dejado claro. Ahora ya es mejor hacer lo que podamos por Alfonso, que baja muy

tocado.

Después nos enteraremos de los detalles del accidente. De que Juan Tomás, Alfredo, Alberto y Benito estaban arriesgando el pellejo intentando lo imposible. El tiempo había dado una pequeña tregua y los dos de arriba conseguían destrepar el corredor poco a poco, mientras el grupo de rescate se aproximaba trazando huella en una nieve imposible. Cuando estaban a pocos metros de Juan, la cuerda de la que colgaban Alfonso y Manolo se rompió y ambos cayeron por el corredor de nieve, aparentemente no tan amenazador, dando botes y trompicones. Sólo uno de ellos, Alfonso, sobrevivió a la caída.

Al día siguiente subo por el glaciar. Me arrastro, mejor dicho. Por un lado me pregunto de nuevo, como hace dos años en la muerte de *Atxo* Apellániz, por el sentido de todo esto. Además me encuentro muy débil y me siento culpable de no haber hecho lo suficiente durante los intentos de rescate. Quisiera mandar todo a la mierda.

Alfonso presenta señales obvias de la caída porque tiene una mano atravesada de lado a lado por un cramponazo, heridas en la cara y también está claro que ha pasado más de una semana a 7.100 metros, pero se encuentra sorprendentemente entero desde el punto de vista físico. No precisa ayuda de nadie para descender.

Los abrazos son sinceros al llegar abajo. Todos estamos contentos de que al menos uno de ellos ha conseguido escapar de esa tenaza mortal que, nadie sabe por qué, la montaña había empuñado y apretado hasta el final.

Pero por las tardes, a la hora de la cena, es tan triste ver esa silla vacía...

....

La expedición militar al Gasherbrum I, tocada en el alma, está lista para la partida hacia tierras más calientes y menos salvajes.

Pero yo no.

Les veo marchar glaciar abajo, apenados por haber perdido a un compañero inigualable como Manolo. Se van hombres rotos, pero están orgullosos de haber dado todo. No veo capitanes o tenientes sino gentes de montaña como yo. Menos lobos, corazón insumiso.

Curro Soria me regala una cinta de canción española y coplas. Se despide:

—Adiós, *requeté*.

Me ha estado llamando así durante toda la expedición por el pañuelo rojo que sujeta mi pelo, y por mi condición de navarro. “Animal de cresta roja que mata después de comulgar”, me vacila. Me he aburrido de explicarle que el requeté era mi abuelo, que yo lo que soy es pirata; una oveja negra como otra cualquiera.

Me queda mucha rabia dentro, mucho dolor acumulado. Es una sensación nefasta, que creo que sólo puedo exorcizar escalando de nuevo.

Esos demonios del alma sucumben fácilmente ante la actividad física, y eso es lo que voy a hacer.

La parte de “Al filo...” que se dirige al Gasherbrum II, compuesta por Tamayo, Portilla y *Txistu*, se ha ocupado tanto en los rescates que no han tenido tiempo material de intentar su montaña. Después de las últimas dos semanas de mal tiempo ellos han de estar también listos, sin duda, así que decido quedarme en su cocina y si veo la oportunidad intentaré un ascenso rápido, más o menos al estilo del Shisha el año pasado. El tema del permiso ya se solucionará de algún modo, pienso. Además, por algo acampamos bajo una bandera pirata...

Juan, Sebas y Toñín se van también hacia casa acompañando a los militares. Esta historia se ha acabado para ellos. Conocen mis planes, y también conocen mi relación con la escaladora americana Heidi Howkins, que a su vez también va a intentar el G-II acompañando a Ramón y Tamayo, después de que sus propios compañeros de expedición hayan demostrado que la montaña les queda grande.

Nuestro amigo *Txistu*, que quería bajar con los esquís, no se termina de adaptar a la altura. Decide quedarse en el campo base, con buen criterio, después de sufrir dos amagos de edema cerebral en sendos ascensos de aclimatación. Sin embargo, su sentido del humor lo llena todo y fascina sobre todo a nuestro cocinero, Fidá. Todas las tardes *Txistu* se sube a una banqueta colocada sobre las piedras del glaciar y comienza a imitar los cánticos de cualquier clérigo musulmán, con una gracia y una irreverencia que para sí quisieran los mejores cómicos. Los pakistaníes que le ven se desternillan, y le aprecian de verdad.

Creo que Juan está triste cuando se va valle abajo. Me mira, con sus ojos castaños, con la intensidad que ya conozco. Pienso que me va a advertir de los peligros del G-II, pero no es así. Me dice con enigmática seriedad:

—Cuidado. Algunas mujeres son capaces de muchas cosas...

Como ya dije antes, Juan no se equivoca a menudo.

....

La ascensión del Gasherbrum II permanece olvidada en un rincón de mi memoria. Que no es lo mismo que decir que fue intrascendente.

Yo me siento triste y furioso al mismo tiempo, he comido mal y bebido poco en los últimos días así que mi forma física dista mucho de tener la sensación de magia que diecinueve días antes había guiado mis pasos, y los de otros, en aquella escalada ingrávida hasta la cima del Gasherbrum I.

A pesar de mi estado físico mediocre, no tengo otra opción que intentar una escalada rápida si ésta ha de ser discreta. Intentaré subir sin parar los 2.400 metros de desnivel que separan el campo base del campo IV, a 7.400 metros. Allí descansaré unas horas, ya junto a mis amigos, y al día siguiente, 29 de julio, si podemos, pisaremos la cima.

Quizá así mueran algunos demonios, ahogados en ese aire tan fino.

El peso de la escalada recae ahora en José Carlos Tamayo, que marca el ritmo, abre huella cuando la nieve es profunda y toma las decisiones más importantes, además de ser el único que filma. Yo salgo del campo base a escondidas, asegurando a todos los que allí están que me voy a recoger cosas abandonadas en nuestra escalada anterior al G-I.

Escalo sin pausa, aunque bastante cansado, hasta alcanzar a Ramón, José Carlos y Heidi en ese campo IV que es un magnífico mirador pero está lleno de restos de tiendas viejas. En el campo I, al pasar, he despertado a Jean-Cristophe Lafaille, que se había quedado dormido y que también va para arriba finalmente. Las condiciones no son tan malas si tenemos en cuenta la cantidad de nieve que ha caído en estas últimas tres semanas. Se me antoja que aquí arriba no ha debido nevar tanto.

Escalamos a oscuras hasta debajo de la cumbre, donde amanece una vez más, después de otra noche de frío y dolor. Temo a estas noches como Julio César a los Danaos, “aunque me traigan regalos”. Es muy temprano y estamos sentados a horcajadas en la arista que termina en la cumbre, sólo quince o veinte metros por debajo de ésta. José Carlos me ofrece la posibilidad de decidir:

—¿Filmas o subes?

Él ha acarreado la pesada cámara de cine hasta aquí. Se merecería llegar primero, aunque estas cosas no nos importan. Además también es cierto que si yo le filmo el desastre resultante puede ser de cualquier calibre. Le digo a modo de propuesta:

—Ya subo yo y así sale algo en la película...

Y así, comienzo a escalar estos últimos metros intentando no parar mucho, que me están filmando. El plano que logra Tamayo es tan bueno que terminará en la cabecera del programa, aunque entonces, claro, no lo sabemos. En la cima esperamos a Heidi y Ramón, que llegan un buen rato después, y hacemos la clásica sesión de fotos y cine. Me entretengo buscando piedras.

Es una de las cumbres más bellas que se puedan imaginar y toda la tierra está a nuestros pies, pero yo no estoy ni tan contento ni tan relajado como se pueda imaginar. No experimento ninguna plenitud, ningún júbilo. Veo perfectamente el lugar donde Manuel Álvarez cayó y donde ahora descansa para siempre. Y aquí arriba pienso por unos instantes en aquel hombre bueno, honesto y auténtico. Además, llevo puestos a modo de homenaje unos calzones largos que no hace mucho le pertenecieron.

Ahora mi felicidad es rehén de su memoria.

Ya está bien; es hora de bajar y dejar atrás por este año las montañas de Alá. He escalado dos ochomiles en tres semanas, pero no siento que esto haya sido un gran triunfo. Acabo de aprender que cima no es sinónimo de éxito. ¿Se puede subir a dos montañas tan grandes y tan hermosas y sin embargo sentirse fracasado? Al menos ya tengo algo en lo que pensar mientras camino. Si esto ha sido una batalla, entonces mi alma y yo estamos de acuerdo; no nos gustan las guerras.

Recojo unas piedras de color claro, las meto en el bolsillo de mi traje de plumas y me voy para casa, poco a poco.

La leyenda del viento

Puede que la escalada en el Himalaya sea simplemente un mal hábito, como el fumar, algo del cual uno dice con caballeresco desdén: tengo que dejar esto algún día, antes de que me mate.

Greg Child

En 1997 me convertí en himalayista. Bueno, obviamente ya lo era hasta entonces, pero durante este año realicé tres expediciones a esa cadena montañosa, que me confirmaron definitivamente que mi forma de ver la vida no pasaba más que por escalar montañas grandes. Hasta entonces hubiera tenido otras opciones, podía haber elegido otras cosas, diferentes caminos. Después, ya no fue así.

En primavera un grupo de amigos nos dirigimos al Kangchenjunga. En mi opinión es la montaña más difícil de escalar y nosotros pretendíamos hacerlo además por una ruta técnica en la pared norte, la misma que me había bautizado en mi primer viaje al Himalaya, en el ya lejano 1990. Nada de vías normales, había llegado el momento de pedir un poco más. Para Xabi Guembe, Mikel Zabalza, Julián Beraza, Carlos Pauner, nuestro amigo italiano Fausto di Stefani, y para mí mismo, era el momento de vivir una de nuestras mejores experiencias.

Financiamos parte de aquel viaje filmando para TVE. Además vendimos miles de camisetas y también montamos una taberna portátil durante las fiestas de un pueblo cercano a Pamplona, donde yo sufría lo indecible para no dormirme atendiendo a nuestra animada y alcohólica clientela, a altísimas horas de la noche.

Durante la escalada yo escribí un diario semanal, que mandábamos a casa a través de un mensajero que bajaba corriendo hasta el fax más cercano. Mi diario era publicado en Navarra por un periódico local, con el correspondiente retraso.

Por el dinero no merecía la pena, porque nos pagaban una miseria. Pero me enganché a escribir, algo que antes sólo hacía ocasionalmente. Así, con cierto candor, abrí poco a poco algunas puertas de mi alma. Y si no eran puertas, al menos eran ventanas, porque me permitían ver abismos sin fondo.

Escribir es como escalar, como vivir. Y así es como lo viví yo entonces.

Kangchenjunga, marzo-mayo 1997

Sobrevolamos el Everest, 1 marzo 1997

El avión que nos trae una vez más a Kathmandu aterrizará pronto. Un suave giro hacia el oeste nos hace observar, de repente, toda la belleza de la gran cadena del Himalaya; montañas, una detrás de otra, parecen no tener fin. Xabi me da un codazo: "Mira, Iñaki, el Everest". Es verdad. Ahí está *La Diosa madre de la Tierra*, la montaña que ningún pájaro puede sobrevolar. Ahora es todo roca negra, pelada por los vientos inclementes del invierno, tan diferente a cómo la conocimos en 1992, cuando tenía nieve abundante tras el paso del monzón de verano. También vemos el Lhotse, el Makalu y el Cho Oyu.

En vano estiramos el cuello para ver el *Kanchen,* como llamamos familiarmente a nuestra montaña. Ella a mí me conoce, del año 90, aunque entonces se mostró seria y adusta, y no nos dejó pasar de los ocho mil metros de altitud. Ahora tengo que presentarle a mis amigos, a ver si le gustan, y entre todos intentar seducirle suavemente y sin malas artes, con elegancia.

Pronto Xabi y yo estaremos paseando por *Durbar Square*, la plaza de los templos milenarios. Allí se mezclan de un modo muy cosmopolita gentes tan diferentes y tan iguales como hinduistas y budistas, turistas o alpinistas. Un *Shaddu,* o asceta hindú, se deja fotografiar, aunque nos es imposible discernir si se trata de un cuentista o lo suyo va en serio. Cubre su cuerpo con cenizas, su cabeza de trenzas *rastas* y tiene menos grasa que Martín Fiz. Debe ser asceta pero no gilipollas, porque nos pide bastantes rupias por la foto.

El ambiente me relaja después de las últimas semanas, frenéticas, en casa. Vamos a la tienda de mi amigo Om, que es un poco *pelma* pero tiene una fantástica colección de pinturas tibetanas, llamadas *Tangkas* y *Mandalas,* que vende muy caras. Om habla un castellano perfecto y preside la entrada de su tienda una gran *ikurriña*, con un hermoso *Ongi etorri* pintado debajo. "Vamos a echar un té, tío", me dice con una sonrisa mientras yo intuyo que algo de la magia del lugar se pierde... Estamos en casa y mañana comenzamos a trabajar.

Sueño con paredes de hielo, 8 marzo 1997

Xabi y yo llevamos una semana sin parar, corriendo arriba y abajo por Kathmandu, haciendo gestiones y comprando mil cosas diversas. Es un trabajo duro éste. Hemos elegido, pagado, trasladado, empaquetado y numerado dos mil kilos de comida, material, cuerdas, cocinas, gas, colchones... Ya nos conocen los vendedores de alfombras y artesanía y ahora también nos dejan en paz los pequeños traficantes que antes se acercaban sigilosos y con cara de malos, susurrando: *"Hachís, opium, sir?".* Sólo recibían un "lárgate, pesado" como respuesta. Entonces cambiaban de táctica: *"Change money, sir?".* Mercado negro, claro, 7 % mejor que el oficial.

Lo más difícil ha sido recuperar de las aduanas nepalíes los 300 kilos de material que enviamos hace tres semanas desde Pamplona. La situación es surrealista, creo que los personajes de las novelas de Kafka hubieran disfrutado lo suyo por aquí. Primero hay que pasarse un par de días recorriendo lúgubres ministerios –Turismo, Comunicaciones, Industria– donde somnolientos funcionarios interrumpen, después de horas de espera, su ¿meditación? y añaden sellos y firmas a una hermosa carpeta llena de papeles en inglés, castellano y nepalí. Finalmente llega el día "D", voy al aeropuerto, busco el almacén correspondiente y encuentro el caos. Pronto comprendo el sistema de funcionamiento. Con mi carpeta bajo el brazo, un subdelegado me manda a ver al delegado. Éste añade nuevos papelajos y me envía a hablar con el superintendente, el cual me devuelve otra vez al comienzo asegurando que falta algún documento básico. Y todo vuelve a comenzar. ¡Bueno, chaval, esto es Asia! A estas alturas no nos vamos a impresionar, y además si te ven pestañear igual todavía lo disfrutan.

Después de siete horas, por fin consigo ver mis bidones azules. Llega el momento de

pagar, tengo dos opciones: 900 dólares de depósito, o bien 200 de tasas más 100 de sobornos. Está claro, pago y callo. No hay derecho a factura.

Estamos en Thamel, el barrio turístico y cosmopolita de Kathmandu, plagado de restaurantes, de turistas como nosotros y de locales buscándose la vida. Nuestro hotel, que se llama como el barrio, es barato, limpio y cómodo. Conozco al jefe hace años, se llama Tashi y parece tibetano si miramos a sus rasgos. Siempre nos ofrece un buen cambio de dinero y suficiente espacio para manejar nuestros voluminosos equipajes. La recepcionista, Dolma, es guapa y dicharachera. Nos cuenta que es hija de madre nepalí y padre tibetano, de ahí procede su singular belleza. Sus compañeros de trabajo le comprometen llamándole *cocktail* y ella, simplemente, sonríe. Xabi mira por encima del hombro lo que escribo y me dice: "Pero pon que nos acordamos de nuestras novias, ¿eh?". Dicho queda. En fin, ya llevamos ocho días en Asia y poco a poco comenzamos a ser parte de la fauna local. Soñamos con paredes de hielo y roca. ¿Era por esto que veníamos hasta aquí, no?

Las montañas de mi alma, 16 marzo 1997

En algún sitio debí aprenderlo. No fue en el colegio y mucho menos en la universidad. Quizá fue en alguna reencarnación anterior, o quizá no. Pero el caso es que hace años que sé que andar a través de las montañas salvajes es un camino hacia la liberación. O quizá "hacia la iluminación", diría un budista. "No, hacia la redención", responderá el cristiano. Que más me da a mí. Las montañas nos liberan, nos iluminan, nos redimen. Las montañas nos hacen ser como somos, nos dan y nos quitan la vida.

¿Por qué escalamos? Vaya pregunta más estúpida. Pues por lo mismo que reímos, amamos o lloramos. Porque vivimos.

Hemos dejado atrás la ciudad de Kathmandu, el ruido, las prisas y la contaminación. Han llegado Julián, Mikel y Carlos y ya estamos todos. Veintiséis horas de autobús asiático nos dejan en Basantapur, pequeño poblado de las colinas del este de Nepal. *Bus*, en Asia, quiere decir que estamos en la parte más peligrosa, sin duda, de toda la expedición. Nos aguardan diez mil curvas y puertos, adelantamientos a ciegas y una mecánica muy poco fiable. En la carretera sólo cabe uno, así que cuando dos vehículos se han de cruzar, ambos conductores aceleran a tope... y cuando el más *cobarde* se aparta, es abucheado por sus compinches. El año pasado, en Pakistán, un amigo llamado Antxón se hartó después de un buen rato de conducción suicida. Se acercó al conductor y le metió un buen meneo, diciéndole: "Tú, pedazo de cabrón, que yo tengo tres hijos...". El conductor no se inmutó, y sonriendo mientras aceleraba un poco más respondió: "¿Ah sí?, pues yo ocho...".

En Basantapur contratamos a ochenta porteadores que van a acompañarnos durante los catorce días y más de doscientos kilómetros que nos separan del campo base. Hoy tomaremos las mochilas con gusto y, mezclados entre ellos, compartiendo sus risas, su olor y parte de su esfuerzo, iniciaremos el suave caminar.

Serán dos semanas de luz y redención, viviendo en armonía con las montañas salvajes, con las montañas de mi alma.

Perros viejos, 28 marzo 1997

Ya hemos *aterrizado* en el campo base, aunque lo hemos conseguido peleando duramente con los porteadores y yaks de Ghunsa, el último pueblo de nuestra ruta. Sabíamos, porque yo ya he estado por aquí, que esta gente tiene fama de ladrona, y que en este país no hay tontos. Cuánta clarividencia. Teníamos cuarenta cargas difíciles de controlar, en sacos cosidos artesanalmente. En Ghunsa, poblado pirata, se los dimos y ellos se los llevaron a sus casas para atarlos en los yaks. Pero por el camino desaparece parte de la carga: algo de keroseno, arroz, azúcar y cosas así. Lo que ellos no saben es que nosotros somos *perros viejos.* Habíamos pesado, numerado y apuntado los contenidos de los dos mil kilos de trastos que traemos. Así que cuando en la tarde de ayer llegamos al campo base y comenzamos a pesar cada carga a alguno de nuestros piratas le cambia la cara.

En Ghunsa, cuando se las dimos, cada carga marcaba treinta kilos justos; aquí, algunas pesan veintidós y veintitrés kilos. Éstas las apartamos y rehusamos pagar su transporte hasta que devuelvan lo robado. Alguno saca de su mochila hasta quince kilos de patatas, otro arroz y así sucesivamente. Al final sólo faltan treinta kilos, que no pagamos pero ellos prometen devolver. Pero lo mejor de todo es que me han *mangado* hasta el boli con el que, todo orgulloso, escribía yo estas líneas. Lo descuidé treinta segundos y voló. Y le echaron el suficiente *morro* como para no devolvérmelo, a pesar de mis maldiciones.

Estamos en uno de los campos base más bellos del Himalaya, en una pradera de hierba a 5.100 metros de altura. Esta primera noche hemos tenido –20 ºC fuera de las tiendas y –8 ºC dentro. Pero el tiempo era excelente, hasta ayer, y la montaña parece estar en buenas condiciones. Hay poca nieve y el hielo tiene buen color. Algunos han padecido pequeños dolores de cabeza y otros tenemos catarros, nada que un buen porteo de cargas hasta el campo I no cure rápidamente.

Mañana día 29 entramos en el glaciar a comenzar el trabajo, el placer de escalar y vivir. ¡Ah!, hoy además es el cumpleaños de mi padre. Felicidades desde los Himalayas, jefe, y que cumplas otros tantos.

Ahora suben las nieblas del valle y mientras tanto seguimos bajo cero. Aunque a cien de moral. Sólo pedimos que la fuerza y la salud nos acompañen.

El arte del sufrimiento, 4 abril 1997

¡Hace frío aquí! Ya contamos una semana de estancia. No hemos tenido gran suerte, porque el tiempo cambió según llegamos y comenzaron de inmediato a desplomarse los termómetros, por un lado, y también esas nevadas que de momento son más una pequeña molestia que otra cosa. Ahora hay más nieve en el glaciar y hemos de abrir la huella constantemente. Las temperaturas oscilan entre los –15 ºC y los –25 ºC por las noches, fuera de las tiendas. En estas condiciones la vida se hace difícil y aparecen pequeños problemas de catarros, faringitis y cosas por el estilo. Además también se agravan los pequeños dolores de cabeza propios de esta altura, sobre todo los primeros días. De hecho, tres de nosotros han bajado a Ghunsa para recuperarse de esos leves malestares.

Es duro no perder la fe.

Fue un escalador polaco, Wojtek Kurtyka, quién definió el juego de escalar grandes montañas como “el arte del sufrimiento”. Nosotros hemos discutido sobre el asunto y la cosa parece estar meridianamente clara. Lo del sufrimiento es obvio, pero el tema del arte no lo vemos por ningún lado. En nuestras disquisiciones reina el buen ambiente. La pregunta definitiva resulta ser: ¿Somos masoquistas o gilipollas? La única respuesta con la que estuvimos todos de acuerdo la dio Carlos: “Los que vienen por primera vez, gilipollas, y los que repiten, además masoquistas”.

No hemos establecido una rutina de trabajo y me da la sensación de que ninguno de nosotros somos partidarios de rígidos calendarios sabiamente planificados de acuerdo a cuidadas logísticas. Simplemente cada uno metemos en nuestras mochilas lo que podemos acarrear y tiramos para arriba con ganas y fuerza. Todavía tenemos ciertas reservas, porque estos días llegan otras expediciones y queremos esperar a ver qué planes tienen antes de hacer todo el trabajo sucio y de que luego vengan otros a aprovecharse por *todo el morro*, en la mejor tradición himalayista.

El día 1 de abril acabamos de marcar con banderines el camino por el glaciar. Después ponemos doscientos metros de cuerda en un resalte de hielo que nos deja a poca distancia del campo I, a 5.900 metros de altitud. En unos pocos días estaremos allí instalados, trabajando en altura. Será difícil y duro, pero es lo único que adaptará nuestros cuerpos a lo que les espera por arriba.

Mikel es incansable, Xabi es nervioso y activo, Julián desafía a la ciencia médica a diario y desayuna tal cantidad de comida que nadie sabe como se puede mover después, y Carlos, que es químico, hace de doctor y experimenta con las pastillas, con resultados diversos. Son los mejores compañeros que uno se pueda imaginar. No paramos de reírnos y dormimos siempre cansados, a pierna suelta. Así somos felices, aunque todavía el invierno está de visita por aquí, parece que quiere comernos la moral manteniéndonos helados.

La montaña aparece de vez en cuando entre un velo de nubes. La última vez que la vi me

pareció ver un gesto de fina ironía en su seria cara norte. Quizá le sorprenda nuestro desparpajo, o quizá estaba hinchado su ego a la vista de tan numerosos pretendientes. Yo creo, Kangchenjunga, que es el mínimo precio a pagar cuando se es alta, hermosa y de afiladas paredes y aristas...

Sin novedad en el frente, 12 abril 1997

Hace ya una semana que trabajamos en la montaña. Ya tenemos establecida una cierta rutina, que acostumbramos a no cumplir a rajatabla, para luego tener esas pequeñas broncas sin las cuales la vida en el campo base sería tediosa.

Somos seis personas de diferente carácter, pareceres a veces iguales y a veces opuestos. Uno quiere dormir en el campo I, el otro cree que todavía hay que acarrear más material y comida antes de hacer la mudanza y el más listo de todos, no diremos quién es, aprovecha la anarquía reinante y se traslada al campo I, desde donde ordena por radio que le suban el plumífero, que hace *rasca*. En fin, también es verdad que no somos de esos tipos que se quejan por vicio y además somos amigos, así que si nos hemos de pelear, hay consenso general en que lo haremos con estilo y elegancia, porque creemos que en el pasado ya hubo suficientes *éxitos de convivencia.*

Nuestro pequeño problema es ético. Como no nos gusta pagar a otros, sherpas, para que realicen un trabajo con mucho peligro, entonces no nos queda más remedio que hacerlo nosotros mismos. Nuestra única ventaja es genética, el hecho de ser navarros, o navarros con cruce de maño como en el caso de Carlos. Son más de doscientos kilos los que tienen que ser paseados *Kanchen* arriba y abajo, porque también somos chicos limpitos y esperamos llevarnos nuestra basura para casa.

El recorrido hasta el campo I no presenta mayor problema, aunque es muy largo y hay alguna grieta. Todo el *bakalao* viene después, en la pared que defiende la parte superior de la montaña, de mil metros de desnivel, que hoy comenzamos a escalar. El tiempo se ha vuelto detestable porque nieva todos los días y, desde luego, no tiene que ver con la agradable primavera que disfrutamos hace siete años.

El campo base comienza a poblarse de individuos de todo pelaje y especie. 14 militares ingleses que van a un sietemil cercano, 16 americanos, 10 checos, o eslovacos, que todo puede ser. Además aún faltan por llegar los coreanos. Todos ellos conocen el baile de la Macarena, a Indurain y los Sanfermines. Un americano nos comenta, con autoridad: "¡Ah!, sois de Pamplona, ese lugar donde cientos de toros corren por las calles, ¿no?". "Sí, exacto, cientos de toros y unas seis personas", le decimos aguantando la risa a duras penas. Afortunadamente todos vamos a vías diferentes, lo que reduce mucho los riesgos de superpoblación en los campos de altura, de que todos los equipos dependan de las mismas tiendas y de que haya quien se apropie del material de los demás, algo que no es descabellado pensar y que ya ha sucedido en otras montañas, en otras ocasiones.

Los días pasan y vamos haciendo camino poco a poco, con la fe del que sabe que está haciendo lo correcto, aclimatando nuestros cuerpos al frío y la altura. Tenemos la piel quemada, quizá ya algún kilo menos y la pinta típica, olor incluido, de quien lleva ya semanas durmiendo en el suelo y no ha visto el agua ni en fotos.

Nuestra vida se reduce a lo básico, sobrevivir para escalar. Sólo anhelamos que mayo nos traiga cielos azules y vientos escasos para que nuestros pies puedan llegar al lugar donde nuestra ilusión hace tiempo nos llevó.

Debe de ser un lugar mágico, pues nos atrae con sus dulces cantos de sirena... y nosotros debemos de ser débiles de espíritu, pobres diablos fáciles de seducir.

Las cosas serias, 26 abril 1997

La verdad es que esperamos que no sea para tanto, pero algún título tenía que ponerle a esto y hoy estoy espeso como la sangre que circula por nuestras venas. Estamos todos bien. Lo cierto es que para cuando estas líneas vean la luz todo puede haber pasado por aquí. El

tiempo puede que siga tan malo como hasta ahora, con nevadas todas las tardes y sus consiguientes palizas matutinas abriendo huella, preguntándonos incansables sobre el sentido de todo esto y de la vida en general. Aunque también podría haber cambiado la meteorología y podríamos haber intentado ya la cumbre e incluso habernos encaramado a ella.

Claro que será mejor no divagar y fijarnos en el trabajo hecho, que no es poco ni mucho menos. No había *currado* tanto en ninguna de mis expediciones anteriores. Tenemos instalado el campo II a más de 7.000 metros de altura, en el collado norte. La pared que está debajo del collado, de mil metros de desnivel y difícil como pocas, está equipada con cuerdas que permitan una rápida retirada si es necesario. Todo ello ganado a pulso, mientras veíamos cómo otros equipos, con ayuda de sherpas, escalan por rutas mucho más fáciles y ganan metros con rapidez. A nosotros, en cambio, cada palmo nos ha exigido cuidado y esfuerzos máximos. ¿No era esto lo que queríamos? Por supuesto que sí, sólo nos quejamos del tiempo.

A partir de los 7.000 metros nuestra vía es un poco más fácil; sigue una arista expuesta al viento, que termina a 7.800 metros bajo la pirámide final, de unos 700 metros de desnivel en terreno no precisamente fácil a esa altura. En realidad hemos acumulado ya más de 25.000 metros de desnivel en nuestras cada vez más enjutas piernas, y eso contando sólo las subidas. Hace semanas que nos despedimos de los músculos de nuestros brazos. Ese es el trato en el Himalaya y así lo aceptamos, aunque alguno por aquí ya ha asegurado que estos próximos Sanfermines “se van a enterar”.

Podríamos decir, si esto fuera el Tour de Francia, que quedan seis o siete etapas, con mucha montaña y nada decidido. Eso sí, sin maillot amarillo ni coche escoba, ni azafatas, ni besitos.

Mientras tanto, el campo base es ya una pequeña ciudad. A nuestro lado se instaló hace unos días Mister Om, el hombre más peligroso de Corea. Ha llegado en helicóptero. Viene con cuatro compatriotas y cinco sherpas de altura, procedentes del Annapurna, donde no han hecho cima y además el jefe de sus sherpas se ha matado en una grieta. Les sobran dólares, comida de calidad y cerveza. Como son bastante hospitalarios y amigables entendemos enseguida que lo que quieren es utilizar nuestra ruta y nuestras cuerdas fijas, pero no tenemos problemas con ello. Pasaremos muchas horas en el *Corea restaurant,* haciéndonos los tontos, a ver qué picamos hoy. Mister Om, no como yo, es un líder autoritario y basta que mueva una ceja o una mirada para que unos cuantos fulanos se muevan como rayos a satisfacer sus deseos. A su lado yo parezco Aznar diciendo: “González, ¡váyase!”.

Yo de mayor quiero ser como Mister Om [1]
.

Bueno, es hora de ir terminando. Hemos desayunado, almorzado, comido, merendado, cenado y, entre medio, picado, así que no queda más remedio que dormir (doce horas) para poder subir mañana a algún sitio.

Definitivamente, esta montaña es femenina. Sólo queda esperar que la diosa que arriba vive sea clemente y mande parar, sólo por unos días, los vientos y las nieves que la mantienen bella permanentemente.

El fútbol es así, 18 mayo 1997

El Kangchenjunga no quiere amantes este año y ha decidido comunicárnoslo por la vía militar, es decir, dándonos una paliza de campeonato y dejándonos baldados. Xabi está ya en casa. Carlos y yo andamos por Kathmandu, setenta días después, mientras Mikel y Julián todavía descienden del campo base acompañando al material y a los porteadores.

Hace sólo cinco días estábamos a 8.200 metros de altura pero ahora hemos vuelto de golpe a la vida urbana, en una transición que no es sana ni natural. Mientras baño mis medio congelados pies en agua caliente veo desfilar ante mí la historia del último mes. Y descubro momentos que me gustan tanto...

El alpinismo no es un deporte olímpico. Por suerte para nosotros, los tripudos burócratas ávidos de dinero mantienen sus afiladas garras ajenas a nosotros y a nuestras actividades. El alpinismo no tiene más reglas de juego que las que nosotros elijamos. Aquí lo importante es sobrevivir, y no es que nos creamos Indiana Jones precisamente. Cualquiera que hubiera

podido vernos, el pasado día 14 y a más de 8.200 metros, lo habría comprendido a la perfección.

La historia de nuestro tercer intento de alcanzar la cima es la de un amor imposible. En el campo III, a 7.900 metros de altura, el viento es insoportable y la tienda resiste sus embestidas de milagro. A mitad de la noche regresan, medio congelados, Indro y Juro, dos alpinistas checos que se han quedado a menos de cien metros de la cumbre. Ahora no pueden ni siquiera hablar, a duras penas han sobrevivido. Por nuestra parte, tanto Carlos como yo nos encontramos en una condición física inmejorable y nos esforzamos en derretir nieve para beber. Esto ha de ser clave si queremos evitar congelaciones esta noche, durante nuestro intento. Mikel y Julián toman una decisión difícil pero que les honra, se quedarán en la tienda, sujetándola y esperando nuestro regreso de la cima.

Carlos y yo salimos a las tres de la mañana, después de esperar hasta el final por ver si el viento, que es terrible, reduce la fuerza de sus embestidas. Vamos embutidos en nuestros trajes de pluma, pero afuera reina la más absoluta locura. Treinta y muchos grados bajo cero y ráfagas de viento que zarandean como a peleles a sendos alpinistas de más de setenta kilos; ese es nuestro recibimiento.

Pronto avanzamos hacia la cima del Kangchenjunga, a buena velocidad aunque helándonos sin remisión. A esos malditos 8.200 metros creemos que hace ya rato que hemos superado el límite de lo razonable. El viento, que durante toda la noche ha sido muy fuerte, supera ahora todas las cotas que conocíamos. Apenas nos entendemos, porque las ráfagas son descomunales y violentas. Podemos oírlas llegar con un sonido inconfundible, que es inevitablemente el preámbulo de una peligrosa sacudida. Nos hemos pasado de la raya, así que decidimos, sin teatro ni drama, darnos la vuelta. Sabemos que vamos a tener que luchar como posesos por cada paso que demos para regresar al mundo de los vivos.

Si hubiéramos sido futbolistas entonces lo hubiéramos tenido claro. Por ejemplo, creo que yo me hubiera tirado a patalear hasta que saliera el masajista a echarme agüita milagrosa. Carlos bien pudiera haber declarado sin torcer el gesto: “Hemos corrido, hemos luchado y la derrota ha sido injusta. Además el árbitro no ha visto ese penalti a 7.500 metros...”. Pero claro, si llegamos a hacer eso, *cascamos*. Así que no lo hicimos. Al revés, con humildad y respeto fuimos poco a poco deshaciendo nuestros pasos, recogiendo nuestra basura y despidiéndonos de nuestra montaña, de nuestra inmortal morada de dioses. Decimos adiós agradecidos a este lugar mágico que tanto nos enseña, que nos deja ver dentro de nosotros mismos como si fuésemos transparentes.

“Volver todos”, “volver amigos”, “hacer cima”; ésas son, por ese orden, las tres reglas de oro de cualquier expedición al Himalaya. Nosotros cumplimos las dos primeras, que se me antojan las más importantes.

Bajamos de donde el sol no calienta.

Ojalá los dioses del Himalaya nos sean clementes y nos permitan regresar a su hogar. Ojalá la imaginación guíe siempre nuestros pasos. Ojalá la misma fuerza nos acompañe en otras montañas. Ojalá éstas, que hemos disfrutado y sufrido, permanezcan salvajes y limpias, como en el comienzo.

¿Deberíamos sentirnos derrotados o fracasados? La verdad es que ninguno de esos sentimientos aparece en nuestros corazones, ni de lejos. Sólo deseo que mi camino esté lleno de montañas como el Kangchenjunga y de amigos como Mikel, Julián, Carlos y Xabi.

Broad Peak, junio-julio 1997

Mientras mis pies se arrastran por las estrechas y sucias callejuelas de la parte más vieja de Kathmandu pienso en los meses pasados en las montañas salvajes, en compañía de estos amigos de espíritu libre y generoso. Pienso en el viento que casi nos arrastra montaña abajo a Carlos y a mí mientras intentaba desesperar a Julián y Mikel, los amigos incomparables, en su pequeña tienda. Respiro el aire denso y rico, que me trae olores de basura y orines. Me siento muy a salvo. Fue ese mismo viento que ya había congelado ligeramente los dedos grandes, de escalador, de Xabi e hizo que éste marchara hacia casa unos días antes.

Rugía con ganas y furia, el aire aquel. Debía ser a la fuerza un viento joven, que no sabe reservarse ni guardar nada para mañana.

También pienso en la sonrisa generosa de Nima Dorje, de la casta tamang, que ha sido nuestro cocinero, infatigable durante todos y cada uno de los días. Sin él, y sin su ayudante Mayla, las cosas hubieran sido completamente diferentes. Ahora ya puedo hablar un poco de nepalí con ellos, que también tienen grande el corazón.

Los últimos días en el base del *Kanchen* no fueron fáciles. Quizá algo pensativos, empaquetábamos los bártulos para largarnos cuanto antes hacia tierras más cálidas, hacia donde hay verde y flores que huelen. Nima Dorje se había acercado hasta mí y me había consolado, contándome la leyenda del viento:

—Hermano Iñaki, ¿te acuerdas cuando estábamos en Tibet? ¿Te acuerdas de cuando cruzábamos los collados? En cada uno de ellos había banderas de oración con caballos del viento pintados. También había calaveras de animales, silbando al viento. Allí arriba todos y cada uno de nosotros estamos en exilio hacia alguna parte, de paso. Pero hay una diferencia; en ese collado tan alto, los que estamos vivos no nos podemos quedar, hemos de atravesarlo. Pero los que están muertos no pueden cruzar; ellos se han de quedar.

Nima tenía razón. Hay que seguir caminando.

En Kathmandu, Carlos Pauner y yo nos encontramos con Sebastián Álvaro, que viene de dar una vuelta por alguno de estos ríos de Dios. En el Himalaya sucede que todo es grande con mayúsculas, superlativo y sin medida. Así que supongo que los torrentes que tantas veces he visto nacer, tímidos hilos de agua en un glaciar que saltamos de un bote, se convierten luego, miles de metros más abajo, en escenario de aventuras y juegos de fantasía, provistos de las piraguas o las barcas.

El asunto ese del kayak es algo que no quiero ni probar, porque sé de sobra que me gustaría. Y no me caben más chismes y trastos en casa.

Le explicamos a Sebas cómo Carlos va a pasar únicamente tres semanas en casa, puesto que parte de inmediato hacia el Broad Peak, en Pakistán, integrado en una expedición de amigos suyos, todos aragoneses. Espontáneamente, Sebas propone que yo me vaya con ellos, con una de las pequeñas cámaras de TVE, para intentar filmar la ascensión. Sabemos que en otoño vendremos otra vez a Nepal, al Lhotse, así que el año se queda bien apretado, al menos para mí.

Decía H.W. Tillman, quizá el más grande explorador inglés del siglo XX, que cualquier expedición, para que merezca la pena, ha de ser planeable en el espacio en blanco que ofrece el reverso de un sobre. Las cosas simples siempre funcionan mejor que las complejas, y en este caso tenemos por fortuna las ideas claras.

……….

Apenas un mes después vuelvo a dirigir mis pasos hacia ese lugar mágico que se llama Concordia, el punto donde confluyen en una armonía imposible tres glaciares inmensos, donde el tiempo se detuvo hace siglos. Los sueños, si nacen en alguna parte, debe ser por aquí cerca.

Me acompañan Carlos Pauner y sus amigos Javier Pérez, Juan Carlos Cirera, Javier Barra y Manuel Ansón. Representan una de las cuadrillas más simpáticas y mejor avenidas que yo me haya encontrado jamás, en el Himalaya o en ningún sitio. En todo lo que dure el viaje no hay un solo momento de desaliento o mal humor, lo cual es sin duda extraordinario. También viene Cristina, mi mujer, aunque ella no tiene intención de subir más arriba que el campo

base. Es una decisión inteligente en cualquier caso, debiéramos aprender.

El tiempo parece mejorar ahora, a finales de junio, aunque sabemos que ha sido muy malo durante todo el mes. De hecho algunas expediciones se retiran ya y vienen hablando de condiciones terribles y avalanchas descomunales, esa historia que en el glaciar del Baltoro se escribió hace muchos años y se repite a menudo. Un japonés y un norteamericano han perecido arrastrados por una de ellas al llegar al campo III del Broad Peak, lo cual me provoca una profunda desazón.

Nos cruzamos con muchos porteadores, que bajan de vacío después de trabajar de lo lindo, como acostumbran. Algunos me reconocen, puesto que trabajaron para nosotros el año pasado, en nuestro viaje a los Gasherbrum. Sonrientes, me avisan de que hay alguien esperándome en el campo base del Broad Peak. Cuando al fin conseguimos entendernos, comprendo que se trata de mi amigo kazajo Anatoli Boukreev, a quien conozco hace años, que hace ya unos días ha llegado al campo base.

De modo que nada más llegar, excavo con esfuerzo una plataforma para nuestra tienda y un rato después me dirijo a buscar a mi amigo por entre las numerosas tiendas presentes. Aquí hay de todo; griegos, alemanes, americanos... No me siento mal en absoluto, creo que todavía debe durarnos algo de la aclimatación ganada a pulso durante la expedición al Kangchenjunga, aunque según los médicos ésta debiera haber desaparecido ya.

Cuando consigo encontrar a Anatoli, mi sorpresa es mayúscula. Está tumbado al sol encima de una piedra, y sólo viste unos diminutos calzoncillos. Anatoli sabe mejor aún que yo que es posible recibir energías de las fuerzas de la naturaleza, y se aplica a ello concienzudamente. Charlamos un rato. Me cuenta cómo hace apenas un mes ha escalado el Everest por cuarta vez, y el Lhotse por segunda. Cómo le han pagado bien por subir, arrastrando literalmente a unos militares indonesios a la cumbre más alta del mundo. Cómo Suharto, el militar que rige con mano de hierro los designios de ese país, le ha regalado una isla como propina por sus esfuerzos.

Después se viste un poco y me enseña la pequeña piscina del glaciar donde se zambulle todos los días. El abrazo del agua del glaciar debe de ser frío como el amor entre esquimales, pero él nada todos los días un poco. Ha llegado hace una semana y se ha dedicado a descansar, sobre todo. He caminado hoy unas cuantas horas, y estoy sediento, pero Anatoli me pide que le acompañe en el cruce del glaciar a última hora de la tarde y yo no me puedo negar. Jadeante, me lleva por entre los penitentes mientras habla sin parar. Me explica que mañana quiere salir muy temprano para subir de un tirón los dos mil metros de desnivel que separan la base de la montaña del llamado campo III. Desde allí quiere subir a la cumbre al día siguiente. Al otro lado, hace un pequeño depósito de material. Me dice que así es mejor, de paso que ha estirado sus piernas.

Me despido de Anatoli y le deseo fuerza y suerte. Me apena no haber llegado unos días antes para poder acompañarle. En nuestro campamento, con los aragoneses, reinan mientras tanto la alegría y el buen humor. Además, desde que hemos llegado el tiempo se ha estabilizado y es excelente, tiene todo el aspecto de que va a durar unos cuantos días.

Los dos días que siguen podemos observar, con prismáticos, la progresión de nuestro amigo de ojos azules. El 8 de julio le vemos nadar en la nieve profunda que da acceso al collado. Va vestido de modo ligero y sólo se ha puesto unas botas de *trekking*. En el collado, a 7.800 metros, se echa una buena siesta, un par de horas caliente y al sol. Mientras tanto, se ha quitado los cubrebotas, que son de color negro, y ha puesto nieve sobre ellos. El sol va derritiendo la nieve y le permite recogerla en un cazo y beber un poco. Unas horas después, a la entrada de la tarde, Anatoli se para en lo que él piensa que es la cima, a 8.035 metros, punto normalmente conocido como *antecima*. El dirá después que le parece incluso más alto que la cima. Bajará agotado. Al verle pensaré que si el Broad Peak es capaz de hacer algo así con un hombre de fortaleza legendaria, entonces es mejor no subestimarle, so pena de pagarlo caro.

Las noches ahora son claras, llenas de estrellas que centellean. De ellas y de ese mismo sol que bañaba a Anatoli se contagia nuestro espíritu. Cada amanecer sonreímos y damos las gracias por ser partícipes de esta naturaleza cuya inmensidad no podemos siquiera imaginar, pero sin la cual nuestra vida carece de escenario. Parecemos actores de un drama, a veces cómico y a veces trágico, pero hemos conseguido una vez más dejar atrás el sedentarismo y el hastío que lo envuelven todo en la vida de Occidente. Eso sí, es *peligroso* salir de casa.

¿Somos sólo eso, trozos de ADN colgados de alguna manera en medio de un cosmos que no podemos comprender? Pues no tengo ni remota idea pero, por si acaso, vamos para arriba

ahora mismo, que hace bueno.

....

—¿Qué día es hoy?

—Sábado, 12 de julio.

—*Jodé*, ya tenía ganas de que llegara el fin de semana, para ir al monte...

Carlos y yo estamos de buen humor a pesar del madrugón y de que nuestro plan pasa por imitar el de Anatoli e instalar sólo un campo, a 6.900 metros, en nuestro camino hacia la cumbre. Seguimos apostando por la simpleza, todavía es posible escribir nuestro plan en el reverso de un sobre.

El pequeño problema es que no tenemos la suficiente aclimatación. Pero el tiempo es tan bueno que no queremos desaprovecharlo. Lo de la aclimatación ya lo iremos solucionando sobre la marcha, pensamos con cierto optimismo. La escalada es bastante empinada, pero hasta los 6.200 metros del campo II hay cuerdas fijas puestas y la huella es buena debido al paso de otros equipos.

Nos cuesta casi siete horas llegar al campo III, donde encontramos a dos viejos conocidos, los hermanos Iñurrategi. Ellos llevan cuarenta y cinco días en esta montaña. Han estado intentando abrir una nueva ruta en la arista sureste, pero allí las dificultades técnicas les han echado para atrás. Ahora se han venido a la vía normal a disfrutar de eso que Messner llama con razón “alpinismo en pista”. Pero ahora la pista se acaba, y empieza la escalada de verdad. No queda ni rastro del ascenso de Anatoli hace unos días, así que tocará abrir huella otra vez.

Hablamos con Alberto y Félix, y quedamos en salir a las doce, que es una hora neutral, tibia, ni negra ni blanca. Al meternos en los sacos se acentúan los miedos y, a pesar de estar entre amigos, la soledad negra nos envuelve. Sólo al desperezarnos y movernos podemos expulsarla de nuestra cabeza. No hace aire. El día, este domingo frío y oscuro, promete ser largo.

Salimos unos minutos después de los *Iñurra,* y por un momento pienso en la experiencia del Everest de hace cinco años. Entonces yo abrí para ellos la primera parte de la huella en el día de cumbre, y después continuaron el trabajo mis compañeros Patxi y *Pitxi*. Quizá hoy les toque a ellos hacer lo mismo por mí. La ilusión de subir sin sufrir sólo dura unos minutos, cuando después de rodear un montón de nieve en la oscuridad vemos a los dos hermanos sentados en la nieve.

—¿Qué? ¿Habrá que hacer a turnos, no?

Los vascos lo han dejado claro y además es lo más justo. Avanzamos afanosamente abriendo zanja. Cada uno de nosotros cuatro pasa adelante un cuarto de hora, más o menos, en cabeza. Las condiciones son muy malas, pero conseguimos sobrevivir a las horas más duras, esas horas de la noche en las que además del aliento, se pierde el calor del cuerpo y la fe. En los relevos de Alberto, aunque duran más o menos lo mismo, recorremos más metros. Carlos y yo damos todo lo que podemos. Félix, por su parte, se agacha de vez en cuando a vomitar. Me sorprende que no se dé la vuelta, yo lo hubiera hecho hace rato. Su hermano Alberto le inquiere, en vasco, si arroja algo de “bilis”. En una de las ocasiones que adelanto a Alberto para seguir con la huella, le pregunto si no cree acaso que su hermano debiera dar marcha atrás:

—¿Éste? Bah, qué va... Tenías que haberle visto en el K2, allí casi echa el esqueleto.

Las horas más crueles terminan cuando una fina línea de color púrpura comienza a dibujarse en el horizonte. Poco a poco llega la luz, y podemos distinguir las siluetas del Masherbrum, quizá la montaña más bella, y del Nanga Parbat, a más de doscientos kilómetros de distancia. El día promete ser bueno, no se ve esa capa de nubes, típica de esta región, que llega por el oeste rápidamente como heraldo de una tormenta rabiosa. Podemos seguir subiendo sin mirar al cielo.

Al llegar al collado, a 7.800 metros de altura, nos da el sol por primera vez en muchas horas. Con el sol vuelve la energía. Nos paramos media hora a calentarnos y tratar de beber un poco. No llevamos mochila, de modo que nuestras cantimploras han subido hasta aquí metidas entre nuestras ropas, cerca del pecho. Aún así su contenido es ahora un granizado que apenas podemos tragar.

Cuando salimos del collado, nos damos cuenta de que Félix y Alberto apenas han parado y ahora marchan quince minutos por delante. Andan con prisa, éstos.

La parte más bella e interesante del Broad Peak comienza aquí. La arista que conduce a la antecima es realmente preciosa, a veces delicada y siempre intensa. Primero hemos de

superar un corto tramo de sencilla escalada en roca, que no perdonaría un despiste. Después empinados corredores de nieve y un resalte final de pocos metros pero tieso nos dejan en la antecima, donde la sensación es de estar realmente en la cumbre. Nadie pasaría de este punto si no supiera que hay otro un poco más elevado siguiendo la cresta somital.

Durante toda la mañana tengo la sensación de que alguien nos está mirando. Luego me doy cuenta de quién es. Se trata del K2, nuestro imponente vecino, que parece sacar pecho con su presencia inmutable a tan pocos kilómetros. Es como un poderoso imán. Lo vi bien el año pasado, desde las cimas de los dos Gasherbrum. Ahora lo miro más de cerca, pero con la misma cara de enamoramiento no correspondido. Magnéticamente, mi cabeza se vuelve una y otra vez a estudiar sus líneas perfectas, a babear con su belleza.

Por un momento quisiera estar allí arriba, al otro lado del valle.

A las diez y media de la mañana piso la antecima. Estoy a doce metros por debajo de la cima principal [2] y sólo una sencilla travesía me separa de ella. Prefiero sentarme aquí, descansar y esperar a Carlos, que viene por detrás aunque no sé a cuanta distancia. Llego a tiempo de ver cómo los Iñurrategi siguen camino hacia la cima *buena*, la que cuenta para los periodistas y los que quieren escalar los 14 ochomiles. Ellos llevan cuarenta días en la montaña y su aclimatación es buena, pero nosotros solamente llegamos al campo base hace una semana, y la pasada noche es en mi caso la primera que he pasado fuera de él.

Voy a permanecer aquí, en la antecima, las próximas dos horas. Primero espero a Carlos. Cuando llega, hacemos las clásicas fotos de cumbre. No nos apetece mucho seguir hasta la otra cumbre, no estamos aquí para salir en las listas de *famosos*. Cuando bajemos, ya tendremos tiempo de reivindicar la libertad individual de subir hasta donde nos dé la gana. Además de que Anatoli, hace seis días, y Ed Viesturs y compañía hace cinco han llegado también hasta aquí y han dicho que esto es la cima. ¿Quién quiere sufrir un rato más? Por un momento pienso en seguir, solo.

Después aparecen Félix y Alberto, de regreso de la cumbre principal. Me piden que les haga las fotos de cumbre, aquí. Me dicen que hay cornisas, que no vaya solo. Pues bueno. Antes le pido a Carlos que vaya bajando, que ya intentaré pillarle después. Y comienza entonces un espectáculo difícil de olvidar. De una de sus mochilas, como por arte de magia, empiezan a salir banderolas, panfletos y logotipos de todo tipo y condición. Algunas telas están bordadas por ambas caras, para ahorrar espacio. Así, sólo tienen que darle la vuelta a la tela y, *¡voilà!*, sonreír otra vez.

Después de gastar el primer rollo de diapositivas, uno de los hermanos comete el error de dejarlo caer pendiente abajo... Se ponen a discutir entre ellos. Después, cuando las cosas se calman, ¡que empiece el espectáculo de nuevo! Cincuenta fotos más tarde, puedo comenzar mi veloz descenso. En seis horas estaré de nuevo en el campo base.

Hoy es domingo y dormiré cansado. Ha sido un buen fin de semana.

……….

Al día siguiente caminamos tres horas, subida y bajada, hasta el campo base del K2 para visitar a mis amigos sherpas que trabajan allí con una expedición japonesa. Saludo con ganas a Nawang Thilé, viejo conocido del K2 y a su tío el gordito y simpático Nawang Yonden, que es el jefe, además de ser el primero que subió al Everest en diciembre, hace muchos años. También anda por aquí Mingma Tshering, un chico fortísimo que no para de sonreír. Los japoneses nos dejan llamar a casa desde su teléfono, aunque no hubiera hecho falta, porque allí ya lo saben casi todo.

Un periódico vasco ha publicado puntual la noticia del ascenso a la cumbre de Alberto y Félix. De nosotros no pone nada más que, literalmente: “Iñaki Otxoa de Olza y Carlos Pauner tuvieron que desistir ante la perspectiva de un comprometido retorno”.

Vaya por Dios, eso sí que es informar objetiva y verazmente.

Tan comprometido fue el descenso que, insisto, personalmente llegué al base a la hora de merendar del mismo día de cima. Pauner lo hizo temprano a la mañana siguiente. Por un momento nos *descojonamos* del asunto, aunque luego pensamos en quién puede ser el que mande noticias desde aquí de una forma tan sesgada. Tiene que ser alguien que tenga en su poder uno de los escasísimos teléfonos vía satélite presentes en el campo base. Sabemos que Félix y Alberto no han sido capaces de eso; además estaban aún bajando, como nosotros.

Pronto decido no preocuparme del tema.

Que publiquen lo que quieran y, si por este campo base hay algún gusano, dejémosle roer su manzana en paz.

Ya nos veremos algún día, por ahí, que todos somos arrieros...

....

Pauner, Cristina y yo bajamos a la carrera por el glaciar, sin tienda de campaña y en sólo tres días, mendigando comida a los que encontramos por el camino. Sigue haciendo buen tiempo muchos días después de nuestra marcha y dormimos al raso cada noche.

Pienso en Nima y en la historia de los collados tibetanos. En lo transitorio y fugaz de nuestra estancia aquí, no importa cuantas veces repitamos la visita.

Aquí somos sólo aves de paso.

Miro a las cumbres y veo que se alejan de mí una vez más. ¿Soy realmente yo el que se va? Al realizar nuestros deseos volvemos a sentirnos huecos por dentro. Nuevas ideas han de sustituir a las ya realizadas, o moriremos de deseo. A veces la transición es tan rápida que me asusta, que me deja acariciando todas las dudas posibles sobre mi propia existencia. Pero aún y así no me importan las cúspides de las montañas, esas cimas estériles que sólo son la medida de nuestro propio ego. Quisiera desprenderme de ellas para siempre, quisiera no necesitarlas más.

Las cimas son nuestro abismo, son la medida exacta de nuestra intrascendencia, son solamente nuestro vacío. Cómo nos las arreglamos cada uno de nosotros para llenar ese vacío, esa es nuestra leyenda.

Qué vacías están las leyendas, eso es el viento.

Lo del Lhotse

Lhotse, septiembre-octubre 1997

Cuanto más alto suba,
más hundiré mi mirada
en las profundidades de mi ser.

Reinhold Messner

Antonio no sale.

Hace ya un par de horas que le espero impaciente en la puerta exterior del aeropuerto de Kathmandu. Un policía alto y delgado como un junco me ha impedido por dos veces que entre a buscarle. Le explico lo que me imagino, que mi amigo está organizando un buen lío con los agentes de aduanas, porque no habla inglés. Bueno, ni inglés ni nada que no sea castellano con (mucho) acento navarro. Pero el junco parece inflexible y no hay modo de pasar.

Antonio Aquerreta, también conocido como *El arma secreta*, es la persona más fuerte que conozco, además de uno de mis mejores amigos. Creo que él también se cayó dentro de la marmita de poción mágica cuando era pequeño, como Obelix. Vamos, que en su caso se puede decir que entrenar es hacer trampa. No sólo eso; es alegre, optimista y vitalista como nadie, cabezón como una mula y habla siempre en un tono de voz que haría estremecerse los tímpanos de un sordo. Sólo come carne y, a veces, pan. Es el último en llegar de los escaladores que componemos la expedición al Lhotse (8.511 m.), el vecino del Everest, organizada por nosotros mismos y TVE para trabajar en el rodaje de un capítulo de “Al filo de lo imposible”.

Los otros dos miembros, Iñaki Kampion y José María Oñate *Habichuelas* ya han salido hacia la montaña, con nuestro amigo Nima Dorje Tamang que se va a ocupar por enésima ocasión de la cocina. Les acompañan cuarenta porteadores con sus respectivas cargas. Toñín Perezgrueso, una vez más, se unirá a nosotros en los próximos días para filmarnos con la soltura que acostumbra hasta los 6.000 metros, más o menos.

Mi tercer intento de franquear lo infranqueable tiene éxito y el policía, harto ya de verme, me deja pasar por pelma. No queda nadie haciendo los papeles del visado que permite entrar en Nepal. Sólo Antonio. Mucho antes de acceder a la sala donde está y verle puedo oír su vozarrón, a grito pelado, para salvar la barrera del idioma:

—¿Yoooo? Pues a escalar vengo, el Lhotse... ¿A qué voy a venir si no?...

Creo que, cuando me ven, los aduaneros me miran todavía más aliviados que el propio Antonio.

Unos minutos más tarde los dos estamos felices, metidos en un taxi con rumbo a nuestro hotel. El vehículo es viejo, desvencijado. Se puede ver la calle por algún agujero del suelo. La circulación en Kathmandu me hace dudar de las teorías de la física que nos enseñaron de pequeños, puesto que cuando la colisión parece inevitable, cada tres o cuatro minutos, siempre y en el último momento todo se mezcla, y entonces los cuerpos aparentemente sólidos se funden en una armonía tan cierta como inesperada. Uno se aparta y otro pasa, en un baile cómico en el que tú ya dabas todo por perdido, apenas segundos antes. Maniobras que en Occidente costarían bajas, a palos o a tiros, allí se arreglan con unos segundos de tensas miradas, sin siquiera maldecir un poco. Y al instante siguiente ya sonríen, de nuevo en

marcha.

El taxista tiene pinta de estar agitado, se le ve inquieto, parece que quiere decirnos algo. Encuentra un hueco en la incesante conversación que Antonio y yo mantenemos, y suelta con afectación:

—¿Sabéis? Ha muerto Lady Diana, en un accidente de coche...

Antonio me pide que le traduzca. Después me pregunta quién es esa Lady Di de la que le hablo, y yo le explico lo del trono de Inglaterra, lo del hombre con orejas que quería ser un *Tampax*, lo de que la India y Nepal eran colonias inglesas y todas esas cosas tan fundamentales.

El taxista está alucinado. No se puede creer que haya un occidental que no sepa quién es Lady Di. Pero es cierto, al menos hay uno. Y para mi inmensa fortuna, está aquí, conmigo.

....

A finales de agosto no tenemos suerte, que es lo que hace falta para volar a Lukla, en el valle del Khumbu, durante el monzón y ahorrarnos siete días de caminar. Durante tres días seguidos facturaremos nuestros equipajes de madrugada, esperaremos pacientes durante siete u ocho horas en la pequeña sala de la terminal doméstica del aeropuerto sólo para ver cómo, entrada ya la tarde, el vuelo es cancelado porque las nubes del monzón impiden cualquier maniobra aérea.

El tercer día nos hartamos de la espera y nos montamos en un taxi que nos conduce a Jiri, lugar donde acaba la carretera. Normalmente se tardan siete jornadas en llegar a Namche Bazar, la capital del pueblo sherpa, pero nosotros vamos a intentar hacerlo en tres etapas, de doce o trece horas de duración cada una. Ni Antonio ni yo le tenemos miedo a un poco de ejercicio. Queremos alcanzar enseguida a Iñaki y *Habi* para empezar rápidamente con la escalada, no vayan a subirse al monte sin nosotros...

A la mañana siguiente el tiempo es magnífico. Observamos perplejos primero y cabreados después cómo las avionetas vuelan sin cesar sobre nuestras cabezas... pero tampoco nos cabe ninguna duda de que si nos hubiéramos quedado en la capital nepalí seguiría lloviendo con ganas.

Yo conozco bien el camino, pero para Antonio todo es nuevo. El primer día recorremos una distancia ciertamente exagerada, más de sesenta kilómetros de terreno sube y baja, a toda máquina. Ni siquiera paramos a comer. Cuando llegamos, ya entrando la noche, a una pequeña chabola en un lugar llamado Sete, mediada la larguísima subida al collado Lamjura, tenemos un hambre de lobos. Antonio me pregunta:

—Aquí, ¿qué se come?

—Me parece que no mucho...

Le explico que en Nepal comen lo mismo todos los días de su vida, una mezcla de arroz blanco, verduras y lentejas que llaman *Dal Bat*. Además sé que aquí donde hemos parado no están acostumbrados a recibir muchos excursionistas, así que va a tardar un poco.

—¿Arroz y lentejas? Vaya bazofia, me voy a la cama...

No sólo lo dice, sino que además lo hace. Al día siguiente se atiborra de galletas durante el desayuno, para recuperar parte de lo gastado. También prueba una tortilla y el pan sin levadura que en Asia se llama *chapati* (“¿Esto es pan? ¡Pues vaya mierda de pan!”). Entre bocado y bocado me pregunta:

—¿Cómo era eso que les decías ayer a los que nos cruzábamos?

—*“Namasté”,* Antonio, quiere decir “hola”, más o menos.

Se refiere al saludo típico nepalí, que se repite constantemente, más de cien veces por día, cuando nuestro camino se cruza con el de cualquier local. En Nepal no hay apenas carreteras y casi nadie es tan rico como para volar en avioneta, así que todos los desplazamientos se realizan por las sendas de montaña que unen todos los valles, caminando como hace miles de años. Por eso, aquí, en las montañas, no hay gordos. Estamos en un lugar que no es ni mucho menos salvaje, pero como no es la temporada propicia para el excursionismo somos los únicos extranjeros a la vista, de modo que nadie se va sin saludar o intentar entablar una mínima conversación. “De dónde eres”, “a dónde vas”, “cómo te llamas”. Los nepalíes son abiertos y tolerantes por naturaleza, por necesidad y por cultura.

Y entonces observo atónito y veo que Antonio saca un bolígrafo y se lo escribe en la piel de la mano. N-A-M-A-S-T-E, con mayúsculas. Después, durante las siguientes trece horas de marcha, cada vez que nos cruzamos con niños, mujeres, porteadores o simples caminantes, Antonio echa una ojeada de refilón a la mano donde lleva apuntado el texto y repite, orgulloso de sí mismo:

—*Namasté, Namasté...*

Después, cuando el nepalí en cuestión ya ha pasado sin darse cuenta de su estratagema, me mira complacido y no nos queda otra que morirnos de risa. En un momento dado observo que poco a poco ha dejado de saludar, así que le pregunto el porqué de su silencio. Antonio me lo explica bien alto, por si acaso no le entiendo:

—Es que ese boli es una basura, con el sudor se ha corrido la tinta y ya no veo ni leches...

Este *tío* es un auténtico monstruo. ¡Que suerte la mía!

....

En Namche Bazar alcanzamos a *Habi* e Iñaki, que nos esperan con ganas. Antonio habla sin parar durante una hora, contándoles *todo* lo que hemos visto u oído en los últimos tres días. Como si Iñaki y *Habi* hubieran venido hasta aquí volando.

No existen entre nosotros complejas relaciones interpersonales ni dinámicas de grupo, políticas o maniobras, ni nada por el estilo. Ni siquiera será una expedición democrática, porque no nos va a hacer ninguna falta. Somos cuatro amigos con un interés común; disfrutar de una ascensión única y difícil, en el mejor estilo que podamos, a una de las montañas gigantes de nuestro mundo. Y, mientras podamos, filmándolo.

Iñaki Kampion y José María Oñate proceden del mismo municipio pegado a Pamplona, un lugar llamado Burlada. Iñaki es el mismo que nos condujo a Madrid hace ya unos cuantos años, para tomar el avión que habría de llevarnos a escalar en Yosemite. Es un chico tranquilo y calmado, que siempre está de buen humor, dispuesto a complacer. Lleva muchísimos años escalando en roca y haciendo montaña. Vivió durante algunos años en Patagonia y tiene mucha experiencia en los Andes, así que no le resulta extraño vivir bajo cielos que no conoce. Le he invitado personalmente por intuición, porque es un buen amigo y me parece que es un trabajador nato, infatigable. Estoy seguro de que quiere vivir una expedición al Himalaya.

Habichuelas, por el contrario, tiene un carácter más extrovertido y dicharachero. Es el más veterano de nosotros y tiene sobrada experiencia en los Himalayas, por ejemplo subió al Everest hace ya cuatro años. No tiene nada de tímido, cuando la moral flojee será siempre él quién no decaiga. Es alegre y nervioso, su sentido del humor es corrosivo y en todo momento muestra una actitud positiva. Además le gusta mucho la montaña. Con el Lhotse le pasó lo mismo que a mí, que cuando lo veía desde el Everest le resultaba sumamente atractivo.

Desde luego, nadie que lo haya visto de cerca puede pensar que subir al Lhotse va a ser un juego de niños. De hecho, es el ochomil que menos rutas de ascenso conoce, sólo dos vías diferentes. Todas las escaladas del Lhotse han sido realizadas por la vía original, en la cara oeste, salvo la escalada rusa de 1990, por la terrorífica cara sur, que exigió como precio una semana a más de ocho mil metros de altitud y todos los dedos de los pies y alguno de las manos de sus protagonistas. La razón de esta escasez de rutas está clara, se trata de una montaña difícil por todas partes.

Durante años los geógrafos discutieron acerca de su entidad como montaña independiente. Sólo está separado del Everest por el archiconocido collado sur, de modo que las rutas de escalada en ambas montañas coinciden por completo hasta los 7.700 metros de altura. A partir de ahí, quien quiera escalar el Lhotse debe dirigirse hacia un error geográfico, un estrecho corredor de nieve que milagrosamente rompe la cara oeste casi por la mitad. Ese corredor, como tendré ocasión de comprobar, es bien difícil si no se utilizan cuerdas fijas, pero sin su existencia el Lhotse sería una montaña imposible.

Me gusta el Lhotse. Me complace su carácter segundón, escondido a un lado de su hermano mayor, el superlativo Everest. Me atraen sin remisión sus flancos escarpados, que no ofrecen concesiones a la belleza cursi de postal.

....

El Lhotse, y su hermano el Everest, comparten el mismo campo base.

Venimos en otoño, después de las nevadas del monzón. Hace sólo cinco años que escalamos el Everest durante la misma estación y entonces el campo base parecía una pequeña ciudad, donde más de doscientos escaladores se agolpaban vanidosos y pretendidamente seguros de sí mismos, algunos de ellos ciegos por la ambición de escalar hasta lo más alto.

Pero ahora los tiempos han cambiado y la mayoría de los aspirantes a “famoso aventurero con foto en la cima del mundo en su despacho” elige la temporada de primavera para sus

actividades, tan alejadas del alpinismo por otra parte. Este otoño de 1997 sólo cinco expediciones serias (y una cómica), se han acercado hasta aquí con idea de escalar. Franceses, coreanos, japoneses, un canadiense muy agradable llamado Bernard Voyer, y una expedición de vascos en misión de limpieza serán nuestros vecinos de campo base. Con todos ellos estableceremos buenas relaciones. Sobre todo con los vizcaínos y a instancias de Antonio mayormente, ya que los vascos son afortunados poseedores de vastas y en apariencia inagotables cantidades de jamón serrano, que nuestro carnívoro compañero aprecia de veras. Así, la frase que más vamos a escuchar en boca de Antonio será:

—¿Qué, vamos a ver qué *hacen* los de Bilbao?

Claro, qué van a hacer, los pobres. Pues sacar el jamón en cuanto nos ven entrar. Ellos se han encontrado con el problema añadido de que no hay tanta basura para limpiar como creían, o bien está tapada por el manto de nieve que cubre la montaña. Su ambición declarada es escalar el Everest, aunque el asunto de la limpieza no es sólo una excusa, puesto que al final se llevan valle abajo una buena cantidad de restos de todo tipo. En conjunto son una cuadrilla realmente simpática, y como son de Bilbao están como en casa en cualquier parte...

La expedición *cómica* está formada por varios pseudo-alpinistas, de procedencia mayoritariamente mejicana, miembros de una secta cristiana, de cuyo nombre ni quiero ni puedo acordarme, que pretende alcanzar la cima más alta del mundo para "orar por la paz mundial".

Encomiable tarea. Ha de haber variedad bajo el cielo infinito.

Si los mejicanos llegaron a rezar algo, debió ser a San Michelín, patrón de los conductores de fórmula 1, porque vieron la cascada de hielo y salieron valle abajo quemando neumáticos a toda velocidad, apenas unos días después de llegar. Está mal que yo lo diga, pero aprovechamos su estampida para comprar, a precios regalados, el material que comprendieron que no iban a necesitar, tiendas, ropa, hornillos... Creo que se marcharon sólo con las velas, los misales y las cruces.

Toñín se encuentra en plena forma, lo que quiere decir que nos lleva arriba y abajo por la cascada filmando planos diversos, aunque siempre arriesgados en un lugar así. La cascada de hielo presenta mejores condiciones que hace cinco años, pero es un lugar que no me gusta nada. Bellísimo, pero el peligro acecha por doquier, impredecible.

Antes de ser libres y marchar hacia casa, habremos de pasar catorce veces por este laberinto del que no se intuye la salida.

....

Antonio y yo trabajamos como condenados para tallar la repisa del último campo. Estamos a 7.700 metros de altura, y hemos venido sin parar desde el campo II, a 6.400, con lo que nuestra jornada ha sido larga y agotadora. En nuestras mochilas viene todo el material de escalada y acampada, más el de filmación, incluyendo una cámara de cine y todos los miles de cacharros que la acompañan. Más de quince kilos por barba.

Habi e Iñaki por diversos motivos no van a intentarlo. El primero de ellos, de hecho, ha puesto ya camino a casa obligado por otros asuntos. Hace días que debiéramos haber regresado y hemos tenido que usar el teléfono de los bilbaínos para llamar a casa y pedir que alguien cambie la fecha señalada en nuestros billetes de avión.

El Lhotse se merece un buen intento.

En nuestro privilegiado balcón, Antonio trabaja incansablemente, y le sacude al hielo con una rabia y un vigor cuyo origen no comprendo. Si yo fuera hielo y viviera por aquí cerca, estaría asustado de veras. Pero Antonio apenas lo deja por un instante, para retomar la labor con más ganas. Por mi parte, ahora me encuentro más cansado. Durante el día he subido rápido y con inmejorables sensaciones, abriendo huella cuando hacía falta. La ladera en la que excavamos es empinada, no es el mejor sitio en caso de nevada, pero el tiempo parece estable. Se anuncia un atardecer de ensueño.

—*Jodé, macho*, tengo un hambre que no veas.

Igual es esa la razón por la cual mi colega martillea el hielo incansable. Todos esos médicos que dicen que no se puede comer en altura deberían hacer un estudio con Antonio, aunque hoy yo también tengo apetito. El tiempo ha sido magnífico todo el día y, estando a "sólo" 700 metros de la cima, cometemos el error de pensar que la cosa está en el saco.

Un rato después somos nosotros los que estamos en dicho lugar, el saco, calientes y soñando con la gloria que nos espera mañana. Sólo tenemos que subir a buscarla. Pero mi amigo es insistente y me asegura que esos alimentos liofilizados que acabamos de ingerir son

malignos, además de que no le han llenado. Apenas llevamos media hora acostados cuando le oigo agitarse y dar vueltas en su lado de la tienda:

—Yo todavía tengo hambre, ¿qué, hacemos una *sopica*?

....

Por la noche empieza a hacer aire. Al principio no es un viento como para preocuparse, apenas una brisa vivificante, pensamos. Después se pone a soplar de verdad y vemos además que la nieve, que al mismo tiempo ha comenzado a caer, se acumula poco a poco contra las paredes de la tienda. Habíamos pensado en salir a la una o las dos de la mañana, pero cuando llega la hora de iniciar los preparativos comprendemos que no hay ninguna opción realista de movernos. Nieve y viento aumentan su intensidad cada minuto que pasa.

Entonces no lo sabíamos, pero íbamos a tener que luchar por salvar la piel como nunca antes. Lucha de la buena, pura y dura, con pocos matices.

El premio era atractivo: la vida.

Hacia las tres de la mañana la situación alcanza el límite de lo tolerable. Hace ya un rato que, ante la intensidad de las avalanchas que golpean el lado de la tienda que da a la montaña, en el que yo me encuentro, he decidido tener en todo momento una navaja en la mano. De este modo, si cae algo y nos tapa siempre podemos intentar salir, rajando el techo de la tienda.

No va a hacernos falta, porque hemos de evacuar precipitadamente nuestro pequeño refugio bastante antes de que amanezca. Preferimos asumir el riesgo de perecer luchando contra los elementos, o de sufrir congelaciones, que la angustia de no saber si la próxima avalancha va a acabar con nosotros.

—Antonio, ¡nos vamos!...

Nos movemos con sorprendente rapidez y agilidad, como si hubiéramos ensayado las maniobras a realizar en cientos de ocasiones anteriores. Afuera, es la locura. El viento y la nieve, además de la oscuridad total, no permiten ver nada en absoluto. ¿Dónde están los crampones? Revolviendo entre la nieve, al final los encontramos. Sin embargo, tres de nuestros cuatro piolets han desparecido, tragados por la noche. Al final abandonamos todo: tienda, hornillo, colchonetas... Es la guerra, y aquí no se hacen prisioneros.

Nos encontramos algunos cientos de metros por encima de la línea de cuerdas fijas que, si se encontraran en buen estado, habrían de conducirnos hacia la seguridad del campo III, común con el del Everest. Luchamos tenazmente por ganarle metros al descenso, apoyándonos el uno en el otro. El viento nos trata como peleles y pronto notamos cómo nuestros cuerpos entran en una zona difícil, hipotérmica, donde dejar de luchar parece una solución tentadora.

No hay manera de calentarnos, pero no nos separamos ni un metro. Cuando finalmente encontramos las cuerdas, se produce una sensación de alivio que no expresamos por miedo a perder energía con ello. La lucha sigue durante mucho tiempo, y un descenso que normalmente nos hubiera costado un par de horas, exagerando, nos llevó casi ocho.

Al entrar, entrada ya la mañana, en nuestra tienda del campo III, con los crampones puestos y completamente helados, encontramos a mi viejo colega Michel Pellé, un veterano guía francés a quien conozco hace unos cuantos años. Nuestro aspecto debe ser terrible, porque al vernos parece paralizado por un instante. Después reacciona, y comienza desesperadamente a masajear nuestras manos y pies, para evitar que avancen los principios de congelación que ya presentamos tanto Antonio como yo.

El resto del descenso exige cuidado y apretar los dientes, pero después de la angustia que hemos pasado en la “zona de la muerte”, sabemos que podemos con ello. Al llegar al campo base, Iñaki y Toñín nos saludan con un apretón de manos. Ahora somos dos tipos flacos, quemados y consumidos. Pero Toñín se da cuenta:

—Joder con Antonio, todavía tiene fuerza. ¡Antonio Aquerreta, “la mano que aprieta”...!

....

Una semana después paseamos tranquilos por Kathmandu, dejando que nuestros cuerpos absorban el calor que tanto añoran. Bajamos por Cheetrapati, una de las pocas calles que tienen nombre, espantando como podemos a los vendedores callejeros:

—Hola, ¿de dónde sois?

—De Rusia, y no hablamos inglés...

Al final de la calle, a mano izquierda según caminamos, está el *Everest Steak House*. Antonio me había pedido, aunque sabe que yo no como carne habitualmente, que fuéramos a

cenar a un sitio donde dieran "buenos filetes". Entramos y enseguida nos sientan. A través de un gran ventanal se ven por lo menos doce personas afanándose con prisa en la cocina, mayormente en la preparación de hermosos chuletones. La ventana es tan grande como la sonrisa que acaba de aparecer en el rostro de Antonio. La carta, sin embargo, no ofrece margen a alguien que no hable inglés:

—Iñaki, ¿dónde están aquí los puñeteros filetes?

—Donde pone *steaks*, todo carne...

Pero a Antonio le da igual que ponga *Garlic Steak, Pepper Steak* o lo que sea. Sólo mira a los precios... 200 rupias, 250, 275... Va pasando su dedo hacia abajo por el menú, y lo detiene cuando llega a un plato que está marcado con 750 rupias (8 euros).

—Yo quiero éste...

—Eso es el *Chateaubriand*, *Antoine*, y ¿ves?, pone que es para tres personas.

—¿Para tres?, ya vas a ver tú lo que me dura a mí.

El camarero no se lo quiere apuntar. Le explica paciente que, ¿ves?, aquí pone que es para tres personas. Antonio no da su brazo a torcer. Está dispuesto, le dice, a entrar él mismo en la cocina y preparárselo en persona. El camarero y él discuten unos minutos, en dos idiomas, y al final el empleado cede no sin antes advertirle de que el *Chateaubriand* es "muy grande".

Cuando el camarero comienza a llegar con los platos nos damos cuenta rápidamente de cuál es el que ha pedido Antonio. Se trata de una bandeja inmensa, de hierro, y en el centro reposan casi tres kilos de carne humeante, parece solomillo. A su alrededor, patatas fritas como para una boda y vegetales diversos, por si acaso no fuera suficiente. Todos miramos espantados, menos Antonio, que agarra su tenedor y cuchillo con presteza. Alguien, para hacerle rabiar, le dice que es imposible que se coma toda esa carne:

—¿Esto? Con la *minga*, y las patatas también. Todo menos la mierda esa verde...

Dicho y hecho. Una hora después un señor de gorro blanco sale de la cocina guiado por el camarero. Es el *chef*. Quiere estrechar la mano del superhombre que se acaba de apretar entre pecho y espalda tal cantidad de comida. Nos asegura que jamás ha visto semejante proeza.

Un poco más tarde caminamos hacia el hotel, llenos a reventar nuestros estómagos. Bueno, no todos. Antonio aprovecha un descanso y entra en una pastelería. Sale con un *croissant* de chocolate en una mano y con lo que queda de otro en la boca. Mientras se limpia las migas con el dorso de la mano, nos dice:

—Es que no estaba lleno del todo.

Por la noche las tornas cambian. Le oigo levantarse en repetidas ocasiones al baño, cosa que francamente no me sorprende. Antonio, sin embargo, no lo acaba de entender. En una de las salidas a la carrera me dice:

—Para mí que en esa carne había algo chungo...

La tormenta en el Lhotse, además de enseñarnos unas cuantas buenas lecciones, ha dejado una profunda huella tanto en Antonio como en mí. Nos percatamos una vez más de lo fácil que es perderlo todo, *todo*, de un plumazo. Comprendemos de nuevo lo poco importante que son las cimas, y cómo nos gusta todo lo demás. Debe ser cierto que se aprende mucho más cuando fracasas que cuando tienes éxito.

En los meses (y años) que siguen *Habi*, Iñaki, Antonio y yo sólo nos veremos ocasionalmente. Pero Antonio, que no tiene un pelo de tonto y no es en absoluto el típico hombre-músculo-sin-cerebro, siempre será un entusiasta narrador de nuestra particular odisea allá arriba. Siempre a gritos, contará a todo el que quiera escucharle todos y cada uno de los detalles de nuestra escapada. No le hace falta exagerar, porque la historia es buena de por sí, pero siempre será un placer para él encontrar un par de oídos dispuestos a escucharle durante un rato.

Tanto es así, que bromeamos con él a la menor oportunidad:

—Antonio, éstos no saben nada, cuéntales lo del Lhotse...

Al principio picaba y se lanzaba desaforadamente y con entusiasmo al relato, pero cuando cae en nuestra estrategia, reacciona sonriente y afirmando:

—Callad, cabrones, que casi *cascamos*...

....

Cuando llego a casa, estoy seco como una uva pasa, completamente fundido.

Los colores del otoño explotan en mi tierra y me llenan de melancolía, y a la vez de una suave tranquilidad que se parece a la esperanza. Es una época de regeneración. Hay que

dejar que las fuerzas retornen poco a poco a las piernas, y más aún al espíritu. Sé además que soy un privilegiado; mucho más duro es ir todos los días a trabajar al andamio, por supuesto.

Este año 1997 ha sido intenso como ninguno hasta ahora. El Kangchenjunga por una vía muy dura en primavera, el Broad Peak a la carrera en verano y, ahora, una buena paliza en el Lhotse. Mi vida sigue el camino que yo quiero, pero mi intención es recuperarme antes de que mi cuerpo se rebele y me abandone.

Por eso me pilló desprevenido el fax que me envió Anatoli Boukreev desde Santa Fe, USA, lugar donde vive su compañera, Linda Wylie. Anatoli también ha tenido un año *curioso,* después de subir al Everest y al Lhotse en primavera y al Broad Peak y Gasherbrum II en verano. Pero él quizá ha tenido más tiempo de recuperarse, porque lo que está planeando es terrible... mente atractivo.

En su misiva, Anatoli me informa que está preparando una expedición invernal a la cara sur del Annapurna y que estoy invitado a unirme a su grupo internacional, en el que se encuentran algunos viejos conocidos como el alpinista italiano Simone Moro o el fotógrafo y alpinista americano Galen Rowell, entre otros.

Es un primer paso para llevar a cabo uno de sus planes a largo plazo, que consiste en escalar aquí y allá rutas difíciles con un grupo de himalayistas de elite, un equipo de alpinistas profesionales motivados y centrados en realizar escaladas ambiciosas y creativas, en darles un buen empujón a los límites establecidos.

La invitación me deja colgado de una duda. No es un problema económico, ni tengo problemas en casa si lo que quiero es irme otra vez. Al revés, Cristina siempre me ha apoyado sin condiciones.

Pero el caso es que si miro dentro de mí, donde los sueños toman forma, veo que estoy muy cansado. Sobre todo es una cuestión de cabeza. Durante dos semanas me levanto un día cualquiera por las mañanas y pienso: “Claro que sí, me voy con Anatoli”. Al día siguiente, por el contrario, me digo: “No, no hay manera, es una locura hacer cuatro expediciones sin descansar...”. La decisión se me presentará por sí sola; finalmente decido sin traumas que me quedaré en casa durante el invierno, con mi mujer y los míos. En definitiva, comprendo que las cosas tienen su propio ritmo, y lo mío ahora no es irme a hacer una invernal a una pared imposible del Himalaya. A veces es difícil parar quieto un instante, escuchar los sonidos que salen de tu interior e interpretarlos. Yo sólo he hecho eso.

De ninguna manera intuía lo que había de pasar.

Con mucha pena le respondo negativamente a mi amigo kazajo, no sin antes advertirle de que se acuerde de mí para las siguientes escaladas. Anatoli me responde que no pasa nada, está seguro de que habrá más oportunidades. Después me pregunta si sería posible para él venir a España durante el mes de enero y realizar una pequeña gira de conferencias.

Con entusiasmo me pongo a la tarea de encontrar quién quiera escucharle, cosa bastante fácil, y también averiguo cómo puede un ciudadano de pasaporte kazajo entrar en un país de Europa, esa Europa perfecta y moderna de fronteras blindadas, ésas que tan poco me gustan. No resulta difícil encontrar sedes y patrocinadores, y pronto me hago una idea más clara de las posibilidades. Lo preparo todo hablando con Linda, mientras Anatoli y sus compañeros marchan de nuevo hacia Nepal.

....

Apenas entiendo nada durante los primeros segundos de conversación. El ruido de fondo y el idioma extranjero me hacen saber al instante que la llamada de teléfono es lejana. Pero no hay alegría en las noticias que vienen del otro lado del océano:

—*Anatoli is missing...* (Anatoli está desaparecido).

No está desaparecido; está muerto, pienso en un momento. Anatoli no desaparece así como así. Después me cuentan los detalles de la avalancha el pasado día de Navidad.

Otra vez quedo fulminado, partido por un rayo paralizante, andando por mi casa como una gallina a la que acaban de cortar la cabeza, sin rumbo ni sentido.

Igual que con Myriam, o que con Rafa, con Atxo, con David, con Xabi Ansa, con Pepe Rayo o con tantos otros.

Un par de días después, apenas recuperado un poco de la profunda impresión que esta desaparición deja en mí, marco con dedos temblorosos un número de teléfono de Santa Fe, USA. Linda, la compañera de Anatoli, no puede ser más fuerte, ni más comprensiva, ni poseer más compasión en su corazón.

En pocos minutos estoy llorando sin saber qué decir, y es ella quien me consuela:

—Anatoli ha muerto, sí, pero seguirá siendo una inspiración para los que le conocimos. Ésa es nuestra fortuna, y lo que tenemos que hacer es estar agradecidos. Ahora somos todos nosotros los que tenemos que honrar su memoria, porque somos sus herederos.

Linda tiene razón.

Unos meses después me hace llegar un pequeño espejo, un crucifijo de madera y un frasco de un aceite de eucaliptus. Todas eran posesiones de Anatoli, pero ahora Linda me honra queriendo que sigan viajando a Asia conmigo [1].

Si Anatoli puede morir en las montañas, entonces todos podemos morir allí igualmente. De hecho, a veces no veo la manera de que todos no desaparezcamos en ellas en un momento u otro.

El siguiente invierno lo paso tirando de un arnés por una carretera de montaña, en el monte San Cristóbal, cercano a mi casa del barrio de la Rotxapea, en Pamplona. Al arnés van atados una ristra de neumáticos de coche viejos. Es la cosa más estúpida del mundo, y bastante cansado, incluso si uno está preparándose para realizar una travesía polar. Además, los paseantes te miran raro, al menos más raro de lo normal, y con bastante razón.

El programa de TVE "Al filo de lo imposible" y el grupo militar de alta montaña de Jaca, a quienes conozco bien desde la expedición a los Gasherbrum, se han vuelto a unir para llevar a cabo una de esas ideas simples y atractivas que nos gustan a unos y a otros. En esta ocasión Sebastián Álvaro me convence para filmar a tres de los militares en una travesía a pie y con esquís desde la costa de Rusia, exactamente un lugar llamado cabo Artichevsky, hasta el Polo Norte. Dos meses de nada a treinta bajo cero, rodeados de osos polares hambrientos, cruzando canales de agua medio helada, mojados, congelados y consumidos. Sin ninguna garantía de un seguro retorno. Muy atractivo.

A mí me dicen que se sale a finales de febrero, que me prepare tirando de neumáticos como si fueran el trineo y que no adelgace nada, que ya tendré tiempo de perder peso en el ártico.

Y eso hago, durante meses, con entusiasmo.

Pero un mal día de finales de enero Sebas me llama por teléfono y me informa de que la cosa se ha retrasado. No un poco, sino todo un año.

Las cosas del directo, me imagino.

Lo cierto es que mi cabreo es hermoso. No sólo por haber perdido la oportunidad de ir al Polo Norte, que sería algo fantástico, sino porque ahora ya pienso como un profesional de la montaña, y si te montas en un tren entonces estás dejando otros escapar. Si una expedición se cancela sólo tres semanas antes de salir, entonces te quedas inevitablemente *colgado*, buscando un proyecto que esté ya en marcha para unirte a él.

¿Por qué? No quiero que sea así, prefiero escuchar en mi interior y ver qué me pide el cuerpo.

Y éste me dice: "¿Dónde os quedasteis tan cerca de la cumbre el año pasado? ¿Lhotse se llamaba el monte? Mmmmnnn..., ¿No te interesaría volver allí?".

Cuando la voz interior tiene pilas las cosas son mucho más fáciles. Cuando llega ese mensaje, entonces es imposible no escucharlo.

Lhotse, marzo-mayo 1998

Cuando llego a los 8.000 metros de altura traspaso una vez más esa frontera, imaginaria pero a la vez real, que separa el lugar donde aún puedes defenderte en caso de necesidad, de donde estás ya expuesto sin remedio a los caprichos del destino.

Todavía es de noche cuando entro en el corredor somital. Hace horas que he pasado por el lugar donde nos sacudió con furia la tormenta, el año pasado. No queda ningún resto de nuestro campamento. La canal es realmente difícil, bastante empinada, pero está en buenas condiciones, con la nieve estable, aunque he de trazar la huella yo sólo. No aflora la roca en ningún momento. Además, finalmente hace bueno.

Durante la noche he entrado en *la zona*, ese espacio de la mente bien conocido por los deportistas de ultradistancia. Entonces el dolor se transforma en energía, el sufrimiento se olvida y el cuerpo hace lo único que debe: seguir escalando. Un pie se adelanta al otro, pero

se coloca en el sitio exacto sin pedírselo. Los piolets se clavan sin hacer fuerza, y cada treinta pasos descanso apoyando mi cabeza en uno de ellos. Cuando reposo, me doy cuenta de que realizando este esfuerzo puro, me he vuelto transparente. Permanezco en *la zona*, en trance, durante unas cuantas horas. Luego vuelvo a sufrir como corresponde.

El amanecer de este 17 de mayo es el más bello que yo haya presenciado. Por un momento tengo la sensación de no ser ya un habitante del planeta Tierra, colgado en algún lugar del hiperespacio.

Cuando puedo apagar por fin mi linterna frontal, en los valles todavía reina la oscuridad.

Esta madrugada mágica me devuelve a la realidad súbitamente.

Pasados los primeros doscientos metros, realmente estrechos, el corredor se abre algo durante un corto tramo, más un respiro psicológico que otra cosa, porque pronto vuelve a cerrarse. No tengo cuerdas, sólo mis dos piolets y las pequeñas puntas de mis crampones me anclan a la vida. Dependo de dar bien todos y cada uno de los pasos. Hace veinte horas que he salido del campo base, y por algún lado debe de estar André Georges, un fortísimo guía suizo que viene con el mismo plan que yo; el Lhotse en veinticuatro horas. Debe de haberse quedado más abajo.

Hace ya algunas horas que no veo bien. Creo que me pasa lo mismo que hace seis años justo ahí enfrente, en el Everest, aunque mientras es de noche no me preocupo mucho.

....

Ha sido la expedición más sencilla de organizar. Lo he pagado todo de mis ahorros, más de un millón de pesetas. Otros se compran un coche; yo tengo treinta y un años y no poseo ni siquiera el permiso de conducir.

Había hablado con Nima Dorje Tamang, mi amigo nepalí que una vez más estaba dispuesto a trabajar un par de meses en la cocina, del modo impecable al que acostumbra, y también a enseñarme nepalí en los ratos libres.

El gigantón escocés Henry Todd, a quién no conocía de nada, me había vendido una plaza en su permiso para el Lhotse. Él dirige expediciones comerciales, en las cuales los clientes pagan una cantidad de dinero para que alguien organice, y en algunos casos guíe, sus escaladas.

De modo que a finales de marzo me había plantado de nuevo en el campo base del Everest, un lugar que ya conocía bien, y que estaba cambiando a marchas forzadas. Ha llegado ya la época de Internet, de los teléfonos vía satélite y del alpinismo de masas, en rutas balizadas y preparadas como si se tratase de una estación de esquí. En el año 1992 la cosa se vislumbraba, ahora ya está aquí entre nosotros.

Me resulta curioso ver a toda esta muchedumbre asediando el Everest con cientos de sherpas, miles de botellas de oxígeno y decenas de miles de dólares de presupuesto. ¿Cómo no pueden comprender que aunque pisen la cumbre, jamás han estado allí? Escalar con oxígeno, con sherpas, supone inexorablemente vivir una realidad vicaria, robada y tergiversada. Y al bajar, muchos de ellos parecen creer que nadie antes que ellos lo ha logrado, que son pioneros de algún tipo.

Quizá yo siempre tiendo a ver las cosas al revés que la mayoría, pero me sucede que cuanto más arriba me encaramo, más aún soy consciente de mi propia insignificancia, de lo vano y pasajero de mis deseos y ambiciones, y de la escasa o nula importancia que tiene, para nadie que no sea yo, a dónde me suba, por qué ruta o en cuanto tiempo.

Este campo base es divertido, tan lleno de gente variopinta. Muchas personas, algunos personajes y la proporción habitual de personajillos. La expedición de Singapur, país de tanta tradición montañera, ha colocado dos carteles a la entrada de su campo base. Uno dice “Teléfono vía satélite; 10 dólares por minuto”. El otro reza, literalmente: “Excursionistas NO bienvenidos. Mantened vuestros virus alejados”.

Qué angelitos, tan hospitalarios.

Mis dos primeros intentos de homenajear a Anatoli haciendo, como él, una ascensión *express* del Lhotse, no funcionan. El 30 de abril me doy la vuelta a casi ocho mil metros de altura debido al peligro de avalanchas. La presencia de una “placa de viento” se hace evidente; se trata de una zona donde la capa de nieve superior no está unida a la inferior, y amenaza con romperse y arrastrarme. El 7 de mayo es una inesperada nevada nocturna la que me hace dar media vuelta a 8.100 metros de altitud, después de evitar la zona peligrosa de la semana anterior dando un buen rodeo.

Subir dos veces en apenas una semana desde el campo base hasta la cota de 8.000 metros, de un tirón, es algo seguramente bueno para tu aclimatación, pero una ruina para tu

forma física. Sé que mi siguiente tentativa es la última, así que hay que elegir bien el día.

El 10 de mayo, segundo aniversario de la tragedia de 1996, una terrorífica tormenta arrasa todos los campos de altura, especialmente el II y el III. Por esta vez me libro, ya que estoy en el valle, disfrutando del calor de una primavera que comienza. Pero se rumorea por el campo base que las tiendas y el equipo han quedado destrozados por la montaña. Algunos lo dicen en un tono de queja que no comparto, como si fuese una injusticia. ¿De dónde pensaban que sale toda esta nieve que nos rodea? ¿Creían acaso poseer una garantía de buen tiempo?

Por fortuna para los que amamos profundamente el Himalaya, todas estas gentes vienen aquí, suben o lo intentan, se van a casa a contarlo y normalmente no vuelven a aparecer. El Himalaya no está masificado, y el alpinismo no ha muerto. Desde luego que hay cuatro o cinco montañas a las que acuden manadas, pero incluso en estas montañas son sólo las rutas normales las que ven pasar las caravanas, y únicamente sucede en determinadas épocas. En el Everest, sólo dos rutas están ocupadas. Nadie en la cara norte, nadie en la cara este, nadie en la suroeste. Nadie quiere repetir la arista yugoslava o el pilar ruso. ¿Por qué? La respuesta es fácil: las posibilidades de subir son escasas, y las de que te “pase algo”, muy altas.

Yo no tengo más derechos que nadie, pero me he preocupado de prepararme con devoción durante muchos años, respeto y conozco el terreno por el que me muevo, y también a las personas que aquí viven.

Por lo demás, ni todas las muchedumbres del mundo cambiarían un ápice mi amor por estas tierras, sus gentes y sus montañas.

....

Ahora, ocho meses después de la tormenta que casi nos barre a Antonio y a mí, la situación vuelve a ser crítica. El corredor somital del Lhotse no es técnicamente muy difícil, sin ser tampoco ninguna *cuesta*. Pero si se asciende sin trucos, es decir sin cuerdas fijas, el precio a pagar por un error supone que ése será el último que cometas en tu vida. Allí abajo, donde acaban las cuerdas fijas que conducen al Everest, es donde han comenzado a la vez el alpinismo y la aventura.

Hace rato que ha amanecido. Estoy a más de 8.400 metros de altura, abriendo huella en nieve costra y solo, pero no veo bien. Sé exactamente qué es lo que me pasa; mis ojos se han helado durante la larga y fría noche, he salido después de reposar unas horas en el campo II, 2.000 metros más abajo. Pero ahora ya es tarde para hacer nada.

El corredor se abre al final. Hay dos cimas, una a la derecha y otra a la izquierda. Yo sé que la más alta es la de la izquierda, y me voy hacia ella. Pero el terreno se torna difícil de verdad cuando apenas quedan veinte metros de desnivel para la cumbre.

A mí ya me basta por hoy, pienso. No veo bien y la verdad es que me fastidiaría mucho matarme aquí arriba por un estúpido tropezón, así que comienzo suavemente a destrepar, poniendo cada pie en el mismo agujero dejado en la subida, después de un cuidadoso tanteo. Sé que no he pisado la cumbre propiamente dicha, pero cuando estaba a pocos metros de ella habían transcurrido sólo veintidós horas y media desde mi salida del campo base.

No se trata de batir ningún récord, pero creo que, aquí arriba, cuanto antes suba antes bajaré.

Por alguno de los cielos de Asia, colgado en alguna estrella que esté llena de montañas hermosas y salvajes, tengo un amigo rubio y con dientes de oro, de mirada azul glaciar y corazón rojo fuego. Creo que estará satisfecho. Seguro que sonríe.

Algo más abajo me cruzo con el guía suizo André Georges, un tipo alto y con pinta de ser una estatua griega en movimiento, que va de camino a la cumbre. Me felicita con una palmada en la espalda, pero no cruzamos palabra. Sé que si le digo que voy casi ciego se va a ofrecer para bajar conmigo, así que le doy la mano y sigo mi descenso, hacia el abismo negro.

Nunca he estado tan cansado en mi vida como cuando llego al campo base al día siguiente. Mis pies tienen un tono púrpura que no les favorece, que no es de mi agrado. Nima me prepara baños de agua caliente y me alimenta como una madre.

Allí arriba no queda nada, sólo espacios vacíos e inertes y memorias en las que no acostumbro a zambullirme. Todo lo que buscaba ya lo he encontrado. Por muy cansado que esté, por mucho dinero que esta aventura me haya costado, soy de nuevo un hombre rico.

Y me voy para abajo, hacia donde están las otras cosas, y las personas que llenan mi espíritu.

Fiasco

Dormimos para descansar,
luchamos mejor tras ser burlados.

Browning

Por alguna razón que no alcanzo a comprender a pesar de mis intentos, existe la creencia más o menos generalizada de que los alpinistas, y más concretamente los escaladores del Himalaya, somos gentes diferentes, "de otra pasta", especiales. Seres dotados de un aura mítica que los pobres mortales jamás podrán soñar poseer. Siempre se repite esta idea, además, dando a entender que esas características hacen que el personaje en cuestión sea *mejor* que los demás. Mejores personas, mejores atletas, mejores hombres y mujeres, mejores que el resto, esos pobres seres que llevan *vidas normales*.

No lo entiendo.

Y además sé por experiencia que no es así. Los hombres y mujeres que van al Himalaya son iguales que los que no lo hacen. Tan buenos y tan malos, tan egoístas o altruistas, tan motivados y tan hastiados como cualquiera. Sólo somos tan apasionados como cualquier otra persona apasionada.

Hay tantas motivaciones diferentes como personas, también para escalar. Algunos buscamos aventuras y autoconocimiento, otros quieren hacer ejercicio, o quizá esperan autoafirmarse. Otros no soportan más su vida en casa y quieren escapar, hay quien no puede vivir sin la fama e incluso alguno lo hace por dinero. O por una combinación de todos estos pobres intentos de explicación.

A lo largo de mi carrera he participado en más de treinta expediciones al Himalaya. He tenido casi cuatrocientos compañeros diferentes, además de haber estado en el mismo campo base que otros miles de escaladores. Y no todos eran tan honestos, generosos, motivados, amigables o bienintencionados como se suele hacer creer en la literatura barata, ésa que emplea a menudo los términos "conquista", "ataque a la cumbre", "camarada", "éxito", "gloria".

No es mi intención lavar ningún trapo sucio en público, pero este relato sería sesgado y manipulador si no contara las ocasiones en las que, debido a la mezquindad y a la estrechez de miras de algunos seres humanos, la cosa ha acabado en *fiasco*, en el fracaso total. Y ello no significa que yo esté libre de pecado. O quizá sí.

Cuando la mierda alcanza el ventilador, es difícil que no te salpique si andas cerca. Pero si eres rápido apartándote, entonces es posible que no llegues a mancharte. Pero has de ser realmente muy veloz.

Esta historia habla de eso, de otras personas que se cruzaron en mi camino, del Himalaya cuando no luce el sol, de ventiladores... y de mierda.

Everest, 1999

Lo que hace nacer nuestras alegrías más puras es también la causa de nuestros temores más profundos.

Rafael

No me gusta nada Washington. No viviría allí ni loco.

La sociedad norteamericana tiene muchos problemas y yo no quiero ni puedo solucionarlos, ni soy el listo de turno que todo lo sabe, pero odio ver cómo todos los que me he encontrado esta mañana limpiando las calles escoba en ristre son hispanos o negros, mientras los estéticos y modernos edificios vomitan cantidades considerables de ejecutivos blancos y *encorbatados*, que salen a comprarse una ensalada que viene en una tartera de plástico. Es su comida, y los pobres se la tienen que almorzar de pie, con mucha prisa. Igual es mejor barrer, tranquilo y a tu aire.

Mis amigos americanos me han traído y llevado por entre las avenidas, para enseñarme la capital del imperio. Los árboles parecen tristes, aunque luce un pálido sol invernal. Policías de tamaño XXL se pasean comiéndose partes enteras de alguna vaca, bebiendo café en recipientes del mismo tamaño que ellos mismos y charlando. Heidi me dice:

—Es que aquí hay mucho crimen.

Iba a decir que no me extraña, pero me lo callo. Llegamos enfrente de dos edificios de tamaño mediano, en una plaza soleada y limpia. Es la sede de la sociedad National Geographic, una compañía norteamericana dedicada a la divulgación de la exploración y la aventura.

Heidi Howkins es una escaladora yanki a quien conocí durante 1996, cuando escalé los Gasherbrum trabajando para TVE. Ella quiere ser profesional y ha conseguido el apoyo de la sociedad para escalar el K2, montaña que tiene metida entre las cejas hasta el punto de llegar a ser una obsesión, aunque esto sólo es mi opinión. Y yo sé que el K2, a los que se obsesionan, se los zampa para desayunar.

El plan de Heidi es ambicioso. Para aclimatarnos de cara a la escalada del K2, que tendrá lugar durante los meses habituales, de junio a agosto, nos vamos a ir antes al Everest, a pasar la primavera y preparar nuestra sangre y nuestras piernas para el gigante pakistaní. El grupo lo componemos sólo cuatro personas. Hay un alpinista llamado Chris Binggeli, que es suizo de pasaporte pero es el más *americano* de todos. También viene un talentoso fotógrafo de Wyoming que se llama Bobby Model, de quien uno se pregunta nada más verle dónde demonios ha aparcado el caballo. Yo voy como cámara de altura. Bueno, ya sé que no soy el mejor cámara del mundo, ni siquiera el segundo mejor, pero lo que quieren en realidad es un percherón capaz de escalar sin utilizar oxigeno mientras lleva una pequeña cámara de video y graba unos planos. Jauja, comparado con las pesadas y complicadas cámaras de cine de "Al filo...". Además la cima del Everest no es lo prioritario, sino conseguir una buena aclimatación para el K2, aunque yo pienso que están locos estos americanos si creen que yo me voy a ir al Everest de paseo.

Entramos en uno de los dos edificios. El lugar es agradable, lleno de gente que parece joven y sana, de ésos que dejan las zapatillas y la ropa informal detrás de la puerta del despacho y se ponen unos elegantes zapatos y un traje mientras trabajan, y por la tarde se vuelven a calzar las zapatillas para irse a un gimnasio a sudar para intentar no ponerse muy gordos, o darse una vuelta por el rocódromo a matar el nervio, mientras el sueño del fin de semana se aproxima.

Sí, ya me han dicho antes que soy un cabrón intolerante.

Asistimos a un par de conferencias y después vamos subiendo pisos. Me van presentando a gentes diversas y a todos les dicen que yo soy el "Ed Viesturs español". Yo a Ed no le conozco (todavía), pero creo que yo soy un pelín más guapo, aunque de nuevo no digo nada. Conforme subimos escaleras aumenta igualmente el nivel; se ve que a los jefazos les gustan los despachos con vistas.

Me presentan a un señor muy amable que parece extremadamente eficaz. Se llama Peter Miller y es uno de los editores de la revista que ellos mismos llaman del *borde amarillo*. Peter

me explica que le resultaría interesante que yo publique un relato de nuestra expedición en la revista, para dar a conocer la visión de un *extranjero*. Encantado, por supuesto, y además lo pagan estupendamente. Yo como extranjero soy bastante bueno, le replico, incluso en mi casa a veces me siento muy extranjero. Me asegura que tengo que firmar un contrato, que me mandarán rápidamente a mi casa en España.

Después nuestros anfitriones y el resto de miembros de la expedición se ponen nerviosos, porque subimos a conocer a Bill Allen, que es el jefe de todo el tinglado, el amo de la barraca. Hay que pasar por delante de tres o cuatro secretarias para llegar hasta su despacho, que es tan grande como mi casa. Así que, sí, este debe de ser el jefe. Todos sonríen forzadamente, las secretarias pululan nerviosas mientras el tal Bill nos aprieta la mano con fuerza. Buena señal. Mi acento me delata, razón por la cual, saltándose el protocolo, me pregunta de dónde coño soy que hablo tan raro. Le digo que soy de Pamplona, sin dar más detalles. Y entonces tenemos que sentarnos en un sofá que había por ahí, porque Bill se suelta a hablar a toda velocidad. "¿Induráin?, si hombre, no le voy a conocer...", le digo. Vale, nos hemos hecho amigos.

Bill quiere saber si yo he corrido en el encierro: "sí, por supuesto, más de cien veces", le respondo sin exagerar, "pues mira, nuestra revista publicó hace muchos años un artículo sobre la fiesta de Pamplona, a ver si lo encuentro"... Luego mis compañeros me dicen que he tenido éxito, que le ha gustado mi "naturalidad". Yo pienso, "¿y qué culpa tengo yo si el armario es empotrado?", pero por tercera vez me callo.

Después nos vamos a encontrar a David Hamlin, que es el director de nuestra película, mi jefe directo. Más de lo mismo, otra persona amigable que parece querer ponérmelo fácil. Me lleva a un almacén inmenso, que se asemeja más a la cueva de Alí Baba, llena de tesoros. Se alinean cientos de cámaras de cine, vídeo y fotografía, una tras otra, en orden. Luego hay trípodes, por docenas, y bolsas, y cajas...

—Escoge lo que quieras... todo tuyo.

David me ofrece 10.000 dólares por el trabajo. Yo sé que es poco, mucho menos de lo que ganaría en las mismas fechas y en la mitad de tiempo trabajando para TVE[1]. Pero pienso que abrir la puerta de National Geographic no ha de ser sencillo y yo tengo la sensación de haber entrado hasta la cocina. Así que acepto, pero para no parecer tonto del todo pido parte del dinero por adelantado, parte durante la expedición y parte al final. No hay problema, me replican. Además, digo bien claro que quiero ser el líder alpinístico total, nada de democracias, y también que puestos a pedir me gustaría llevar a otra persona de mi confianza al K2, ya que no veo al grupo lo suficientemente fuerte para tal montaña. Yo estoy pensando en mi amigo Carlos Pauner. David le da vueltas al tema por un momento. Insisto, para convencerle, en que el K2 tiene un carácter un poco especial, y que los gastos de Carlos, que no va a cobrar sueldo, no suponen nada en el presupuesto global. David dice que sí, que la cosa tiene sentido. Me explica que me mandará, por la misma vía rápida que Peter Miller, otro contrato que yo deberé leer y firmar.

Todo *ok*.

Me dan 20.000 dólares al contado, ya que soy el encargado de irme a Nepal un mes antes que el resto, quienes no van a llegar hasta entrado el mes de abril. Con ese dinero, que no es parte de mi sueldo, debo pagar todos los gastos; permisos, agencias, cocineros, alquileres, comida de campo base y de altura, tiendas, cargo aéreo, avionetas. Además he de pagar también mi billete de avión a Nepal y el de Carlos y el mío a Pakistán. Me las apañaré para que llegue, calculo.

Vuelvo a casa satisfecho. Me llevo una gran impresión de la profesionalidad de la gente de National Geographic. Después comienzo a trabajar sin tardanza. Y sin intuir que una de esas personas o bien me estaba estafando o realmente me había tomado por tonto.

Y puede que yo no sea el más brillante bajo el sol, pero tan imbécil no soy.

....

Un año más las expediciones se agolpan en el pequeño e incómodo espacio que deja el glaciar de Khumbu en su cabecera. Los alpinistas, y sobre todo sus sherpas, han tallado con gran esfuerzo repisas en el hielo donde colocar sus tiendas, y pronto pequeños caminos surgen temporalmente en el hielo. Es un lugar bello pero muy frío.

El día 17 de abril dirijo mis pasos hacia el campo base de Tomas y Tina Sjögren, una pareja sueca con quienes compartimos permiso para escalar el Everest. Con nórdica gentileza, y ya que yo no tengo en mi poder ni un mísero *walkman,* me permiten hacer uso de

su ordenador y de su impresora (¡!) para redactar el siguiente comunicado, escrito por mí originalmente en inglés y que reproduzco íntegro traducido al castellano:

«DECLARACIÓN POR IÑAKI OCHOA DE OLZA, CONCERNIENTE A LOS PROBLEMAS SURGIDOS EN LA EXPEDICIÓN NATIONAL GEOGRAPHIC EVEREST-K2.

Una copia del presente texto será recibida por las siguientes personas; David Hamlin (USA), Henry Todd (UK), Bernard Voyer (Canadá), Tomas Sjögren (Suecia), Peter Athans (USA), Elizabeth Hawley (Nepal) y Peter Miller (USA).

En enero de 1999, recibí una llamada de Heidi Howkins (USA), invitándome a unirme a la expedición americana K2-Everest. En febrero, pagué de mi bolsillo un billete de avión a Washington DC para conocer personalmente a David Hamlin, productor de la película que National Geographic iba a realizar. Alcanzamos entonces un acuerdo en los siguientes términos; Firmaríamos un contrato profesional, me pagarían 10.000 dólares por el trabajo (3.000 de ellos por adelantado, antes de mi salida a Nepal). Yo sería el líder de la escalada, con el poder de decidir si algún miembro debiera bajar en un momento dado de cualquier punto de ambas montañas. En Washington DC igualmente alcancé un acuerdo verbal con Peter Miller, de la revista National Geographic, para escribir un artículo para dicha revista. Cuando regresé a casa en Pamplona, España, Peter Miller había enviado ya un grueso contrato, referido al artículo escrito, que yo firmé y envié de vuelta. Él llamó por teléfono para asegurarse de que todo estaba en orden. Para mí, esto representaba el nivel de calidad profesional que yo esperaba de National Geographic.

Cuando salí hacia Nepal el día 10 de marzo (tres semanas antes que el resto del equipo), todavía no había recibido ningún contrato por parte de David Hamlin, y obviamente nadie me había mandado nada del dinero que habíamos acordado se enviara por adelantado. Trabajé en Nepal durante casi un mes, establecí el campo base y volví a marchar de vuelta a Namche Bazar para recibir al resto del grupo y comenzar mi otro trabajo, la filmación. Para entonces, 3 de abril, el contrato y el dinero tenían un retraso de más de cincuenta días. A pesar de ello, yo estaba seguro de que David Hamlin tendría una buena razón para explicar ese retraso y lo primero que haría sería enseñarme el contrato y hacérmelo firmar. Cuando nos encontramos, en Namche, no hizo ninguna de ambas cosas; ni explicación, ni contrato. En lugar de ello, me llevó a filmar por los alrededores de Namche, y comenzó lo que para mí era obviamente un examen “secreto” de mis habilidades como cámara. Durante los siguientes tres días David nunca mencionó una sola palabra sobre mi sueldo ni sobre mi contrato. En Tyangboche, el 6 de abril, yo ya tenía suficiente y le dije que dejaba el equipo de National Geographic. Le expliqué las mismas razones que acabo de mencionar. Le dije también que no cambiaría de opinión.

Continuamos hasta el campo base separados. El 7 de abril, en Periche, cincuenta y dos días después de nuestro primer encuentro en Washington DC, David Hamlin se presentó en el albergue en el que yo me hospedaba y me enseñó un fajo de papeles doblados, que dijo eran mi contrato, y me pidió que reconsiderara mi decisión. Sin leer una sola palabra arrojé los papeles al fuego de la chimenea del albergue, y le dije de nuevo que no cambiaría de opinión.

He abandonado al equipo de National Geographic debido a la falta de profesionalidad, confianza y respeto que sentí allí. Nunca se trató de un problema de personalidad entre David Hamlin y yo, ni de problemas personales entre ninguno de los otros miembros del equipo y yo. Cualquiera que sugiera otra razón para mi abandono del equipo miente descaradamente.

Continuaré escalando en el Everest para mí mismo. Aún así, el hecho de que mi nombre esté en el permiso supone sin duda un mal pago para los meses de energías y trabajo desperdiciados (por ejemplo, esta misma primavera he rechazado hasta otros dos trabajos con TVE).

He devuelto a Heidi Howkins todo el dinero sobrante de la organización de la expedición, casi 8.000 dólares. Asimismo voy a devolver el material que me ha sido entregado. Pagaré de mi dinero personal los gastos requeridos para dejar el campo base y Nepal (estimado 500 dólares). David Hamlin me ha dado su palabra de que él pagará mis gastos de la cascada de hielo, cuerdas fijas y oficial de enlace.

Todavía me siento preocupado por la seguridad del resto de los miembros del equipo, que continúan escalando. Así pues, ayer 16 de abril, he intentado un último contacto con David Hamlin. Le he dicho que consideraría la posibilidad de trabajar sólo por un día, el de cumbre, de modo que pudiera filmar y sobre todo vigilar en qué condición se encuentran los escaladores de National Geographic en la parte más expuesta de la montaña. Entonces, algo que yo no esperaba sucedió; Heidi Howkins se volvió hacia mí absolutamente enfurecida,

gritándome que quería que yo me fuera a casa o ella "moriría allí arriba". Después tuve que soportar su acusación de que yo había planeado todo esto desde febrero para "escalar el Everest gratis". Finalmente, me acusó de "hablar mal" de ella a todos los líderes de las demás expediciones, especialmente a Henry Todd y Tomas Sjögren.

Obviamente, éste es el final de cualquier posible relación entre "su expedición" y yo. Si ella quiere algo de mí, puede contactar con mi abogado, porque comienzo a sentir que todo este asunto se solucionaría mejor en un tribunal.

Ahora soy el ex líder de la expedición "National Geographic". La posición de "ex" me libera de responsabilidad. Aún así, mi opinión es que Heidi Howkins, Chris Binggeli y Bobby Model no son un equipo cualificado para escalar el monte Everest sin oxígeno artificial. Creo que ellos mismos se pondrán en peligro, de igual manera que su presencia representará un riesgo para los demás escaladores. Pero esto es sólo mi opinión, y ciertamente espero estar equivocado.

Buena suerte a todos los escaladores del Everest en este 1999 y, por favor, sobrevivid.

Campo base del Everest, 17 abril 1999

Iñaki Ochoa de Olza»

P.S. Estoy infinitamente agradecido a Henry Todd por permitirme usar su campo base, lo mismo que a Bernard Voyer y Tomas y Tina Sjögren, que me hicieron la misma oferta amablemente.

....

Reconozcamos que fue un poco duro quemar los papeles del contrato en la estufa del albergue. Así, David aprendió *a las bravas* que conmigo no se juega. O al menos él no lo iba a hacer.

Me sentía desamparado, utilizado y manipulado, y no había modo de hacer valer mi contrato verbal. De todas maneras la mención de "mis abogados" suavizó bastante las cosas. Se ve que en los Estados Unidos temen más a éstos que al propio diablo.

Deseaba estar equivocado, pero no lo estaba. Ninguno de los miembros llegó siquiera a ponerse en situación de intentar la cumbre del Everest en una temporada de meteorología excelente en la que la montaña fue escalada por primera vez muy temprano, el 5 de mayo, y las ascensiones se sucedieron en ocho días diferentes durante todo el mes de mayo, hasta el 29. Uno de los escaladores de National Geographic ni siquiera llegó a salir del campo base, porque le daba miedo la cascada de hielo (¡Como a mí!). Otro llegó a los 6.500 metros, y la otra apenas pasó de los 7.000. Su expedición al K2 fue cancelada, así que Carlos y yo tendríamos que esperar todavía algún tiempo para pelearnos con la temperamental montaña pakistaní.

Otros alpinistas norteamericanos me animaron a echarme atrás en mi decisión, arguyendo que David Hamlin me hubiera pagado lo que fuera, *un cheque en blanco*, porque sin mí no tenía historia que contar. No lo hice, porque creo que mi integridad vale más que lo que ese productor hubiera podido ofrecerme.

Los norteamericanos me habían despojado de mi natural confianza en la gente, pero no habían podido, ni de lejos, con mi pasión por las cotas altas y por escalar. No tenía dinero, no tenía trabajo, ni lugar donde caerme muerto. Pero seguía siendo un hombre rico, pues tenía un tesoro en mi poder: mi amor infinito por esas montañas sin igual.

....

La noche del 20 al 21 de abril estoy descansando en mi tienda del campo III, a 7.400 metros de altura. Me encuentro en mi medio natural, a mi gusto. Es una noche que le viene muy bien a tu cuerpo si lo que se quiere es escalar hasta la cumbre del Everest sin botellas de oxígeno. La temperatura es fría pero no hace nada de viento, sobre todo cuando miro hacia la cima, que normalmente parece estar fumando, tal es la cantidad de *humo* que sale de su cabeza.

Ahora no es así. A las nueve de la noche estoy metido en mi saco de dormir, pensando en algunos de los convulsos acontecimientos que me acaban de suceder. No hay nadie durmiendo en este campo porque todavía es muy temprano en la estación, pero en mi caso ya a finales de marzo pasé una semana en el campo base y escalé la cascada de hielo hasta los 6.400 metros antes de bajar al valle a recoger a los yankis, con lo que mi aclimatación no es ideal, pero tampoco es mala del todo.

La idea se me ocurre del mismo modo que un niño prepara una travesura. Sé que no tengo posibilidades reales de subir al Everest desde aquí, pero ¿por qué no intentar subir al Lhotse

esta noche serena y mágica? El año pasado me quedé a escasos metros de la cima, y volví con una profunda satisfacción a casa, de hecho creí entonces que fue la mejor ascensión de mi vida, pero ¿cómo son esos últimos metros? ¿Me perdí algo el año pasado? ¿Se ve algo al otro lado? Tampoco cuesta tanto subir a echar una mirada, y si estoy muy destrozado siempre puedo bajar deprisa al base.

Dicho y hecho.

Desayuno lo poco que me entra, y bebo todo el café que puedo. Siempre he hecho mío lo que decía el gran escalador de roca alemán Wolfgang Güllich: uno no se toma un café después de escalar, tomarse un café *es* parte de la escalada. Sin café no se puede subir a ningún lado. Pero aquí arriba y envuelto en la excitación y la prisa de tener de nuevo un plan, apenas me entra la comida, o se me olvida.

Salgo a las doce y media de la noche; se ve un cielo fantástico, repleto de estrellas. La nieve está en buenas condiciones, dura y estable. Este año es mucho más seco que el pasado 1998, y pronto encuentro un buen ritmo de crucero que me permite ganar metros con cierta comodidad, si ello es posible aquí arriba. Después de trepar por la *franja amarilla* le digo adiós a la ruta que se va hacia el collado sur y el Everest. Me encamino por la fuerte pendiente hacia el estrecho corredor que ya conozco bien.

La aventura ha comenzado en el mismo momento que se han acabado las cuerdas fijas, exactamente igual que el año pasado. Ahora ya me puedo *caer*.

A la entrada del corredor algo extraño llama mi atención a la tenue luz de mi linterna. No estaba ahí el año pasado, o al menos no se veía. Parecen los restos de una tienda de campaña. Cuando poco a poco me aproximo veo que es un bulto redondo, como si estuviera enrollado. Restos de ropa o de tela sobresalen hechos jirones, se ve que han sido bien sacudidos por el viento. Tardo unos segundos en percatarme de que un par de botas salen del bulto, apuntando en mi dirección.

Es un cuerpo.

Me pongo algo nervioso. No me lo esperaba porque conozco el terreno en el que me estoy moviendo. Comprendo enseguida que se trata de un alpinista ruso que murió en 1997, Vladimir Bashkirov. Era parte de la elite soviética, y un buen amigo de mi amigo Anatoli. Había subido sin oxígeno al Everest, amén de muchas otras arriesgadas ascensiones y sin embargo murió aquí pocas horas después de su ascenso a la cumbre del Lhotse, de enfermedad y agotamiento, sin que sus compañeros pudieran hacer nada más por él que rezar e intentar dejarlo bien tapado.

Es un duro y radical recordatorio acerca de la visceral exposición del lugar en el que me encuentro. El espíritu de Vladimir anda cerca, y no es un mal sitio, pero el mío quiere subir y bajar de aquí cuanto antes.

....

En el corredor las condiciones son mucho peores que el año pasado. En un momento dado hay tanta roca que me quito los crampones para pisar mejor. Después me los vuelvo a poner. Las últimas ascensiones del año pasado dejaron algunas cuerdas fijas, pero no oso tocarlas pues se ven desgastadas y frágiles. Además, alguien ha atado alguna de esas cuerdas a tornillos de hielo, que están introducidos ¡en fisuras de roca!

Aunque el corredor está a la sombra, cuando sale el sol estoy ya muy arriba y pronto un calor agradable me invade. Tengo que quitarme algo de ropa, el forro polar, y dejarlo por ahí para recogerlo en la bajada. Hoy veo perfectamente, no como el año pasado. Mi condición física decae algo en los últimos 200 metros, pero cuando por fin diviso la cima, arriba a la izquierda, sé que si todo discurre con normalidad voy a llegar. De cualquier modo, ¿qué es la normalidad aquí? No significa nada, y todo puede cambiar en segundos. Me aferro a la pendiente como un perro a su hueso, con tenacidad y dulzura.

Escalando los últimos metros debo concentrarme totalmente, porque vuelve a aflorar la roca, en forma de pequeñas repisas que no son difíciles pero sí molestas. Estando solo no hay margen de error. A las ocho y media de la mañana toco con la mano la cresta que forma la cima, y desciendo de nuevo de cara a la pared hasta una pequeña repisa unos metros por debajo. Es el lugar más expuesto que conozco, ésta no es una cima de las de ponerse de pie y sonreír a la cámara. Estoy satisfecho, pero me siento como un náufrago en medio del océano. Sólo han transcurrido ocho horas desde mi partida del campo III.

La pareja sueca, Thomas y Tina, me están viendo desde el campo II, pero yo ahora no lo sé. Y tampoco me importa, aunque quisiera ser discreto...

De este modo tan brillante, con perdón, cierro el capítulo de mi historia con el Lhotse,

montaña fantástica, que permanecerá siempre en mí de la mejor forma posible. He firmado aquí algunos de mis mejores ascensos. Ya sé que he subido por la ruta normal, pero no he usado ninguna cuerda en la parte superior de la montaña, y lo he hecho yo solo, sin un compañero que me ayude, que me inspire, cuyo reflejo me confirme a gritos desgarrados que todavía estoy vivo. A esta empinada canal por la que acabo de escalar le podrán llamar ruta normal, pero en estas condiciones, si te caes te matas. Y que se justifique otro, que yo no lo necesito.

Antonio y la tormenta, el espíritu de Bashkirov, la nieve helada, las cuerdas fijas inutilizables, el amanecer mágico y todo lo demás son ya una parte de mí. Me pertenecen para siempre, son mi riqueza.

En la cima estoy contento, pero todavía no he hecho nada si me quedo aquí arriba. Por un momento me siento tan solo.

Desde esta cumbre, este 21 de abril, el Everest se muestra orgulloso y altivo. Pronto voy a ver qué tiene reservado para mí.

....

En las próximas semanas no pierdo el tiempo. El día 30 de abril subo a dormir al collado sur, a casi 8.000 metros de altura. Mi intención es escalar el Everest antes de que lleguen los sherpas y pongan cuerdas fijas hasta la cima, lo que sin duda sucederá dentro de unos pocos días. Todavía estoy algo cansado tras el ascenso al Lhotse, pero de verdad quiero adelantarme a los numerosos alpinistas que estarán listos en una semana.

No por ninguna razón en particular, pero la aventura es mejor así. Si garantizamos el resultado de la empresa aniquilamos la esencia de la misma, cosa en la que los seres humanos nos hemos especializado.

Comparto tienda con un alpinista inglés que respira oxígeno en botellas durante toda la noche. Es cliente de una expedición comercial y su jefe me ha pedido que le vigile un poco, que tiene peligro el hombre porque quiere convertirse cuanto antes en el primer británico en subir al Everest por ambas caras, norte y sur. Ya subió hace unos años desde la vertiente tibetana, así que ahora anda con prisas, para adelantarse a algún compatriota que también quiere realizar tal *hazaña*. Un tranquilizador siseo emana de la máscara que cubre su cara.

Duerme como un niño.

Mientras él reposa, yo me entretengo sujetando la tienda durante toda la noche, agarrándola fuerte de los palos mientras un viento furioso intenta romperla. Es un viento cabreado por algo y sopla con la violencia que sólo aplica quien sabe de su propia autoridad. No conoce la mesura, el viento este.

No hay tregua cuando amanece, ni tenemos ninguna opción de intentarlo. Seré feliz si consigo escapar hacia abajo sin secuelas. Mi compañero se despierta después de algunas horas, se le ve descansado. Me pregunta si he cocinado algo para desayunar. Después agarra su radio y conecta con el campo base:

—Hace un aire terrible, nos vamos a tener que ir para abajo. Además Iñaki parece cansado...

Qué *majete*. Supongo que cada cual ve las cosas a su modo, pero yo echo a correr hacia el base sin esperarle. Cinco horas después estoy otra vez caliente, y a salvo, sobre el suelo.

....

El día 12 de mayo amanece frío y cruel. Yo no consigo calentarme de ninguna manera en la pendiente que sube hacia la cumbre desde el collado sur. No ha cambiado mucho desde el año 1992, aunque ahora, en primavera, hay mucha menos nieve. Mi cuerpo me está pasando factura por haber subido ya en dos ocasiones esta temporada hasta los 8.500 y 8.000 metros.

Mi sistema está *demasiado aclimatado,* es decir, se han formado tantos glóbulos rojos que mi sangre es viscosa y espesa, y no circula bien por los pequeños capilares de mis dedos. Lo noto realizando un sencillo test; apretando cualquiera de mis dedos de los pies, que se tornan blancos inmediatamente, y después contando los segundos que pasan hasta que vuelven a retomar el color rosado habitual. Al nivel del mar apenas transcurren un par de segundos, pero aquí arriba pasa casi medio minuto hasta que la circulación retoma la normalidad. Mis pies estaban fríos a todas horas ya desde hace días, incluso descansando en el campo base.

En estas circunstancias estoy ciertamente muy expuesto a las congelaciones, más por mi condición personal que por el clima.

Ahora estoy escalando otra vez, y me encuentro en una forma física buena, aunque no tan fino como hace dos semanas. Me rodean astronautas, que ascienden hacia la cumbre respirando un aire robado a esas botellas metálicas naranjas que normalmente abandonan en el suelo cuando están vacías. Yo escalo encorvado y cada pocos metros planto firmemente mi piolet en la nieve y me abrazo a él jadeante, como rogándole que me transmita algo de calor y energía. De vez en cuando le digo cosas bonitas.

Hemos salido a las doce de la noche, más por costumbre que por otra cosa, aunque hoy aprenderé que escalando sin oxígeno ésta es una hora demasiado temprana, porque otro de los efectos de respirar oxígeno en botellas es que se pierde la mayor parte de la sensación de frío cruel que acompaña la escalada sin bombonas. A las seis de la mañana estoy a 8.600 metros y tengo los pies como si fueran de madera. Es un buen ritmo, más de cien metros por hora, cuando se escala a estas horas de la noche y a pulmón libre. Hace rato que intento mover los dedos pero las sensaciones no vuelven. Nos pega ya el sol, todavía sin fuerza, pero no consigo calentarme de ningún modo.

Conozco bien, porque lo he visto en numerosos ejemplos, cuál es el precio a pagar por congelarse los pies. Creo que las amputaciones que siguen a las congelaciones profundas son un precio a menudo infravalorado, algo de lo cual se suele pensar con cierto desdén que es un riesgo asumido, como si no se pudiera evitar. O quizá uno cree que “eso es algo que no me va a pasar a mí”.

Yo no pienso asumirlo si lo puedo evitar haciendo algo tan sencillo como darme la vuelta.

Un poco más arriba, en las rocas que marcan el punto donde la pendiente se endereza hacia la cima sur, he alcanzado el límite. Intuyo que si sigo así, con los pies helados, el precio será demasiado caro. Me encuentro físicamente bien, sé que son sólo las 6:30 de la mañana, y estoy a 8.650 metros, a menos de doscientos metros de la cumbre.

Pero mis dedos valen más que cualquiera de estas montañas, incluida la más grande, ese Everest que es a pesar de todo uno de los lugares más fascinantes del planeta.

....

Desciendo hasta el campo base el mismo día y me derrumbo agotado en mi tienda. Allí puedo comprobar que me he librado por los pelos, ya que mis pies han perdido toda la sensibilidad y presentan un color púrpura que es síntoma de las congelaciones superficiales. Sé por la experiencia del año pasado que en un par de meses estarán bien de nuevo, sin secuelas.

Para mí se ha acabado la temporada. Hay que marchar hacia tierras más calientes.

Mientras descendía, unas horas antes y a 7.600 metros de altura, me he cruzado con un chaval inglés, de apenas veintidós años de edad, con quién había compartido algunas charlas durante la expedición. Se llama Mike Mathews y es agente de bolsa. Me había explicado, semanas antes, que para él el problema no era pagar los varios millones de pesetas que le costaba participar en la expedición comercial de la que era miembro. El problema era más bien todo el dinero que *dejaba de ganar* mientras intentaba escalar el Everest. Cuando, en mi descenso, me cruzo con Mike, él es el último de una larga fila de escaladores que suben al collado sur para intentar hacer cumbre al día siguiente, 13 de mayo. Hace rato que ha perdido el contacto con los más lentos de su grupo. Mike presenta un aspecto terrible; destrozado, sube lentísimo y apenas puede farfullar algunas palabras desde detrás de su máscara de oxígeno. Sólo puedo decirle que me he dado la vuelta cerca de la cima porque tenía los pies fríos. Después le digo algo que no puedo callarme:

—*Mike, you have no business up here, you should turn back...* (Mike, aquí arriba no pintas nada, deberías dar media vuelta).

Mike me dice que no a duras penas, sacudiendo la cabeza, y me explica que *tiene* que subir a la cumbre. Nos despedimos.

Ni los sherpas, ni los guías, ni el abundante oxígeno consiguieron que bajara de la cumbre al día siguiente. Desapareció para siempre después de pisar la cima.

Ningún sueño vale eso.

....

Me fui para casa decepcionado por el devenir de los acontecimientos y por no haber sabido intuir o evitar antes lo que luego inevitablemente sucedió. De nada sirve lamentarse después. Además, estaba satisfecho de que no hubieran podido doblegar en lo más mínimo

mi bien arraigada integridad. El dinero no vale nada, a la postre.

En mi Himalaya, alegría y terror han caminado muchas veces juntos, agarrados de mi mano. Me gusta así. Nunca sé de antemano cuál de ellos va a aparecer, si es que acaso lo van a hacer. Nunca puedo intuir a cuál me tendré que enfrentar. Pero prefiero sin duda sufrir cualquiera de esos terrores, o padecer las torturas de Tántalo, a tener que lidiar o mezclarme con gente falsa y manipuladora como los que antes he descrito. Cuando alguien así se cruza en mi camino, me retiro tan rápido como un niño que se quema por primera vez y aparta raudo su mano. Entonces no quiero volver a verles más.

……….

No me ha sucedido tantas veces, afortunadamente, apenas media docena de personajes. Ahora, y hablando de fracasos y fiascos personales, no se vayan todavía porque aún hay más.

Dando un pequeño salto en el tiempo nos vamos al año 2002, cuando trabajo como guía en mi quinta expedición comercial (capítulo “El obrero del Himalaya”). Esta vez no iba a salir bien.

Everest, 2002

Trata bien a los que te cruces mientras estés subiendo, porque de un modo u otro volverás a encontrártelos en la bajada.

Bob Dylan

El sherpa suda y se agita. Grita y pega estériles puñetazos al aire fino que le rodea, mientras todos corren detrás de él intentando detenerle. Parece poseer la fuerza de diez hombres. Resulta curioso que transpire de esa manera porque la escena sucede por la noche, el chaval sólo viste unos calzoncillos que ciertamente conocieron mejores tiempos y todos nos encontramos en la meseta tibetana, en el campo base debajo de la cara norte del Everest. Es un lugar desolado pero de una belleza cruda, de un esplendor que sólo alcanza a conocer aquél que puede poner sus pies sobre la tierra y oler el ambiente. Se llama Rongbuk y está a poco más de 5.200 metros de altura.

La temperatura debe de rondar los –15 ºC, quizá algo menos. En calzoncillos y a medianoche se tiene que estar *bien*.

No había visto un ataque de *delirium tremens* en mi vida, pero de todas formas el asunto no tiene ninguna gracia. El pequeño sherpa, delgado y moreno, ha echado a correr por la pedrera del campo base gritando que está buscando un taxi para ir a Kathmandu. La verdad es que a nadie le quedan dudas de que esa ciudad será su destino en cuanto consigamos reducirle entre todos. Cuando al fin es atrapado y llevado al orden por la fuerza sus ojos brillan suplicantes, como los de un animal que cae en un cepo. Él mismo no sabe qué le sucede, pero está extremadamente borracho.

Al día siguiente se marcha, enfermo y tembloroso. Alguien mira en su equipaje personal y apenas hay ropa o material de escalada. Sólo descubre varias docenas de botellas de whisky, Johnny Walker *etiqueta negra*. Tiene buen gusto, el sherpa. También tiene un espejo en el que mirarse, que no es otro que su jefe, mi jefe, un egocéntrico neozelandés con vocación de capitán general expatriado en Chamonix llamado Russell Brice. Un hombre ya maduro que bebe como un cosaco, a diario, aunque se levanta puntual todos los días, a trabajar. De muy

mal humor, eso sí.

Si algo no falta de ninguna manera en nuestras provisiones es alcohol. A Russell le debe de pasar como al legendario escalador inglés Don Whillans, que siempre iba bien provisto de alcohol en sus viajes porque le tenía un “temor mórbido a la deshidratación”.

Tiene que ser malo, eso de deshidratarse.

....

Russell es el dueño de una agencia que organiza expediciones comerciales y en los últimos años ha tenido bastante éxito en la ruta normal de la cara norte del Everest y en el Cho Oyu. El sistema es simple. Los clientes pagan una cantidad muy jugosa, algunos dirían que una barbaridad, para que un equipo de sherpas trabaje en la ruta y prepare los campamentos, mientras uno o varios guías de montaña occidentales, experimentados y conocedores del terreno, les conducen hasta la cima. El único criterio de selección para Russell Brice es poseer y estar dispuesto a gastar los 35.000 dólares que cuesta el viaje. Para participar basta con ponerse en contacto con ellos, rellenar unos formularios y hacer una transferencia por adelantado para reservar la plaza. Los clientes esperan ser guiados hasta la propia cumbre, acompañados y ayudados en todo momento. Se les advierte por encima de que el asunto este de subir al Everest podría resultar peligroso y firman de antemano un grueso pliego de descargo porque, ya se sabe, hay incluso quien se muere en esa montaña.

De este modo, Russell no selecciona a sus clientes por criterios de estado físico o experiencia alpina, cosa que en mi opinión debería ser indispensable para poder participar en la expedición. En esta ocasión tenemos cinco personas a nuestro cargo, además de tres grupos numerosos que vienen en tandas separadas para subir hasta los 7.000 metros del collado norte. Russell decidió hace ya un par de años no volver a subir a la cumbre del Everest en persona, de manera que yo seré el encargado de llevar a la gente hasta la cumbre y de vuelta, mientras él me aconseja y ordena vía radio. Todo ello por un sueldo de 15.000 dólares, que a pesar de la experiencia de 1999 no he exigido por adelantado. Llámame tonto y ya somos dos de la misma opinión.

Siempre he pensado que en las montañas de ocho mil metros no se puede guiar en el sentido alpino del término, como cuando un guía suizo lleva a sus clientes a la cima del Matterhorn y los deposita de nuevo en el valle sanos y salvos un rato después. Es decir, en altitudes extremas yo mismo no puedo garantizar mi propia seguridad así que malamente voy a poder hacer tal cosa con la de mis clientes. Pero si éstos entienden que lo que yo voy a hacer es acompañarles, no guiarles, poniendo mi experiencia a su servicio hasta la misma cima si se puede, y si además comprenden que yo soy el que manda y puedo ordenarles en un momento dado dar media vuelta, entonces puedo pensar en trabajar en tal asunto. Por si mi ayuda no fuera suficiente los clientes están además dispuestos a utilizar todas las *trampas* posibles y existentes, en cantidades aparentemente ilimitadas; cuerdas fijas, sherpas y oxígeno embotellado, y todos los medicamentos del mundo para compensar la escasez de fuerzas, técnica y experiencia. A pesar de ello, debieran saber también que el riesgo no sólo existe, sino que de hecho es bastante alto. De modo que sí creo que se pueden llevar expediciones comerciales al Himalaya, aunque hace falta honestidad para decir que no a posibles pagadores que no estén preparados para la empresa.

El tal Brice había contactado conmigo en la misma cima del Cho Oyu, en septiembre de 2001. Yo había llegado a la cumbre abriendo la huella para los clientes de mi expedición, de una agencia llamada “Himalayan Guides” y Russell había alcanzado el mismo punto, siguiendo mis huellas y guiando a los suyos, de “Himalayan Experience”. En la misma cima me ofreció trabajar para él unos meses después en el Everest, a cambio de los ya mencionados 15.000 dólares. Más de lo que yo ganaba trabajando hasta entonces para Henry Todd, así que si Henry no mostraba objeción yo me iría con Russell sólo unos meses después.

Russell y yo nos encontramos en Londres para montarnos en un avión que nos dejaría en Kathmandu una semana antes de que llegaran los clientes.

Yo estaba lleno de un entusiasmo ingenuo e infantil, excitado por la novedad de la empresa. Las cosas no iban a tardar en cambiar. Como lo hacen a veces, a peor.

....

Sentado en la morrena me fijo en el vuelo de las chovas, que viven aquí mientras haya escaladores intentando la cumbre. Se mueven bruscamente arriba y abajo, describiendo líneas que no se pueden predecir. A veces se quedan suspendidas en el aire, inmóviles,

jugando a merced del viento. Cuando nadie las pueda molestar se acercarán a escarbar entre los restos que dejamos los escaladores. Y algunas se aventuran a rasgar la tela de tus tiendas de altura, con desparpajo, para afanar toda la comida posible. Malos bichos, éstos.

Tampoco resultó ser ningún buen bicho mi jefe. Cinco clientes, media docena de sherpas, cuatro cocineros, algunos de los que simplemente pasaban por ahí y yo mismo llevamos ya cuarenta y cinco días soportando sus diarias resacas, su mal humor, sus malos modos, su mala educación y su autoritarismo. También aguantamos estoicamente sus ataques de febril actividad. Cuando no hay nada que hacer, se le ocurre por ejemplo alinear nuestros más de cien bidones en fila india, y después en círculo, o contar cuántas latas de sardinas quedan, o calcular si hay suficientes pilas para las radios, o mover todas las piedras que sujetan las tiendas para ver si en efecto están bien sujetas. Siempre son cosas completamente innecesarias pero que demuestran a las claras el rango que él ocupa en la expedición, y que hacen moverse a todos con energía y temor.

Yo no tengo mayores problemas. Hace ya bastantes días que he comprendido que no voy a volver a trabajar con él, como por otra parte han hecho todos y cada uno de sus guías en el pasado, pero quiero cumplir al menos mi compromiso con los clientes. No sé si Russell tiene problemas, o si los tuvo en el pasado, pero yo estoy preocupado por esta gente que ha pagado nada menos que 35.000 dólares por cabeza, sin contar material personal o billetes de avión. Uno de los cinco, el más fuerte con diferencia, se ha ido para casa lesionado, y menospreciado por Russell, quien le califica de “niñato que no sabe sufrir”. Otro es un alpinista de Hong-Kong que apenas consigue arrastrarse un par de horas más allá del campo base. Otro de nuestros clientes es un canadiense de ¡sesenta y ocho! años que se queda habitualmente dormido durante las cenas en el campo base con un tazón de sopa en la mano. Se despierta cuando la sopa se derrama sobre sus piernas, sobresaltado. Con mucho esfuerzo y paciencia conseguiré que suba hasta 6.900 metros, debajo del collado norte. Más adelante, guiado personalmente por Russell en una de las escasas ocasiones en las que éste se pone los crampones, el veteranísimo conseguirá agotar sus escasas energías llegando al collado norte, a 7.020 metros de altura. Después ya sólo puede irse para casa.

Los otros dos clientes son japoneses. Alegres, dicharacheros, amigables y entusiastas, aunque de dudosa solvencia como alpinistas. A uno de ellos, Atsushi Yamada, le conozco desde que coincidimos el año pasado en la cima del Cho Oyu. Entonces yo tenía suficiente trabajo con uno de mis clientes que bajaba lentamente, pero pude ver en directo como Atsushi sufría un colapso nada más iniciar el descenso, y tuvo que ser rescatado y ayudado por el propio Russell y dos de sus sherpas. Este año parece haberse aclimatado bien y estar algo más fuerte que entonces. Creo que es el único de los dos que tiene posibilidades o que debería intentarlo porque el otro, que se llama Sunji Tamura, no se ha aclimatado en absoluto a la altura y sólo ha conseguido llegar al campo I y dormir allí con muchos problemas. Sunji, que es tranquilo pero resulta difícil de interpretar, vive en Suiza, donde es dueño de una agencia que organiza *tours* en los Alpes para japoneses con medios. Y ése va a ser el problema que va a originar el estallido final; Sunji nutre regularmente de clientes a Russell, para que la agencia de éste en Chamonix les guíe en la zona del Mont-Blanc, de modo que mi jefe tiene un especial interés en que el japonés quede satisfecho con la experiencia. Russell quiere que Sunji suba a la cumbre como sea, a pesar de que no esté preparado, en mi opinión. De ese modo el flujo de clientes japoneses enviados por Sunji a la agencia de Chamonix no disminuirá en el futuro... Hasta cierto punto es comprensible.

A mediados de mayo el cielo aclara, el viento se para y preparamos ya el intento de cumbre. Es el mismo período de tiempo increíble que va a permitir a mi amigo Carlos Pauner ascender el Makalu o a Alberto Iñurrategi completar con estilo y compromiso los 14 ochomiles, en la arista este del Annapurna. Es el tipo de buen tiempo estable y duradero que ofrece pocas dudas y que ocurre pocas veces.

Russell nos reúne a todos para ordenarnos su plan. A mi me toca escucharlo a la vez que a los clientes. Russell impone que, ya que Sunji obviamente todavía no está aclimatado, sea Atshusi el que lo intente primero. Pero quiere que yo espere en el campo base mientras Sunji acaba de aclimatarse, mientras el joven Atsushi será asistido solamente por sherpas en su escalada a la cumbre. Cuando Sunji se aclimate, si es que eso llega a suceder, entonces seré yo el que le acompañe a la cumbre, más avanzado el mes de mayo. Lo que quiere por encima de todo es que Sunji quede satisfecho.

Sé que uno de los sherpas, que se llama Phurba Tashi, es extraordinariamente fuerte y capaz. Es ciertamente de lo mejor que yo haya visto, dedicado y bravo. Yo le llamo *El*

abstemio, porque es el único de toda la cuadrilla que no bebe. Pero aún así, cuando me reúno a solas con Russell, le explico que no voy a dejar de ninguna manera y bajo ningún concepto que un chico de veintidós años, a quien vi casi morir en la cima del Cho Oyu hace unos meses, se vaya hacia la cumbre del Everest solo mientras yo estoy descansando en el campo base, todo ello para quedar bien con otro cliente. Russell me da la razón sin querer, cuando me dice que si me deja ir a la cima con el primer japonés, entonces quizá yo esté demasiado cansado para repetir la escalada con el otro. Es posible, por supuesto, pero el buen tiempo hace que el primer intento ya esté en marcha. Y yo no quiero vivir con deudas morales, ni quedarme con la duda.

Tengo que tomar una decisión rápidamente. Russell me dice que de ninguna manera va a cambiar de opinión. Comprendo que, o lo tomo, o lo dejo. Veo por su posición inalterable y su trato chulesco que cree sin dudarlo que no tengo manera de hacer otra cosa que lo que él dice.

Este hombre no me conoce.

Inquieto, pienso durante buena parte de la noche. Sé que si Atsushi se mata nadie me va a meter en la cárcel porque él ha asumido su parte de riesgo, pero yo tendré que vivir con mi decisión el resto de mi vida, y ése es un riesgo que no voy a aceptar.

Decido irme a casa, después de cincuenta y seis días trabajando veinticuatro horas al día, ante la imposibilidad de justificar éticamente la decisión que Russell ha tomado por mí. Sé que no es un problema de aceptar la autoridad, y sé que arriesgo todo, puesto que Russell, perro y viejo, no me ha pagado por adelantado nada de lo acordado verbalmente.

A la mañana siguiente me levanto unas horas antes del desayuno y escalo hasta el campo I, en el collado norte, para recoger mi equipo personal. Con la mochila llena llego de vuelta al base al amanecer ante la mirada sorprendida de todos los que me cruzo, que salen esperanzados en su propio intento de cumbre. Explico mi decisión a todos y cada uno, aunque nadie parece entonces sorprenderse demasiado. Conocen bien a mi jefe. Cuando llego al base recojo todo mi equipo, casi treinta kilos, y lo ato como puedo en una inmensa mochila, ante la mirada atónita de los nepalíes.

En ese momento llega Russell, a quien alguno de los sherpas ha contado lo que ha visto; que me voy. Mi jefe, que pensaba ciertamente que la decisión de irme no entraba en mis cuentas, parece por un momento anonadado. Le explico a las claras que podría llegar a soportar su mala educación, incluso su alcoholismo, pero que me parece inmoral dejar que un chaval de veintidós años sin experiencia escale el Everest con un sherpa, por muy bueno que éste sea, mientras nosotros dos miramos. Y que debiera saber que, como hace tres años con la gente de National Geographic, me importa un huevo de pato con quién hablo si éste me trata así. De modo que adiós muy buenas.

Me arrastro bajo mi monstruosa carga durante buena parte de la mañana para recorrer los 25 kilómetros que me separan del lugar donde acaba la pista de tierra. Mi mente se relaja después de toda la tensión acumulada. Después me encuentro con un pastor de yaks que me convence para dejarle transportar parte de mi carga a cambio de unos *yuans*, la moneda china.

Sé que la primavera se ha ido al garete. Pero una vez más no han podido pasar por encima de mis valores, de mi integridad. Mis abuelos también eran así.

Cuando me monto en el *jeep* que me va a conducir de vuelta a Nepal, y a casa, decenas de linternas frontales iluminan la ruta que conduce a la cumbre del Everest por la arista noreste. Yo quisiera estar ahí, aunque ahora debo pensar en la manera de no volver a mezclarme nunca más con gente de la calaña de Russell Brice.

Más que nada, es una cuestión de salud mental.

....

La jugada le salió bien a Russell, al menos por esta vez. Phurba Tashi, *El abstemio*, acompañó hasta la cima y de vuelta a Atsushi Yamada. Ocho días después hizo lo mismo con Sunji Tamura. Ambos japoneses utilizaron oxígeno desde cotas muy bajas y en cantidades industriales, y el tiempo se portó bien, permitiendo que todo transcurriera sin incidentes.

Pero la suerte siempre es un aliado bastardo. Siempre tiene las horas contadas, siempre se larga con cualquiera. Apenas dos meses y medio después, el equipo de Russell está de vuelta en la cara norte del Everest para guiar hasta la cima a un joven francés de veintitrés años, Marco Siffredi, en su intento de descender el corredor Norton con la tabla de *snowboard.* Marco ya había ascendido con anterioridad al Cho Oyu y al propio Everest, siempre en una de las expediciones comerciales de Russell, siempre con Phurba Tashi,

siempre con oxígeno. El 11 de septiembre el propio Phurba Tashi y otro sherpa abren la huella para Marco hasta la cumbre, de nuevo con abundancia de oxígeno embotellado. Allí son testigos de cómo se calza la tabla y comienza su descenso.

Nadie volvió a ver a Marco con vida.

Por mi parte, no fue hasta más de un año después de la expedición, ya bien entrado el año 2003, cuando recibí una transferencia de 2.000 dólares desde Chamonix. Un escueto correo la acompañaba, y en él Russell me explicaba que ese era el dinero que él juzgaba que valía mi trabajo durante la primavera anterior.

Los otros 13.000 dólares supongo que pasaron a engrosar los beneficios de la compañía. Sin duda, un negocio perfecto, o al menos interesante.

Yo sólo pensaba una cosa, entonces como ahora: ¡Russell, quédate lejos de mí!

La cara oculta

Everest, marzo-mayo 2000

No sé qué opina el mundo de mí, pero yo me siento como un niño que juega en la orilla del mar, y se divierte descubriendo de vez en cuando un guijarro más liso o una concha más bella de lo corriente, mientras el gran océano de la verdad se extiende ante mí, todo él por descubrir.

Isaac Newton

Por la ventanilla del avión todo parece frondoso y verde. Se ven campos de arroz, bosques inmensos, y el agua corre por doquier. Para Antonio Aquerreta, que viaja sentado a mi lado y se acaba de despertar después de tres horas de dormir el sueño que ya quisieran para sí los justos, lo que se ve a través de la pequeña ventanilla no se parece en nada a nuestro destino: Lhasa, la capital del Tibet. Antonio la ha visto en fotos, y esto le parece sin duda mucho más verde de lo esperado. Como siempre en el caso de este amigo auténtico y especial, lo expresa con vehemencia y particular entusiasmo, todavía espantándose las legañas:

—*La leche*, sí que es verde el Tibet...

Antonio, en su sopor, no se había enterado de que el vuelo que debía dejarnos en Lhasa ha doblado su recorrido y ha llegado hasta Chengdu, a más de mil kilómetros de distancia y apenas seiscientos metros de altitud, debido a una feroz tormenta de arena y polvo que no ha permitido el aterrizaje en la capital del reino de las nieves.

Estamos algo deprimidos por el retraso.

Una de las azafatas de la *China Southwest Airways*, cuya sonrisa podría iluminar un parque de atracciones, se percata de nuestra melancolía y, sin dejar de sonreír, nos dice en un inglés bastante básico:

—No estéis tan tristes, debierais estar contentos de estar aquí, porque Chengdu es una de las ciudades milenarias de China; tiene 10.000 años de historia.

Koldo Aldaz, como el resto de nosotros, no sabe todavía si la sonrisa de la chica es una cuestión de imagen corporativa o más bien se trata de una señal sincera, que responde a un vano intento de esconder sus anhelos de apertura, amor, roce, esperanza. Con cierta ternura acaso tocada de una leve socarronería Koldo, mirándole igualmente sonriente, le responde en perfecto castellano:

—¿10.000 años? Fíjate tú, y nosotros sin venir hasta ahora...

La sonrisa debía ser cosa de las normas, de la etiqueta, porque la china sigue luciéndola orgullosa. Por un momento me siento conmovido y algo atormentado por la frialdad de la

funcionaria, aunque sea por una vez. Durante ese instante, pienso que pagaría por saber qué piensa realmente esta joven mujer, bella y eficazmente ausente, a quien no volveré a ver jamás.

....

Nos vamos al Everest y nos llamamos la “Expedición del Milenio”. Bueno, tenemos excusa; no somos nosotros mismos quienes nos hemos puesto el alias. Si fuera por voluntad propia no llegaríamos a ser la “Expedición del quinquenio”, como mucho la “Expedición del año”. Y en mi caso personal ni siquiera la *única* expedición del año. Pero tenemos patrocinadores, un teléfono vía satélite y un ordenador que incluso funciona, al menos al principio. Vamos a filmar un documental. Vestiremos todos la misma ropa, hemos dado una rueda de prensa para despedirnos y un señor, político de profesión y presidente de nuestra comunidad en los ratos libres, nos ha entregado con pompa y boato una bandera de Navarra para que ondee en la cumbre de las cumbres. Bueno, me la ha entregado a mí, a quien mis compañeros han designado líder, cosa que sólo significa que te toca dar un paso adelante en estas situaciones, porque luego en el monte cada uno se sabe valer por sí mismo. Me ha dado la bandera con buena intención, supongo, pero no sabía el hombre que el destino de la enseña iba a ser acabar como tapete durante las partidas de mus en el campo base. No por ninguna razón especial, es que la tela era buena para tal menester. Lástima del tarro de miel que se le cayó por encima un día cualquiera, un día tan normal, y acabó con sus servicios a la patria. Ni siquiera las banderas están hechas para durar eternamente, por fortuna.

Y no fue culpa nuestra que la tela roja no ondeara en la cumbre, a estas alturas ya sabemos que la culpa, lo que se dice la *culpa*, siempre es de otro. En este caso fue del viento. ¿No dijo el poeta que la respuesta siempre está en el viento?

....

Mikel Zabalza es un alpinista imprescindible. No, no es verdad, en realidad es una persona imprescindible. Parece delgado y no es muy alto, pero está dotado de una resistencia que no se agota fácilmente. Tranquilo y reflexivo, amigable y siempre dispuesto a moverse, a cansarse, a luchar y pelear, a vivir. Además es discreto y ciertamente poco dado a los aspavientos mediáticos y el exhibicionismo que son comunes desde siempre, y más aún hoy en día, en los aventureros. Mikel es siempre quien carga la mochila más pesada sin decir nada, quien abre la huella cuando todo el mundo se esconde, quien se levanta a recoger nieve cuando los demás duermen, quien cocina el desayuno cuando hace frío. Y todo ello sin pavonearse, lo que tiene a mis ojos un innegable mérito añadido.

Fue Mikel quien se acercó hace unos meses a llamar a la puerta de Retena, una empresa navarra de telecomunicaciones en imparable expansión. No nos hemos enterado pero la época de Internet, las telecomunicaciones rápidas y los teléfonos móviles ha llegado, y las máquinas se han apoderado de nosotros sin remisión ni posibilidad de vuelta atrás. Mikel consiguió entrevistarse con algún responsable de marketing, a quien contó con pelos y señales sus planes de escalar alguna montaña de 6.000 o 7.000 metros, de esas que son tan difíciles de escalar como de patrocinar.

No era lo que Retena estaba buscando. Sin embargo, los responsables de publicidad de esta empresa estaban dotados de una cualidad que cualquier alpinista en busca de *sponsor* sabe apreciar de veras: la sinceridad. Le contaron a Mikel que lo del sietemil no les interesaba, pero que si por casualidad conocía a alguien que tuviera entre sus intenciones escalar el Everest, en ese año 2000 mágico y sonoro, entonces Retena estaba dispuesta a hablar del tema.

¿Escalar el Everest? Haberlo dicho antes, hombre. ¿Existe alguna razón para NO escalar el Everest? Si es así, nosotros la desconocemos. Quizá sucede que no fuimos a clase ese día, estaríamos escalando probablemente.

Nos costó poco decidirnos, como mucho unos cinco minutos.

....

Nadie realizó una selección para formar parte de la expedición. Cualquiera entre nuestros amigos que mostrara algún interés era ya parte de la banda. La base la formamos los mismos alpinistas del Kangchenjunga 97, con la excepción del triste y prematuramente desaparecido Xabi Guembe y también de Julián Beraza, un amigo de verdad a quién yo personalmente iba a echar mucho de menos. El resto de los que formábamos el grupo de aquella ocasión, el propio Mikel, Carlos Pauner y yo mismo acogimos la idea con ganas. Con igual entusiasmo juvenil se sumaron Koldo Aldaz, compañero en mi primera y ya lejana expedición al Himalaya, y que desde entonces se había dedicado a criar a su hijo, y también el fortísimo Antonio Aquerreta, con quién sufrí y disfruté el brusco temperamento del Lhotse. Igualmente se apuntó José Mari Oñate, *Habichuelas*, otro veterano del Lhotse, aunque en su caso iba a tener que quedarse en casa en el último momento, debido a serios asuntos personales.

Las montañas nos llenan de experiencias, aventuras y vida. Eso es algo bien cierto, y también la razón exacta que mueve nuestras piernas y nuestro corazón. Pero no es menos verdad que se puede vivir sin ellas; yo no, pero sé que hay quien sí puede.

¿Pero qué sería de nosotros sin amigos? O, dicho de otra manera, ¿qué sería de mí sin *estos* amigos? Desde el año 1997 yo había escalado ya en al menos otras cuatro ocasiones en el Himalaya; yo solo (Lhotse 98), o como miembro de “Al filo de lo imposible” (Gyala Peri 98 y Manaslu 99), o bien con los americanos (Lhotse y Everest 99). Pero a pesar de haber compartido alguna de esas expediciones con muy buenas personas, grandes alpinistas, en todos y cada uno de esos viajes había echado de menos a Carlos, a Mikel, a Antonio y a todos los compañeros del año mágico de 1997, aquella temporada donde no nos subimos a (casi) ningún sitio pero aprendimos a ser himalayistas. Ahora había llegado la hora de la revancha, de disfrutar no sólo de las montañas sino también de los amigos. Ésos que te aceptan tan malo como seas sin intentar cambiarte demasiado.

En Retena consideraron que hacía falta un segundo *sponsor* que cubriera el resto del presupuesto, aunque nos dijeron que no nos preocupáramos puesto que lo iban a buscar ellos mismos. No se puede pedir más. A nosotros nos tocaba diseñar un plan que nos ofreciera posibilidades de verdad de pisar la cumbre, y también ofrecer a nuestros auspiciantes profesionalidad e imagen, algo a lo que los díscolos espíritus libres que somos en general los alpinistas no estamos del todo acostumbrados. No tardaron en avisarnos de que una productora de documentales de Madrid, que firmaba reportajes para el canal Odisea, tenía serio interés en el asunto. Así que gracias a nuestros patrocinadores pudimos dedicarnos a entrenarnos con ganas y preparar una estrategia adecuada.

El plan alpinístico no supuso mayor problema. Pensamos en escalar la cara norte del Everest. En primer lugar sin duda es mucho más interesante desde el punto de vista técnico, ofreciendo más o menos las mismas posibilidades de pisar la cumbre que la vertiente nepalí, sin el riesgo añadido de tener que pasar por la cascada de hielo del Khumbu. Nos vamos a un país, el Tibet, desconocido para casi todos nosotros, y tenemos la oportunidad de visitar el lugar donde los legendarios ingleses Mallory e Irving desaparecieron en el año 1924, a más de 8.500 metros de altitud. También es más barato escalar esa cara norte, porque el permiso que también hay que pagar al gobierno chino cuesta bastante menos, de momento, que el que desvergonzadamente aplica su homónimo nepalí.

Para Carlos, Mikel, Antonio y yo estaba absolutamente claro que no íbamos a utilizar oxígeno en botellas para ascender a la cumbre. O subimos sin botellas o preferimos no subir, llegando únicamente hasta donde nuestros pulmones lo permitan.

Para explicar mejor una idea que al neófito en la materia le parecerá sin duda demasiado radical, y quizá repetitiva a lo largo de esta historia, me serviré de un ejemplo. La esencia de una vida en pareja, cualquier pareja, es sin duda el amor. Aún así, sin amor verdadero se puede estar muy bien; es posible encontrar a quien te trate de maravilla, quien sea correcto, atento, amable. Podrá durar muchos años, incluso toda la vida, y podrá incluso ser el padre o la madre de tus hijos. Pero a esa correcta pareja le faltará la esencia misma del asunto; ese amor, apasionado o no, que te hace respetar al otro y darlo todo por él, o ella, sin pensar en ti. Pues bien, la esencia misma de escalar el monte Everest es llevar nuestro cuerpo hasta el territorio de la hipoxia extrema; el lugar donde la falta de oxígeno es tal que sólo unos pocos hombres, muy entrenados y motivados y en las mejores condiciones de salud, climatológicas y técnicas pueden conseguir llegar a ese punto cercano a la estratosfera donde el cielo es azul oscuro, estar unos minutos y bajar a duras penas. ¿Puedo yo subir hasta allá arriba por mis propias fuerzas? Dicho de otro modo, a nadie se le ocurriría correr el Tour de Francia en moto, porque está bien claro que lo esencial allí es dar pedales.

También es posible, por supuesto, subir al Everest de un modo correcto y relativamente seguro, al tenebroso precio de trepanar de cuajo esa esencia de la cuestión, como quien vive en pareja sin amar de verdad. Te ayudan, a cambio de dinero, unos sherpas nepalíes que realizan la mayor parte del trabajo duro o peligroso: abrir la ruta, equipar los campamentos, instalar las cuerdas fijas y acarrear las pesadas botellas de oxígeno hasta el punto donde se comienza a usarlas. Después el pseudo-alpinista se enchufa y es justo entonces cuando se acaba la aventura. Quién sube así corre riesgos, desde luego, pero su experiencia del Everest se limitará a las hermosas vistas desde la cumbre, fotos incluidas. Para algunos, igual que en el amor, basta con eso.

A mí, dame por favor amores de verdad, de los que duelen. Y, a 8.000 metros de altura, mantén alejados de mí esos cilindros de titanio naranja que contienen tan pocas verdades y ninguna respuesta.

El Everest sin oxígeno también duele.

Todos rehusamos utilizar esa ayuda artificial que no tiene otro efecto que rebajar artificialmente la altura de la montaña hasta que queda accesible para nuestros pulmones o piernas. Personalmente, y más desde mi experiencia de 1992 siempre he creído que sólo me gustaría ver mi nombre en la lista de gente que ha subido al Everest sin oxígeno, por puro orgullo. La otra, la de quienes han escalado utilizando las bombonas, me parece más una colección de buceadores o astronautas, si se me permite la intolerancia.

Para Koldo la cosa no estaba tan clara, ya que él quería subir a la cumbre sin sufrir daños permanentes, o congelaciones. Por eso decidió utilizar oxígeno, y por eso contratamos también a dos sherpas, para que nos ayudaran en el transporte hacia arriba del precioso gas. Aceptábamos la diferencia entre nuestros estilos sin estridencias, adaptando nuestras peculiaridades a las de los demás sin roces. Así iba a ser durante toda la expedición.

……….

Como ya he mencionado, *Habichuelas* se tendrá que quedar en casa obligado por las circunstancias. Pero en el último momento tenemos dos incorporaciones al grupo. Se viene con nosotros un amigo guipuzcoano, Txetxu Lete, que quiere también probar suerte en la montaña más alta de la tierra; aunque él correrá con sus gastos personales, una vez en la montaña funcionaremos al mismo ritmo, compartiendo escalada y buenos momentos. Txetxu es un tipo sólido y de ideas claras, inteligente y tranquilo, que tuvo que aguantar lo suyo y parte de lo de alguien más, al ser y ejercer de guipuzcoano entre tantos navarros. Eso sí, jugando al mus no es rival.

El otro miembro es un periodista. Mal asunto, ése de llevarse al monte la luz y los taquígrafos, pero cuando este chaval me llamó por teléfono, indagando sobre las posibilidades de unirse a nuestra banda, algo en mi intuición me hizo al menos escucharle en lugar de despacharle por las buenas, que es lo que había hecho, aunque estaba en su perfecto derecho, la expedición de “Al filo de lo imposible” que también se dirigía a la cara norte del Everest. El chico se llamaba Óscar Gogorza, nacido en Irún aunque residente en Bilbao, y trabajaba en el mayor periódico de España, *El País*. Él, que reconocía no tener experiencia suficiente, quería estar en la norte del Everest esa primavera que se anunciaba tan movida. Lo consulté con mis amigos y ninguno objetó, y nuestros *sponsors* obviamente tampoco, así que, gracias a esa primera impresión, Óscar se hizo de la partida.

No me decepcionó mi olfato. En el monte Óscar no pintaba nada, todavía, pero se iba a convertir en poco tiempo en uno de mis amigos más queridos.

……….

Un color entre ocre y ceniza se extiende ante nuestros ojos por el altiplano del Tibet. Pequeñas colinas pardas decoran el paisaje aquí y allá, sin un orden establecido. El río Yarlung Tsampo refleja los últimos rayos de un sol que no calienta ni ha calentado en todo el día, pero que igualmente se desploma agotado por el oeste. De allí venimos.

No sabía que en Lhasa, la capital del Tibet, hubiese musulmanes. Las otras veces que había visitado la vieja ciudad prohibida ni siquiera me había percatado del minarete que se eleva hacia el cielo detrás del Barkhor, en la parte vieja, ni tampoco había oído las repetidas llamadas a la oración que algún muecín que imagino adusto y barbado realiza varias veces al día. Pero ahora me doy cuenta de que el dueño de nuestro hotel, el Flora, es musulmán, como también lo son su mujer y su hija. Se llama Muhammed y su hermano Karimulláh, que vive en Kathmandu, es quien nos ha gestionado los visados y permisos varios.

Todos notamos la altura, por ejemplo si subimos las escaleras corriendo. A pesar de que

hemos pasado dos semanas realizando un *trekking* de aclimatación por el lado sur del Everest, en Nepal, la escasez de oxígeno se deja ver en esas primeras horas en la capital del reino del trono de los dioses. Los días pasados en el valle de Khumbu han sido magníficos. Hemos sido 28 personas, divididas en dos grupos, las que hemos llegado hasta el campo base del Everest para, en el caso de los alpinistas, amortiguar precisamente esa llegada tan brusca a la altitud del Tibet. Hemos disfrutado durante los días de caminata de la compañía de muchos amigos, parejas y novias. Venía incluso Laura, la hija de Carlos Pauner, además de algunos clientes de la agencia Natur Trek, de Pamplona. También seguían nuestros pasos, con bravo pundonor, el director, el cámara, el operador de sonido y el productor que Multicanal ha contratado para que realicen un documental sobre nuestra escalada para el canal "Odisea". Los artistas resultaron ser todos ellos muy buenos tipos, sumamente interesantes.

Ahora, en Lhasa, nos hemos quedado solos los alpinistas. Pero, de nuevo, no se van a dar los juegos de interés, las dinámicas de grupo y las maniobras de posicionamiento que son comunes según los psicólogos en este tipo de sociedades temporales. Nosotros somos amigos, y todos los estudiosos de estas cosas se pueden largar al carajo.

Partiendo de Lhasa llegamos al Himalaya desde el norte, recorriendo las pistas que los chinos han construido según dicen por motivos sociales y altruistas, aunque en realidad ha sido porque les ha dado la gana, que para eso están aquí con el ejército. Viajamos sentados en cómodos vehículos todoterreno conducidos por tibetanos domesticados que merecerían todas las penas eternas de algún infierno por el modo en el que destrozan al unísono los jeeps y a sus ocupantes. A veces el peligro no está sólo en la montaña, y de eso éstos tienen en abundancia.

El último día antes de llegar cruzamos un alto collado, de 5.400 metros que ofrece vistas inigualables sobre todo el Himalaya. Desde el Cho Oyu hasta el Kangchenjunga, pasando por el Everest y el Makalu, toda la cordillera se ofrece a nuestros ojos. Miramos en silencio el espectáculo, sabiendo a ciencia cierta que es mejor callarse, mejor al menos que abrir la boca para decir alguna tontería o, peor aún, alguna cosa obvia.

Un rato después recorremos a botes los últimos kilómetros hasta el monasterio de Rongbuk. Hace rato que podemos ver la cara norte, que despliega sus aristas y sus paredes como el velo de una novia, o como un pájaro a punto de echar a volar. Mientras tanto, Antonio y Txetxu, desde el asiento de atrás, discuten animadamente sobre si el *Dragón Khan*, en Port Aventura, es mejor que la gigantesca montaña rusa de Disneyworld París. Yo no me puedo aguantar, y al cabo de un rato les provoco sin compasión:

—Pero vamos a ver, ¿vosotros creéis que Loretan o Messner llegaban hasta aquí y, viendo lo que se ve, se ponían a discutir de parques de atracciones?

Antonio pica, no ha cogido la ironía.

—*Jodé, macho*, pues hablamos de lo que nos da la gana...

Y se muere de la risa, Antonio. Se ríe tanto y tan fuerte que hasta el impávido conductor tibetano se troncha, creo que está seguro de que la broma ha debido ser buena.

Ya sabía antes de venir que esta vez me lo iba a pasar de primera.

....

Ya lo he dicho antes: la culpa fue del viento.

El aire en el Tibet, en la cara norte del Everest, es un aire que no conoce la mesura ni el matiz, que parece haber salido hace apenas unos minutos de un encierro eterno en la claustrofóbica caja de Pandora. Es un aire que tiene ganas de juerga.

Nos atizó sin compasión.

Pero lo peor no fue su escasa piedad, ya que eso se lo suponíamos de antemano. Lo peor fue su irremediable indecisión, su inexplicable ciclotimia, su irregularidad. Ahora soplo, mañana me paro, pasado empiezo de nuevo, y al otro me voy a casa otra vez. Nos volvió locos sin remedio.

En la montaña había, cómo no, bastante gente. Pero el lugar lo admite, por una parte, y además pronto los candidatos menos preparados se habían de ir hacia lugares más cálidos, con la premura que la supervivencia exige.

Unos meses después de la expedición, será curioso observar la soltura con la que algunos afirmaron que el Everest estaba masificado, que se había convertido en un circo, que estaba lleno de cuerdas fijas. En fin, sí que había gente en la ruta normal, pero como casi siempre la cara norte, la cara este y la cara suroeste estaban vacías. Allí abunda la aventura de verdad y las rutas para héroes merecedores del Piolet de Oro

, si eso es lo que buscan. Pero quizá no es así; quizá los que tanto hablan, que suelen ser a menudo los que menos escalan, sólo quieren poner a sus grupos en la cumbre, como cualquiera por otra parte. Y para eso mejor escalar por la vía normal, en donde el uso generalizado de cuerdas hace que el alpinismo quede en segundo plano.

El caso es que entre todos los españoles las relaciones van a ser fluidas y por supuesto abundarán las visitas de cortesía o gastronómicas, para superar el aburrimiento que provocan los períodos de mal tiempo. Hay, además de la nuestra, una expedición de Madrid, otra vasca, otra de “Al filo de lo imposible”, y también hay rusos, italianos, alemanes, japoneses, chinos, daneses, suizos, ingleses, italianos y canadienses. Y muchas docenas de nepalíes, sherpas mayormente, trabajando como locos para que todo funcione.

Gentes de todo pelaje, unos mejores que otros, pero todos soñando con pasear sus botas por la cima del mundo.

Me quedo enseguida con la valía humana y alpinística de muchos de mis compañeros. Siempre me agrada la simpatía de Miguel Ángel Vidal, la motivadísima calma de Jordi Corominas, la máquina que lleva dentro Alberto Zerain, la inteligencia y sensibilidad de Ferrán Latorre, la sonrisa de Willy Bañales o el metro ochenta de Edurne Pasaban, que no sé cómo se las arregla pero siempre huele bien. Igual va a ser que se lava.

Todo el mundo se mueve más o menos al mismo ritmo. Las posibilidades de tomar decisiones individuales cuando por aquí *pululan* casi cuarenta alpinistas de tu propio país (y doscientos entre todos), se reducen drásticamente. He de confesar que esto no me gusta ni un pelo, y en general yo soy alguien que funciona a su propio ritmo, sin fijarme en exceso en lo que hacen o piensan los demás, aun a riesgo de equivocarme. Algunos lo llaman nadar a contracorriente, otros dicen que voy a la contra, o que estoy siempre fuera del redil. Pero yo sé bien que la psicología de grupo en un campo base puede llegar a hacer diabluras, y he visto más de una vez cómo alpinistas de diferentes grupos se convencían unos a otros de cosas irreales, como por ejemplo que *hace* mal tiempo, o que *viene* una tormenta, o que el peligro de avalanchas *es* extremo. Por mi parte, respetando la vasta experiencia de algunos de los demás, creo ser ya lo suficientemente mayor para saber cuándo tengo que subir y bajar.

Según la teoría se trata de ascender hasta los 7.500 metros, como aclimatación, y después bajar a descansar al campo base para estar preparados cuando el viento pare. Pero el campo base es en realidad un campo base avanzado, a 6.400 metros de altitud, al que se llega caminando en zapatillas por una morrena glaciar de veinticinco kilómetros de longitud desde el monasterio de Rongbuk, último lugar accesible con los *jeeps.* Esto supone que la mayoría de los alpinistas presentes no quiera recorrer el glaciar arriba y abajo una y otra vez, limitándose a quedarse arriba durante el tiempo que dure la escalada. Así, en un par de semanas ese mismo campo base avanzado se convierte en lo que llamamos con sorna un *campo de zombis*, donde los alpinistas ni duermen, ni beben ni comen lo suficiente para generar nuevas energías. En el Everest, esta circunstancia ha matado a más de uno, porque el *zombi* no llega a ser completamente consciente de su deteriorado estado. Por nuestra parte, nos esforzamos en bajar hasta el campo base *de abajo*, que está a *sólo* a 5.200 metros de altitud, para recuperarnos apropiadamente.

Una persona tendrá una importancia vital en ese proceso de regenerar nuestros cuerpos: nuestro cocinero y amigo Nima Dorje Tamang. Hace ya ocho años que somos amigos, y él ha estado conmigo en el Cho Oyu, el Shisha Pangma, el Kangchenjunga, el Lhotse y el Everest. Todo el idioma nepalí que he aprendido lo he hecho con él, apuntando palabras en una pequeña libreta entre risas y complicidad. También me ha enseñado, paciente, todo lo que sé de esta cultura y de sus gentes. Siempre ha tenido una taza de limonada o de té preparada a nuestro regreso de los campos de altura, y siempre dicha taza ha llegado a nuestras manos acompañada de su sonrisa cálida y amigable. A Nima nunca le ha importado que subamos a la cumbre o no, más bien creo que le divierte nuestra vanidad, aunque jamás osaría decírnoslo. Él sabe que las montañas siempre van a estar ahí. Durante cientos de frías madrugadas, Nima y sus ayudantes se han levantado sin rechistar, bastante antes que nosotros, y han cocinado cereales y tortillas, preparado café y té, con cariño y amistad. Después, nosotros hemos hecho siempre mal aprecio de su poco agradecido trabajo y, tras tomar apenas unos sorbos o cucharadas de algo, hemos salido apresurados hacia arriba sin casi dar las gracias. Pero Nima no se lo ha tomado personalmente y, atento cual felino, ha salido de la cocina cuando enfilábamos hacia la montaña para darnos un último apretón de

manos. Un apretón que sella, cada vez, una hermosa y estrecha amistad. Ahora intento convencerle para que deje de fumar.

Por eso le quiero tanto, a Nima Dorje Tamang

2

. Lo mismo que a Kaji, Sarki, Dorji y los otros que nos acompañan en esta ocasión.

Trabajan duro por nosotros. Lo podían hacer de cualquier forma, pero lo hacen con amor.

....

No tengo ni idea de por qué casi todos los escaladores se van para el pueblo más cercano. Según dicen, es para oxigenarse. No lo comprendo.

De hecho es ya 10 de mayo, y el tiempo, que ha sido muy ventoso, se puede arreglar en cualquier momento. Además, me da igual lo que digan los partes meteorológicos; yo me quedo aquí con una mano en el piolet, listo para la pelea. Creo que es la única manera de acertar. Pero algunos de los demás piensan de manera diferente. Entre mis compañeros de expedición, la mayoría siente que todavía necesitan pasar una noche a 7.500 metros de altura para sentirse preparados. Yo, por el contrario, sé que he alcanzado el punto en el que estoy en la mejor forma posible. A partir de ahora, si permanezco mucho tiempo en gran altitud, mi energía irá disminuyendo de modo inexorable. Mi cuerpo se aclimata rápidamente, lo que significa que el número de mis glóbulos rojos, los que se encargan de llevar el oxígeno a los músculos, aumenta a mayor velocidad que el de muchos otros alpinistas. Ésta es una cualidad genética que no se puede entrenar, sólo significa que elegí bien a mis padres. Pero tiene una contrapartida seria; si la expedición se extiende durante mucho tiempo, mi sangre, al ser más espesa, puede causar trombos y favorecer las congelaciones. Y si de esto no me cuido yo, no lo va a hacer nadie por mí.

Para saber en qué punto se encuentra mi aclimatación, no necesito análisis de sangre ni nada parecido. Me basta con repetir el test que ya hacía en el Lhotse, y que es mucho más sencillo. Lo hago normalmente en uno de los dedos gordos de mis pies. Suelo apretar un poco con la mano hasta que la circulación se interrumpe. Después dejo de presionar de golpe y cuento los segundos que transcurren hasta que la piel vuelve a ser roja, señal de que la sangre ha vuelto. Al nivel del mar y sin aclimatación alguna, bastan un par de segundos para que la sangre retorne a su sitio. Pero en altitud a veces hacen falta más de 20 segundos, y entonces sé de sobra que estoy *pasado* de aclimatación. Entonces los pies están fríos todo el día, y a menudo también durante la noche.

En este momento de la expedición, bien entrado el mes de mayo, el resultado del test, mis propias sensaciones y el tiempo que tardo en escalar hasta los campos de altura me dicen que yo estoy listo. Y si miro a mi interior, veo que casi puedo reventar, de la felicidad y energía que experimento. Sólo tengo que aplicarla toda en un solo punto; la cima del Chomolungma, allí donde vive la diosa.

Me decido a salir sin esperar a los demás, que parecen no haber terminado todavía esa fase de aclimatación. Con un cierto impulso. ¿Que los demás no están listos?, pues yo sí, y espero que el Everest también.

....

A 8.500 metros de altitud las cosas son sencillas, al menos durante el primer rato. No se piensa mucho en tu equipo de fútbol favorito, ni en la declaración de la renta, ni en las complicadas relaciones de las parejas modernas. Simplemente abres la boca y respiras a grandes bocanadas, como un pez fuera del agua. También procuras no despeñarte mucho. Después, si el rato es demasiado largo, normalmente te mueres, a no ser que te rescaten antes. Esto, que parece una perogrullada, es algo que cuesta la vida anualmente a numerosas personas que, sin saber del tema y sin ninguna voluntad de pasar los sufrimientos que la preparación lógica exigiría, se aventuran ayudados por la tecnología (oxígeno) y por otros (sherpas) en la así llamada “zona de la muerte”.

Lo que es difícil de verdad es la supervivencia, incluso durante ese primer rato. La vida en altitud extrema, a más de 8.300 metros, se reduce a un acto muy simple; conseguir llevar el suficiente oxígeno a tus pulmones, de tal modo que éstos hagan a su vez que tus piernas se muevan. Para arriba o para abajo, pero sin perder mucho tiempo. ¿Parece simple, no? Bueno, en realidad no lo es tanto.

Mediados de mayo, se está haciendo tarde. Aprovechando que es fin de semana salí el sábado 13 temprano, y subí directamente hasta el campo II, a 7.600 metros. Al día siguiente me planté tras algunas horas de agonía a 8.300 metros de altura. Bueno, no estaba solo.

Estábamos yo y mi mochila, la muy gorda. No sé cómo describir la sensación de escalar acarreando tu propia casa detrás a tal altitud, pero la palabra cruel se queda bastante corta. Corto es también el paso, y cortas son las expectativas. Pero me he sentido bien durante toda la subida y en los últimos metros antes de alcanzar el emplazamiento del campo, una empinada e incómoda ladera pedregosa, he alcanzado a cuatro alpinistas rusos. Los conozco de los días pasados en el campo base. Hay uno llamado Alexandre que es simpático, si es que siendo ruso se puede llegar a merecer tal calificativo. Otro responde por Iván, y los otros tienen toda la pinta de llamarse Nikolai o Vladimir o algo peor. Vienen usando oxígeno, pero escalamos al mismo ritmo, lo cual me anima. Además no tienen sherpas, son tan brutos que el oxígeno que usan lo han subido hasta aquí ellos mismos.

Instalar la tienda que yo mismo he acarreado hasta aquí arriba me cuesta un buen rato, y quizá un par de años de vida. Me entretengo mirando al horizonte, el mismo horizonte cristalino que hechizó a Messner, a Mallory y a tantos antes y después que ellos. Tres horas más tarde llega Sarki, le puedo reconocer por su espigada figura. Los últimos veinte metros le cuestan media hora. Viene desinflado. Tose y se estira mientras deja su mochila, y me dice sonriente a pesar de su estado:

—*Very nice day...*

La verdad es que el tiempo parece perfecto, el viento es suave y las condiciones sin duda están a favor, aunque a esta altitud esas sensaciones son siempre relativas y, a menudo, peligrosas y traicioneras como las promesas de los políticos. Uno prefiere estar tumbado, a recoger nieve para derretirla y poder beber... Así, poco a poco y sin percatarse de ello, el deterioro puede ser irreversible. Además, sucede que no hay cuerda fija a partir de este punto, porque las expediciones comerciales todavía no han aparecido por aquí arriba. Así que habrá que practicar un poco de alpinismo, para variar. Sarki ha traído un saco de dormir y algo de comida, por lo que mi noche será, gracias a él, mucho más confortable. Después de pasar un rato de cháchara y beber algo, se va para abajo sin lamentarlo mucho. No sabe que acaba de batir su récord de altitud, y si lo supiera le importaría un comino.

Hablo con Alexandre y quedamos en salir a medianoche. No por nada, es una hora neutra e imparcial, y nadie podría acusarnos después de ser unos zánganos y salir muy tarde, o de lo contrario. Para mí, que no voy a utilizar botellas de oxígeno, es una hora incluso demasiado temprana, a causa del frío.

El anochecer no me relaja. Una desgana inevitable y tenebrosa se ha apoderado de todos mis gestos y las sombras de mil dudas luchan, con cierto éxito, por encontrar su propio espacio en mi mente. Por un momento no sé donde estoy y no sé si he dormido. Concentro todos mis pensamientos en un punto del techo de la tienda, intentando escapar de los negros pensamientos que asedian mi espíritu. Me cuesta un buen rato relajarme.

Veo luces en el collado norte. Allí abajo está la vida.

Poco antes de la medianoche me las apaño para ingerir, de mala manera, una taza de algo parecido a chocolate medio caliente. Es curioso, pero sabe a sopa. Quizá tenga algo que ver con el hecho de que no he fregado el pote después de la *cena* de ayer. Es igual, no tengo mucha sed, aunque me gustaría comer plátanos y yogures. Mientras manipulo mis crampones para ajustarlos a mis botas, mis dedos se enfrían tanto que tengo que parar cada pocos segundos a esconderlos en las mangas de mi traje de pluma y, cuando se calientan de nuevo, puedo volver a trabajar con ellos durante otro minuto, como mucho. Aquí arriba todo cuesta una eternidad. Oigo a los rusos trastear en su tienda, ellos también están preparándose para la crueldad de la vida ahí afuera. Una vez comienzo a andar, todas las dudas desaparecen y vuelvo a sentirme bien, concentrado y despierto. Quince pasos, un minuto de parada, jadeos, vuelta a empezar. Las horas más oscuras finalizan siempre así, en un estallido de energía y movimiento.

Pero también comenzaba entonces la semana más dura de mi vida; la historia de tres intentos frustrados por alcanzar la cima más alta de la Tierra.

....

Salgo un rato antes que los rusos, pero me alcanzan enseguida sin aparente esfuerzo. Me pasan y me parecen astronautas, enfrascados en esas máscaras de oxígeno de las que emana un confortable siseo. Estos rusos grandotes me agobian, no hay espacio para todos. Poco más tarde volvemos a andar otra vez al mismo ritmo. Una hora y pico después de salir alcanzamos la arista, a más de 8.400 metros de altura, y pasamos por delante de la pequeña cueva donde yace el cuerpo sin vida de un montañero indio que murió aquí en 1996. Se le conoce por el color verde de sus botas de plástico, aunque yo evito mirar, pudoroso o quizá

atemorizado. No será además el único cuerpo que veamos hoy, también deben estar por aquí cerca los restos de Francis Distefano, una escaladora americana que murió hace dos años en el descenso de la cumbre tras haberla alcanzado sin utilizar botellas. Algunos, que sí las usaban, pasaron a su vera sin ayudarle demasiado, camino de la gloria que esperaban encontrar en la cumbre. Ignoro por lo demás cómo se miran al espejo el resto de los días de su vida. El marido de la americana era un ruso conocido por ser tan fuerte como Anatoli Boukreev, llamado Serge Arsentiev, que se despeñó el mismo día intentando el rescate. Si estas piedras por las que tan torpemente me desplazo hablaran, contarían infinitas historias similares, tragedias repletas de lucha y esfuerzo, llenas de la grandeza del hombre que pelea hasta sus últimas fuerzas por lo que más quiere, esa vida que se escapa, pero también relatarían sus miserias más egoístas. Siempre lo he pensado, los alpinistas sólo somos personas, como los demás.

El terreno es malo con ganas, está formado por capas de roca superpuestas a modo de tejas. A veces hay nieve o hielo, por lo que escalamos con los crampones puestos, con bastante torpeza en cuanto salimos de la nieve. Se intuyen de vez en cuando viejos restos de cuerdas fijas, que no oso tocar de ningún modo. Es curioso pensar, *a posteriori*, lo fácil que resulta volver a practicar alpinismo de verdad; basta con prescindir, o al menos limitar, el uso de las cuerdas fijas, ese cordón umbilical que nos une con el campo base, nos asegura el regreso a casa y aniquila la aventura.

La noche es severa, oscura, fría y sin corazón. A 8.500 metros alcanzamos un pequeño resalte rocoso conocido como "primer escalón", que precisamente precede a otro, más difícil de escalar, llamado "segundo escalón". (El que les puso el nombre a estos accidentes geográficos, hace ya unos cuantos años, debía por cierto hallarse sumido en un estado de hipoxia extremo, con la imaginación aletargada). Allá alcanzo de nuevo a los rusos, que se han sentado y están esperando. Observo con incredulidad cómo uno de ellos está cortando trozos de cuerda fija vieja, uniéndolos con nudos para paliar la carencia de una cuerda propia, nueva. Joder. La cosa no me gusta ni un pelo, de hecho desde mi accidente del K2 nunca he sentido confianza por restos de cuerdas que quedan en el lugar de un año para otro, con esa misma lógica del gato que se escaldó. Cuando comienzan a asegurarse unos a otros con esa cuerda anudada que yo imagino medio podrida, colgándose de ella con ganas, decido espontáneamente dar media vuelta y regresar a la vida. El terreno, más difícil de lo que esperábamos, requiere de un colega y de una cuerda (nueva), que son dos cosas que, en esta vida, siempre me han asegurado el disfrute y de paso el pellejo. Volveré por aquí, creo.

Me voy para abajo sin pensarlo mucho.

Seis horas después alcanzo el campo base, tras un descenso que a mí me ha parecido lento pero que no lo ha sido en absoluto. Casi es la hora del almuerzo de un lunes 15 de mayo cualquiera. La comunidad de escaladores españoles me recibe con nutritivas viandas y bebidas, y con la curiosidad propia de quienes van a iniciar su propio ascenso mañana mismo, visto que la cosa pinta bien. Un poco después, mientras me echo una buena siesta en mi tienda, alguien se acerca a decirme que los cuatro rusos están en la cumbre; se han convertido en las primeras personas en escalar el Chomolungma en este año 2000. Me lo tomo bien y me alegro por ellos. Las cuerdas no estarían tan mal, y después de visto, todo el mundo es listo.

Uno de los cuatro periodistas que acompañan al grupo de "Al filo..." se acerca a inquirir acerca del porqué de mi retirada. Le respondo sin asomo de resquemor:

—Es que me jodía matarme hoy...

Era la pura verdad.

....

Las siguientes tentativas no conocen mejor suerte. Apenas descanso un día, el martes 16. Al día siguiente, miércoles 17 de mayo, subo directamente los 1.300 metros de desnivel que nos separan del campo II. Allí, a 7.800 metros de altitud, me siento como en casa, perfectamente aclimatado. Después la tarde se vuelve ventosa y tormentosa. Mikel y Antonio, que también han salido en su propio intento de cumbre, deciden quedarse, mientras Carlos y yo nos bajamos al base sin pasar la noche. Cuestión de apostar o no, pero tan pronto llegamos al base deja de nevar y el cielo se despeja. El 18 descanso un poco, mientras gente de otros equipos hace cumbre, oxígeno mediante, y los sherpas de las expediciones comerciales, sobre todo la suiza de Kari Kobler, fijan las cuerdas hasta casi la propia cima. Es curioso que luego, meses después, algunos de los que se agarran con más fuerza a estas cuerdas serán quienes critiquen con más ganas la propia existencia de estas expediciones

comerciales. Todos mis compañeros están por los campos de altura. El tiempo es inestable, lo mismo hace un día magnífico que al día siguiente uno espantoso.

El viernes 19 amanece otra vez bueno, así que en el campo base me encuentro inquieto, aunque bastante cansado tras haber subido dos veces a 8.500 y 7.800 en estos últimos cuatro días. Todavía me duelen las piernas, pero mis amigos están llegando al campo III y mañana intentarán subir a la cumbre. A mediodía me entero de que Mikel se ha dado la vuelta ya pasados los 8.000 metros de altura, pero Antonio está en ese campo III (8.300 m.), parece encontrarse fuerte y, con su habitual entusiasmo, dispuesto a intentarlo. Yo no soy uno que se queda mirando cuando la acción sucede arriba. Cambio de plan sobre la marcha, es la gran ventaja de haber nacido donde he nacido y no en Alemania, por ejemplo.

Mis cálculos, viejos conocidos, vuelven a visitarme, y juntos nos decidimos. Si salgo del campo base a las cuatro de la tarde y escalo durante diez horas seguidas, puedo alcanzar el campo III, y con ello al grupo principal, más o menos cuando salgan hacia la cima, quizá un poco después. A partir de ahí, con la gasolina que quede en el depósito, a seguir sufriendo en dirección a ese punto donde me lleva mi pasión, la cima. Es un sistema que ya he empleado con cierto éxito en el Shisha Pangma, el Gasherbrum II y el Broad Peak, y que se conoce como ascensión *express* o *non-stop*. Permite subir y bajar con rapidez si se tienen las condiciones físicas y mentales adecuadas para ello, además de mucho volumen de entrenamiento detrás.

Dicho y hecho. Devoro como un tigre, arroz y lentejas al estilo nepalí. Me pongo calzoncillos limpios, por tradición y por lo que pueda pasar, y me voy para arriba decidido mediada la tarde. La gente que me ve pasar por delante de sus campamentos no da crédito a lo que ve. “Otra vez el chaval este en marcha, qué energías”, parecen pensar. O quizá sus sonrisas son mera compasión y lo que esconden de verdad es “Mira que es tonto este muchacho, que no ve que no va a subir al Everest ni por casualidad”. Me da igual, les devuelvo la sonrisa con sinceridad. Apenas me lleva una hora y tres cuartos alcanzar el collado norte. Ni siquiera paro en mi tienda. La temperatura se desploma cuando cae la noche, pero yo me enfrento con ganas a la cuesta de nieve aburrida que conduce al campo II. La nieve está dura y ni me molesto en agarrar la cuerda fija; de todas maneras, las manos se enfrían si las meto en el puño mecánico que permite agarrarlas, y voy mejor con mis bastones de esquí. Hasta los 7.500 metros puedo ascender lentamente pero sin paradas para recuperar la respiración.

A media cuesta adelanto a tres franco-canadienses que ni siquiera responden a mi saludo. Los conozco del campo base y son buena gente, así que no se lo tengo en cuenta, pienso que quizá tengan el día *francés*.

De los 7.500 hacia arriba terminan al unísono las bromas, las fuerzas y las posibilidades de sobrevivir largo tiempo. Conozco bien el terreno, pero el tiempo no me gusta nada. Está revuelto, hace bastante viento y no se ve una parte del cielo, estrellas que se hallan ocultas tras alguna maldita nube.

Peleo como un jabato a pesar de mi cansancio y alcanzo el campo III (8.300 m.) a las tres de la mañana, diez horas y media después de salir. Todos los demás ya se han ido para arriba. Me meto en mi tienda, la misma que Sarki y yo instalamos aquí hace unos días y me encuentro a un tipo grande, medio dormido y desorientado. Le explico dónde está, en la tienda de los navarros de *Retena-Odisea Everest 2000*. Le cuento que tengo frío y sed y que me deje pasar, por favor, que vengo desde el base de un tirón y aquí afuera hace un *pelete* curioso. El buen hombre, que resulta ser originario de Dinamarca, parece no comprender. Después me explica que él creía estar en la tienda de un amigo holandés que les había dado permiso para usarla. Su compañero ha tirado hacia arriba con Antonio y los demás, también sin oxígeno, pero él no se ha encontrado con fuerzas.

El día amanece malo con ganas. Una nube lenticular rodea la zona somital de la montaña, señal inequívoca de fuertes vientos. Salgo de nuevo hacia arriba tras recuperarme durante un rato. Me despido de mi inquilino danés, que no intuye que su compañero jamás va a regresar de su intento; se despeñará al amanecer a más de 8.500 metros de altura.

Nada más salir veo a un colega italiano, un tipo sólido y experimentado, que regresa medio congelado tras esta noche espantosa. Se llama Silvio Mondinelli, y me grita que hoy no hay nada que hacer. Yo sigo hacia arriba, pero ya a medio gas. Comienzo a comprender que esto ha sido todo por este año, pero me resisto a enfilar mis pasos hacia el valle.

El grupo de mi amigo Antonio Aquerreta, que incluye también a Miguel Angel Vidal, Alberto Zerain, Edurne Pasaban y algunos más, se encuentra estancado debajo del segundo escalón.

Acaban de ver despeñarse al montañero danés, compañero del que acabo de encontrar en mi tienda, y además el viento y la tormenta hacen que la progresión sea inviable, una quimera que no puede conducir a nada bueno. El propio Alberto Zerain realiza un esfuerzo heroico bajando por una difícil ladera a comprobar lo que ha sucedido con el accidentado, que efectivamente se ha matado. Después de esperar un buen rato todos deciden bajar. Yo tomo la misma decisión, unas cuantas docenas de metros más abajo. Bajar es fácil, después de tanto sufrimiento más parece una liberación.

Mientras recorro los últimos metros que me separan del campo base no estoy triste, ni enfadado. Sólo me encuentro algo perplejo, porque después de subir a más de 7.800 metros de altitud tres veces en una semana aún tengo ganas de pelea. La única explicación ha de ser patológica.

Cada vez me gusta más el Himalaya.

....

Durante la siguiente semana el temporal no da tregua. Hemos jugado y hemos perdido, si es que ganar sólo significa subir a la cumbre. Koldo lo intenta con ganas, pero no puede ser. Antonio, la persona más fuerte que conozco, es un espectro de sí mismo, apenas se sostiene de pie, y los demás tampoco estamos ya para ninguna batalla.

La decisión de irnos a casa no la tomamos nosotros, viene dada por la propia naturaleza de esta actividad. Hemos sobrevivido, y me alegro de haber pasado dos meses en compañía de estos amigos excepcionales, en una expedición que recordaré siempre por la grandeza personal de todos sus componentes.

“Volver todos, volver amigos, subir a la cumbre”. Las repito. Son las tres reglas de oro, a las que agarrarnos de nuevo con el orgullo intacto, sin asomo de frustración.

Así es el Himalaya.

Cuando me despido de la Diosa Madre le miro a los ojos, sin asomo de altivez, extinguido ya hasta el deseo que me quemaba hace unos días.

Por dentro me siento vacío, ya no me queda nada más por entregar.

Si me pongo racional, sé que la partida se ha terminado y que ha sido jugada bajo las reglas que la montaña impone, aun sin quererlo. Si quiero ser sentimental, comprendo que cada gramo de energía y cada deseo han escapado de mi ser. Sé también que durante estos meses he encontrado momentos, personas, imágenes y fuerzas que me acompañarán para siempre. Pero por un instante, mientras la miro sumido en el abismo de mis propios anhelos, creo que La Diosa Madre es tan bella porque ella también se nutre de nuestra fantasía, ella también guarda con mimo la energía que nos roba.

Vuelvo mi mirada hacia las piedras del glaciar. Ha llegado el momento de decirle hasta luego a La Diosa, pero no le guardo rencor. Sé bien que volveremos a vernos.

El obrero del Himalaya

Las montañas no son estadios donde satisfacer nuestras ambiciones, sino catedrales donde profesar nuestra religión.

Anatoli Boukreev

Henry Todd tiene aspecto de lo que es. Un tipo grande como un oso, barbado, con todas las líneas de la cara marcadas por los miles de experiencias vividas y con un brillo infantil y travieso en sus ojos. Las canas cubren su cabeza, pero se aprecia cierta energía en sus andares y además siempre parece estar mirando tras de sí desconfiado. Hace unos cuantos años hubiera sido un buen pirata. Se bajó del avión en Bilbao procedente de su siempre temporal casa en Edimburgo, Escocia, y enseguida una cálida sonrisa iluminó su rostro. Yo estaba ahí, esperándole, sin saber muy bien a qué demonios venía. Le conozco de los años en los que subí al Lhotse, 98 y 99.

Por mi parte desconozco si tengo aspecto de algo, ni siquiera me preocupa tanto el tema. Pero si que tengo la costumbre, puñetera, de comer tres veces al día. Además como bastante, lo cual no sale barato. Y, hablando de dinero, mejor no tener en cuenta los 500 euros de hipoteca mensual que hacen, estoy seguro, que algún banquero moje sus pantalones afectado por un ataque de risa... todos los meses. La de banquero, dicho sea de paso, parece ser una buena profesión, mejor que la de alpinista según los valores que imperan. Pero igual no ganan lo suficiente para pagar la lavandería, tanto reírse...

Han pasado ya unos meses desde que la cara oculta del Everest nos mostró su irremediable ciclotimia, su mal humor y sus malas pulgas. En mi vida de alpinista hay ya muchas puertas que están cerradas, aunque sé de sobra, como me suelen decir mis numerosos amigos italianos, que cuando una puerta se cierra se abre un portón. Quizá con Henry sea ésta una de tales ocasiones.

Pronto me explica la cosa, sin tapujos. Henry tiene una agencia, llamada *Himalayan Guides*, que desde 1994 se dedica a organizar expediciones comerciales al Himalaya. En este tipo de expediciones, los clientes, gente de cualquier procedencia, pagan un precio (que en el caso de su empresa es sensiblemente menor al de la competencia) por participar en la escalada de alguna de las montañas. Uno o varios guías occidentales, además de numerosos sherpas, allanan el camino hacia la cumbre haciendo que los clientes se encuentren, en la medida de lo posible, acompañados. Pero éstos saben que han de ser autónomos si es necesario, además de poseer, al menos sobre el papel, la experiencia necesaria según el objetivo. Se les explica que, en condiciones normales, van a ser acompañados por un guía hasta la propia cumbre, pero no atados a él al modo “alpino”. Este guía será el encargado de pisar la cima con ellos si se tercia, será quien tome cualquier decisión y quien tenga la potestad de mandar a la gente de vuelta hacia el campo base. En el pasado, alpinistas de la calidad del kazajo Anatoli Boukreev o del norteamericano Andy Lapkass han realizado el trabajo. Ahora la plaza está vacante y, si la quiero, es para mí. Si acepto, la primera expedición tendría lugar inmediatamente, a modo de prueba y saliendo en un par de semanas (¡otra vez!), a una montaña tan bella como el Ama Dablam, durante el comienzo del invierno 2000-2001. Después, si la cosa me gusta y si yo gusto, ya tendremos tiempo de hablar del

Everest, durante la primavera de 2001, y del Cho Oyu el siguiente otoño. Es en estas tres montañas donde se concentran el 90 por ciento de las expediciones comerciales, además del Gasherbrum II durante el verano pakistaní.

No me cuesta mucho pensarlo y respondo afirmativamente a la propuesta. ¿Escalar el Ama Dablam, aunque sea trabajando? Creo que habría de ser el tipo más imbécil del planeta para rechazarlo.

Aclaremos por si acaso, ya lo he dicho antes, que tampoco soy precisamente el más listo del mundo, y también me llega para comprender *a bote pronto* que nadie te paga un dinero, mucho o poco, por irte al monte de paseo. Me puedo imaginar, aunque no sé hasta qué punto, las dificultades y los riesgos del empeño. Sé que me jugaré el bigote por esas alturas, pero el asunto de (sobre)vivir de la montaña está difícil de verdad. Lo de trabajar de cámara de altura, de momento, se ha acabado. Hay que explorar nuevos caminos, o quedarse en casa a buscar patrocinadores. Por ahora, prefiero trabajar de guía, que es algo creativo, que genera ilusión. Ya me lo dijo hace algunos años con gracia e ironía mi añorada amiga Myriam García, en una ocasión en la que le pregunté de qué íbamos a vivir cuando fueramos mayores, “Siempre podremos llevar *tostaos* al monte...”

Me voy a Nepal de nuevo unos días después de la visita de Henry, quien no va a venir pues está sancionado por dos años sin visado ni permisos de escalada por el gobierno de Nepal, por un asunto nunca aclarado del todo sobre una agresión a un periodista norteamericano en el campo base del Everest. Así que yo seré el jefe “supremo”, con autoridad sobre sherpas y clientes. Me parece que voy a ser un mal jefe, pero todavía tengo tiempo de demostrarlo.

Me monto en el avión que me dejará a mediados de noviembre en Kathmandu con el mismo cosquilleo de siempre en el estómago.

Sigo igual; la ilusión y las ganas no se esfuman. ¿Se puede trabajar en algo así sin que te guste?

Ama Dablam, madre no hay mas que una noviembre-diciembre 2000

Pasang Dawa es un chico de Pangboche, esa pequeña aldea del Himalaya nepalí que no es en realidad más que un campo de patatas, aunque cierto es que está plantado en el lugar más bello del mundo, a los pies del Chomolungma, la diosa madre. PaDawa, que es como le llamamos los amigos, sabe que es un privilegio vivir a los pies de estos gigantes que atraen anualmente las miradas y los pasos de miles de personas. Cuando estuvo en Pakistán pudo comprobar lo flacas que están las vacas en ese país musulmán, lo mala y escasa que es el agua, y cómo todos los hombres llevan barba y apenas se ven mujeres por ahí. Se sintió contento de regresar al hogar del valle del Khumbu, después de jugarse el pellejo en el K2. Para este chaval alto, de mandíbula alargada y sonrisa fácil, estaba quizá escrito que escalar las montañas que rodean su casa iba a convertirse en su modo de vida. Cuando no era más que un adolescente, él y sus amigos Ang Tshering y el hermano de éste, Ang Nuru, esperaban ansiosos a que las expediciones terminaran para dirigirse entonces a la vía normal del Ama Dablam, la arista suroeste, trepando instintivamente por las rocas hasta los campos 1 y ii, a más de 6.000 metros de altitud, para llevarse como botín todo lo que pudieran conseguir. Una vez que retiraban las viejas tiendas o cuerdas que nadie más que ellos quería o necesitaba, descendían destrepando y volvían a sus ocupaciones habituales, la recogida de patatas y el pastoreo de los yaks. Sin estridencias ni pavoneos, sin preguntas trascendentes, sin inquirir el porqué de las cosas, simplemente aprovechando de modo sencillo lo que la vida dispone a tu paso. Así es la filosofía de algunos de los sherpas, una raza de supervivientes adaptados a la perfección a uno de los lugares donde la vida es más difícil. (Ahora bien, conozco a algunos de ellos que son buenos... para tenerlos lejos).

El Ama Dablam se eleva majestuoso y único sobre ese pequeño pueblo de casas dispersas, como si se tratara de una joya, mirando a sus hermanos Everest y Lhotse, que sólo

son más grandes en altura, desde esa hermosura radical que parece salir de su propia alma, desde esa misma belleza que sin sombra de duda constituye su esencia infinita y eterna. Es la clásica montaña que ocupa un lugar destacado en cualquier lista de “montañas más bellas” (¿acaso no todas lo son?), y ello sucede por derecho propio, sin necesidad de que jurado alguno le otorgue el galardón. Los atardeceres allí son guapos...

Su nombre, Ama Dablam, quiere decir “el collar de la madre”. No hace falta echarle mucha imaginación para ver, en la silueta de la montaña, los hombros y el cuello de la rechoncha figura de una mujer sherpa. También podemos ver, colgado en la cara oeste, el inmenso *serac* de hielo que constituye el collar. En aquella sociedad matriarcal todas las mujeres tienen, además del dinero en el bolsillo y el control del hogar, hermosas piedras siempre colgadas del cuello, bellísimos collares de turquesas y corales que acentúan sus rasgos hasta hacerlos parecer algo a medio camino entre una postal o un cuadro, indescriptiblemente plásticos y hermosos. Mientras ellas deciden sobre las cosas serias, los hombres se pueden dedicar libremente a correr tras los bichos por el monte, a beber generosas cantidades de *chang*, la cerveza local, a todas horas y con cualquier motivo, mientras de paso dejan de incordiar en casa. Pueden igualmente ayudar a la gran cantidad de seres desvalidos e inútiles para el servicio que suben a tropezones por el valle en manadas a hacer eso que llaman *trekking* o incluso a escalar los picos. Sin duda son prácticas las mujeres de por allí...

....

Ha llegado el invierno de nuevo y ya no quedan patatas en los campos. Los días se suceden parecidos, claros y fríos, y las ráfagas de viento se han instalado para quedarse unos cuantos meses. Ya no nevará más hasta bien entrada la primavera. Hoy es 6 de diciembre del año 2000. En la muy tiesa pendiente cimera del Ama Dablam, donde me encuentro, hace un aire bastante curioso y muchísimo frío, aunque no tanto como cuando hace una semana tuvimos que abortar nuestro primer intento de cima en el campo iii, tras una noche de ventisca infernal que destrozó nuestras tiendas e ilusiones al unísono. Ahora, a escasos veinte metros de la cumbre, me resguardo del vendaval y me siento en la nieve a esperar a PaDawa, que cual guía suizo está un poco más abajo acabando de fijar bien unas cuerdas. Tengo los pies completamente helados y hace rato que no los siento, son como de madera. Tres cuartos de hora después llegarán Geoffrey y Tom, nuestros dos clientes que ahora son además nuestros amigos. PaDawa se para a mi lado y se sienta, de un modo suave, sin gastar una caloría de más. Mientras yo voy embutido en mis mejores galas, carísimos plumíferos y trajes que por su precio y aspecto bien podrían parecer espaciales, él sólo luce una camiseta de algodón, una sudadera de las de ir a correr por el parque y un chubasquero cuyo aspecto denota que ha conocido varios dueños y tiempos mejores. Y no parece estar mal, porque ni siquiera lo lleva abrochado hasta el cuello. Seguro que las ha visto peores. Entre nosotros no hay necesidad de palabras. Nos conocemos hace tiempo, y ambos sabemos lo que hay que hacer. Estamos aquí trabajando. Sin embargo nuestras emociones son distintas. Ahora PaDawa va a cumplir los treinta años, y no se acuerda bien si son siete u ocho las veces que ha subido hasta esta cumbre, así que me puedo imaginar la ilusión “terrible” que le hace. Yo, que también me gano así el pan, me siento por el contrario emocionado y feliz.

La oportunidad de ejercer de guía en el Ama Dablam me permite saldar una vieja deuda de honor. Eran ya demasiadas las veces que había pasado por su base, de camino a montañas más altas pero de menor hermosura, mirando de reojo, pidiendo disculpas y cargado de deseo pensando: “Algún día...”. Ahora el día ha llegado. PaDawa y yo nos acurrucamos en nuestra pequeña repisa, colgados en el balcón que es esta cima, y observamos en silencio cómo los tejados del valle reflejan el sol del mediodía, ese sol de diciembre que ya calienta bien poco. Cuando por fin abro la boca no es sino para quejarme, como buen occidental;

—“Tengo los pies medio helados, hace rato que no los siento.”

—“Ya sé lo que te pasa, ya sé cual es tu problema”, me contesta el sherpa.

Yo le miro atónito, feliz de ser capaz al fin de dar con la causa de mis males, que me ha hecho retroceder en más de una ocasión en las grandes montañas, incluso a una hora escasa de alguna cima. Las congelaciones son en mi opinión una cosa bien seria y muy infravalorada, algo a evitar si para ello sólo hace falta darse la vuelta a tiempo.

—“¿Qué es?” pregunto impaciente, a gritos entre la ventisca.

—“Te los lavas demasiado...”

Esa fue su respuesta, y nuestras carcajadas debieron oírse ciertamente en Kathmandu. Unos minutos después nos abrazamos en la cumbre, orgullosos y fatigados como corresponde, sin palabras ante el espectáculo que las fuerzas telúricas, o las que sean, nos

deparan. Contamos ante nuestros ojos cinco de las seis montañas más altas del planeta, y hacemos las fotos de rigor, como intentando capturar parte del alma del lugar, para llevarla de vuelta al hogar, a la vida. Pero intuyo que ello no es posible, y que sólo lo hacemos por pura vanidad. Me parece estar no ya en el cuello de la madre, sino más bien en su regazo, confortable y seguro a pesar de la exposición. La Madre, Ama Dablam, nos ha tratado con amor. Quizá sucede que las madres no saben hacerlo de otro modo, pero estamos agradecidos.

Ese mismo día llegaremos entrada ya la noche al campo base, y al día siguiente, 7 de diciembre, bajaré corriendo al pueblo para llamar por teléfono a mi madre en el día de su 60 cumpleaños, y decirle lo mucho que la quiero y lo mucho que la extraño. Mi carrera continuará en los días siguientes y sólo tres días después podré abrazarles de nuevo en casa, a ella y a mi padre.

Es cierto que madre no hay más que una, y que las montañas sólo son pedazos de piedra, inertes e insensibles. Pero algunas, hay que ver qué hermosas son. Y me refiero a ambas, madres y montañas.

Everest, ¿el mayor espectáculo del mundo? marzo-mayo 2001

Yo también he subido al Everest, lo confieso. ¿Pasa algo?

Han llegado ya los tiempos en los que parece ser mejor pedir disculpas de antemano por haberlo hecho. En mi caso, de cualquier modo, me alejo todo lo que puedo del autoengaño de pensar que he ascendido al Everest por mis propios medios. Sí, estuve en su cima un buen rato durante una fresca mañana de primavera. Arriba se encuentra uno contento y acaso incluso pleno. Pero su ascenso es, con diferencia, aquél de todos los que yo he realizado en el Himalaya que me ha reportado menos satisfacción personal. Del modo en el que se escala hoy en día, el Everest es el menos difícil de todos los ochomiles. La razón de esta radical afirmación es simple y la conozco hace años; en el momento que uno se enchufa al oxígeno embotellado se reduce drásticamente la altitud real a la que uno se encuentra, me temo que me repito. Y tanto mayor sea el flujo de oxígeno elegido, medido en litros por minuto, tanto mayor es la trampa. Desde la vertiente nepalí, la inmensa mayoría de los presentes recurre al mágico gas a partir del campo iii, 7.350 metros de altura, si no antes. Esa es pues la altura que *tiene* el Everest escalado en esas condiciones. Y eso sin tener en cuenta que la huella es abierta y las cargas transportadas por numerosos equipos de esforzados sherpas.

No tan diferente como se pueda pensar al año 1953, el de la primera escalada, aunque con mucha más gente alrededor. Quizá todo fuera de otra manera hoy en día si la dirección de aquella primera expedición inglesa no hubiera sido encomendada a un militar como John Hunt, partidario de llevar a cabo una operación de acoso y derribo con tantos sherpas y tanto oxígeno como se pudiera pagar. En el plan original figuraba como jefe el legendario explorador y alpinista Eric Shipton, pero éste era un tipo auténtico, prefería los equipos pequeños y le tenía alergia a las botellas artificiales, así que en el último momento los burócratas organizadores de la salida se preocuparon de que fuera *británicamente* sustituido. Seamos serios, lo que querían era hacer historia, no alpinismo. Así que no parece ser Edmund Hillary el más indicado para decir que es una vergüenza lo que está pasando ahora, como acostumbra a hacer el neozelandés cada vez que le preguntan, o incluso sin que nadie lo haga. Los tiempos han cambiado, *sir,* pero no tanto. Curiosamente, lo que más ha cambiado es que su expedición fue pagada con los impuestos de los británicos, y ahora la mayoría se rasca el bolsillo. Pero de eso nadie se queja, claro. Conozco a uno que, siempre que habla de Hillary, lo hace refiriéndose a él como “el primer cliente”, y a Tenzing Norgay como “el primer guía”. Hay que tener mala uva... Líbreme Dios, ya que estamos con el tema, de convertirme en el típico abuelo gruñón, siempre rezongando que “esto antes era diferente, en mis tiempos esto no pasaba”.

Volviendo a lo que nos interesa, algunos afirman que el Everest se ha convertido en un

circo, pero eso sería insultar al mayor espectáculo del mundo. A mí siempre me han gustado los leones, los trapecistas y los payasos, y por aquí (excepto un puñado de estos últimos) no se ven muchos. No, el Everest no es un circo. Ojalá fuese así. Es algo bastante peor, y en cualquier caso una muy mala caricatura del alpinismo. En 1992, cuando mis amigos subieron a la cumbre y yo me quedé tan cerca, el asunto ya se veía venir, pero todavía la gran mayoría de las expediciones estaban compuestas por escaladores de verdad, gente que sabía manejar un piolet o hacer un nudo. Gente, a la postre, que llevaba toda una vida preparándose para la empresa. Como el propio Hillary, si se quiere.

Ahora en esta primera primavera del siglo, de nuevo cuatro o cinco centenares de personas vuelven a montar sus tiendas sobre la morrena del glaciar. Pero yo ya no estoy tan seguro de que todos lleven mucho tiempo preparándose, ni que todos tengan idea de dónde se meten de verdad. ¿Sabrán todos estos sonrientes alpinistas de catálogo que allá arriba te mueres no importa que lleves oxígeno o helio? ¿Se darán cuenta de que el oxígeno en botellas no es más que una ilusión tecnológica, y que cuando se acaba o cuando el sistema falla entonces su suerte está prácticamente echada, o por lo menos en manos de otros? Les contemplo asustado, mientras dan sus primeros y muy titubeantes pasos a la vez que estrenan desde las relucientes botas hasta la chaqueta comprada por Internet, una o dos tallas grande por lo general. Todos los años una decena de personas, como media, muere en este lado o en la vertiente tibetana mientras intentan la escalada de este gigante de montaña, que contempla ausente e inmutable nuestros desvelos. Gigante que, dicho sea de paso, si fuese escalado con los mismos medios que la mayoría usaba tradicionalmente en el K2, (sin porteadores de altura ni botellas de oxígeno) entonces sería mucho más difícil que esta montaña pakistaní, ya que el Chomolungma de las vanidades no es tan sencillo técnicamente como la mayoría piensa, en Nepal en primavera hace mucho más frío que en Pakistán y además los 250 metros de diferencia son muchos metros más de los que parecen, dado el estado en el que se encuentra cualquiera en esa cota.

Intuyo que algunos creen que el Everest, incluso con oxígeno, ofrece garantías de supervivencia. Deberían escuchar al menos por una vez al policía fascista de la película *Harry el sucio*, cuando seguro de sí mismo le responde al alcalde de San Francisco, que le exigía garantías de que en una "operación" nadie iba a resultar "herido"; *"Si quiere garantías, cómprese una tostadora".*

Allá arriba, donde no calienta el sol, se muere uno con sorprendente facilidad.

Aunque hace frío del bueno en este Himalaya de mis amores al final del invierno, el ambiente es cálido en el campo base, entre hombres (y mujeres, por fortuna) de más de 20 naciones diferentes... ¿Pero de verdad le importa a alguien de dónde se es? A mí no, me suelo fijar más bien en lo que la gente trae en el corazón que en el color de su pasaporte. Aunque debo estar tremendamente equivocado, puesto que se siguen subiendo banderas a la cumbre, unos por patrocinada obligación, pero otros luciendo el trapo al viento con orgullo.

Dejando el corazón, el origen y las enseñas aparte, algunos se traen desde casa buenas provisiones y brebajes, y los hay que tienen incluso una cama desmontable, ducha y electricidad. Los ordenadores, teléfonos vía satélite y pequeñas pantallas de cine son ya comodidades habituales.

Por mi parte, toda la tecnología que poseo se reduce a una pequeña cámara de fotos y diez rollos de diapositivas. Pero no tengo teléfono ni ordenador, ni me servirían aquí de mucho mientras hago mi trabajo. Me fijo en los sherpas y como lo mismo que ellos, dos platos diarios de arroz y lentejas, por la mañana y por la noche, además de la clásica sesión de patatas hervidas con chile muy picante a media tarde. También procuro hartarme de vegetales cuando están disponibles. Los sherpas no se explican cómo es posible comer tantas cantidades de "basura" procesada como hacemos los occidentales; salsas de toda índole, chocolatinas y patatas fritas de bolsa, a cualquier hora... ¡Pero si las mejores patatas del mundo crecen en este valle! Ellos llevan alimentándose de modo natural durante las últimas mil generaciones. Creo que, como Obelix, piensan que "están locos estos romanos". Tampoco entienden para qué necesitamos mochilas de 80 litros de capacidad para llevarlas vacías, ni tales cantidades de agua para el aseo personal, ni cómo podemos caminar a 6.000 metros de altitud con ropas que serían suficientes para quedarse a *vivir* en la cumbre.

Yo no me preocupo mucho. Intentaré hacer mi labor honestamente y si puede ser, disfrutando de la montaña y de los nuevos amigos. Por la parte que me toca, estoy aquí mejor que en casa.

....

PaDawa ha vuelto a encontrar trabajo, apenas cuatro meses después de la expedición que nos llevó juntos a la cumbre del Ama Dablam el pasado 6 de diciembre. Henry Todd confía en él, al igual que en Kami Nuru, el jefe de los sherpas. De nuevo es su misión conformar un equipo de cocineros, ayudantes y porteadores de altura que sea capaz de ayudar a los clientes a subir, y bajar, de la cumbre. Además ellos han de realizar todas las compras y ocuparse de que las cargas lleguen al campo base unos cuantos días antes que los clientes. Para estos montañeses curtidos es el trabajo más importante del año, este de la primavera en el Everest. De aquí va a salir el dinero para comprar comida para todo el año, para enviar a los hijos a un internado de Kathmandu, donde puedan aprender inglés y mejorar sus expectativas de futuro. Si sobra algo, se va ahorrando año tras año y puede ser que después de algunas temporadas se invierta lo ahorrado en construir un pequeño albergue para turistas aficionados al *trekking*, o quizá en comprar unos cuantos yaks. Las patatas de sus campos hace tiempo que son cosechadas cada mes de octubre por gentes de otras castas, más bajas, que suben desde el valle contratados expresamente para ello. Los sherpas, en Nepal, son una de las etnias económicamente más poderosas. Existen comunidades de emigrantes sherpas repartidos por todo el mundo.

Henry también confía en mí. Nadie ha debido quejarse demasiado después de mi primera experiencia guiando para su agencia, y él necesita a alguien que realice, a solas puesto que él sigue sancionado por el gobierno nepalí, un trabajo doble que sobre el papel parece complejo. Por una parte, un grupo de seis escaladores, clientes de la agencia escocesa propiedad de Henry, *Himalayan Guides,* se dirige al Lhotse, el vecino del Everest, bajo mi supervisión. Por otro lado también he de subir al Everest con un grupo norteamericano que forma otra expedición independiente, con diferente campo base y diferentes sherpas, a quiénes ha de servir mi experiencia como guía y como cámara de altura, pues se hallan en el Everest realizando un programa para una televisión de los Estados Unidos. La protagonista es una escaladora de roca profesional llamada Nancy Feagin, una chica simpática y determinada pero que carece de experiencia en altas cotas. Si el intento de hacer cumbre de cada una de las expediciones coincide en fechas, será el Everest el que tenga preferencia.

El colérico escocés y yo coincidimos en el modo y manera en que se debe actuar con los clientes. Como ya he explicado, aquí en el Himalaya y a partir de los 7.500 u 8.000 metros de altura no se puede hablar de guiar en el sentido “alpino” del término. Es decir, si a duras penas puedo garantizar mi propia seguridad en tales cotas, tampoco podré dar garantías a los miembros de mi grupo. En cambio, sí puedo poner a su disposición mi experiencia y mi intuición. Así, seré yo el responsable de tomar las decisiones importantes, especialmente en el día que intentemos subir a la cumbre, y todos los componentes de la expedición han de someterse a mi capacidad de decisión.

Además, y esto ya es responsabilidad de Henry durante el proceso de selección, a los potenciales clientes se les exige experiencia demostrable en otras expediciones a montañas de 6.000 o mejor de 7.000 metros.

Hasta aquí todo correcto, aunque todo es pura teoría. Pero en realidad la agencia tiene muchos gastos y por supuesto hay muchas cuentas que pagar. Si se quiere sacar algún beneficio económico de todo esto, hay que reclutar a un cierto número de personas para que las cuentas cuadren. Así comienzan *mis* problemas, puesto que en ocasiones se presenta gente que no da el nivel. Entonces es cuando yo protesto ya que soy yo el que se va a jugar el pellejo allá arriba si alguno no está preparado. También es ese momento cuando comienzan las tiranteces con Henry, que por supuesto y como hacen todos, mira de reojo a las demás expediciones para saber cuántos clientes de las otras agencias tienen posibilidades de hacer cumbre. Henry sabe perfectamente, como yo, que los potenciales clientes del año próximo están en casa enganchados a Internet escudriñando los porcentajes de éxito de cada una de las agencias, antes de decidirse con cual escalar. Si las demás compañías tienen éxito y nosotros no, mal asunto. Si tenemos algún accidente o problema, peor aún. Y allá arriba es condenadamente difícil hacer que alguno de tus clientes se dé la vuelta. Suelen ser gente con escasa preparación técnica, con un físico más o menos normal pero con una tenacidad a prueba de bombas. Tampoco es cierto en absoluto que la mayoría de los clientes sean millonarios excéntricos en busca de aventuras. Puede que otras agencias, más caras, “fichen” elementos así, pero lo cierto es que muchos de los nuestros son trabajadores “normales”; profesores, carteros, médicos. Las ganas de vivir explorando tus propios límites no distinguen. Algunos están dispuestos a tomar atajos tecnológicos, poniendo más dinero encima de la mesa, comprando más botellas de oxígeno y contratando más

sherpas. Y algunos se juegan la vida sin ser siquiera conscientes de ello. Yo estoy aquí para protegerles del Everest, pero sobre todo de sí mismos.

Es la pescadilla que se muerde la cola. El problema es que el mordisco, si me descuido, me lo puedo llevar yo.

....

Llevamos ya un par de semanas circulando por la montaña, realizando ascensiones de aclimatación hasta el campo 1, primero, y el campo ii después. La cascada de hielo del Khumbu no ha cambiado mucho en los últimos tiempos, sigue siendo uno de los lugares más bellos del mundo, y también uno de los más peligrosos. Los norteamericanos filman por su cuenta mientras yo me dedico más a mis clientes del Lhotse.

¿Clientes? No puedo llamar así al mejicano Yuri Contreras, que ya ha subido al Everest por las dos caras, o al *yanki* Joby Ogwyn, un tipo joven y educado, fuerte y muy rápido que en el 99 subió al Everest con apenas 22 años. Son mis amigos, igual que Tim Cowen, que acabó el Ironman de Hawai entre los 80 primeros, o Peta Watts, una inglesa que escala sin esfuerzo aparente. Por ellos no debo preocuparme, tienen la motivación justa y correcta para estar aquí, además de sobrada experiencia.

Un día le pregunto a Yuri el porqué de su nombre, tan poco mejicano. Me explica que no se lo puso él mismo, sino que fue cosa de su padre. Empezamos bien. Después me aclara que, siendo como era el séptimo de los hermanos, en casa andaban ya algo justos de inspiración. Y para finalizar, resultó que justamente entonces apareció en el periódico que un ruso llamado Yuri Gagarin había sido el primer hombre en subir al espacio, el *pinche huevón...*

Yuri realiza regularmente sesiones de magia a las que asisten anonadados decenas de sherpas de todas las expediciones, que miran asustados y a veces hasta paralizados por el terror los diferentes trucos. Muy pocos de ellos pueden llegar a captar la parte lúdica del asunto, y *Magic* Yuri se convertirá en una leyenda en apenas unos días. Cartas que cambian de sitio, anillos de plata que desaparecen y aparecen de nuevo en el bolsillo de algún avergonzado sherpa, lectura de palabras escritas con anterioridad con sólo mirar en las cenizas de un papel, todo ello tras un leve toque de varita mágica... En uno de sus trucos, Yuri duplica las cartas que algún voluntario sherpa, totalmente inocente, ha dejado en una mesa a la vista de todos. Entonces Yuri pronuncia las palabras mágicas, ti-ri-ri-ri-ri, otro suave toque de varita y cada una de las cartas tiene repentinamente una gemela justo debajo... ¡Yuri consigue cosas imposibles!

Un día PaDawa se acerca a Yuri y le pregunta con una generosa sonrisa:

—“Yuri, ¿Podrías hacer magia conmigo?”

—“No sé... ¿por qué lo dices?” responde el mago, mosqueado.

—“Bueno, porque si me haces a mí lo del ti-ri-ri-ri-ri entonces habría dos PaDawas, y así mañana mando al otro a portear a la cascada...”

Casi nos morimos de la risa, *Magic* Yuri y yo.

....

El 23 de abril no hay tiempo para la risa o la broma. Hace tres días que nos instalamos en el campo ii, a 6.400 metros de altura, para pasar varias noches que son imprescindibles en el proceso de adaptación de nuestros cuerpos a la altura. Si no consigues adaptarte a esta altura, comer y dormir con una mínima normalidad, entonces puedes ir pensando que esta montaña es demasiado alta para ti.

Aquí tenemos todos los lujos posibles, incluida una tienda-comedor espaciosa, unas piedras en el suelo para sentarnos e incluso un sherpa que cocina té y arroz con lentejas. Pero Nancy Feagin no apareció ayer a la hora de la cena, algo que atribuí a sus problemas de adaptación a la altura, ya que desde que nos instalamos se ha encontrado completamente apática, aunque me ha asegurado a diario que no le duele nada. Tenía además la cara hinchada, señal de que su cuerpo acumula líquidos, que podían llegar a provocarle un edema pulmonar o cerebral.

Cuando después de dos noches pasadas aquí Nancy no se presenta al desayuno, todas las alarmas se disparan en mi cabeza. Me acerco a su tienda y sólo obtengo un leve gruñido como respuesta. Cuando abro la puerta sin pedir permiso veo que Nancy está muy enferma, al límite. Apenas coordina lo que dice, ni se tiene en pie por si misma. Si intenta caminar la falta de equilibrio la desvía de su ruta sin remedio. Los médicos llaman a esto ataxia, señal inequívoca de que la corteza cerebral se ha inflamado hasta quedar literalmente aprisionada en el cráneo. Tiene la cara más hinchada que nunca, y además tose con ganas, aunque la tos

todavía es seca. Con mi ayuda, se incorpora y bebe algo.

No soy médico, pero he visto muchas veces lo que tengo delante de mí. Un caso “de libro” de doble edema, pulmonar y cerebral. Las posibilidades que tiene Nancy de sobrevivir aquí arriba son nulas, en menos de 24 horas estaría muerta. Ella insiste en que está bien, que no pasa nada porque sólo se trata de un virus estomacal. Pienso que eso también puede ser cierto, pero lo del estómago no es nada comparado con el mal agudo de montaña que sin duda sufre.

Me invade un pánico verde.

Después me lo sacudo, ¡qué remedio! He de actuar rápido si quiero que esto salga bien. Estamos solos, los sherpas de la expedición americana, la suya, tienen hoy jornada de descanso en el campo base. Intento el contacto por radio, pero no funciona. Así que le digo a Nancy que nos vamos, mintiéndole cuando me pregunta si lo hacemos porque está enferma. Le hago tragar un potente corticoide llamado dexametazona, y también un no menos fuerte diurético llamado acetazolamida, aunque sé que este último tendrá menos efecto ya que Nancy, como buena norteamericana, lleva meses tomándolo a diario como prevención (¡). Me apresuro a recoger té de la cocina, y en media hora estamos andando lentamente. Me acompañan, por si acaso, Joby y Peta. Entre los tres vamos turnándonos en ayudar a Nancy.

Pronto está desfondada, agotadas ya sus últimas energías. El edema cerebral parece mejorar en cuanto perdemos 500 metros de altitud, pero los pulmones encharcados no le dejan casi respirar y las paradas son constantes. Apenas puede caminar unos pasos. Al pasar por el campo 1 consigo contactar con el base, desde donde los sherpas se ponen en marcha en cuestión de minutos. Nos alcanzarán una hora después, corriendo literalmente, en mitad de la cascada de hielo. Cuando llegan puedo ver el temor y la compasión en sus caras, aunque hace ya rato que sé que vamos a conseguir llegar abajo, porque Nancy está demostrando bravura y coraje en las que puedan ser las horas más dramáticas de su vida. Los sherpas de los americanos son increíbles y se responsabilizan de todo, lo que me permite relajarme por primera vez en muchas horas. El *sirdar*, o jefe, es el tipo más fuerte que yo haya visto jamás y se llama Lhakpa Gyelu[1], a quién acompañan sus hermanos Danuru y Lama Jambu, que tampoco son cojos exactamente. También trabaja con ellos Mingma Tshering, primer nepalí que subió al K2, fuerte como un toro y siempre dispuesto al trabajo duro. Son muy buena gente, de los mejores en este negocio.

Al llegar al campo base Nancy será objeto de atención médica especializada, recibirá oxígeno e inyecciones, y pronto pondrá rumbo al valle. Antes de irse, me pregunta si creo que puede volver a escalar esta temporada. Le respondo que yo no me arriesgaría puesto que los edemas pueden y suelen repetir, que no merece la pena. Se marcha muy triste hacia el hospital de Khumde, a tres días de camino, donde hay un aparato de rayos X que servirá para saber si además del edema hay embolismo.

Me meto en el saco de dormir cansado pero contento con la labor realizada. Un descenso que se puede hacer en tres horas, sin correr, nos había costado más de nueve. A pesar de todo, Nancy estaba a salvo.

En mi eterna ingenuidad, pensaba que ella decidiría seguir mi consejo y no escalar más, pero me equivocaba. Cada uno asume los riesgos como quiere, y así yo tuve que respetar su decisión de volver a intentarlo. Ella estaba muy presionada por el organizador de su expedición, un canadiense llamado Ben Webster que había subido al Everest el año anterior. Después de pensarlo mucho, decidió arriesgar.

La temporada está siendo mala, y la *ventana* de buen tiempo esperada no llega hasta finales de mayo. Todos estamos preparados y todos queremos lo mismo, ver el mundo desde su techo. Y bajar para contarlo.

....

El 24 de mayo de 2001 el maestro de maestros, juglar y poeta Bob Dylan cumple 60 años.

Yo subí a la cumbre del Everest exactamente ese día, en un ascenso durísimo del que ni puedo ni quiero renegar pero que paradójicamente no representa nada extraordinario para mí, que me dejó tibio e inmerso en un desdén del cual fue difícil escapar, deseoso a la postre de realizar de nuevo alpinismo de verdad.

La jornada había comenzado de mala manera para mí, algo más de nueve horas antes. Desde la tragedia de mayo de 1996, cuando treinta personas de dos expediciones comerciales se vieron atrapadas a media tarde por una tormenta (que otros habían previsto)

en la que cinco de ellas murieron, la hora de salida desde el collado sur, a casi 8.000 metros de altura, se ha ido adelantando progresivamente. Ahora se ha llegado al ridículo extremo de salir hacia las nueve de la noche, lo que supone desayunar a las ocho. Así pues, calentados por el oxígeno artificial, los escaladores enfilan, nunca mejor dicho, hacia la cumbre, trepando con esfuerzo durante toda la noche, con la intención de llegar arriba de buena mañana, cuando las nubes todavía no han subido del valle. También así se dispone de más horas de luz para realizar el descenso, de hecho incluso se dispone de *todas* las horas de luz para ello, pues lo cierto es que los primeros suelen llegar a la cima de noche.

No entiendo cómo Nancy puede arriesgarse después de haber sufrido el edema. Me basta observar su comportamiento en el collado sur para saber que no está en condiciones de sobrevivir mucho tiempo si se queda sin botellas. Sus labios azulados y sus movimientos a cámara lenta le delatan. Pero es su decisión y no puedo cambiarla. Su jefe, Ben Webster, está aquí en el collado sur pero decide no intentar la cima, a pesar de que el tiempo es excepcional, la huella está hecha por los numerosos ascensos de los dos últimos días, tenemos oxígeno de sobra y siete (¡) de los mejores sherpas para acarrearlo.

Le explico a Ben que, ya que mi misión principal es filmar el ascenso, necesito que uno de los sherpas venga a mi lado durante toda la ascensión, ya sea por debajo o por encima de Nancy, acarreando la cámara y las baterías. Éstas pesan lo suyo. Ben me dice que sí, pero no hace nada más. Un personaje curioso este Ben, un hombre de poco más de 1 metro y 60 centímetros de altura y apenas 60 kilos de peso que asegura a todo el que quiera escucharle que él fue jugador profesional de fútbol americano. No sé como se las arreglaría en tal actividad, pero aquí en el collado sur se le ve apocado. Por lo menos tiene el detalle de ofrecerme su traje de plumas, un *mamotreto* gigantesco, pesadísimo y a estrenar que está en mucho mejor estado que el mío, por supuesto.

Así que, embutido en esta especie de saco de dormir con patas, a las nueve y media de la noche comienza mi jornada. Nancy y nuestros sherpas han salido ya hace un rato, pero yo me he entretenido con la linterna frontal que, cómo no, ha decidido dejar de funcionar en el mejor momento.

La noche es clara y tranquila, aunque muy fría. Hombre, ¡esto es el Himalaya!, menos quejarse y aprieta los dientes. Las estrellas parpadean y, a lo lejos, los relámpagos de alguna tormenta maldita me hacen estremecer, de vez en cuando. Espero que no se le ocurra acercarse.

Mis jefes saben de mi aversión al oxígeno en botellas, así que me han hecho firmar un contrato en el que queda meridianamente claro que si quiero cobrar he de subir *enchufado*. Estoy aquí para ganar dinero, no gloria ni honores, de modo que he metido dos botellas en mi mochila y me he puesto la angustiosa máscara sobre la cara. En cuanto abro el regulador que da paso al gas una grata sensación de seguridad me invade, al mismo tiempo que un calor tan agradable como artificial se extiende por mis manos y pies, que tan sólo unos minutos atrás estaban luchando a duras penas contra la congelación.

Sé que es esta sensación, falsa cual promesa electoral, la que mata a tanta gente en el Everest.

Puedo caminar sin parar, lo cual es una absoluta utopía a más de 8.000 metros si no se respira oxígeno artificial. Adelanto a Nancy, y a los sherpas, entre muchas otras personas de otros equipos. En la primera hora recorro casi 300 metros de desnivel, algo enorme y ridículo a esta altitud. Pronto los rayos de luz de mi linterna iluminan, un poco a la derecha de la ruta, los restos de Scott Fisher, un guía que murió de agotamiento y enfermedad durante su descenso en la tormenta del 96. Miro para el otro lado, como si no quisiera recordar que aquí arriba la muerte es mucho más sencilla que la vida.

A 8.300 metros mi máscara se hiela y dejo de recibir gas. Lo noto porque comienzo súbitamente a tener frío y mi ritmo decae escandalosamente. Me la quito, la manipulo durante un rato y, en mi mejor tradición *destrozalotodo,* la acabo de romper, rasgando la entrada de plástico que conecta el tubo a la máscara.

Fantástico.

Se me ocurre, como en todas las situaciones apuradas, aquello que dijo un general griego en la batalla de las Termópilas cuando los persas, infinitamente superiores en número, llegaron a oscurecer el cielo con sus miles de flechas: *Agradezcamos a los dioses que nos envían al enemigo.* Dicho de otro modo, esto estaba siendo tan fácil que era hasta decepcionante, con perdón. Ni corto ni perezoso dejo la botella medio usada hincada en la nieve y continuo sin oxígeno, dejando la botella que está intacta metida en la mochila. La

progresión se torna cruel, pero tengo bastante ventaja sobre Nancy y los demás, y creo que quizá pueda llegar a la cima antes que ellos, *sin* oxígeno.

....

Pronto mi ritmo se ralentiza y comienza a pasarme gente, aunque no van mucho más deprisa que yo. A 8.650 metros paso por el sitio donde la pendiente se endereza hacia la cima sur. Aquí me di la vuelta en el año 1999 con los pies medio congelados y sin oxígeno. Hoy los llevo mejor. Son las cuatro y media de la mañana, ya casi se ve a simple vista y pronto nos empezará a dar el sol, al que añoro sin medias tintas. Respiro unos instantes junto a unas rocas y pronto sigo con el sufrimiento. Éste es el mismo sitio donde Patxi y Pitxi vivaquearon en su descenso de la cumbre hace ya casi nueve años, y sus caras me vienen a la cabeza durante unos instantes. Después sigo divagando con cosas inconexas y diversas, o simplemente contando los pasos hasta la siguiente parada. A 8.700 metros estoy luchando por dar diez pasos seguidos. Me veo bien, sé que siendo esta hora y estando aquí arriba lo normal sería no tener problemas para seguir hasta la cumbre y bajar, si el tiempo no cambia. Aunque nada es normal por aquí; el tiempo ha dejado de ser una referencia válida y el espacio, que objetivamente es infinito ante mis ojos, queda reducido a los pocos centímetros en los que puedo clavar mis crampones.

Miro para atrás y veo a Lhakpa Gyelu, que tira con ganas de una cuerda a la que viene atada Nancy. Justo detrás suben los demás, y parecen llevar un ritmo mucho mayor que el mío.

¡Mierda!

La verdad es que me pasan como un avión, aunque no es menos cierto que van *chupando* más oxígeno que Jacques Cousteau... Cuando me adelantan parecen buceadores, y sus saludos matutinos suenan como voces de otro planeta en el que yo ya no estoy. Nancy es la única que no sonríe al verme, y en sus ojos observo miedo.

Diez minutos después estamos en la cima sur, a 8.760 metros de altitud, y sólo son las cinco de la mañana. El amanecer es como el primero de todos los tiempos, un espectáculo que alguien me regala, que me deja embelesado y paralizado por la emoción otra vez. Por primera vez en el día de hoy, mi habitual intolerancia se quiebra por un instante cuando pienso que quizá merece la pena subir hasta aquí para verlo, aunque sea *trampeando*. Hay bastante gente parada, descansando. La visión de los últimos cien metros me impresiona de verdad y me devuelve a esta realidad, bastante más prosaica. Lo que queda se ve empinado y serio, y el escalón Hillary no parece fácil. Hay un embotellamiento de importancia entre unos escaladores de la India y sus sherpas que ya bajan de la cumbre y los que subimos. La gente se grita e insulta como en un Cervino cualquiera.

Veo que si no empiezo de nuevo a respirar oxígeno mis compañeros se me van a escapar sin posibilidad de que les dé alcance, de modo que me será imposible realizar mi filmación. Un poco desesperado hablo con uno de nuestros sherpas, a quién llamamos *Big* Dorje. Primero me discute sin paliativos el hecho de que mi máscara esté rota. Se lo demuestro enseñándosela. Cuando lo comprueba con sus propios ojos, se va para arriba diciendo, “pide una prestada, no hay ninguna de recambio”. Paso la siguiente media hora intentando encontrar a alguien que tenga una de sobra, hasta dar con Mingma, un sherpa que trabaja con los canadienses que me presta una pero me recuerda que se la he de devolver “en el campo base”. *No problem*. Mientras tanto observo cómo Lakpa Gyelu y los demás pasan por el escalón Hillary casi a la carrera.

Me vuelvo a conectar manejando a duras penas mis manos, otra vez medio heladas. Cinco minutos después vuelvo a sentir calor, de tal modo que pronto he de quitarme las manoplas grandes. Diez minutos más y he de desabrocharme la cremallera del traje de plumas. ¡Me sudan las manos, y estoy llegando a la cumbre de la montaña más alta del mundo! Cuando consigo llegar a la base del escalón, unos trozos de hielo y nieve que caen me invitan a resguardarme con premura, hay alguien bajando. Después de ese alguien todavía vienen más, y no tengo otra opción que esperar. Un rato más tarde sigo en el mismo sitio, no sin haber realizado un par de vanos intentos de asomar el *morro,* que terminan en jaleo y palabras mayores. Vuelvo a mi refugio con el rabo entre las piernas. La situación se torna surrealista del todo cuando un escalador canadiense, que se halla situado unos metros más atrás, en una posición con mejor visibilidad sobre el conjunto del escalón, comienza a ocuparse de dirigir el *tráfico,* estableciendo quién tiene que subir y quién debe rapelar. A grito pelado.

Pierdo más de media hora esperando que los indios y sus sherpas bajen. Cuando

finalmente es mi turno, el desconocido *guardia urbano* intenta colarse. Esta vez impongo mi ya maltrecha autoridad y lo impido.

Otra vez bronca, y no será la última.

....

La huella está marcada a la perfección y se pierde tras un par de jorobas de nieve. Se que allí arriba está la cumbre. Avanzo con prisa, sabedor de que arriba me esperan para filmar, quizá hace ya casi una hora. Al doblar la última de estas pequeñas jorobas veo un grupo de personas de pie, apenas a 20 o 30 metros de donde me encuentro.

Sé que voy a pisar el techo del mundo, pero no quiero dejarme llevar por ningún tipo de emoción. A las 7:44 de la mañana estoy arriba, por fin. Se me ha hecho muy largo, por lo menos hasta que he vuelto a respirar de las botellas.

Cuando piso la cumbre, veo que Nancy está rodeada de los sherpas, tiritando en medio del grupo. Están cansados de esperar y parecen enfadados. Para Lakpa Gyelu es su séptima ascensión, y la sexta para Mingma Tshering, así que no hay abrazos, lloros, o emociones particulares. Les extraña mi tardanza y yo les pregunto por la máscara de oxígeno de reserva, que sé que alguno de ellos tiene. No hay respuesta, miran para otro lado. Cuando les pido las baterías de la cámara, que he subido finalmente yo, protestan e insisten en que hay que marcharse deprisa para abajo, que no hay tiempo para filmar. Les explico que todavía no son las ocho de la mañana y les pido un poco de calma, pero no hay manera de convencerles. Mientras termino de hacer un plano al paisaje que me rodea, cuya belleza infinita todavía no he tenido tiempo de apreciar, veo que los sherpas y Nancy... ¡se marchan!

Peor para la película, qué duda cabe.

Me quedo solo en la cima del Everest. Los próximos cinco minutos me van a reconciliar con el mundo. Vuelvo a pensar, no sin cierta avergonzada ironía, que merece la pena subir aquí para ver esto, aunque sea *así*. La curvatura de la tierra se intuye, el cielo oscuro de la estratosfera se come y protege todo lo que tiene debajo. Soy un simple mortal, pero soy el que está más arriba de todos. No me siento pleno ni feliz, y me espera un descenso largo y peligroso, pero el momento no carece de magia.

¡Feliz cumpleaños Bob!

Toda la belleza, la alegría o la magia del mundo tiene su fín. En este caso vuelvo otra vez de golpe a la realidad, cuando veo que alguien se me acerca y me abraza. Viene desde la vertiente nepalí, creo que es uno de los canadienses. Agarrados como dos púgiles extenuados, tambaleándonos, sus estertores llorosos son lo único que puedo percibir. Después de llorar a gusto durante un par de minutos, separa su cabeza de la mía y me pregunta:

—¿Quién eres?...

También llega Mingma, el sherpa que me ha dejado la máscara en la cima sur. Le vuelvo a dar las gracias y le pido que me saque una foto. Para mi madre, le digo. Tiene buen corazón, este Mingma generoso, pero como fotógrafo no se ganaría la vida. Cuando revele la foto, dos semanas más tarde, sólo podré ver una imagen de sus piernas como tema estelar de la diapositiva, y apenas nada más. Hago unas pocas fotos a lo que me rodea, pero me aburre y lo dejo enseguida. Prefiero recordar estos instantes que adivino fugaces a través de las lentes de mi imaginación.

Me desenchufo el oxígeno de nuevo, pues he decidido bajar sin sus beneficios, aunque acarrearé hasta abajo esta botella de titanio naranja y más tarde recogeré la otra, que previamente he abandonado a 8.300 metros. La trampa ya está hecha, pero sé que personalmente me sentiré mucho mejor si he de esforzarme de verdad para ganarle metros a la vida. La decisión la pagaré en horas extra de generoso esfuerzo, siendo el último en llegar a las tiendas del collado sur, casi tres horas después.

Apenas comienzo a bajar, diez metros bajo la cima, me detengo a recoger unas piedras del suelo. Pesan lo suyo, pero aún así me meto 8 o 10 en los bolsillos. Serán amuletos, recuerdos, regalos para los míos. Quizá sólo son símbolos de una vida que anhela ser vivida.

Es posible que esos pequeños trozos de caliza sólo sean tan vanos como mis deseos. Antes de meterlas en mis bolsillos, escojo la más bella de todas ellas y la arrojo al abismo de la cara sur, devolviéndola al lugar donde pertenece, intentando sin éxito sacudirme el orgullo estúpido y la cegadora luz de la vanidad. Vuelvo la cabeza hacia la cima del mundo y sonrío triste. ¿Qué te estamos haciendo entre todos, Chomolungma? ¿Acaso lo mereces?

Es hora de bajar otra vez hacia la vida. Necesito el calor y la alegría, y aquí sólo encuentro nieve y piedras.

Aunque no sé si acertaría a vivir sin ellas.

El Cho Oyu… a su manera, septiembre 2001

Mi trabajo de guía me llevará a participar en cuatro expediciones más durante los próximos quince meses. La más inmediata será en el Cho Oyu, apenas transcurridos tres meses desde la del Everest. Allí me permitiré el lujo inmenso de abrir personalmente la huella en la nieve profunda del monzón durante todo el día de cumbre, hasta la misma cima de la diosa turquesa. Seré el primero de los trescientos alpinistas presentes en pisarla en esa temporada, y será también mi segundo ascenso. Un rato después dos de mis clientes y dos de mis sherpas se me unirán en el fantástico mirador de la planicie somital.

Entonces compruebo lo que ya sabía; que en mi ascenso de 1993 sí que había alcanzado este punto, a pesar de las dudas malintencionadas de algunos que jamás subieron hasta aquí. Pero no me preocupó entonces y tampoco lo iba a hacer ahora.

¿Es fácil el Cho Oyu? No, nada lo es aquí. Nosotros nos hartamos de trabajar, y tuvimos que rescatar, con ayuda de los sherpas, a dos de nuestros clientes: el primero a 6.400 metros de altitud víctima de un accidente isquémico cerebral y la segunda nada menos que a 7.800, con mal agudo de montaña. En ambas ocasiones la fortuna o el destino estuvieron de nuestro lado, al igual que lo habían estado con el edema de Nancy Feagin en el Everest, y los rescatados lo pudieron contar. Fueron, las tres, situaciones críticas, en unas montañas a las que sólo los que nunca las han pisado califican de *fáciles*, desde la más atrevida de las ignorancias. Yo, como los sherpas, sólo soy un peón, un obrero de todo este engranaje comercial y pseudo-turístico del “Himalayismo en pista”, como con razón lo llama Reinhold Messner. ¿Acaso no se practica así el alpinismo, desde siempre, en los Alpes?

Más difícil que el Cho Oyu, sin embargo, había sido convencer a mi cliente y amigo neoyorkino Bob Jen de que se quedara en el campo base después de los atentados de las Torres Gemelas. ¿Dónde te enseñan lo que se le puede decir a alguien cuya antigua empresa con sus empleados y amigos dentro acaba de volatilizarse en el aire? Y aún más difícil todavía fue explicar a PaDawa *qué* son las Torres Gemelas, *cómo* pueden caber miles de personas en una *casa* y a *quién* se le puede ocurrir hacerlas desaparecer así.

La montañas son fáciles de entender, si no se tiene el alma y el cuerpo apolillados sin remedio por nuestros cotidianos estados del bienestar. También son sencillas de explicar, sobre todo a los niños. Pero hay muchas otras cosas que ni yo ni un campesino de Pangboche, Nepal, conseguiremos nunca entender.

Así que prefiero no preguntar.

Por encima de las nubes

Nanga Parbat, Broad Peak, K2, junio-agosto 2003

Si intentas llevar a cabo una forma distinta de alpinismo, si te expresas en varias lenguas y escribes tus propios libros, sin dejar que otros lo hagan por ti, si te mueves bien por cualquier terreno, si aceptas las victorias y las derrotas con el mismo tono de voz, entonces estarás mal visto por los gurús del panorama alpinístico actual.

Simone Moro

Mi perro *Ulises* es una magnífica *persona*.

Nada me gusta más que salir a correr por el monte en su grata compañía. Él lo prefiere sin duda a escalar en roca, ya que sus habilidades en tal actividad tienen un límite bastante cercano en cuanto llegamos a la base de alguna pared. En cambio por las montañas cercanas a Pamplona por las que suelo entrenarme, *Uli*, como le llamamos los amigos, puede trotar a placer. Su pelo, largo y rubio, está preparado para climas más fríos así que pasa bastante calor durante la mayor parte del año. Pero su felicidad es completa cuando encuentra un río, fuente, charca o barrizal en el que apalancarse mientras yo, sudoroso y rezagado, le alcanzo.

Desde su charca, refrescándose a conciencia, *Uli* me mira sin perder detalle, cual lama en estado de plena iluminación, y en cuanto sigo con mi entrenamiento sale del agua deprisa. Pero, antes de continuar, siempre emplea unos segundos en sacudirse a conciencia, secando su pelo antes de echar a correr de nuevo, jadeante.

Eso exactamente era lo que necesitaba yo, sacudirme con ganas. Olvidarme del sudor, el polvo, la roña y la desgana acumuladas durante cinco expediciones comerciales seguidas. Habíamos subido al Everest, al Cho Oyu y al Ama Dablam. Había podido compartir mi pasión en esas cimas con algunos hombres y mujeres fantásticos, pero también es verdad que durante ese mismo período había perdido el contacto con el alpinismo que me gusta, real y auténtico. Y como guinda del pastel había conocido a gusanos a los que no quiero volver a ver ni en fotos, por ejemplo Russell Brice. Además, escalar con ayuda de sherpas y oxígeno, perdón por decirlo de nuevo, aniquila de raíz la aventura, allana el camino y apolilla el alma profundamente. Necesitaba, como *Uli*, un buen chapuzón.

La oportunidad me la dio en febrero de 2003 la visita a Pamplona, para escalar y ofrecer un pase de diapositivas, mi amigo italiano Simone Moro. Él es una persona generosa, entusiasta y extrovertida, que se ha convertido en el alpinista de su país con más éxito, ya sea alpinístico, comercial o mediático. Simone traía además un as en la manga; quería invitarme personalmente a tomar parte en su próxima expedición. Durante este viaje, que se iba a iniciar a finales de mayo en Pakistán, Simone iba a intentar comenzar a hacer realidad un viejo sueño de nuestro común amigo Anatoli Boukreev. El desaparecido kazajo había pensado un día escalar las montañas más altas rodeado de una selección de amigos fuertes y motivados, profesionales de diversos países movidos por los mismos motivos que los suyos; la pasión por las cumbres más altas. Así, tras la muerte de Anatoli, Simone había recogido el

testigo y mantenido el contacto con los alpinistas de Kazajistán, en especial con el fortísimo Denis Urubko. Ahora, el grupo del club de deportes del ejército de aquél país, con sede en Alma Ata, estaba preparando una expedición muy ambiciosa, con el objetivo inédito de escalar, uno tras otro, el Nanga Parbat, el Broad Peak y el K2. Habían invitado a unirse a la partida a Simone, y éste a su vez había hecho lo propio con otros himalayistas de elite; el francés Jean Cristophe Lafaille, el norteamericano Ed Viesturs y los italianos Mirko Mezzanotte y Franco Nicolini. Ahora me llegaba la invitación a mí, y yo me sentía agradecido y halagado, como un futbolista de un equipo de pueblo al que se llevan a jugar a un equipo grande.

El pequeño problema era económico, ya que la invitación era nominal, y la expedición costaba un dinero que yo no poseía. Salvo en dos ocasiones (*Bex Everest 92* y *Retena-Odisea Everest 2000*) yo nunca había tenido otros sponsors que mi trabajo como cámara, como guía o mis propios ahorros. Jamás había considerado ser lo suficientemente *bueno* como para convertirme en alpinista profesional. Además, nunca me había parecido adecuado atarme ni exponerme a los medios de comunicación. Pero ahora una oportunidad de verdad única llamaba a mi puerta. Tenía que moverme, y rápido, si no quería dejar escapar un tren que circulaba a toda máquina lleno de promesas.

La cosa por supuesto no fue fácil. No es sencillo ir de puerta en puerta, con estos pelos, explicando que te vas con unos rusos a escalar el K2, montaña bien conocida por ser una fábrica de viudas. Pero, con la ayuda inestimable de algún amigo, muy al final hubo suerte. Me pude montar en el avión a última hora, unos días después que el resto del grupo. En primer lugar la empresa de telecomunicaciones Retena, vieja amiga desde el año 2000, se apuntó a patrocinarme. Después dijo también sí *Diario de Navarra*, el periódico más antiguo y de mayor tirada de los que se editan en Navarra, que además de dinero me ofrecía la inestimable oportunidad de escribir en sus páginas mis propias crónicas, que podían por lo tanto ser leídas por decenas de miles de personas. Igual el alpinismo no es tan inútil, al fin y al cabo.

Me entrené como un mulo, víctima del eterno complejo de inferioridad del que no me despegaría hasta ya entrada la expedición. Hacía nueve años me habían llamado para darme la oportunidad de viajar a la norte del K2 con un grupo, el de "Al filo...", en el que estaba buena parte de la elite de los himalayistas españoles. Entonces, y a pesar de mi accidente, me sentí a *la altura*, si se me permite la expresión. Paradójicamente, ahora se me ofrecía la ocasión de escalar con los mejores del planeta, en las faldas de la misma montaña. Sólo quedaba por saber qué tal me iba con éstos.

Estaba exultante de felicidad cuando por fin cerré mi petate, pero me despedí del buen *Uli* con tristeza.

Nunca nos ha gustado separarnos.

....

Tengo un hermoso nudo en el estómago cuando este avión despega. Me he despedido de mi hermano Pablo presa de los nervios, pero quizá él no ha intuido lo que me ronda las entrañas. En una expedición comercial, como las que he realizado en los últimos tres años, se utilizan tantas trampas que la vuelta a casa es casi una garantía. El mayor peligro era entonces que uno de estos trastos volantes se cayera al agua o que te atropellara un taxi en Kathmandu. En cambio, intentar escalar el Nanga Parbat, el Broad Peak y de postre el K2 en compañía de parte de la elite mundial va a resultar una operación muy difícil y, como mi experiencia es ya amplia, puedo prever que el riesgo va a ser un componente esencial del asunto. Sé de sobra que los kazajos no "toman prisioneros" durante sus escaladas; en casa les esperan sueldos de cien euros mensuales y estanterías vacías en los supermercados, así que no suelen dejar pasar la menor oportunidad, y si ésta no surge, la crean a patadas. En el Himalaya, éste ha demostrado de sobra ser un juego peligroso.

Al bajar del avión en Islamabad se tiene la sensación de que alguien se ha dejado la calefacción puesta en toda la Unión India. Son las siete de la mañana y el asfalto ya arde. Unas horas después el termómetro alcanzará los 45 ºC.

Decenas de ojos oscuros me escrutan con una curiosidad no exenta de orgullo, en este lugar en el que todos los hombres llevan barba y ninguna mujer lleva pantalones. Pakistán, uno de los baluartes de la cultura musulmana en este mundo convulso, fue creado artificialmente hace poco más de cincuenta años, y las tensiones políticas y sociales son constantes.

En el aeropuerto me espera Óscar Gogorza, el mismo amigo guipuzcoano del *Everest*

2000, periodista y escalador, a quien he invitado personalmente a unirse a nuestro grupo. Aunque su experiencia es más bien escasa, su inteligencia, buen humor y compañerismo serán de gran ayuda cuando la cosa comience a ponerse seria. Óscar me pone al día de las últimas noticias de nuestra expedición. Él está desesperado, porque lleva tres días intentando localizar su equipaje, que nunca aparecerá, extraviado o robado. Después, en el hotel, me reencuentro con Simone Moro, el polivalente colega italiano, que se halla en su salsa, rebosante de contagiosa energía. Simone me presenta a Maxut Zumaiev, Sergei Lavrov y Alexei Raspopov, el primer contingente de los kazajos que forman el núcleo de la expedición. Al poco rato aparece el norteamericano Ed Viesturs, sonriente y con pinta de actor de Hollywood. Su apretón de manos, sincero, hace honor a su reputación; un tipo gentil y honesto, muy fuerte en altura, que ha escalado ya 12 de los 14 ochomiles, y ha repetido en cinco ocasiones la ascensión al Everest. Y encima el hombre tiene mujer e hijos, casi nada. Una auténtica leyenda. Todos parecen simpáticos, todos están en plena forma. Nos separan doce horas de conducción suicida por la muy mal llamada “Karakorum Highway” (autopista del Karakorum), y después tres o cuatro cómodos días de marcha de aproximación andando hasta estar instalados debajo del gigante.

No puedo esperar a ver qué se ve desde allí. Vuelvo a estar en camino, hacia arriba, cerca del cielo. Por encima de las nubes.

....

El Nanga es un gigantesco coloso, cuya mole desvía el curso del río Indo más de 200 kilómetros. Es precisamente esa circunstancia, su aislamiento geográfico, la que hace que la aproximación resulte tan sencilla; me costará apenas seis días llegar desde casa hasta el campo base.

El 29 de mayo, penúltimo día de la caminata, se celebra el cincuenta aniversario de la primera ascensión al Everest. Aunque ése no es el motivo, un pastel aparece a la hora del postre. Hoy es también mi cumpleaños, y mis amigos y los cocineros me han regalado esta hermosa sorpresa. Las felicitaciones son sinceras. Puedo intuir, por el ambiente que tenemos, que ésta va a ser una de las mejores expediciones de mi vida.

Cuando llegamos al campo base, a mediodía del 31 de mayo, nos sentimos decepcionados. Sabemos que aquí debería haber hierba y flores, pero ahora es todavía demasiado pronto y un grueso manto de nieve lo cubre todo. Tenemos ordenadores, teléfonos, GPS, relojes con altímetros, y Ed tiene incluso un anemómetro con termómetro, que es un aparato que te dice que hace un viento y un frío terribles cuando, de hecho, tú ya te habías dado cuenta. Entre toda esta moderna tecnología decidimos que el campo base se sitúe al menos a 4.130 metros de altura, ridículo si se compara con la base de otros ochomiles. Así *sólo* faltan 3.995 metros de desnivel hasta la cumbre, que se eleva a 8.125 metros de altitud, la novena cima más alta.

Al día siguiente van llegando también los kazajos, uno por uno; Alexei, los dos Sergei, Dimitri, los dos Vassily, Damir... Con ellos viene el veterano Ervand Iljinski, su líder absoluto, una vieja leyenda del alpinismo soviético, que pasará las próximas semanas pegado a sus prismáticos y a la radio, alentando a sus tropas sin descanso. Se les ve en plena forma. Tienen un aspecto terrible, y sonríen más bien poco, aunque cuando lo hacen es sin duda peor, con todos esos dientes de oro asomando. También llega Denis Urubko, el de los pies ligeros, sin discusión el himalayista más fuerte del mundo. Trae puestas unas zapatillas que estoy seguro le dieron buen resultado a algún compatriota suyo en la prueba de 1.500 metros lisos de los Juegos Olímpicos de Roma, en 1960. Vamos, que le han salido buenas.

Denis, que tiene formación de actor, es un chico genial, poseedor de una brillante inteligencia y rebosante de carisma. Sus ojos azules siempre centellean con pasión. Esa chispa me recuerda a un niño al que encontré hace apenas unos días en Sher, un pequeño poblado del valle de Diamir, al oeste del Nanga. La vida es dura allí, la tierra da poco de sí y el clima es extremo. Tenía este niño una mirada clara y luminosa, el pelo rubio muy sucio y unos ojos también azules que te hablaban con sólo mirarlos. No es tan extraordinario encontrar rasgos arios en Pakistán, se dice que quizá sean descendientes de las tropas de Alejandro Magno. El caso es que había algo familiar en este chico.

Intenté hablar con él hasta que me percaté que no me oía, ni me hablaba, pues era sordomudo. Pregunté a nuestro cocinero, que es de por aquí, por el nombre del chaval y me dijo que se llamaba Mustak, y que “no habla pero tiene buen corazón”.

Entonces comprendí súbitamente que ese niño era el hijo de Sher Ajman, un porteador de altura que murió en una demencial avalancha en las laderas del K2 el año pasado. Los que

allí estábamos entonces, le apreciábamos, le apodábamos *El austriaco* por su aspecto europeo, y lamentamos infinitamente tener que transportar su cuerpo inerte por el glaciar.

Así una vez comprendí quien era el niño, le acaricié el pelo y después le regalé uno de mis bolis. Él desapareció a la carrera con el botín y regresó al poco. Me trajo un albaricoque viejo y pocho, quizá su mayor tesoro. Y me lo dio, sonriente.

Y yo continué mi caminar hacia el Nanga con eso en mi equipaje. Con la fruta y con la sonrisa eterna de este Mustak que, según me dijeron, tiene buen corazón.

....

A mi madre le preocupa que vaya a las montañas, sabe que pueden ser peligrosas. Lleva años viéndome salir con ilusión y regresar cansado, después de pasear, escalar, esquiar, andar en bicicleta o correr. Pero ella, y mi padre, siempre me han dejado vivir mi vida en libertad, apoyándome con sinceridad. Durante todos estos años, de todas formas, mi madre siempre se ha despedido de mi dándome un par de besos, y rogándome "Cuídate, mi chico, y no te separes del grupo".

Supongo que el grupo representa, en el inconsciente materno, la certeza del infalible y seguro regreso al hogar. Pero aquí, mamá, la cosa está *chunga.* El problema con esta gente es que, como te descuides, es *el grupo* el que se separa de ti, sin remisión. Nunca había visto cosa igual, en más de veinte expediciones. Estamos solos en la montaña, de momento, y nuestro estilo es bastante limpio, sin oxígeno en botellas o porteadores de altura, pero el ritmo de trabajo es desquiciante y frenético. La montaña es además difícil y seria desde el punto de vista técnico, aunque es igualmente preciosa como una joya única. Además está en buenas condiciones. Al día siguiente de llegar, el campo I estaba equipado y ocupado, y en apenas una semana hemos colocado toda la cuerda fija que tenemos y hemos alcanzado los 6.800 metros del campo III.

Así que, mamá, intento hacer caso a tu ruego. Cuando todos echan a correr, yo me coloco en mitad del pelotón y, venga, a resoplar. Y no asomo el *morro* en cabeza ni por casualidad. Que bien me acuerdo entonces de los últimos seis meses de entrenamientos religiosamente diarios, con lluvia, nieve o barro; esos días de perros en los que tu esfuerzo vale doble, porque la tentación es quizá quedarse tirado en el sofá, en el confortable calor del hogar. Hay quien dice que la única razón por la que escalamos es para purgar de nuestros cuerpos los demonios de la civilización.

Los que más corren de todos son los italianos Franco Nicolini y Mirko Mezzanotte, que son subcampeones del mundo de esquí de travesía. Cuando meten el turbo, entonces toca sufrir o decir *ciao.* También es de cuidado el último en llegar, el pequeño francés Jean Cristophe Lafaille, que hace veinte días ascendió al Dhaulagiri, en Nepal, y viene con la sangre espesa y ganas de marcha. Le llamamos Astérix, por su tamaño. Es un tipo fantástico, rebosante de un humor irónico y socarrón, y bien alejado de la imagen de la mega estrella mundial que se supone que es.

Con quienes mejor nos entendemos es con los italianos. Y aprendemos. Por ejemplo, como cuando te dicen *"Pasame il burro",* y tú ya a punto de llamar a la caballería... y resulta que sólo querían la mantequilla, que aunque parezca increíble se dice así.

También esta semana hemos conocido al diablo que vive aquí, en el Nanga. Caminando por el glaciar se abrió una grieta sin fondo bajo los pies de Ed Viesturs, que quedó colgando de los sobacos mientras pataleaba en el aire de las entrañas de la montaña. Óscar, que acababa de pasar por el mismo sitio sin que nada sucediera, se acercó desde adelante con cuidado y le ayudó a salir. Ahora Óscar le mira cada rato y le dice: "Me debes la vida, yanki". Pobrecito Ed, lo que va a tener que aguantar.

Así que, querida madre, voy haciendo lo que puedo. Pero ahora que lo pienso, las últimas veces que me he despedido de ti me has dicho con cierta sorna: "Cuídate, mi chico, y que abran huella los otros". Y todos sabemos que está muy feo desobedecer a una madre.

....

Pronto van a comenzar a pasarnos *cosas*. De esas que suelen pasar por aquí.

Para empezar, Óscar, Franco y Mirko van a tener que marcharse para casa sin llegar a pasar siquiera diez días en el campo base, y por supuesto sin poder plantearse un intento serio de subir a la cumbre. Franco se ha congelado los pies mientras equipaba con cuerdas el muro Kinshoffer, la parte más difícil de la ruta. Mirko le acompañará, por solidaridad y amistad. Óscar, por su parte, ha sufrido un episodio de mal agudo de montaña mientras

pasábamos nuestra primera noche en el campo II. Se puso malo de verdad; todos los síntomas apuntaban al violento comienzo de un edema cerebral, uno de los mayores riesgos que corre un escalador de altas cotas. De modo que Simone y yo le ayudamos en su descenso apresurado y nocturno, algo que no va a hacer nada por mejorar nuestra aclimatación y que, en el caso de Simone probablemente le costará la cumbre. Echaremos mucho de menos esa noche que no pasamos en el campo II aclimatándonos, y mucho más todavía a nuestros tres amigos.

Se suele decir hipócritamente que en los ochomiles no es posible un rescate. No es cierto en lo más mínimo, lo que sucede es que dichos rescates parecen ser llevados a cabo siempre por los mismos...

Al día siguiente vuelvo a la montaña a terminar la fase de aclimatación. Denis y yo marchamos a toda velocidad por el glaciar, él calzado con sus ya legendarias zapatillas de un dólar. No calla en todo el camino ni por un instante, pero aún así recorremos en apenas una hora el trayecto, jadeantes como dos locomotoras viejas.

De repente me viene a la cabeza una idea teñida del famoso y sutil complejo de inferioridad. ¿Qué hago yo aquí, un Iñaki de nada, con toda esta tropa de *Nikolais*, *Sergeis* y *Vassilys?* ¿Habrá que llamarse Anatoli o Vladislav, y tener la boca llena de dientes de oro, o sobrevivir una semana comiendo piedras, para poder subir a esta montaña? Me tranquilizo un rato después, cuando recuerdo que hace algunos años subió al Nanga un tío de Madrid llamado José Isidro. Desde luego que Iñaki suena mucho mejor, ni comparación.

Horas después, incumpliendo alguna promesa, me veo abriendo huella por el corredor que conduce al campo II, disfrutando del trabajo físico duro. Denis me sigue durante un par de horas, y después su voz resuena en la mañana: *“Iniakie, my track machine, ¿Maybe we change?”.* Le cedo el turno con gusto, con el ego algo hinchado por los elogios de este elemento sin par, uno de los mejores himalayistas del mundo. Seguiremos así tres días, respirando el aire delgado de las alturas, adaptando nuestros cuerpos a este lugar donde la vida es imposible, pero sin el cual nuestra propia existencia se me antoja vana y vacía.

....

Escalamos el Nanga Parbat en menos de tres semanas. Parece arrogante, pero fue así de simple. El tiempo fue bastante bueno, y la verdad es que no le dimos ninguna tregua, apenas un par de días de descanso. Los kazajos suben primero, en dos tandas, los días 17 y 18 de junio. Han realizado lo que llaman *aclimatación artificial*, en casa, pedaleando en bicicleta estática en una habitación hipobárica durante los tres meses previos a la expedición. Comenzaban pedaleando a una altitud simulada de 4.000 metros y, con el paso de las semanas, la iban aumentando hasta llegar a los 7.500 metros de altura. Pasada esa cota, según nos dijeron, se desmayaban, lo cual nos dejó mucho más tranquilos.

Yo también alcanzo la cumbre, el día 20, acompañado por la alpinista austriaca Gerlinde Kaltenbrunner, que había llegado al campo base apenas unos días antes como miembro de una expedición italiana. Gerlinde, que resultó ser fortísima, venía aclimatada porque había pasado la primavera intentando el Kangchenjunga, en Nepal. Cuando se formaron las parejas para el *baile*, en la clásica reunión de campo base, inesperadamente me encontré solo. Simone y Jean-Cri deciden intentar una vía nueva a la izquierda de la que nosotros estamos escalando. Jean-Cri me invita a unirme, pero yo declino, porque creo que su ruta es demasiado técnica para mis características, y odiaría retrasarles en su empeño. Ed decide esperarles en el campo III, donde su vía se incorpora a la clásica. De modo que la presencia y el ímpetu de Gerlinde me vienen de maravilla para mis propósitos cimeros.

Cuando en 1978 el sudtirolés Reinhold Messner, el mejor alpinista de la historia, escaló por segunda vez el Nanga Parbat, lo hizo por una vía nueva y en solitario, añadiendo casi el insulto a su hazaña. Era el *super hombre* de Nietzsche reencarnado, su superioridad era absoluta. Escribió entonces que en la cima se había sentido liberado por fin del pecado original, de la moral y de la filosofía. Yo, con trece años y el libro recién regalado por mi padre, no acababa de comprender del todo bien el significado.

Pero ahora, después de que yo mismo he escalado el Nanga, empiezo a intuir lo que quiere decir. Para empezar, ahora sé que tanto Messner como yo, como cualquiera que suba allá arriba, estábamos al límite de nuestras reservas físicas y mentales. Esa es una inmejorable manera de hacer, decir e incluso escribir cosas raras.

El Nanga sabe sacarte lo mejor de dentro.

....

Hemos dejado el campo IV (7.400 metros), a las 2:30 de la mañana, en una noche muy fría, sin viento pero también sin estrellas. Un fino velo de nubes me hace olisquear cual sabueso el mal tiempo. Mis compañeros, Damir Molgachev y Gerlinde Kaltenbrunner, se afanan ajustándose los crampones quizá ajenos a mis percepciones, mientras yo encaro los inseguros primeros pasos hacia la cumbre.

Ha nevado tanto ayer que no podemos aprovechar la huella de los kazajos. El trabajo va a ser agotador, y sé que nuestras opciones son escasas en esta nieve profunda, pero aun así quiero intentarlo.

Una tormenta relampaguea hacia el sur. Quizá un espectáculo de gran belleza, pero ahora no soy capaz de apreciarla. Durante un rato me preocupa, luego ya sólo me queda energía para jadear y seguir trazando esta profunda zanja hacia la cumbre. Damir, que tiene muy mala cara, se da la vuelta enseguida; él ha dejado de sufrir.

Gerlinde me da unos relevos fantásticos, nos entendemos con la mirada y con gestos. Ella es como un tractor, tanto así que los kazajos le llaman *Cinderella Carterpillar*. A menudo, mientras descanso apoyado en el piolet, me despierto sobresaltado. Nunca me había sucedido el dormirme en esas alturas, noto sin duda que mi aclimatación es más que escasa. A partir de los 8.000 metros, el Nanga comienza a jugar con nosotros su juego más cruel, sin piedad. Quienes quieran contemplar su cara de frente deberán primero vaciar su alma del todo, hasta dejarla limpia y desnuda como la propia montaña.

Finalmente, después de nueve horas, acaba la tortura y Gerlinde y yo podemos sonreír. Los últimos metros han sido vividos en directo desde el campo base, vía radio y binoculares, mientras la tormenta llegaba a la cumbre detrás de nosotros, exactamente un par de minutos después. Peor para las fotos, para las vistas y para la paz interior. Gerlinde se sube a la repisa de nieve más alta buscando el pequeño tubo de aluminio dejado por Messner en la cima en el que algunos quieren meter algo: nombres, fotos, recuerdos de una vida que se escapa. Al final parece que lo encuentra, pero yo no tengo ganas de subir esos últimos cuatro metros, y además tengo miedo de los rayos. Cada vez que lo intento, siento electricidad en mis cabellos, que se erizan como si un rayo me fuera a fulminar de inmediato, y me doy la vuelta. Prefiero no desvelar el misterio del todo. Ahora soy transparente, puedo mirar en mi interior libremente. Le grito, aunque no me oye, que prefiero quedarme enroscado como un gato, sobre el suelo.

Y como dijo Dylan, cualquier día sobre el suelo es un buen día.

....

La bajada fue un desastre, en la tormenta.

Todavía tendremos tiempo, Gerlinde y yo, de conseguir una *primera en el Himalaya;* rescatar a un kazajo. Damir Molgachev, que lleva cuatro días a 7.400 metros y apenas se puede ya mover, está inerte y apático, incapaz de moverse o cocinar. Hubiera muerto sin nuestra ayuda, de eso no tengo ninguna duda, aunque sé igualmente que él hubiera hecho lo mismo por mí. Nosotros entonces no lo sabíamos, pero a su retorno, tras salir del campo base en helicóptero, iba a ser diagnosticado de una severa doble pulmonía, y se iba a pasar cinco semanas en el hospital de Alma Ata antes de ser dado de alta. Para colmo, es un mocetón alto y relativamente pesado, así que hemos de armarnos de paciencia.

El descenso, con Damir en tal estado, fue extremadamente lento, y requirió de tres días completos. En algún momento el fornido muchacho se tira en el suelo y suplica que le dejemos en paz. En otra ocasión puede ver a su hija Alexandra, que viene a traerle un helado.

Hubo que darle unos cuantos meneos para que espabilara, pero al final lo conseguimos. Denis y uno que jamás se ríe, Vassily Pivtsov, suben a relevarnos cuando ya estamos en el corredor, por debajo del muro. Su llegada es un alivio que nos descarga de responsabilidad.

Cuando por fin regresamos al base, en el que crece ya la hierba del verano, nuestros amigos pakistaníes salen a recibirnos con té y guirnaldas de flores que colocan en nuestros cuellos. Un par de días más tarde me acerco a ver cómo está el kazajo. Como un espectro, se levanta lentamente, casi sin fuerzas todavía. Me dice que va mejor, ya casi bien. Con los ojos brillantes me estrecha la mano, *“spassiba”* (gracias). Me da la sensación por un instante que piensa en Alexandra.

Ojalá todas mis escaladas fueran como la del Nanga Parbat. Qué montaña sin par. Para mí ha supuesto un viaje, un retorno al origen de mi pasión y mi deseo. Me he reconciliado con el Himalaya que me gusta, libre y salvaje, después de demasiadas expediciones trabajando. ¡Y qué placer escalar con esta gente! ¡Cómo no recordar la amistad de Óscar, el talento y sentido del humor de Jean-Cri, el entusiasmo y la generosidad de Simone, la simpatía de Ed,

la vitalidad de Denis, o la fuerza y tranquilidad de Gerlinde! ¡Qué grandes amigos!, ¿qué sería de mí sin ellos?

....

Pero la cosa no ha acabado todavía, nos quedan dos montañas por escalar. Nos damos una semana de tregua descansando en un lujoso complejo hotelero cerca de Skardú, en el norte de Pakistán. Se llama Shangri-La y está situado a la orilla de un pequeño lago.

Aquí, durante unos días, la vida se reduce a lo simple: comer hasta tener sueño, dormir hasta tener hambre. A las horas de las comidas, y al tratarse de un lujoso *buffet*, la verdad es que damos bastante vergüenza, aunque no es que nos preocupe demasiado. Hoy por la mañana he visto a uno de los rusos llamado Sergei Bogomolov, flaco como un junco, desayunar cuatro cafés, doce tostadas y cuatro tortillas grandes, con guarnición de patatas, sin pestañear. Después se ha levantado y se ha ido a jugar a ping-pong, el pájaro.

Ahora, a la orilla del lago, dejo que el sol acaricie mi piel, quemándola. Siento mis pies en contacto con la hierba, y el calor invade poco a poco mis cansados y ahora delgados músculos... La vida puede ser simple, ya no falta mucho para la hora de comer. ¿Quién quiere escalar el K2? Bueno, seguro que en diez días, cuando estemos debajo, veo las cosas de diferente modo. Pero por ahora me conformo con tener los pies calientes, sobre la hierba.

Unos días más tarde estamos de nuevo en marcha, hemos iniciado un nuevo peregrinaje, sin pereza y sin mirar atrás. Porque sucede que el K2 es una religión. Hemos dejado lejos el Nanga, la última montaña del Himalaya por el oeste, y nos adentramos sin prisa en la cordillera del Karakorum. Seguimos el curso del río Braldo, oscuro, caudaloso y de turbulentas aguas. Baja con tal fuerza que sería capaz de lavar mi enmarañado pelo, mi polvorienta figura e, incluso, las culpas de mi alma.

Después nos internamos en el glaciar de Baltoro, uno de los más largos del mundo, y la montaña pasa entonces, de ser un simple escenario, a convertirse en espectáculo. Aquí da la sensación de que la tierra ha explotado, en dirección al cielo y por el camino más corto. Al comienzo del glaciar, agujas de granito de vertiginosas paredes se ofrecen al viajero. Las torres de Trango se llaman, y más que montañas parecen catedrales diseñadas por un loco megalómano. Después encontramos los primeros *sietemiles*, bellos y difíciles, raramente escalados. Y al final del glaciar se esconde una montaña alta y sagrada para los alpinistas, el K2.

El éxito en el Nanga, el reposo posterior y un intenso trabajo mental me han dejado equilibrado como un gurú. He enfocado todas mis energías y todos mis pensamientos hacia el K2 y he dejado atrás el resto de mis circunstancias, personales, afectivas e incluso económicas. Aún así, será la montaña quien tenga la última palabra, ya que nadie alcanza su cumbre si no cesan por unos días las tormentas que la mantienen permanentemente bella.

Quizá el K2 nos muestre esta vez sus secretos, o tal vez hayamos de retornar a este ciclo que se revela infinito. Se me antoja que somos como Ulises, que luchó en Troya durante diez años, y después vagó perdido por tierras y mares durante otros diez, perdiendo todo cuanto poseía pero encontrándose a sí mismo.

....

Casi al final del glaciar de Baltoro existe un lugar llamado Concordia que no es más que la intersección de tres glaciares diferentes. Algún italiano bastante cachondo pasó por aquí hace un siglo y así lo bautizó, diciendo que se parecía a la parisina plaza de la *Concorde*. Yo nunca estuve en París, aunque supongo que se parecen como un huevo a una castaña. De cualquier modo, viva la imaginación.

El caso es que conforme llegas andando a Concordia ves al monstruo por primera vez, asomando poco a poco tras una arista, y quedas impresionado de nuevo, no importa cuantas veces hayas venido. El monstruo está ahí, inmutable, bello y eterno. Ninguna otra montaña producirá en ti la misma impresión, ni siquiera el Everest, dijo alguien, y tenía razón.

Como aseguró una vez Juan Tomás, el K2 es la montaña que pintaría un niño. Sí, esos mismos niños que en las charlas nunca preguntan *por qué,* mientras que en las conferencias para adultos siempre alguien quiere saber la razón por la cual abandonamos nuestra sociedad de dinero, confort y seguridad para hacer algo tan poco provechoso como subir para después bajar, y a veces ni eso. Yo no sé qué responder, sólo sé que los hombres hemos matado a Dios, y esos tres dioses bastardos han vencido... Para mi fortuna, el K2 es poco confortable, nada seguro y ni todo el dinero del mundo lo haría más accesible.

Tampoco entiendo demasiado bien por qué algunos que normalmente nunca han estado

por aquí se dedican a bautizar a ese K2 de nuestros amores con nombres como “la montaña asesina” y cosas por el estilo. El K2 es un monstruo, cierto, pero no es bueno ni malo: está ciego, mudo y sordo. Es un gran montón de piedras y nieve, sin otro valor que el que los hombres queramos darle. Yo le doy mucho, y por las noches salgo a mirar sus líneas mágicas, pues todas las rutas que llevan a su cumbre son mágicas...

A veces le digo: “Pórtate bien, ¡eh!, este año sin cabronadas...”.

Cuando llegamos al campo base la situación es la normal, horrible. Mucha nieve, poco progreso en la montaña y mal tiempo. Pero lo cierto es que, y esto ya es mera opinión personal, al menos a la mitad de los escaladores que rondan por aquí este año, el K2 les queda bastante grande. Éste es un asunto serio, lo de escalar hasta su cumbre. De los quince españoles que la pisaron hasta ahora, cuatro no regresaron a casa, entre ellos mi nunca olvidado compañero *Atxo* Apellániz. Cinco mujeres, de cualquier país, alcanzaron la cima, y tres de ellas no regresaron al campo base. En el K2, por el motivo que sea, cae hasta la elite, así que no hablemos ya de cazadores de sueños, *listillos*, millonarios, buscadores de fama y demás fauna.

¿Qué pintan aquí ese chaval de veintitrés años sin ninguna experiencia, aquel francés que una vez subió al Aconcagua, o ese otro tipo gordo como un cerdo? Y la lista no es ni mucho menos exhaustiva... Cuando el K2 muestre su verdadera cara, alguno puede pagar un precio muy alto sin ser siquiera consciente de ello.

Así que visto que el plan A, escalar directamente el K2, no es muy factible, pasamos directamente al plan B, subir al vecino Broad Peak. Es una montaña de 8.047 metros, distante sólo cinco kilómetros del K2, a cuya falsa cumbre (8.035 m.) yo ya ascendí en el año 1997 con mi amigo el *mítico* Carlos Pauner. Con este nuevo plan podemos comprobar nuestra forma física y aclimatación tras el descanso posterior al Nanga y de paso esperamos a que el K2 se despeje, tanto de gente como por las condiciones meteorológicas.

En el Broad nosotros salimos primero, y los kazajos vendrán después, remolones por una vez. Yo hago cordada con Simone, y Ed va con Jean-Cri. Entre los cuatro, sumamos 45 *ochomiles,* pero esto no significa ninguna garantía allá arriba, donde el sol apenas calienta un poco, y es tan delgada y sutil la línea que separa el éxito del desastre.

....

Simone y yo nos planteamos un ascenso rápido. Los partes del tiempo no son muy alentadores, y se habla de una pequeña ventana sin excesivo viento ni muchas precipitaciones durante la mañana del día 15 de julio. Como solía decir mi inolvidable amigo Pepe Rayo: “amenaza buen tiempo, habrá que escalar”.

Viesturs y Lafaille salen el 13 de julio, con la intención de plantar dos campos de altura, y Simone y yo lo hacemos al día siguiente, con todos nuestros trastos a la espalda. Nuestra intención es acampar donde nos parezca y seguir de noche hacia la cumbre. Ya que la ruta que vamos a escalar no tiene ninguna dificultad especial, y ya que hay bastante gente en la montaña, por lo menos de este modo podemos *exprimirnos* desde un punto de vista deportivo.

Cuando comenzamos nuestra escalada, los augurios no pueden ser peores: nieva mucho. Si abren ustedes la primera página del *Manual del Himalayista Novato* verán que lo primero que pone es: “No salir del campo base si nieva”. Pero Simone y yo tenemos mucha escuela, nos miramos con suficiencia y decimos: total, si son cuatro copos... Cuatro horas y un palmo de nieve después llegamos al campo II. Por lo menos ha despejado, aunque ahora hace viento. Aquí nos instalamos para descansar diez horas antes de seguir camino mientras nos hidratamos y comemos algo. Simone se ha subido dos litros de Coca Cola, que es lo único que no le hace vomitar. Yo le miro divertido, mientras él parlotea por teléfono sin parar.

Salimos de este campo a las 10:45 de la noche, hace bueno y no mucho frío. Nos quedan por subir 2.000 metros de desnivel. Pronto nos calentamos y tiramos a fondo. La huella que dejaron ayer Ed y Jean-Cri está casi desaparecida, el viento es todavía fuerte. Por arriba hay, además, unos coreanos y sus sherpas nepalíes, y un chaval vizcaíno llamado Alex Txikon, que se ha quedado solo después de que sus compañeros, Patxi Goñi y Julen Reketa, bajasen al base a recuperar antes de intentarlo de nuevo. Ellos llevan semanas trabajando en la vía.

A 7.600 metros de altura comienzan mis problemas. Veo a Simone adelantarse sin remedio, porque soy víctima de un repentino e incontenible ataque de diarrea, que me va a obligar a pasar el resto de la ascensión pensando en cualquier otra cosa que no sea el estado de higiene de mi ropa interior, mis pantalones e incluso mis calcetines. El ataque se repite tres o cuatro veces con violenta eficacia, y tras una primera ocasión en la que soy lo

suficientemente rápido, después ya no me da tiempo a despojarme del arnés de escalada y de todas las capas de ropa que, cual cebolla, me envuelven. ¿Que tengo diarrea? Pues mejor, agarrémonos a nuestros viejos lemas y “agradezcamos a los dioses que nos envían al enemigo”, de nuevo. Para arriba sin rechistar, navarro.

El viento es criminal hasta el collado, y paso un rato muy frío. Después ya me da el sol y una vez más me transformo en el animal caliente (y sucio) que me gusta ser a 8.000 metros. Otra vez aprieto el paso. Una escalada sencilla pero aérea y expuesta me conduce a la antecima (8.035 m.), punto que ya alcancé en el 97. Esta vez continúo hasta la cima *verdadera*, otra media hora mas allá, ahora ya de paseo con el piolet bajo la axila y las manos en los bolsillos. Me cruzo con Ed y Jean-Cri, que regresan ya de la cumbre. Este último tiene mala cara, está verde y me dice *“Je suis cassé”.* Se va para abajo tambaleándose y apretando los dientes. Después vienen los coreanos, con oxígeno, y sus dos sherpas nepalíes, y también Simone. Bajan ya de la cima. Finalmente, veintiocho horas después de salir del campo base me encuentro al borde de una cornisa de nieve, junto a una bandera coreana, en la cima del Broad Peak. Hace mucho viento, pero seguro que en mi congelado rostro se dibuja una sonrisa. Soy tan feliz, que más que caminar, me parece bailar...

....

Me siento afortunado cuando regreso al base. Mi aclimatación y forma física son perfectas y los daños *colaterales*, mínimos: algo de frío en un par de dedos y una espectacular infección intestinal que cederá en un par de días. Eso sí, lavar mi ropa me va a costar lo suyo.

Pero mi fortuna no viene dada solamente por el hecho de haber logrado una subida tan rápida y *limpia* del gigante, sino porque en el base me aguarda un paquete enviado por mi familia desde Pamplona. La agencia pamplonesa Viajes Marfil-Naturtrek ha organizado un *trekking* al campo base del K2, y ellos han hecho de correo. Ironías del destino, han llegado al campo base al mismo tiempo que nosotros a la cima del Broad, exactamente igual que en el 97, y ni siquiera nos hemos visto. El grupo lo componen mayormente navarros, algún catalán, y para darle un toque multiétnico, un par de guipuzcoanos.

Con el paquete bajo mis garras me retiro a mis aposentos, una minúscula tienda, a deleitarme con esta inesperada inyección de energía moral. En primer lugar, aparece una botella de pacharán, ilegal completamente en Pakistán. En la fiesta post-cumbre los coreanos darán buena cuenta de ella, al grito de *¡Osasuna!* No, no es que les guste el fútbol, ellos saben que quiere decir “salud”, en vasco. Al poco rato los ojos les harán chiribitas. Después salen revistas de montaña, periódicos, cartas y todos los correos que han llegado a mi cuenta desde que me fui hace dos meses, mandándome ánimos y enhorabuenas tras el Nanga.

Pero lo mejor son las cartas de los míos. Mi hermano Pablo me escribe: “Aúpa ese 2-0 al Karakorum. Yo te mando todo mi apoyo desde el bar donde me encuentre cuando llegues arriba, cuando vuelvas abajo y durante los trayectos”. Mi padre dice: “...total, tú y yo como si fuéramos de la familia...” y “cuídate como un gorgojo en un silo de trigo”. Mi madre me dice: “Te quiero, subas o no”. Vaya, soy un tipo con suerte, será mejor que vigile mi pellejo.

Finalmente, nos trasladamos al campo base del K2, donde queremos reposar unos días. La sombra de esta montaña es ciertamente infinita, y su presencia se impone sin vuelta de hoja. Nuestra felicidad tiene las horas contadas, concretamente hasta que los miembros de las expediciones suiza y andaluza realizan su primer intento, el día 21. Tres suizos, dos alemanes, dos andaluces, dos pakistaníes y un sherpa nepalí salen, con un tiempo excelente, del campo IV camino de la cumbre.

En su camino les espera el llamado “cuello de botella”, a 8.200 metros de altura, la parte más expuesta y difícil del día de cima. Allí uno de los alemanes resbala en el hielo, cae al vacío y se mata. Todos se dan la vuelta. Su mujer, presente en el campo base, nos da a todos una lección de fuerza y serenidad.

De este modo tan cruel la montaña nos muestra su cara más negra, y yo sé que este duro golpe afectará mucho a todos los presentes en el campo base. Ed y Jean-Cri se van para casa, porque ellos ya subieron al K2 hace algún tiempo. De hecho, se van en el helicóptero que rescata a Jean Cristophe, que bajando de la cumbre se ha visto afectado por un edema pulmonar y ha sido ayudado por el propio Ed y por Denis. Su décimo ochomil ha estado a punto de costarle muy caro.

Yo formo un equipo de lujo con Denis y Simone, ahora en el K2. El viento ha retornado con fuerza inusitada y, después de subir al campo II (6.800 m.) del tirón, decidimos volver y guardar para más tarde esas energías que ya empiezan a escasear. Sé que me quedan un par de balas en la cartuchera, así que elegiré con mimo cuando las he de usar. Mientras

tanto, mentalización y reposo o, lo que es lo mismo, buenas comidas y buenas siestas.

……….

La tercera semana de julio se acaba el verano. Durante las próximas tres semanas el tiempo va a resultar detestable, impidiendo que nadie alcance la cima del K2, un año más.

¡Sálvese quien pueda! Ésa es la voz más común estos días en el campo base del K2. La montaña ha decidido, quién sabe por qué, sacudirse por fin a toda esta variopinta manada que intenta encaramarse a su blanca chepa. Lo hace a base de fuertes vientos y nevadas, qué mejor manera. Y claro, al menos parte de la susodicha manada ha captado el mensaje y comienza a caminar hacia casa.

De todas maneras, algunos estamos medio sordos y todavía no plegamos, como si este verano mágico que llevamos detrás no pesara sobre nuestras espaldas y no fuera ya suficiente. Sin duda, los más sordos de todos son los kazajos. Hace apenas unos días, mientras Simone y yo descendíamos desesperados escapando de un viento cruel, ellos han pasado una semana en la montaña, en lo más crudo de la tormenta e incluyendo dos noches a ocho mil metros.

Para mí esta actitud no tiene nada de elogiable; más bien lo considero una estupidez y un derroche, un riesgo innecesario. Pero ellos tienen sus razones y también otra filosofía. En el campo base su líder y entrenador, Ervand Iljinsky, mira por su catalejo y da órdenes sin cesar por su radio. La más repetida es: *"davai, davai"* (dale, dale). Y el que dé muestras de flaqueza puede ser que no venga a la siguiente expedición, quizá será soviéticamente sustituido. El lema parece ser "muerte o gloria".

Para nosotros es diferente. Sabemos que si tenemos que retornar otro año no pasa nada: el K2 no se va a mover del sitio ni un palmo. Por todo ello tengo mis dudas acerca de formar equipo con los kazajos y prefiero un ascenso rápido con Simone.

Mientras tanto, en nuestra rutina diaria de mal tiempo cabe todo: lectura, música, vida social y un paseo de una hora para no perder el tono muscular. He leído excelentes libros de viajes de Javier Reverte, Iñaki Preciado y otros; he releído al inquietante Huxley; también al curioso Joyce y sus *Dublineses*. Conforme se me acaban los libros, los pido prestados y el nivel va bajando hasta llegar a una infame novela de Ken Follet que me deja Carlos Soria –pensaba que era mi amigo–. Respecto a la música, escucho a mis clásicos: el eterno poeta Bob Dylan y los siempre necesarios Barricada, que mejoran con la edad.

Hemos hecho también un par de buenas fiestas de despedida, cómo no, una *fondue* con los suizos y otra con mucho tapeo y *pescaíto*, con los andaluces. Esta última fue un éxito y la concurrencia acabó moderada o totalmente borracha, cada cual ahogando sus penas y anhelos, quizá pensando ya en el retorno a la vida *normal*. Además, un suizo se atizó un guantazo de campeonato intentando volver a su tienda en la oscuridad, entre las piedras, y lo cierto es que algo así anima cualquier fiesta.

La gota que colma el vaso aparece en forma de una nevada, de treinta horas ininterrumpidas de duración, que deja la montaña en las peores condiciones posibles. Por si eso fuera poco, después el viento retorna con fuerza, cargando la montaña como sólo parece posible en las peores pesadillas. Simone se marcha, le espera una gira de conferencias en su Italia natal. Aunque unos ya volvieron su espalda a la montaña, otros todavía soñamos con doblegar el destino una vez más, y seguimos esperando.

Tras la tormenta sólo quedamos seis de los kazajos, tres checos, un ruso, un georgiano... y un servidor. Más de sesenta alpinistas han recogido sus bártulos y han puesto rumbo a tierras más cálidas. Creo que no es casualidad el hecho de que todos los que aún sueñan procedan de países del Este. Entre ellos me siento un poco como el último mohicano, solo a este lado del telón de acero.

……….

El K2 (pronunciar *keitu*) es la más compleja de las montañas porque normalmente no se utilizan en su ascensión ni oxígeno embotellado ni porteadores nepalíes, los famosos sherpas. Si los utilizáramos en igual cantidad que en el Everest, entonces el K2 sería probablemente más fácil de escalar que aquel, puesto que tiene casi 250 metros menos, que son muchos a más de 8.000 metros de altura.

Dicho esto, y sabiendo que nosotros hemos escogido voluntariamente escalar la montaña en el estilo éticamente más limpio de acuerdo con nuestras posibilidades, cada uno debe saber cuál es el nivel de riesgo que puede aceptar. El líder de los kazajos, *mister* Iljinsky, ha decidido unilateralmente interpretar los pronósticos del tiempo a su manera y ha mandado a

sus huestes hacia arriba.

Como carneros yendo al matadero los he visto salir en fila india del campo base. Les he dado la mano uno a uno y les he dicho que la vida es más importante que el K2. Los checos, tan asustados como yo, también esperan.

Me dirijo a pedir consejo, o consuelo, a mi viejo amigo Fidá, que es el cocinero de los checos. Hace siete años que somos amigos. Fidá es viudo, tiene cinco hijos, es enjuto y vivaracho, habla el peor inglés del mundo y se ríe a un volumen tal que haría parecer afónico al mismísimo Antonio Aquerreta. Me dice: *“You have two big success, Nanga and Broad. K2 stays here everyday. No problem, next year. Don’t worry, be happy!!”* (Tienes dos éxitos grandes, Nanga y Broad. El K2 se queda aquí todos los días. No hay problema, el año que viene. ¡No te preocupes y sé feliz!).

Después me pregunta: “¿Qué vas a hacer con ese plumífero que llevas cuando termines?”. Fidá sabe que no le voy a decepcionar. “Pues pensaba regalártelo, Fidá”. Sonríe, orgulloso de nuestra amistad: *“Ahhh, very good idea”.*

Quizá las cosas sean así de simples y Fidá está en lo cierto. Estamos ya a mediados de agosto. La temporada se acaba. Después de setenta y seis días de expedición y de haber escalado dos ochomiles no me siento acabado ni física, ni moralmente, ni tampoco derrotado. Si el K2 se dejara, intentaría subir como un obús. Pero no es así, y éste es el juego de las montañas, aceptado de antemano. Quizá tenga que ser así, que el K2 permanezca en mis sueños y no en mis memorias, y que mientras tanto yo vuelva a la vida, a ese calor que hace en casa, del que me hablan y que tanto necesito.

……….

Al final, hasta los kazajos desisten y se retiran cabizbajos de la montaña. Yo paso mis últimas tardes mirando las nubes pasar, la nieve caer. A veces, un rayo de sol, tímido, ilumina sin fuerza el Chogolisa, y entonces el mundo se para y ya no necesito nada más.

En la antigua Grecia, concretamente en Macedonia, nació un personaje llamado Alejandro, que resultó ser un gran conquistador que derrotó a los persas y extendió su propio imperio hasta la India. Él fue quien dijo: “Considero que no existen límites para los esfuerzos de un hombre de coraje”.

Yo estoy seguro de que el tal Alejandro sería un gran guerrero pero, como alpinista, y especialmente en el K2, el tío se hubiera muerto de hambre. Porque hombres de coraje he conocido a unos cuantos en los últimos tres meses. Y todos han vislumbrado perfectamente sus límites ante las fuerzas de la naturaleza desencadenadas, ante la inevitable evidencia de pasar un verano sin sol.

Las laderas del K2 han quedado vacías y silenciosas un año más. Por quinta ocasión en los últimos siete años, nadie ha alcanzado su cumbre.

Los kazajos regresan agotados y deprimidos. No están en absoluto acostumbrados a volver a casa sin subir a la cumbre, pero, por un instante, se me ocurre que no les vendrá del todo mal *fracasar* por una vez; la soberbia es uno de los pecados que se paga más caro en el Himalaya.

Yo he tenido la suerte de compartir expedición con unos compañeros excepcionales. Hemos escalado con seguridad dos montañas magníficas y, además, volvemos a casa más como hermanos que como amigos, una vez más. ¿Cabe en algún sitio tanta fortuna?

Siento finalmente que es reconfortante saber que existen todavía lugares en el mundo en los que toda nuestra tecnología no sirve para nada, donde la naturaleza aún te puede borrar del mapa de un soplido, donde la aventura es posible. Lugares, por encima de las nubes, donde un hombre de coraje puede encontrar los límites de su alma.

Las lágrimas del K2

Te dejaré estar en mis sueños,
si tú me dejas estar en los tuyos.

Bob Dylan

Hace ya un rato que espero.

Al final se abre la puerta, pero no es el director de *marketing* el que me recibe, sino otra persona a quien no conozco. El señor director debe estar ocupado en asuntos de más enjundia, así que me ha *desviado*, para que hable con uno de los comerciales de la empresa. Me había costado ya otra visita anterior conseguir cita, pero yo estaba convencido de que lo que venía a proponer era interesante y les gustaría escucharme. Al final el jefe me había hecho un huequecito en su agenda, repleta, por lo visto, de compromisos importantes.

Estoy en uno de los dos periódicos que se editan en Navarra. En el otro tengo también concertada cita, un rato después. Estoy dispuesto a darles a ambos la misma oportunidad de oírme, por puro sentido común y también para que nadie se queje después.

El comercial parece simpático y es amable. Se suelta a hablar mientras me siento:

—¡¡Ahhh!!, yo a ti ya te conozco... tú eres guipuzcoano, y tenías un hermano que se mató en el monte, hace un par de años, ¿ verdad? Los montañeros, hay que ver qué buen color tenéis siempre. Bueno, qué nos vienes a contar...

El balón ni siquiera había rozado el larguero. Me acababan de confundir con Alberto Iñurrategi, que perdió a su hermano Félix tras un trágico accidente en el descenso del Gasherbrum II, su decimosegundo ochomil juntos. Y era curioso, porque Félix y yo sí que podíamos tener un lejano parecido; el pelo largo, peso, altura, color... Pero Alberto y yo nos parecemos como un huevo a una castaña.

Intenté abreviar pues comprendí entonces que, una vez yo hubiera salido de esa habitación, mi elaborado *dossier* iba a tardar poco en conocer la papelera desde el fondo.

No fue mi única decepción en mi lucha por conseguir patrocinio para mi proyecto *Navarra 8.000*, en el que plasmaba mi intención de escalar los 14 ochomiles, con tranquilidad, profesionalidad y entusiasmo.

¿Hacerme alpinista profesional, yo?

Ni siquiera se me había ocurrido, al menos hasta el mágico verano pasado en Pakistán hace ahora un año, junto a algunos de los mejores alpinistas del mundo. En los últimos años me he ganado la vida gastando poco y acostumbrándome a ser austero, y he sobrevivido a casi treinta expediciones al Himalaya, muchas de ellas trabajando como cámara de altura o guía de montaña. Tengo todos mis dientes, ninguna cana, y cuando hago recuento de los dedos de mis pies y manos todavía me sale un bonito número par.

Se me antojaba cansada y arriesgada la vida del profesional, hasta el año pasado no me había parecido ni pizca de atractiva. *Alpinista-berberecho*, les llamaba yo durante años a algunos de esos profesionales (porque "se pasan el día sacando pecho", que diría Rosendo). A fe mía ha de resultar dura la vida del artista si hay que hacer siempre las cosas más difíciles, si se trata de ningunear a los demás y de pavonearse sin cesar. De creerse más y mejor que otros sólo por escalar montañas.

Mi visión había cambiado después de escalar en la compañía de Lafaille, Urubko, Moro y Viesturs. Ningún *berberecho* entre ellos. Todos eran profesionales, y de entre los mejores, y sin embargo seguía siendo un placer compartir expedición con ellos. En la montaña poco o nada nos separaba y ellos me respetaban como uno más de su clase. Sólo el dinero de nuestras cuentas corrientes era diferente, y por ende también nuestras posibilidades de

realizar expediciones. Eso me dio material para pensar y me impulsó a decidirme.

¿Podría yo también, después de haber escalado ya siete ochomiles, conseguir suficientes *sponsors* para vivir con dignidad del alpinismo? ¿Sabría yo distinguirme de los alpinistas *sacadores de pecho* y mantener los pies en el suelo? ¿Era sólo un sueño, el poder escalar donde, como y con quien yo quisiera?

....

En el otro periódico, *Diario de Navarra*, nadie me confundió. Me trataron con exquisita cortesía, y al poco tiempo me informaron de que estaban más que prestos a seguir apoyándome, como en 2003, y a embarcarse conmigo en el viaje de los catorce. Lo mismo sucedió en *Lorpen*, una empresa también navarra que fabrica calcetines de montaña al mismo nivel que los espárragos de esta tierra; *cojonudos*.

Así me convertí en alpinista *profesional,* lo que sea que esto quiera decir. Parece simple, pero no lo es en absoluto. Mucha gente tiene talento, pero mucha también es especialista en ponerle diques y barreras, en enterrarlo y suprimirlo, en negarlo y, a la postre, aniquilarlo. A mis ojos, delante de mí se abría un camino plagado de interrogantes y dudas, pero hermoso como ninguno. Si algún mérito tengo, es el de haber comenzado a caminar sin miedo, dándolo todo. Mi único mérito es elegir la libertad. Lo demás ha de ser fácil o, al menos, simple.

Las montañas del Himalaya han ejercido siempre una profunda fascinación, casi diría una tentación, en el corazón del ser humano. Yo debo ser un espécimen bastante débil porque un año más me encuentro dirigiendo mi ser hacia ese lugar que con sus promesas de aventura y pasión, con su leyenda de lucha, nieve y viento y su belleza sin igual nos atrae del mismo modo que las sirenas llamaban al encadenado Ulises, aquel que tardó veinte años en regresar a su casa. Yo espero hacerlo antes, si puede ser.

El nuestro es un fuego que se reaviva fácilmente, una pasión salvaje que no conoce mesura ni atadura, y que necesita ser vivida con intensidad cada cierto (poco) tiempo.

Decidí comenzar apostando fuerte. El primer año del proyecto intentaríamos escalar el Makalu, el K2 y de postre aún habría de darme una vuelta por el Cho Oyu, montaña ya escalada con anterioridad en dos ocasiones, para acompañar a unos amigos. Ni en mis sueños más optimistas pensé poder subir tres de las seis montañas más grandes en apenas seis meses, pero hay que estar preparado para todo, incluido lo mejor. Aunque todo eso es adelantar acontecimientos.

Makalu, mi pedazo de cielo, marzo-mayo 2004

El hombre se llama Vladimir Kaleshnikov, no podía ser de otra forma. Tiene toda la pinta de haberse desayunado una botella de vodka. Sin embargo, en su negocio, que no es otro que pilotar helicópteros, él es una auténtica leyenda. Pilotar en Nepal, entre montañas y colinas, siempre con mal tiempo, sin aparatos de medición o torres de control, ha de ser sin duda tan peligroso como intentar escalar las heladas cumbres del Himalaya. Pero a Vladimir no se le ve en absoluto preocupado cuando todos abordamos el viejo y destartalado MI-17 que nos ha de trasladar al campo base inferior del Makalu. Sonríe y bromea con la despreocupación nacida del valor o la rutina, quizá.

Comenzamos la expedición en pecado, aunque sea por una vez.

No me gustan los helicópteros, ni siquiera los aviones. Realizar la marcha de aproximación andando es, para mí, parte integral de cualquier expedición. Son momentos que duran días, que me relajan y centran tras el descontrol inevitable que siempre precede a la partida. Además prefiero andar durante dos semanas pagando a cien porteadores que realizar el mismo trayecto en cuarenta y cinco minutos y que todo el dinero vaya a parar a unas únicas manos. Eso sin pensar en si es éticamente justificable no usar oxígeno pero luego subir al base en una máquina que vuela. La respuesta está clara.

Pero la región del Makalu no es segura, infestada como está de guerrilleros maoístas, así que debemos plegarnos a las circunstancias. Lo cierto es que la situación en Nepal se antoja insostenible, como una olla a presión a punto de reventar, en esta primavera de 2004. Eso sí,

subir en helicóptero al base es peligroso, ya que el vuelo nos ha de dejar a una altura de 4.800 metros sin aclimatación previa, lo cual puede hacer que cualquiera, no importa quién ni qué experiencia anterior posea, enferme de gravedad. La hipoxia, o falta de oxígeno, no sabe de atletas o himalayistas, y ataca a todos por igual.

Así que para evitar problemas hemos caminado durante diez días hasta alcanzar el campo base del Everest, en el valle de Khumbu, para aclimatar nuestros cuerpos a la altura progresivamente. Han sido jornadas de simple caminar, de apreciar la belleza del mundo que nos rodea, y de relajo tras la locura previa a la partida. Se trata de mi vigésimocuarto viaje a Nepal, y al menos una docena de veces he estado en este valle, de modo que se repiten las invitaciones a tomar el té por parte de innumerables amigos y conocidos. Se trata de comentar lo pasado y lo que aún está por suceder. “¿Otra vez al Everest?”, “Nooo, al Makalu...”, *“Ahhhh, very good luck”.* Encontraré por el camino a Simone Moro, Ed Viesturs, Willie Benegas, Lhakpa Gyelu y Mingma Tshering, y a tantos otros colegas, cada uno con su historia a cuestas.

En una de las paradas me he encontrado con una chiquilla de pelo corto y sucio, dientes rotos y separados, que me impresiona profundamente por la vida que hay en sus ojos y lo entusiasta y generoso de su sonrisa. Nos hemos hecho amigos enseguida, por qué esperar. Ella es de la etnia sherpa, y me cuenta sin tardanza que se llama Dawa Fhuti... Su pueblo está a muchos días de camino de aquí, pero su hermano ha encontrado trabajo en un albergue cercano y ella ha venido a ayudar. Se aprende mi nombre a la primera, estira del pelo de mis antebrazos entre grandes risotadas y me pregunta por qué llevo el pelo largo y pendientes si soy chico. Su vitalidad me contagia, y da fuerza a mis piernas durante el resto de la jornada. Poco a poco me olvido de la vida en Occidente.

Ahora tenemos que subirnos al helicóptero.

Una sonrisa glacial aparece en el rostro de Vladimir, el piloto, viendo nuestro miedo aflorar sin asomo de timidez. Ha llegado su momento, y él lo sabe. Nos encontramos ante uno de los momentos más críticos y peligrosos de la expedición. El vuelo, de treinta y cinco minutos de duración, se va a desarrollar a una altitud de hasta 5.600 metros. Más o menos, el techo absoluto de la máquina, y rodeados en todo momento de montañas muy altas, de un universo inerte de nieve y hielo que amenaza con tragarnos para siempre. El helicóptero se ve viejo y descuidado, todos los tornillos tiemblan en cuanto empieza a coger altura.

Ambos, piloto y aparato, han forjado su leyenda durante largos años, desde la guerra de Afganistán (la de hace veinticinco años, no la de ahora) con miles de horas de vuelo, primero en combate y después en rescates y traslados de montaña como el nuestro. Para mí se trata de un vuelo emocionalmente impactante. Hace dos años, un helicóptero con nueve personas a bordo desapareció sin dejar rastro mientras hacía este mismo recorrido. En él viajaban mis amigos nepalíes Sarki Sherpa y Nima Dorje Tamang, que murieron en el accidente. El segundo de ellos, Nima, había sido mi cocinero en ocho expediciones, y a él le debo casi todo lo que sé de este país, de su gente y su lenguaje.

Cuando Vladimir se sienta a los mandos, no sabe nada del tiempo que hace por el camino o de la fuerza del viento en la zona de aterrizaje. Todo será *a vista*, sin concesiones a la duda o a la desesperanza. Él es un maestro, y como en toda actividad humana que alcance el grado de arte, resultará un placer no exento de nervios verle trabajar. Juega con el terreno, sube o baja doscientos metros cuando lo necesita, y espera paciente a que las nubes dibujen un hueco por el que descendemos hasta el llamado campo base Hillary, a 4.800 metros. Ya no nos quedan uñas que morder.

Hemos llegado, al fin estamos en casa. Pues la casa no es otro lugar que aquel al que pertenece tu corazón, y a estas alturas el nuestro ya tiene dueño: estas montañas.

Veo los rostros satisfechos de mis amigos, y supongo que serán un reflejo del mío propio. Mi compañero Alex Txikon se muestra hiperactivo, no en vano es un joven vizcaíno de veintidós años que se ha traído 40 discos de música *punk,* 30 pares de calzoncillos (“para no andar lavando”) y ningún libro. Los demás también están contentos. El ecuatoriano Iván Vallejo, que subió dos veces al Everest sin oxígeno, y que te llama “hermano” cada vez que se dirige a ti. O mi buen amigo alemán Peter Guggemos, inteligente y amable, aunque un poco despistado entre tanto hispánico cachondeo. Y el *yanki* Joby Ogwyn, el guapo oficial del grupo, sereno y tranquilo, siempre de aspecto impecable. El último de ellos, el navarro Ricardo Valencia, sonríe cálidamente y se gana rápidamente las simpatías de los demás, a pesar de la barrera idiomática.

Mientras estrechamos la mano de Vladimir y le vemos alejarse, poco a poco estiramos al

máximo nuestros cuellos para intentar abarcar con la vista la inmensidad de este gigante que ahora domina nuestras vidas. Alguno dirá:

—Bueno, ya sólo falta subirse ahí.

Es lo que tiene esto de escalar en el Himalaya, la simpleza.

....

La primera noche que pasamos en el campo base es bastante tensa, no debido a la desacostumbrada altitud, sino a la visita de los guerrilleros maoístas, que según afirman nuestros cocineros, se hallan en las inmediaciones, aunque de momento no los hemos visto. Sabemos que en Nepal la situación es catastrófica, con más de 10.000 muertos en los últimos ocho años de batalla entre el ejército y la guerrilla maoísta. Se trata de una democracia muy joven, de sólo catorce años, y la inmensa y generalizada corrupción practicada por los primeros gobiernos ha llevado a esta situación, similar quizá a la vivida por Perú en los años ochenta con la guerrilla *Sendero Luminoso*.

Por la mañana estamos tranquilos porque no ha pasado nada. Nuestro cocinero, Prem Magar, aparece sin embargo diciendo que tenemos invitados, y que vienen en son de guerra.

Son ellos, los maoístas.

De hecho son un par de chavales armados con dos miserables cuchillos de cocina, aunque dicen que llevan en sus bolsos sendas granadas de mano. También aseguran que estamos rodeados de once activistas armados, aunque esto sabemos que es mentira. Nos explican que en Nepal hay dos gobiernos; uno el corrupto y oficial, otro el popular y realmente democrático. Nos explican, como si no lo supiéramos, que ya hemos pagado al primero, y que ahora toca pagar al segundo. La cuestión es cuánto.

Nos reunimos y vemos que tenemos dos opciones. La primera es violenta, ya que somos muchísimos más que ellos y sería realmente fácil darles una paliza de cualquier categoría. La segunda opción es negociar. De un modo que pretende ser natural, me alejo unos metros con el más hablador de los dos, un chaval de etnia *gurung* de apenas veinte años. Se sorprende al ver que *chapurreo* nepalí, y que demuestro conocer y apreciar su cultura. Me da la impresión que su cerebro ha sufrido un serio lavado. Le explico además el riesgo que corre, y le digo, ya en plan *farol*, que nosotros mismos podemos ser mucho peores que el ejército nepalí, y que ni por un momento nos hemos creído la historia de que estamos rodeados de gente armada. “Así que hazme un buen precio, y ahórrate problemas que no esperabas”. Ahora es él el que duda por un momento, y se reúne a hablar con su camarada, un sherpa.

Al final la propuesta viene clara: 5.000 rupias por barba (60 euros) y nos darán un salvoconducto válido por un año, para todos los territorios controlados por la guerrilla. Para nosotros supone poco dinero dentro de nuestro presupuesto, y además no quieren ni teléfonos ni cámaras fotográficas. Aceptamos, pagamos, y vemos cómo uno de los principales problemas del viaje lo hemos solucionado en tres horas de negociación. Por un momento creo que es la primera vez que me roban y me dan un recibo. Aunque luego lo pienso mejor y decido que no es así, si pienso en la hipoteca de mi casa...

Los maoístas lo tuvieron un poco peor cuando se fueron al campo base de mis amigos kazajos, que también están por aquí, a intentar repetir la extorsión. Sólo encontraron sorna e incomprensión. “¿Comunistas vosotros?” fue la respuesta de los asiáticos, “*nosotros* inventamos el comunismo...” les dijeron entre risotadas.

Los maoístas tuvieron suerte de salir indemnes de su encuentro con los kazajos. Pero qué tropezones tiene uno en la vida, a veces.

¿Y el Makalu, qué piensa de todo esto? Se mantiene altivo como nadie y ajeno a toda esta problemática humana. Se le ve grande y difícil, pero sabemos que tiene un carácter noble. Ya hemos empezado nuestra escalada y seguimos aclimatándonos a su inmensa altura. De momento todo va bien, sólo estamos 17 escaladores en nuestra vía, la normal. Por cierto, ¿qué habrá en ella de *normal*? Es difícil técnicamente, y siempre está expuesta al viento, que pega con ganas sin parar, y si te caes te estampas seguro. Pero dejemos que la llamen como quieran.

Una semana después de ser atracados, nuestro único recuerdo de los maoístas es un pequeño perrillo, de raza mastín tibetano y de ojillos vivarachos y expresivos. Se ha instalado aquí, a 5.700 metros de altura, porque seguramente come mejor que en su casa, y aprecia de verdad todo lo que a nosotros nos sobra. Se enrosca al sol durante el día, y suplica un sitio en el vestíbulo de cualquier tienda cuando la temperatura se estrella durante la noche. Ha aprendido a ser acariciado y básicamente se le ve feliz. También atiende ya por su nuevo nombre; le llamamos *maoísta*.

La tecnología que todo lo inunda y domina en nuestra civilización también ha llegado al Himalaya. En el campo base disponemos de ordenador y de teléfono vía satélite, lo que entre otras cosas permite que mi madre se eche las manos a la cabeza si me ve demasiado flaco o desmejorado en las fotos que mando regularmente para el periódico o la página web, o si me oye toser por teléfono. Hay quien arguye que la tecnología acaba con la aventura, y quizá no le falte razón, pero en nuestro caso la aventura está esperándonos ahí arriba, a partir de los 7.000 metros. Allí ningún artilugio del mundo nos sacará de apuros si no lo hacemos nosotros mismos o nuestros colegas.

El pasado viernes me dirijo con cierta soltura (recién adquirida, por cierto) a descargar mis correos*,* y mi sorpresa es mayúscula cuando veo que hay varios avisos urgentes, procedentes de diferentes países y fuentes. Metereólogos de todo el mundo nos avisan, en un tono que suena casi apocalíptico, que se está formando la tormenta perfecta, y que se nos viene encima sin que podamos hacer nada por evitarlo. Aparentemente vientos del oeste de más de 150 km/h. van a hacer que todo lo que no esté sujeto al suelo de forma muy sólida, vuele sin remisión.

Y pensar que sólo un par de días atrás de nuevo habíamos rozado el cielo con los dedos. Escalamos, algunos de nosotros, hasta los 7.450 metros del collado del Makalu, y aún nos dimos una vuelta un poco más arriba. Durante tres días afinamos nuestra aclimatación con vistas a un próximo intento de cumbre que ahora parece ciertamente más que lejano. Esos días desayunábamos un *capuccino* de sobre, comíamos algo de queso o una lata de atún, una sopa era la merienda, y a última hora (las 18:30) un chocolate con tres galletas hacía las veces de cena. Y éramos reyes otra vez, dueños de nuestro destino, pájaros libres en este mundo donde el aire es tan delgado, donde de nada sirve la fuerza de voluntad y de tanto la imaginación.

¿Y por qué esta vez los científicos aciertan? Efectivamente, observamos cómo las nubes comienzan a pasar a toda velocidad por la cumbre de nuestra montaña. Salimos a ver el espectáculo, y en nuestras miradas se puede apreciar una parte de fascinación, pero también algo que en castellano solamente se puede definir como *acojono*. Sabemos mejor que nadie que “esto” comienza ahora allí arriba, pero luego va progresivamente descendiendo, poco a poco, barriéndolo todo a su paso. Tragamos saliva, y nos disponemos a reforzar el campamento base.

Y la tormenta descenderá, con saña, recordándonos de forma terminante quién es aquí el que manda. Después de haber probado la vida de los reyes, seremos una vez más náufragos a merced de los elementos, desatados y salvajes durante tres días. Como el capitán Scott y sus compañeros, condenados tras alcanzar el Polo Sur, a veces pensaremos que todo se ha perdido. Sólo recobraremos la esperanza en los momentos de calma, que parecen irreales. La montaña nos enseña sin parar, y sabemos que sólo somos hombres, pequeños como pulgas. Nada más.

Alguien se queja con amargura:

—Vaya viento más perro, qué paliza nos ha dado...

—¿Qué quieres, tío? Haber hecho *mountain bike...*

....

Nos vamos a ver obligados a esperar durante dos semanas.

La desesperación no cunde todavía en el campo base, a pesar de que más de uno ya piensa que razones no nos faltan. La famosa ventana de buen tiempo que nos permitiría hacer un intento de escalada a nuestra montaña no llega. Los vientos conocidos como “corriente de chorro”, el *jet stream,* han llegado para instalarse en la zona de las grandes montañas del Himalaya, y aquí se han quedado. Cualquier intento de ascensión entre semejante vendaval acabaría con el protagonista sin remisión. Además, sabemos que sólo los vientos del monzón, procedentes del Océano Índico, serán quienes empujen hacia el norte a los que de un modo tan terco impiden nuestra felicidad.

Algunos años hay que esperar incluso hasta finales de mayo para que se calmen y emprendan ese tránsito anual. Nos las prometíamos muy felices después de conseguir rápidamente una aclimatación más que adecuada, y pretendíamos, cómo no, un rápido ascenso que nos dejara de vuelta en casa con tiempo para recuperar y para prepararnos un poco con vistas a ese intento veraniego al K2.

La rutina de la vida en el campo base es demoledora. Uno no puede menos que descubrirse y admirar a los grandes aventureros de la exploración polar, hace un siglo más o menos. Los Nansen o Shackleton, que partían en expediciones que duraban dos o tres años,

en condiciones durísimas, y en las que nadie rechistaba. Nosotros estamos bien alimentados, nuestro frío es real, pero relativo, y básicamente nos aburrimos porque necesitamos escalar, o al menos algo de actividad física. Si alguien decide ducharse, en una palangana y usando tres o cuatro litros de agua, es abucheado unánimemente por el resto de la tropa, por romper ese pacto tácito que dice que podemos oler como nos dé la gana. Si ese alguien se asea significa que, por vergüenza, uno tras otro iremos pasando por el aro, a regañadientes. Bueno, confesemos que sólo ha sucedido en un par de ocasiones el último mes.

Hay quien dice que el Himalaya está masificado, así, en general. Si eso es así nosotros debemos estar en Sierra Morena, porque ya sólo quedamos once escaladores en el base. Los noruegos se fueron ya, y sólo quedamos nosotros seis, además de dos asturianos, un inglés y una pareja mejicana. Estos últimos han comenzado a prestarnos películas de su videoteca, y hemos visto casi seguidos tres auténticos atentados contra el séptimo arte. Una cinta infame que se llama *"Límite Vertical"* y en la que sale mi amigo Ed Viesturs, otra titulada *"El Bar Coyote"* y que es como para cortarse las venas, y finalmente otra de la que afortunadamente no recuerdo el título, pero que era de coches y tal.

Un domingo por la mañana, el viento parece haber amainado un poco, de modo que mi colega ecuatoriano Iván Vallejo y yo nos damos una *vuelta*. En menos de ocho horas escalamos los casi dos mil metros de desnivel que nos separan del collado, a 7.500 metros de altura. Cargados con unas mochilas monstruosas, luchamos durante toda la jornada para depositar allí arriba, donde el viento es criminal, todo el equipo que necesitaremos próximamente en nuestro ataque a la cumbre. Poco después estaremos de vuelta en el base, derrengados. Ivan dirá a todo el que quiera oírle: "*Chucha,* con el paseo dominical de Iñaki Ochoa...". Es que fue idea mía.

Ricardo Valencia se encarga de la cocina, afortunadamente, y gracias a él nuestros menús son variados y saben a comida *de casa*. Se levanta el primero y nos avisa a gritos cuando ya ha preparado unos huevos fritos con pimientos. Nadie come muesli ni mantequillla de cacahuete. Cada uno pasa las horas como puede o sabe, unos aislados en su propio mundo y otros buceando en el de los demás, sociables. ¿O incapaces de soportar su propia soledad?

En estos días se juega una partida cruel, un juego que es solamente mental. Ahora nuestras reservas físicas han disminuido mucho, y se ve la pasta de la que está hecho cada uno. Sólo los que tengan la cabeza dura sobrevivirán para intentarlo. A veces me alejo de mi tienda para mirarte a la cara, Makalu. Y te veo altivo y enfadado, tan bello. Y entonces me digo: "No sé que hacer contigo".

Ya se me ocurrirá algo.

....

Después de tantos avatares y sucesos, de pasar enfermedades y hasta un atraco, y de sufrir la furia del viento soplando como mil bestias, ninguno de nosotros es lo suficientemente estúpido o ingenuo como para pensar que la ascensión del Makalu va a suponer un lindo paseo o algo por el estilo.

Los benditos meteorólogos llevan mareándonos un par de semanas, y finalmente nos dan el visto bueno, y dicen que el viento va a bajar en intensidad, aunque puede nevar. Vaya por Dios, ya nos imaginábamos que de algún lado tenía que caer toda esta blanca masa que nos rodea.

Salimos del campo base el día 13 de mayo con el ánimo del que sabe que le espera una dura prueba, una hermosa paliza, quizá una confirmación de carácter, si no todo ello junto. La clave de nuestra ascensión al Makalu está en el estilo que empleamos, sin grandes trucos. No tenemos sherpas que acarreen nuestros trastos por un sueldo, y de nuevo nos negamos a reducir la altura de la montaña utilizando las botellas de oxígeno artificial que ahora ya casi una mayoría usa. Para nosotros es un modo de escalar limpio, rápido y ético, y podemos decir con orgullo que es *nuestro estilo*. Conocemos la ruta hasta los 7.500 metros, y a partir de ahí actuaremos sobre la marcha.

Cuando alcanzamos nuestro segundo y último campamento (7.600 m.) el viento tiene tal fuerza que amenaza con arrastrarnos mientras montamos las tiendas. Joby y Peter se instalan en una, Alex y yo ocupamos otra, ligera y por tanto endeble. Ricardo e Iván han decidido quedarse más abajo, a una hora y media de distancia, y tendrán que salir antes. Toda la noche la pasamos en vela, sujetando las paredes de la tienda e intentando evitar lo que nos parece imposible, que el viento no la haga pedazos y nos deje expuestos en una situación más que comprometida, a –30 ºC y sin refugio. Pasamos momentos de miedo, pero hasta la noche más negra tiene su final. Éste llega sin que hayamos ni siquiera podido pensar

en salir hacia la cumbre.

El día 15 lo pasamos entero descansando e intentando hidratarnos. Notamos que el viento se muere poco a poco, por lo que renacen las esperanzas. A la tarde se calma del todo, y Alex y yo hablamos en susurros en nuestro pequeño y endeble refugio, como para no molestar, para no despertarle. Salimos sin hacer ruido a la una y media de la mañana, y enseguida me veo en una condición física que ni en mis mejores sueños habría deseado. En grandes altitudes es imposible caminar sin pararse cada pocos metros, extenuado. Simplemente no llega suficiente oxígeno a los músculos. Pero pronto veo que nunca había escalado con tanta soltura a esta altitud como esta noche. Siempre cuento los pasos que puedo dar entre las paradas, y aquí hay veces que puedo dar entre 50 y 70, repitiéndose como un *mantra.* Peter se da la vuelta enseguida, hoy no es su día, y también Joby, aunque éste vuelve a salir más tarde hacia arriba. El norteamericano pasa un rato entretenido intentando salir de una grieta en la que ha caído, pero como caminaba en la cola del grupo ninguno nos enteramos de su pequeño percance.

Unas horas después, y con los pies otra vez calientes después de una dura lucha, me veo solo en la pared somital del Makalu. Aquí arriba cada uno avanza a su propio ritmo. Mis compañeros se han quedado atrás, a horas de distancia, aunque no vamos de carreras, ni mucho menos, sabemos de sobra que no hay otra manera de hacerlo. Cumplimos de este modo un pacto tácito entre nosotros según el cual tiene que ser así, salvo que alguien pida ayuda a los demás. Los últimos doscientos metros son los más difíciles, y me toca decidir por dónde y cómo. Aquí la ascensión será siempre muy seria y exigente, delicada y de las que no permiten ningún error. Voy escalando por rocas de verdad y de vez en cuando aparecen restos de cuerdas fijas viejas que me orientan, pero que no oso tocar. Finalmente, después de superar la antecima, afronto completamente solo la travesía aérea y expuesta que me separa de la cima verdadera. Muchos aspirantes a subir al Makalu se han quedado en la antecima, y después han bajado diciendo que han tenido éxito, pero aquí, más incluso que en otras montañas, lo que es la cima, y lo que no, está bien claro. Desde luego que hay que escalar hasta el último metro, mucho más que en montañas de peor fama, como el Cho Oyu o el Broad Peak.

La travesía, armado con un solo piolet y algo de valor, requiere de lo mejor de mis conocimientos y mi técnica tras veinte años de alpinismo.

Pronto me veo encaramado en la cumbre más pequeña que he visto en mi vida, poco después de las diez de la mañana. Alguien ha dejado una botella de oxígeno clavada arriba, pero su mal gusto no empaña la belleza del lugar. Esto es como un cuchillo que corta el cielo, un alarido de hielo que estalla sin dejar rastro en el azul oscuro cósmico que me rodea y que parece querer absorberme.

Una hora después deshago la maldita y difícil travesía, y poco más tarde me cruzo con Iván y Alex, que ya casi están llegando arriba. También subirán a la cima Ricardo y Joby, un rato después. Mi amigo ecuatoriano y yo nos abrazamos, y con el salado sabor de sus lágrimas me llega también su felicitación:

—¡Enhorabuena! Como dicen ustedes, qué pedazo de monte...

La tormenta nos sacude con ganas durante el descenso. Pronto estamos envueltos en la niebla, y nieva ligeramente. En el único lugar donde es posible perderse, un cruce que no es natural, a 8.000 metros de altura, voy a esperar sentado en la nieve durante tres horas, hasta que veo bajar a mis compañeros y me aseguro que me ven tomar el desvío.

Al día siguiente seré yo quien abrace a Iván de vuelta en el base. Lágrimas nuevecitas y frescas saludan nuestro encuentro. Y entonces le contaré a mi amigo que el Makalu no es sólo un pedazo de monte, como él dice. Es un puntiagudo pedazo de cielo, que se ha clavado en mi corazón.

....

Finalmente he aterrizado en el mundo donde la vida es algo más sencilla... Con mi amigo norteamericano Joby Ogwyn, hemos *escapado* discretamente de la disciplina del *pelotón* y nos hemos metido en el cuerpo la enésima paliza para descender del campo base del Makalu lo más rápidamente posible. Han sido tres agotadoras jornadas en las que hemos recorrido los casi ciento sesenta kilómetros de terreno de

montaña que separan nuestra cumbre de la civilización. Por detrás nuestros compañeros y todas las cargas siguen en camino y llegarán hoy o mañana a Kathmandu.

¿Por qué no ha venido a buscarnos el mismo helicóptero que a la ida? Por nuestros viejos conocidos, los maoístas. Éstos anunciaron, durante nuestra escalada, que ningún helicóptero saldría con bien de su territorio... por lo tanto, ninguna compañía se ha arriesgado y todos bajamos andando del Makalu este año. Mucho mejor, qué duda cabe.

Nuestra primera etapa acaba en Yak Karka, nada más que un simple cobertizo. Cuando allí entramos, dispuestos a cenar algo y dormir, nuestra sorpresa es mayúscula al ver una docena de sonrisas dándonos la bienvenida. Son ellos, los maoístas, armados hasta los dientes.

—Os vamos a escoltar, para que no os pase *nada*. Para eso habéis pagado.

Tragamos saliva, y pensamos en las cámaras, teléfonos y ordenadores que tanto Joby como yo llevamos en nuestras pesadas y exageradamente grandes mochilas. Después uno de ellos se presenta como el *comandante* y me suelta algo que me deja helado:

—Tú eres Iñaki, eres muy famoso. Tú no eres turista, has estado veinticuatro veces en Nepal.

Bueno, no pasa nada por gastar un poco más de saliva. Después nos explican que es mucho mejor que seamos españoles, claro que sí, ya que ellos sólo tienen órdenes de actuar contra los ciudadanos de los Estados Unidos. ¡Ah, bueno, eso está bien! Sonreímos a la fuerza, y nos miramos con sigilo. No parece preocuparles el hecho de que Joby y yo hablemos en inglés. La verdad es que en todo momento son cordiales. Nos invitan a cenar, cabra picante, y al día siguiente nos acompañan durante toda la jornada. Cuando Joby, tan destrozado físicamente como yo, da muestras de flaqueza, el *comandante* ordena a uno de sus hombres que acarree su mochila. Entrada la noche llegamos al poblado de Tashigaon, que es como su cuartel general. Aquí el ejército regular nepalí no llega ni de lejos, y en todas las casas ondea la bandera roja. Ni Joby ni yo nos hemos sacudido la tensión, pero ya pensamos que quizá no nos roben. Nuevamente nos invitan a cenar y a dormir en sus casas, y de nuevo hablamos de lo divino y lo humano, criticamos con saña al gobierno, y cuando están tan borrachos que no pueden ni andar nos vamos a dormir.

Al día siguiente se despiden atentamente cuando entramos en la zona que no está controlada por nadie. Nos advierten de que tengamos cuidado con el ejército regular nepalí, que esos sí que son malos de verdad. Se reparten abrazos y apretones de manos. Fieles a su promesa, no nos ha pasado *nada*, pero yo no puedo más que preguntarme por qué está así un país que era hace muy poco el más pacífico paraíso de Asia. Unas horas después estamos de nuevo en el territorio controlado por el ejército. Éstos nos acosarán a preguntas: cuántos eran, qué os han robado, etc. Como explicarles la verdad.

La escalada del Makalu ha sido, junto a las del Nanga y el Lhotse, quizá la mejor de mi vida. Unos compañeros de excepción, una montaña grandísima y salvaje, una ascensión impecable y muchísimas risas en el campo base.

En mi corazón dedicaré esta ascensión a mi amigo Koldo Aldaz, que siempre me transmitió su amor por las montañas. Y especialmente por el Makalu.

En Kathmandu el sol nos devuelve poco a poco a la vida. Tengo necesidad de apurar cada hora de luz, de calor, de amor, puesto que en un par de semanas partimos hacia el K2.

Por si acaso, ya que aquél es un sitio en el que nunca se sabe.

Te quiero, K2, junio-agosto 2004

Una vez más me encuentro en el aeropuerto de Londres con la tarjeta de embarque en la mano, observando pasmado el ajetreado ir y venir de extraños que corren de un lado a otro, y buscando en la pantalla luminosa el número de mi puerta de embarque. Obviamente hay varias decenas de vuelos cada hora, a lugares tan pintorescos o turísticos como Ciudad del Cabo, Osaka o San Francisco. Creo que por una vez no me importaría sentirme como

algunos de ellos, excitado y alegre pero sin sombra de duda en esas despedidas que a nosotros se nos hacen tan cuesta arriba y que dejan al que se va y al que se queda con un nudo en el estómago que no se deshace fácilmente. El rótulo luminoso y apremiante que señala parpadeando "Islamabad-puerta 25-embarcando" me saca de mis reflexiones. "Otra vez al agujero" me digo a mi mismo, y sonrío.

La tensión de la partida se desvanece al llegar a la susodicha puerta y observar la conversación *animada* (a grito pelado) que mantienen varios grupos de escaladores españoles. Nos reconocemos enseguida, y se reparten abrazos y enhorabuenas por nuestro reciente éxito en el Makalu. Saludo con gusto a Carlos Soria y Jorge Palacios, que intentan el K2 por tercer año consecutivo, como yo. Esta vez llevan un equipo de filmación con ellos, que incluye entre otros a algunos como Aitor Bárez y Dani Salas, que han sido buenos compañeros de expedición en otras épocas, ni tan lejanas ni tan gloriosas. También está por aquí el increíble Quico Soler, ganador de tantos maratones de montaña, con un grupo de catalanes que se dirigen al Gasherbrum II, lugar donde ya se encuentra mi amigo Carlos Pauner. Para que no falte de nada, incluso hay dos chavales guipuzcoanos, que también intentarán el G-II. Todo el mundo está contento porque conseguimos meter al avión unos *bolsos de mano* que en algún caso alcanzan los veinticinco kilos, y además nadie ha tenido que pagar exceso de equipaje, la bestia negra de cualquier himalayista.

Los días pasados en Pamplona han volado, con la agenda repleta y casi sin tiempo para descansar. Físicamente no me he recuperado, sólo peso sesenta y nueve kilos, cinco menos de lo habitual, y no hay manera de sacudirme una molesta diarrea que me he traído de recuerdo de Nepal. Aunque como todo lo que puedo, no engordo. No soy partidario de llevar nada de sobrepeso corporal en forma de grasa a los ochomiles, como dice alguna vieja teoría, pero tampoco hay que ir demasiado *fino*, ya que entonces el sistema inmune sufre y es fácil verse atacado por los virus y bacterias que nuestro cuerpo no conoce. En el Himalaya, si hay que elegir, son más importantes la salud y la motivación que la pura forma física.

Me ha impresionado gratamente la cantidad de gente que nos ha seguido, que me ha felicitado por la escalada del Makalu. También me ha sorprendido sobremanera la idea un poco generalizada entre el aficionado de que aquél que se dirige al K2 es una persona probablemente taciturna y por supuesto obsesionada, alguien que está dispuesto a arriesgarlo todo por poder decir: "he estado ahí arriba". Algunos se despiden de ti como si fueras al matadero. Y la cosa no es así, por lo menos en mi caso. Me gusta el K2 y me gustan las alturas extremas, donde se viven aventuras únicas que tanto enriquecen mi vida, pero la verdad es que me gustan más mis amigos, mi familia y hasta mi perro, al menos más que este hermoso y gigantesco montón de piedras. Solamente creo que, aunque sea por pelma, me he ganado el derecho de realizar un buen intento de escalada a este *bicho* de montaña, cosa que no ha sucedido en anteriores ocasiones.

Escalaremos como siempre, con toda la fuerza y la ilusión del mundo, y también sabiendo que otra vez lo importante es asegurar cada pequeño paso, y volver a casa con bien. Y el año que viene no me importaría estar en el mismo aeropuerto, pero quizá buscando otro destino en aquella hipnotizante pantalla luminosa...

Te quiero, K2, pero no tanto.

Sher Alí lleva toda la semana levantándose a las 4:30 de la mañana, antes de que amanezca, dispuesto a iniciar su jornada laboral. Tiene que cargar unos treinta kilos durante todo el día, al principio con mucho calor y por terreno desértico y después por el larguísimo glaciar de Baltoro, entre piedras y hielo. Sher Alí echa a andar sin desayunar, y cuando le adelantamos a las siete de la mañana sonríe sudoroso, y nos dice *"Hello, Salam Aleikum"* (Hola, la paz con vosotros). Y es que Alí es musulmán, *chiita* nada menos, que es algo que suena muy *chungo* por Europa y América. Pero a pesar de lo que digan en los telediarios, él es un hombre dulce y cariñoso, feliz de encontrarse trabajando en su tierra. A media mañana Sher Alí y sus amigos encienden un fuego y se calientan un té picante, con sal y leche, al estilo tibetano. Comerán también algo de pan, al que llaman *roti* y que supone la base de su dieta. Bueno, la base y todo lo demás, pues es todo lo que parecen comer aquí. Todos ellos, nuestros porteadores, son baltíes, habitantes de esta región desolada y remota del norte de Pakistán donde nos hallamos. Alí vive en Shigar, en una casa que es más una choza, y los 120 euros que ganará trabajando para nosotros ayudarán a pasar mejor el invierno a sus cinco hijos. Ésta es gente que me cala muy hondo, que entiende de veras lo que significa la vida en las montañas salvajes.

Viendo la vida que llevan los porteadores que nos han acompañado hasta el base del K2

durante la semana pasada, queda claro que los lujos de nuestra civilización sólo satisfacen las carencias que ellos mismos crean. Todo nuestro dinero y tecnología significan bien poco para esta cuadrilla de treinta hombres fuertes y duros que van acarreando hasta el campo base toda nuestra impedimenta.

El trasiego de gente es increíble por los caminos polvorientos. Debido al 50 aniversario de la primera escalada del K2 por alpinistas italianos, se dice que vienen quinientas personas desde el país trasalpino, por fortuna en tandas diferentes.

¿Quinientos italianos? Se va a montar un buen jaleo.

¿Por qué hacéis esto? Es sin duda la pregunta más repetida en charlas y conferencias. Curiosamente es una pregunta que sólo formulan los adultos, nunca los niños. ¡Hay tanta gente que no entiende que abandonemos nuestro confort, seguridad y dinero, para venir a hacer algo tan inútil como escalar el K2! La verdad es que aunque pudiera dar con una respuesta medio coherente, ellos nunca lo entenderían. Sólo sé que no estamos locos, y que allá arriba es precisamente la vida lo que buscamos.

Sher Alí tampoco lo entiende y sacude la cabeza cuando le invito a escalar el K2 conmigo. Sabe bien que estoy bromeando. Pero aún así todos los días suda la gota gorda con nuestro equipaje, y aprieta los dientes al caminar. Por la noche compartirá el helado suelo del glaciar y una manta con algún camarada, bajo el cielo infinito del Karakorum. Si llueve o nieva se protegerán con un plástico y unos cartones, y nos ofrecerán su comida y su té si nos acercamos a ver qué tal les va, a charlar o a sacar unas fotos. Y siempre esa sonrisa, que me alienta todavía muchos meses después de llegar de vuelta a casa. Quizá sucede que Sher Alí sabe, tan bien como yo, que el hotel donde dormirá esta noche tiene mil estrellas, y mañana seguiremos nuestro caminar, libres y salvajes, bajo el cielo azul o la nieve. Por eso Sher Alí se ríe, y se ve que es un hombre en paz con su alma.

Por la noche, desde Concordia, se vislumbra la silueta inconfundible y sobrecogedora del K2. Ha pasado un año desde la última vez, y él ha cambiado menos que yo. Mis deseos han crecido y madurado, es hora de volver a escalar. También se ven las estrellas, pero es sólo un claro antes de que vuelva a nevar. Observo anonadado este paisaje nocturno, medio helado, y formulo un deseo. Me voy a dormir en paz, igual que Sher Alí, y será mi sueño uno cargado de anhelos por cumplir.

....

Una inquietante masa blanca cubre la morrena glaciar donde Alex Txikon y yo vivimos desde hace ya unos días. Pomposamente lo llamamos campo base, aunque no son más que unas cuantas tiendas instaladas sobre la nieve precariamente. Ha estado nevando durante siete días y los relieves han desaparecido, engullidos en esa espesa uniformidad. Para un pintor o fotógrafo sería un sueño, para un montañero es casi una pesadilla.

Alex y yo nos hemos integrado, con el fin de abaratar costes, en un campo base con alpinistas de diferentes países con quienes compartimos mesa e incluso mantel. Luego, ya en la montaña, seremos todo lo independientes que podamos en medio del gentío que se agolpa aquí este año; ciento cincuenta tiendas se extienden a lo largo de medio kilómetro de glaciar, y unos ciento veinte alpinistas se quieren subir a la hermosa *chepa* de este K2 que contempla nuestros deseos con un cierto desdén, de momento. Entre toda esta tropa, yo distinguiría cuatro categorías, a saber; *alpinistas* (llevan años preparándose para esta ascensión)**,** *astronautas* (pretenden reducir la altura real del K2 usando oxígeno embotellado), *lunáticos* (sin experiencia, jamás han subido a ochomil metros y pretenden aprender aquí) y *turistas* (pagan 3 *kilos* a una agencia para que les suban y, si no es mucho pedir y ya puestos, les bajen). Apenas la mitad de quienes estamos aquí encaja en el primer grupo.

Nada más llegar me doy una vuelta, a ver a los conocidos. Me complace saludar a mi paisano y compadre Mikel Zabalza, que está aquí trabajando para la televisión pública española. Está en plena forma y motivado, muy contento. Con él está Ferrán Latorre, un amigo catalán inteligente y divertido con quien he trabajado y escalado en ocasiones, y a quien aprecio de veras. También visito a otros amigos; vascos, andaluces, catalanes y madrileños, casi todos con sus respectivas banderas a cuestas, como una penitencia. Todos ellos son buena gente y, la gran mayoría, excelentes alpinistas. En contraste, hay otros que uno no sabe qué pintan en el K2. No tienen ni idea de por dónde les da el aire, y hay quien es al unísono *turista, astronauta* y *lunático.* El caso más dramático es el de un chaval francés que nunca antes ha subido a 6.000 metros de altura, y que ha venido al K2 porque “cuesta casi lo mismo que el Gasherbrum II, y sólo cambia una letra, G2-K2...”, en sus propias palabras. Y de un género parecido, aunque no tan grave, encuentro a varios suizos e italianos, japoneses,

alguno que no sabe nadie de donde son, algún americano... Carecen de la experiencia y de la técnica para subir a este gigante, y la mayoría sólo pueden aprovechar el rebufo de los grupos realmente preparados. Constituyen un serio peligro para sí mismos y para los demás. Sé que mis palabras suenan intolerantes, pero es el tercer año consecutivo que vengo, y los dos últimos he visto cómo tres personas no volvían a casa. Eso causa una tristeza difícilmente reparable.

También hay gente de lo más interesante, caso de mi nuevo amigo Vladimir Suviga, un alpinista de Kazajistán veterano y fortísimo, que pertenecía a la selección soviética en su años de gloria. Tiene muchísima experiencia, y ha subido a un montón de ochomiles, en algunas escaladas que figuran en los anales del himalayismo. Vladimir tiene unos ojos increíblemente azules y expresivos, y cuando habla no puede ocultar la pasión que siente por las montañas. Hablamos a menudo de la vieja escuela rusa, de nuestro común amigo Anatoli Boukreev y de los nuevos tiempos que corren por el Himalaya. Un día le encuentro nostálgico, y le pregunto por el motivo de su melancolía:

—Es que he llamado a Kazajistán y todos mis amigos están de fiesta, jugando a cartas y bebiendo vodka. Les he contado que aquí en Pakistán no podemos beber, que está terminantemente prohibido.

—¿Y qué te han dicho ellos?

—Que vuelva a casa corriendo, que éste es un país muy peligroso...

....

Un pequeño paréntesis de buen tiempo nos ha permitido escalar hasta los 6.600 metros de altura del campo II y pasar allí la noche. Montamos en ese venteado lugar una tienda de menos de dos kilos de peso, lo que significa que es frágil, diminuta y por lo tanto incómoda, pero le tenemos mucho cariño puesto que en nuestra reciente ascensión al Makalu, en Nepal, nos sirvió de refugio durante tres violentas noches a 7.600 metros de altitud. Es muchas veces curiosa y carente de lógica la relación que se establece entre los alpinistas y su material, es realmente un vínculo sentimental más que otra cosa. Después el tiempo se ha vuelto a cerrar y lleva así muchos días. Es lo habitual aquí.

Durante estas últimas dos semanas nos hemos dedicado paradójicamente a descansar, e intentar recuperar el equilibrio físico y emocional perdido en medio de tanto viaje, y también a impregnarnos del espíritu tan particular que se desprende de esta montaña. Alex y yo pesamos sólo 68 kilos en una báscula que tienen los suizos, ahora ya seis por debajo de lo habitual en mi caso. Llevo un mes algo enfermo, mi sistema digestivo no funciona y, aunque me encuentro bien, empiezo a estar preocupado. El K2, mientras tanto, continúa mostrándose completamente indiferente a nuestros esfuerzos. Se me antoja bello y eterno, como el año anterior, como siempre.

A menudo me reprochan, en las charlas y conferencias: “Sí, todo muy bonito y muy poético y tal, pero ¿allí nunca sufrís, nunca estáis *jodidos*?” Es curioso observar cómo nos olvidamos a menudo de todas las malas experiencias y sólo aquello que nos gusta encuentra sitio en la memoria. Lo cierto es que en nuestra actividad hay momentos de plenitud, de alegría y de puro gozo. Pero no es menos cierto que también escalamos a través de nuestros propios miedos, nuestras dudas, nuestra propia desesperación y frustración.

Aquel que viniera a escalar el K2 pensando que a él no le puede pasar nada sería el más grande de los necios. Aquí el miedo alarga la vida, aunque luego cada uno tiene sus maneras de arrinconarlo. La duda también está presente, y nadie puede asegurar que subirá a la cumbre. No importa el tiempo o el dinero invertidos, en esta montaña la última palabra la tiene ella. La frustración me invade a calientes oleadas cuando veo que todos esperan que sean los sherpas y los porteadores de altura pakistaníes quienes equipen la montaña con cuerdas y cuando hasta alpinistas supuestamente de elite dan por sentado que la montaña se equipará con cuerdas fijas hasta la propia cumbre. Quizá sea que los tiempos están cambiando en el K2 pero yo no quiero que cambien. Lo que me desespera es pensar que los tres últimos veranos los he pasado aquí.

Pero luego todo se me pasa, en un instante, cuando asoma una estrella por la noche, o cuando veo la cima envuelta en nubes y misterio, con ese velo de inaccesibilidad que puede acabar con la paciencia del hombre más valiente y dispuesto. Son días de luces y sombras, oscuras sombras que ciertamente endurecen mi piel poco a poco.

Intuyo que la lucha será dura, pero eso ya me lo imaginaba, claro. ¿Y si este año se escapa de nuevo? Entonces tendremos que escalarlo por las escarpadas sendas de la imaginación, por los abismos del alma, por esos lugares por los que el espíritu de un hombre

de aventura transita mucho antes de que lo hagan sus pasos.

....

Estábamos dispuestos, como hace un par de meses en el Makalu, a aprovechar nuestra buena forma física y aclimatación y efectuar una escalada rápida y limpia, que nos dejara de vuelta en casa antes de que comenzaran los calores y las fiestas. Pero el K2 empieza otra vez a expresarse como suele, huraño y tosco, acabando con la paciencia del más pintado. Lleva dos semanas sin hacer bueno, aunque no hace malo del todo. Hay quien ha recogido sus trastos ya y ha puesto tierra de por medio, caso de nuestro amigo alemán Peter Guggemos, harto ya de someterse a los caprichos inanimados de este monstruo de montaña. Los de la expedición andaluza le llaman *El bischo*.

Alex no parece estar muy motivado, al menos no por mi compañía. Se pasa los días y las noches en el campo de los madrileños. Será Jorge Palacios, uno de los miembros de esa expedición, el que me revele que Alex y él han planeado escalar por el espolón SSE, la llamada ruta *Cesen* o *Vasca*, intentando huir del espolón de los Abruzzos, donde se concentran la mayoría de expediciones. Jorge me invita a unirme a ellos. Alex, que originalmente era mi compañero de escalada, no ha sido lo suficientemente maduro para decírmelo en persona. No le doy mucha importancia, con toda la gente que hay por aquí nadie está solo. Creo que se equivocan con su táctica, si lo que quieren es subir a la cumbre, porque en la ruta que han escogido hay mucha nieve acumulada. Las posibilidades de subir a la cumbre por allí son casi nulas, y el riesgo de avalanchas exagerado. Pero les dejo hacer, no me gusta juzgar o dar consejos no solicitados. Pronto la fisura entre Alex y yo es evidente, aunque por mi parte sé de sobra que soy bienvenido entre muchas otras de las cordadas que se aprestan a escalar.

El estado mental necesario para escalar el K2 es un poco especial, y necesita de horas de navegación a través de las zonas más alejadas y recónditas de tu propia personalidad. Requiere un compromiso que es vital y serio como pocos, si damos por supuestas todas las cualidades físicas y técnicas. He recibido un montón de llamadas telefónicas y correos electrónicos (ya nadie escribe cartas), que intentan animarme y sacarme de mi inexistente depresión, lo cual no deja de ser una curiosa posición. En cualquier caso se agradecen los ánimos, por supuesto.

Extraño mucho a mis amigos de Kazajistán, con quienes compartí expedición el año pasado. No son los escaladores más ágiles o pintureros del mundo, ni desde luego los que más medios tienen a su disposición, pero si ellos hubieran estado aquí este año habríamos subido ya un par de veces al K2, puesto que el tiempo no está siendo tan malo como los dos últimos años. Ellos tienen la cualidad más necesaria en esta situación: un fiero deseo de subir que les quema por dentro y que no conoce barreras, además de que algunos de ellos comen mejor aquí que en sus casas, cosa que parece imposible para un alpinista occidental. Bien es cierto que debido a esta salvaje pasión resultan a veces un poco *peligrosillos*. Por el contrario, por el campo base estos días se ven muchos casos de gente que se ha gastado ya toda la pasión y toda la imaginación en otras facetas de su vida, y que está aquí por otras muchas razones, quizá legítimas, pero no tan bellas. De hecho hay quien empieza a estar seriamente preocupado porque se acaba la mayonesa o el jamón, por ejemplo, lo cual no deja de resultarme ridículo.

El pasado día ocho de julio, aprovechando que es jueves, recorro en ocho horas el camino que separa el campo base, a 4.900, y los 7.200 metros, cerca ya del campo III. No recuerdo verme jamás en una condición física tan buena, así que retorno al base a recuperar. Mi diarrea no ha cedido del todo, de todas formas. Para mi fortuna, encuentro en el campo base a un médico italiano llamado Leonardo Pagani, que fue uno de los que me trató tras mi accidente en el año 1994. Coincidencias, él se encuentra ahora trabajando para la gran expedición italiana que celebra el cincuentenario tirándolo todo por la ventana. Leonardo diagnostica mi problema como “giardiasis amebiana” y me receta un medicamento potente, metronidazol, que acabará con los parásitos en cuestión de un par de días. Lo que no sabía yo entonces es que casi me cuesta el ascenso al K2. El tiempo, por otra parte, continúa detestable.

Las fuerzas y el deseo crecen poco a poco en el corazón de un lobo solitario. Así me siento yo, mientras me doy cuenta que el deseo quiere ser vivido, con una fuerza que amenaza con llevárselo todo por delante. Dijo el poeta: “Dormimos para descansar, luchamos mejor tras ser burlados”. Yo ya he dormido bastante, aquí mismo me han burlado incluso más de una vez, me declaro pues listo para la lucha.

....

Retorno al campo base tras pasar cinco días abajo, recuperándome y respirando el aire rico de los valles.

En cuanto desciendes mil metros por debajo del nivel del campo base comprendes por qué lloramos al nacer y por qué el simple acto de respirar es algo de lo que no podemos prescindir en ningún momento de nuestras vidas, aunque normalmente no seamos ni siquiera concientes de ello. Cuando bajas de los cuatro mil metros de altura después de una prolongada estancia por encima (yo llevo cuatro meses...) notas como te pica la nariz debido al *exceso* de oxígeno, sientes cómo vuelves a asimilar la comida, cómo el sueño es de veras reparador, cómo tu cabello y tus uñas vuelven a crecer. Es el retorno a lo más básico de la vida, a los olores y colores diferentes. El simple hecho de ver hierba y flores, y poder olerlas, hace que se dibuje una gran sonrisa en nuestra cara. Después de unos días las fuerzas retornan poco a poco a las piernas, y también la cabeza hace acopio de nuevas energías.

Al llegar de vuelta al campo base, sin embargo, la sorpresa será mayúscula al ver cómo ha degenerado el ambiente durante la última semana. Encuentro a casi todo el mundo decididamente bajo de moral, quizá porque los pronósticos del tiempo han sido contradictorios durante el tiempo que yo he pasado fuera, y eso es demasiado a estas alturas de la jugada. Mucha gente ha subido a los primeros campos de altura, con la idea más de recoger el material que de realizar un intento serio de escalada.

Las condiciones de la montaña son malas, y el tiempo cuando menos incierto, pero no nos resignamos a irnos otra vez con las manos vacías. No me refiero a hacer cumbre o no, porque creo que es más importante *ser* que *tener*, y lo que vivimos durante el camino es más importante que la meta, esa cima que se aleja un año más. No se trata de subir a cualquier precio ni de cualquier modo, pero por lo menos quiero darle al K2 con fuerza, sentirme vacío otra vez, algo que el clima y las circunstancias no nos han dejado hacer en los últimos años. Lo único que queremos es subir otra vez allí arriba, donde el aire es tan fino que corta, donde cada paso cuesta kilos de voluntad y arrobas de imaginación, allí donde ni el sol más hermoso calienta.

El tratamiento contra mis parásitos intestinales dura tres días, y finaliza a la vez que el mal tiempo, el viernes día 23 de julio. Cuando al día siguiente amanece un día fantástico, sin que nadie lo hubiera predicho así, comprendo que ha llegado el momento de darlo todo por esta montaña que se metió en mi vida hace ya diez años y que todavía está ahí. Salgo deprisa, decidido a alcanzar a los grupos de TVE y a los italianos que están subiendo al campo III, pero a 7.100 metros, tras escalar durante siete horas con las manos completamente heladas, tengo que darme la vuelta y regresar al base, labor que me lleva otras tres horas. No puedo subir así al K2, no al precio de mis dedos. Paso llorando delante de la tienda comedor de los de TVE y Sebastián Álvaro, el director, me ofrece su ayuda si la necesito. Después, los médicos me explican que es posible que mi problema de frío en las manos sea consecuencia directa de las medicinas, ya que nunca me había pasado nada semejante. Pero veo que ni ellos mismos lo saben con certeza.

Mientras baño mis dedos medio helados en agua templada creo que todo ha terminado, y que me toca irme a casa. El domingo 25 amanece otro día brillante, y mientras todos tiran para arriba, yo comienzo a empaquetar. Pero un demonio sensible e inteligente me visita mientras recojo mis cosas, y me dice al oído que todavía me quedan balas en la cartuchera, mientras miro de soslayo a esa montaña que tanto deseo.

Pienso: “Iñaki, *mi chico*, esto es el K2. Aquí se viene a sufrir y, si se te hielan las manos, pues te jodes”.

Mi cabeza y mi corazón se unen y me vuelven a sugerir que hay que ir para arriba. Ya lo decía el mítico escalador inglés Don Whillans: “siempre arriba y abajo, como una noche de bodas”.

Yo obedezco y salgo como un obús, disparado y concentrado en la escalada más importante de mi vida. Incluso me he puesto calzoncillos limpios, por lo que pueda pasar, siguiendo la vieja recomendación de otro legendario, Peter Boardman. Hago cordada con un alpinista rumano, Horia Colibasanu, que no tiene mucha experiencia pero es entusiasta y decidido, además de muy fuerte. Enseguida me percato de que estoy en una gran forma, a pesar de no haber descansado más que un día en los últimos diez. Comprendo que gracias al trabajo que han hecho otros, y que de veras me hubiera gustado hacer a mí, las posibilidades son altas. El martes 27, camino del campo IV, me cruzo con los nueve primeros que

descienden de la cumbre, los primeros en hollar el K2 tras tres años sin ascensos. Felicito a mi amigo Mikel Zabalza por este gran éxito, y les agradezco la huella trazada. Mikel me asegura que voy a subir, él lo tiene claro. Observo el terrible estado en el que baja Juanito Oiarzábal, con la ayuda de oxígeno artificial y de otros alpinistas, como Ferrán Latorre y Juan Vallejo. Me dicen que se ha congelado los dedos de los pies, lo cierto es que se le ve en las últimas. Pregunto a Vallejo si necesitan mi ayuda, y el alavés me dice que no, que tire para arriba.

Me pregunto si el tiempo aguantará un día más. Una delgada línea de nubes se acerca muy lentamente por el horizonte y me tiene obsesionado. Sería cruel si pierdo mi última oportunidad, después de tantos años de espera. Pero me esfuerzo en controlar la ansiedad, y también he de frenar mi ritmo a propósito, con el objetivo de reservar energías. Horia y yo nos hemos saltado los campos I y III, así que intentaremos escalar el K2 en sólo tres días.

Me instalo en el campo IV (7.780 m.), bebo todo lo que puedo, y me acomodo para pasar la tarde en la gran tienda que han dejado abandonada los italianos. Gracias a que me han avisado he podido dejar la que yo acarreaba en el campo III, y ahorrar así fuerzas.

Salgo a la fría y oscura noche, una vez más. Ha llegado, por fin, la hora de la verdad. Mientras ajusto mis crampones a las botas, miro al cielo como un animal, desconfiado. A las 12:50 me pongo en marcha y como un poseso empiezo a adelantar a bastantes escaladores que han salido antes que yo, y que van respirando oxígeno artificial, gente de cuyas mochilas emana un confortable siseo que les hace estar a una altitud mucho menor de la real. Alguien, todavía no sé quién, se ríe y dice a través de su máscara cuando le adelanto: “Iñaki, *big cabrón*”. Viene bien, lo de saber idiomas. Recorro de noche los lugares míticos, el *hombro*, el *cuello de botella*, la *piedra triangular*. A 8.500 metros de altitud me he de parar durante un rato, para batir mi récord personal de WC. Los últimos cien metros, ya de día, me empiezan a costar trabajo, pero pasan pronto.

Recorro llorando como un niño los últimos metros de arista cimera. Arriba me acuclillo en la nieve y lloro y lloro sin parar, la primera vez que ello me sucede en una cima de ocho mil metros. Son lágrimas acumuladas durante años de espera, son lágrimas de alegría, y de dolor también al observar la cara norte, el lugar donde murió mi amigo *Atxo* Apellaniz hace ahora diez años, y donde yo debí quizá morir. Son lágrimas de amor y catarsis.

Son las lágrimas del K2, el lugar más bello del mundo.

....

En la cumbre del K2 el tiempo se disuelve y deja de ser una referencia. Después de varios ataques de llanto, consigo serenarme y realizar todas las tareas que conlleva el pisar una cima de esta envergadura. Unas docenas de fotos más tarde puedo llamar por teléfono a casa, y despertarles a las tantas de la madrugada para darles la feliz y supongo inquietante noticia de que soy el ser humano que está a más altura. Bromeo con mi madre cuando ella no sabe todavía que estoy arriba:

—Mamá, que no puedo subir más...

—Ay, *bonito*, pues entonces bájate enseguida...

—Que no, hombre, ¡que estoy en la cima!

Después le dejo el teléfono a un amigo suizo que está aquí trabajando como guía, Mishu Wirth, que me dice que quiere llamar a su mujer, a su casa. Lo hace, pero nadie responde. Le digo a Mishu que tiene el tema fatal, porque en Suiza son también las cuatro de la mañana. Se queda preocupado por un instante, hasta que capta mi ironía y se ríe a carcajadas. Después hablo también con mi amigo Jorge, que pronto se irá a pasear por la calle, debido a los nervios. Todos me animan a bajar con cuidado. En el punto más alto sopla un frío viento del oeste, así que me refugio a sotavento para realizar todas estas labores. El paisaje es infinito y eterno, más parece un cuadro o una foto, y todavía estamos muy lejos de darnos cuenta de lo conseguido.

Arriba he coincidido con mi amigo Carlos Soria, que a sus sesenta y cinco años se ha convertido, oxígeno artificial mediante, en el hombre de más edad en coronar el K2. Después llegan un par de pakistaníes, todos ellos también con oxígeno. Veo que se mueven con un poco más de soltura que yo, pero aparte de eso me siento bien, y puedo pensar con claridad en este punto que roza la estratosfera. Decido esperar a Horia, el dentista de Timisoara de veintisiete años de edad que se ha convertido por azar en mi compañero de escalada. Es un chico sensible y muy inteligente, y se convierte en el primero de su país en pisar la cumbre. Se le ha caído su piolet durante la noche y al final sube con uno prestado. Cuando llega arriba parece despistado por un momento, no tiene experiencia en montañas de ocho mil metros,

pero está de verdad feliz y exultante.

Después de pasar casi una hora en la cima, me percato de que el K2 no ha dicho aún su última palabra. Las nubes comienzan a envolver a toda velocidad las partes bajas de la montaña, y ahora empieza una carrera por la vida que es fácil perder. El tiempo está cambiando radicalmente y en minutos, sin avisar, como en la peor pesadilla de alguien que escale esta terrible montaña. Comienzo un descenso a la carrera, sé que si las nubes cubren el hombro no tendremos opción de localizar el campo IV en la tormenta. Me cruzo con Vladimir Suviga, el fortísimo kazajo que todavía ascenderá en la tormenta. Más abajo viene Alexandre Gubaiev, de Kirguizistán, que me cuenta que se siente muy bien a 8.400. Será la última vez que le vea con vida.

En el *cuello de botella* me desentiendo de las famosas cuerdas fijas y destrepo sin tocarlas para evitar el tapón que forman algunos escaladores. Pero a las 10:30 de la mañana, ya en el hombro, las nubes y la nevada nos envuelven.

Pronto no se ve nada.

Todos nos extraviamos por completo, algunos juntos y otros por separado. Al principio yo estoy solo, pero luego veo mi destino unido al de Mingma, el sherpa de los andaluces. Me asegura que él sabe donde está el campo IV, aunque pronto descubro que, como yo, no tiene ni idea. Ambos nos ponemos nerviosos, y él, llorando, me dirá que “no quiere morir”. Son las otras lágrimas del K2.

La involuntaria odisea durará casi dos horas. He de realizar tres intentos antes de localizar las tiendas, que se encuentran de hecho más abajo que el hombro, protegidas y escondidas detrás del último serac. Bajo y vuelvo a subir en dos ocasiones sin dar con la salida de este laberinto, pero a la tercera la cosa funciona. Seremos dos alpinistas muy aliviados los que lleguemos tambaleándonos a esas pequeñas tiendas que nos refugian y salvan en las próximas horas de vendaval. Espero hasta que Horia regresa de la cumbre e intento convencerle de que siga bajando, pero el rumano me dice que no tiene fuerzas y se queda aquí. Le dejo mi hornillo para que pueda derretir nieve e hidratarse. Por la tarde, ya que todavía es pronto, desciendo hasta el campo III, obsesionado con perder altura cuanto antes. Allí paso la noche más dura de mi vida, seco como una pasa y sin agua, ya que no tengo cocinilla ni gas.

Al día siguiente, tras luchar como pocas veces en la tormenta que no da tregua, llegaré agotado al base, caminando en soledad. ¿Es ésta la misma tormenta eterna que lleva años persiguiéndome? Quizá sea así, pero sus vientos y sus nieves ya no me pueden rozar, mi cuerpo a salvo en la morrena glaciar.

Percibo que mi espíritu se halla en paz, pleno de energías, y también que mi cuerpo está roto por el esfuerzo. Ambos vienen juntos, vagabundeando por el callejón de los sueños rotos.

Dejo la mochila en el suelo y me doy cuenta entonces de que puedo seguir con mi vida. El té con leche quema mi garganta, y me conforta.

EPÍLOGO

El ladrón de sueños

El K2 me acababa de mostrar, por unos instantes breves pero llenos de sentido, su secreto más celosamente guardado; la belleza de una cumbre única que justifica por sí misma la carrera como alpinista de cualquiera. Ni el tipo con la piel más dura del mundo sigue siendo la misma persona después de haber pisado la cima. Y yo tampoco. En la cumbre pude mirar en mi interior como quien lo hace a través de un cristal recién lavado. Me convertí en un hombre transparente, ingrávido y pleno, aunque la sensación duró poco.

La bajada fue trágica, como sucede con demasiada frecuencia en el gigante pakistaní. La tormenta que nos sacudió con inusitada rapidez y violencia en la zona somital se iba a cobrar la vida de tres personas, que no supieron o pudieron escapar a tiempo. Parecía el guión de una película mala. Hubieran sido aún más las víctimas, de hecho, de no mediar la tecnología moderna en forma de aparatos de posicionamiento por satélite, GPS, que permiten orientarse en condiciones de baja o nula visibilidad, como era el caso. Me crucé con dos de las tres personas que desaparecieron en mi propia bajada de la cumbre. El primero de ellos, el escalador de Kyrgizistán Alexandre Gubaiev, subía quizá algo lento pero estaba animado y optimista, en buenas condiciones. Era un tipo alto y simpático, obviamente con mucha experiencia. Contrariamente a lo que se dijo después en Internet y a pesar de las nubes que ya nos envolvían, no le insté en ningún momento a que se diera la vuelta. Sí que lo hice con el segundo de los desaparecidos, un iraní llamado Davoud Khadem. A éste le conocía hace ya algunos años, era un amigo. Se veía a las claras, por su extrema lentitud, que le estaba costando muchísimo subir. Yo le había adelantado durante la noche cerca ya de los mágicos 8.000 metros y, tras las muchas horas transcurridas, él ni siquiera había subido cien metros de desnivel, apenas hasta los 8.100 metros en los que se hallaba, a pesar de que respiraba oxígeno embotellado. Temiendo meterme donde nadie me llamaba, le pedí por favor que se diera la vuelta pero él, agotado, me miró y me dijo: “Quiero subir”. Davoud hablaba bastante español, ya que su mujer era sudamericana. Al tercero, un ruso veterano llamado Sergei Sokolov, ni siquiera llegué a verle.

Cuando al fin pude alcanzar la base de la montaña, las piedras cualesquiera del glaciar me parecieron más bellas que nunca. Comprendí que me había librado de las garras del K2, de la tenaza apretada por mis propios deseos y pasiones. Esta montaña, que se había quedado a vivir dentro de mí hacía ya unos cuantos años, también se había convertido en el mejor de mis maestros. He pasado a sus pies el equivalente a ocho meses, día tras día, en el transcurso de cuatro expediciones, y doy por bueno cada uno de los minutos allí transcurridos. En ninguna escuela, colegio o universidad me enseñaron jamás cosas ni siquiera parecidas a las que aprendí entre sus nieves y rocas. El K2 me había mostrado, ahora quizá por última vez, el valor real de la vida, y que ésta no significa nada sin la muerte. Esa montaña había alejado de mí, de una vez y para siempre, el letargo en el que nos sume nuestro cotidiano y rutinario estado del bienestar, término que, creo, sólo se refiere a las cosas materiales y para nada a las del espíritu.

Gracias al K2, y a las demás montañas de Asia, pude escapar de las garras de una vida acomodada y burguesa, que no es poco.

Acababa de aprender, además, que si me armaba de paciencia y estaba dispuesto a esforzarme por lo que quería, gastando generosamente sudor y lágrimas en el proceso, a la postre podría subir a la cumbre en condiciones o *fracasar* con dignidad, al menos. Al bajar en la tormenta había comprendido que de nada sirve sólo subir, ya que la cima apenas sí es la mitad del camino. “Como nadar hasta la mitad del mar”, que dice mi amigo Ed Viesturs. Sin humildad, allá arriba quizá hubiese pensado que yo era indestructible, fuerte y rápido. Y por

fortuna no es así.

También hubo quien, en los días que siguieron a nuestro ascenso, no supo vivir sin crear confusión, polémica o barullo, aunque fuera para justificarse a sí mismo, o bien para intentar aprovechar la marejada y vender más. Siempre hay quien prefiere vivir enredado en una envidia verde. Ellos sacaron de mi interior la más pura compasión, y ni siquiera estuve tentado de enlodarme en sus charcas. En sus corazones, algo roñosos ya, parecen no comprender, como dicen los guerreros japoneses, que la mejor victoria es vencer sin pelear.

Los alpinistas no somos idiotas. O por lo menos no somos *completamente* idiotas. No vamos a las montañas a morir. De las montañas emana una energía que nosotros absorbemos, que nos llena, nos ilumina, que acaso exorciza nuestros demonios y nos redime. Que nos mueve, al fin y al cabo. Y el K2 posee esa energía en cantidades industriales, de modo que muchos hemos estado dispuestos al trato sin pensar mucho en el precio. Y según creo así seguirá siendo.

El hombre, yo mismo, que se acerca a su base dispuesto a darlo todo es un tipo ahíto de los lujos de nuestra moderna sociedad occidental, descansado y nutrido físicamente hasta límites insospechados. El hombre que se aleja de la montaña un par de meses después, con la cima en el bolsillo o sin ella, será un tipo destruido físicamente, pero con el alma cargada hasta los topes de esa energía que el K2, un simple montón de piedras, tan generosamente nos regala. Por ello le estoy agradecido, lo mismo que a las decenas de personas que me han apoyado siempre durante todos estos años, haciendo posible mi lucha.

Creo que ese hombre ha nacido para soñar y para luchar. Porque los sueños, sobre todo algunos de ellos, no se rinden fácilmente.

Pero yo tampoco.

....

No pasó mucho tiempo hasta que volví a sentarme a la sombra del K2. Fue un mediodía de agosto, justo un año después, mientras trabajaba como guía de *trekking.* “Esta puta sombra del K2 es alargada”, pensé, “aún me ha de perseguir durante el resto de mi vida”.

Las placas de metal del Memorial Gilkey tintinean al compás del aire; es un sonido rítmico, como una letanía, que hace que cualquiera allí presente enmudezca por completo, a menos que sea estúpido sin remedio. Situado apenas a media hora de paseo del campo base, en el Memorial Gilkey se encuentran los recordatorios y, en ocasiones, los huesos enterrados de quienes terminaron sus días en el K2. Ahora sus espíritus moran entre estas piedras. Pronto me hallo sentado junto a la tumba de mi amigo Manel de la Matta, de quien me despedí con alegría y esperanza el año pasado, sin siquiera intuir que jamás volveríamos a vernos. Unos lagrimones gruesos y descarados corren por mis mejillas mientras leo los hermosos versos que acompañan a Manel en su descanso eterno. Este lugar es sagrado, ésta es sin duda la tumba más bella posible.

Cada bocanada de aire duele, porque te recuerda que estás vivo.

No sentí su llegada, pero ella se acercó sin dudarlo demasiado hasta donde yo estaba y puso su mano en mi hombro. Suavemente. Me sentí confortado al instante, porque detrás de la mano venía el alma. Le miré. Sin duda era la mujer más bella que hubiera visto nunca. En sus ojos se reflejaba la luz del glaciar, las luces de todos los glaciares. Ni todas las montañas que se divisaban, cientos de ellas, eran comparables a lo que su presencia emanaba. Corinne había entendido mi desgarro interior, y generosamente lo había hecho suyo.

Me hubiera gustado tener parte del coraje que derroché en escalar el K2 para tomar su mano, pero no tuve valor. Sólo pude preguntar:

—¿Sientes lo mismo que yo?

Me había enamorado. El K2 acababa de hacerme el último regalo, uno preñado de sentimientos, y de vida. Miré a la cima, pero allí arriba sólo había aire y nubes. Después de la quimera ya no quedaba nada.

....

En aquella cumbre que ahora parecía tan lejana todos mis huecos habían sido llenados. Allí me sentí ciertamente como un intruso en un mundo que no era el mío, igual que un ladrón con el saco lleno. Como un niño pillado en falta, temeroso del resultado de su *hazaña*, pero orgulloso de haber sido capaz de planteársela.

Ahora, tras la visita al memorial, dirijo mis pasos por última vez hacia el campo base. Por primera vez y tras muchos meses soy consciente de que he subido al K2. Me invade, además de la alegría más profunda, también la mala conciencia del que se ha apropiado de algo que

no es suyo. Un montón de preguntas sin respuesta rondan por mi cabeza.

¿Llegará algún día el castigo a tal travesura?

¿Qué va a pasar con mis sueños, ahora que uno tan grande ha saltado en mil pedazos, hecho añicos? ¿Encontraré pronto un sustituto? Lo dudo, por un instante.

¿Dónde están todos mis amigos?

¿Qué fue de los que se quedaron? Me acuerdo de Aritz y de Myriam, de Xabi y Anatoli, de David, de *Atxo* y Manolo, de Ray y Rod, de Sher Ajman, de Rafa y también de Pepe Rayo, del otro Xabi, de *Slava,* de Christine y Charlie, de Nima Dorje y de Sarki... Me gustaría contarles lo del K2, mientras escalamos un rato, o sentados delante de un café.

¿Por qué todas las nubes llegaron justo cuando estábamos arriba? ¿Acaso querían esconder nuestra vanidad, ocultar nuestros deseos, ponerle un velo a nuestra felicidad?

¿A dónde se lleva el aire toda esa nieve, tras soplar y soplar? ¿De dónde la trae?

¿Sabré salir siempre de laberintos como éste?

Me temo que, como dije en el comienzo, no tengo respuesta para todas estas cuestiones. Miro al K2 por última vez y le doy las gracias. Espero que sepa que he comprendido sus lecciones y que intento ser un alumno aplicado. A lo lejos se divisan ya las tiendas del campo base. Estoy cansado y tengo sed, quiero llegar a mi refugio, quiero tener calor. Creo que todo ha terminado de nuevo.

Te sigo queriendo, K2. Te quiero para siempre, mi Himalaya.

El cielo sobre mí no aparece ya plano, ni siquiera azul. En los abismos cósmicos de ese cielo negro me he visto perdido de nuevo, y sin embargo he ido encontrando cosas que ni siquiera sabía que existiesen.

¿Por cuánto tiempo seré nómada?

¿Llegarán algún día hasta mí las respuestas catárticas? Lo dudo, pero creo que mientras tanto sólo puedo seguir buscando, por si acaso, bajo los cielos infinitos de Asia.

agradecimientos

Me resulta imposible agradecer su ayuda, amor, comprensión, paciencia y apoyo a todos y cada uno de quienes lo merecen. Son tantos, y tan buenos. Aun a riesgo de omitir u olvidar a personas importantes, ahí van mis más sinceras gracias a todos vosotros:

A mis padres y hermanos, y también Silvia, Chus, Laura, Lidia, Martín.

Jorge Nagore y David Marañón, por su amistad sin límites.

Jorge Egocheaga, por ser mi hermano.

A mis amigos: Patxi Viguria, Óscar Fernandez, José Martín Lizarraga, Koldo Arnanz, Hely Pérez Seguín, Mikel y Ángel Zabalza, Peter Guggemos, Ignacio Barrio, Horia Colibasanu, Carlos Pauner, Mila Sotés.

Óscar Gogorza, y a los amigos de la revista *CampoBase*.

A Cristina Orofino por su corazón de oro, y a toda su familia, con quienes estoy en deuda.

A Koldo Aldaz, y también a Pasang Sherpa.

Ursula Klein, por el cariño.

A mis compañeros de expedición, especialmente: Juan Tomás, José Carlos Tamayo, Juanjo San Sebastián, Mikel Zabalza, Simone Moro, Julián Beraza, Antonio Aquerreta, Carlos Pauner, Gerlinde Kaltenbrunner, Joby Ogwyn, Nives Meroi, Romano Benet, Denis Urubko, Mikel Repáraz, Pitxi Egillor, Patxi Fernández, Pedro Tous, Horia Colibasanu, todo el grupo del Cho Oyu 2004, José Mari Oñate, Ferrán Latorre, Carlos Soria, Txetxu Lete, Iñaki Kampión. Me inspiráis cada día, y me alegro de que nuestros caminos se hayan cruzado.

A todos mis compañeros de entrenamientos, en diferentes actividades y diferentes épocas; Ángel Zabalza, Andoni Areizaga, Jon Astigarraga, Mario Lavín, Marino Mateos, Adrián Legarra.

Henry Todd y toda su tropa.

A mis ex clientes, ahora amigos; Bob Jen, Tom y Ben Clowes.

Mis amigos nepalíes, Mingma Dorji y Temba Sherpa.

Nima Nuru y la gente de *Cho Oyu Trekking*.

Ringi Nurbu y *Sea to Summit Trekking*.

Ashraf Aman y mis amigos de *Adventure Tours Pakistan*.

A Tashi, Pema y todos los de mi casa en Kathmandu, el Hotel Thamel.

Mis patrocinadores, Lorpen y *Diario de Navarra*, y todos los que allí

trabajan, muy especialmente Luis Colina, Eloísa Cristo, Gerardo Ameztoy e Imanol Muñoz, que siempre me han tratado con cariño y comprensión más allá de cualquier profesionalidad.

Ana Gutiérrez y Ana Montero, por las eficaces correcciones, y por la amistad.

Josetxo Imbuluzqueta, por su amistad y eficacia.

A quienes me equipan, Montura y Tuckland, y los que allí trabajan.

A Roberto Giordani, que con su generosidad dejaría en ridículo a los mecenas del Renacimiento.

Iñaki San Miguel y mis amigos de “Acción Contra el Hambre”, por soñar y pelear.

La gente de “Al filo de lo imposible”, Sebastian Álvaro y Antonio Perezgrueso.

Ángel Olave y Viajes Marfil.

A los médicos que me han tratado y curado en algunas ocasiones, Xabier Garaioa, Paolo Minisini, Leonardo Pagani, y otra vez Jorge Egocheaga.

Jokin Azketa y *Muga*.

Iván Giménez y quienes editaban *Gure Mendiak*.

Javi González y los amigos de Rocópolis.

José Carlos Arróniz, mi *webmaster*.

A Myriam García Pascual y Anatoli Boukreev, por enseñarme el camino.

A los que no están: Xabi Guembe, Aritz Artieda, David Arteaga, José Luis Domeño *Pepe Rayo,* Nima Dorje Tamang, Slava Terzeoul, Jean Cristophe Lafaille, Prem Thapa, Rafa Goñi, Manel de la Matta, Pepe Garcés, Xabi Ansa, Sarki Sherpa, Ricardo Valencia, Kunga Sherpa, Félix Iñurrategi, Rod Richardson, Manolo Álvarez, Ray Brown, Charlie Fowler, Christine Boskoff, Atxo Apellániz.

Se os recuerda a menudo, y sabéis que os echamos de menos.

Y el último de ellos no es ni mucho menos el menos importante, gracias especialmente a Josetxo Aracama, sin cuya ayuda y apoyo *Navarra 8000* no hubiera siquiera nacido.

A todos los que me han seguido y apoyado, y a quienes han asistido a mis charlas.

Y a los que sueñan con montañas, las aman y las cuidan.

A todos, mil gracias.

RESUMEN CRONOLÓGICO

Desde sus primeras escapadas a los Pirineos, Alpes y Andes, Iñaki demostró una enorme pasión por las montañas. Éstas son algunas de las principales que escaló o intentó escalar a lo largo de su vida.

1978: Lakartxela (1.985 metros).

1983: Aneto (3.404 metros).

1986: Alpes, Mont Blanc (1.985 metros).

1988: Yosemite (Estados Unidos). El Capitán.

1990: Kangchenjunga (8.586 metros). Cara norte hasta 8.000.

1992: Everest (8.848 metros). Arista sureste (con oxígeno) hasta 8.500.

1993: Cho Oyu (8.201 metros). Cima el 20 de septiembre.

1994: K2 (8.611 metros). Cara norte hasta 7.200 (accidente).

1995: Shisha Pangma Central (8.008 metros). Cima el 28 de septiembre en menos de 24 horas desde el base.

1996: Gasherbrum I (8.068 metros). Corredor japonés. Cima el 10 de julio.

Gasherbrum II (8.035 metros). Ruta normal. Cima el 29 de julio.

1997: Kangchenjunga (8.586 metros). Cara norte hasta 8.200.

Broad Peak (8.047 metros). Antecima (8.035) el 13 de julio.

Lhotse (8.501 metros). Ruta normal hasta 7.800.

1998: Lhotse (8.501 metros). 20 metros por debajo de la cima en 24 horas.

Gyala Peri (7.163 metros). Cara oeste hasta 5.800.

Aconcagua (6.959 metros). Cima el 31 de diciembre.

1999: Lhotse (8.501 metros). Ruta normal. Cima el 21 de abril.

Everest (8.848 metros). Ruta sureste hasta 8.650.

Manaslu (8.163 metros). Ruta normal hasta 7.000.

2000: Everest (8.848 metros). Arista nordesde hasta 8.500.

Ama Dablam (6.856 metros). Cima como guía el 6 de diciembre.

2001: Everest (8.848 metros). Arista sureste. Cima como guía el 24 de mayo (con oxígeno).

Cho Oyu (8.201 metros). Ruta normal. Cima el 21 de septiembre.

2002: Everest (8.848 metros). Arista nordeste como guía hasta 7.700.

K2 (8.611 metros). Espolón Abruzzos como guía hasta 7.000.

Broad Peak (8.047 metros). Ruta normal como guía hasta 7.800.

Dhaulagiri (8.167 metros). Ruta normal hasta 7.800 metros.

2003: Nanga Parbat (8.125 metros). Ruta Kinshofer. Cima el 20 de junio.

Broad Peak (8.047 metros). Ruta normal. Cima el 15 de julio.

K2 (8.611 metros). Espolón Abruzzos hasta 6.800.

2004: Makalu (8.481 metros). Ruta francesa. Cima el 16 de mayo.

K2 (8.611 metros). Espolón Abruzzos. Cima el 28 de julio.

Cho Oyu (8.201 metros). Ruta normal. Cima el 28 de septiembre.

2005: Shisha Pangma (8.027 metros). Intento invernal en solitario.

Dhaulagiri (8.167 metros). Ruta normal hasta 8.000 metros.

Shisha Pangma (8.027 metros). Cara sur hasta 6.400. Enfermedad.

2006: Manaslu (8.163 metros). Cima el 29 de abril junto con Jorge Egocheaga.

Shisha Pangma (8.027 metros). Cima principal el 3 de octubre. Abre una nueva variante en solitario desde 7.400 metros.

2007: Dhaulagiri (8.167 metros). Cima el 26 de abril junto con Jorge Egocheaga.

2008: El 23 de mayo, Iñaki fallece a 7.400 metros de altitud en la arista este del Annapurna, tras cuatro noches a esa altura aquejado de una grave lesión cerebral sufrida el día 19 tras renunciar a la cima a 100 metros de ésta.

DESPEDIDA

Querido hermano Iñaki

Son las 6.45 de la mañana y me encuentro sentado en medio de un bosque, ese que sube a la cumbre del Monsacro, mi montaña. Un verdor intenso, brillante, asturiano, me abraza mientras la tenue luz del amanecer baña mis ojos cansados. Como todos los días me he levantado a las 5.45 para acudir a mi cita con ella, antes de iniciar una larga jornada laboral... pero hoy no tengo ganas de subir, hoy prefiero sentarme en este rincón que le enseñe a Iñaki hace 5 meses y en el que compartimos risas y esperanzas, deseos y frustraciones, felicidad y horror, en definitiva, vida misma, o como él decía pura vida.

Hablamos de nuestras elecciones. De haber escogido como traje de faena la austeridad, que para nosotros constituye una forma de entender la vida, rechazando el consumismo atroz, los discursos subliminales, las vendetas políticas y sociales. En ocasiones, bastantes, nos han acusado de “cutres” por nuestra forma de vestir, de conducir, de habitar, en definitiva, de vivir, pues, la verdad, es que podríamos hacerlo de otra manera. Aquellos que nos señalan, no entienden que nuestro compromiso se construye con nuestro propio camino, al que no queremos traicionar y no con la sociedad que intenta alienar nuestras esperanzas.

Cuántas cosas inconclusas, e incluso algunas terminadas después de tantos sueños, alegrías y esperanzas. Resulta complicado comprender lo incomprensible, resulta duro aceptar lo inaceptable, pero… lo hemos hecho ya tantas veces. Nuestras vivencias me llegan como estallidos de un mar embravecido, tan agitadas que, en ocasiones, me tumban sobre esa nube existencial a la que nos cuesta tanto asirnos, pero que no queremos abandonar a pesar de los empujones. ¿Quién nos “engañó” para que a ella nos alzásemos, qué o quién agarró nuestro brazo para colocarnos sobre su inestable pero algodonosa base? ¿Realmente hubo alguien o algo más que nuestra “propia” voluntad? Me confesaste que no lo sabes, te confieso que yo tampoco. Pero queremos seguir siendo flexibles al abrazo de una vida real, auténtica, limpia, sin duda no mejor que otras pero sí nuestra.

En nuestra austeridad somos ricos pues necesitamos muy poco para alcanzar cortos pero intensos momentos de felicidad. Como reivindicación de lo escrito guardaré esos pantalones que me regalaste después de confesarme el coste: 2 libras en un mercadillo de Londres…, y con los que por cierto, hicimos cumbre en el Cho Oyu. Así, hemos también escogido unos pantalones cosidos con retazos de silencio. Hicimos muchas risas con esos fantásticos alpinistas que conquistan cumbres (como si las montañas pudiesen ser conquistadas) emborrachados de éxito y honor y son recibidos como héroes por masas analfabetas del saber alpino.

Tu camino de vida, ese que te llevaba a las montañas desnudo de ayudas externas, sólo tú y ellas, ha impedido que llegases al final de tu último sueño. Sin embargo, has sido honrado con tu visión, con tu compromiso, con tu existencia liberándote de las cadenas sociales que continuamente intentaban atraparte… y eso, te hace héroe, pues has sabido resistir hasta el final.

Sí, nuestras botas están repletas de agujeros. A través de ellos intentamos que la vida fluya, evitando corsés, paredes, prejuicios. Si cerramos las manos, solamente podremos recoger un montoncito de arena del desierto; si abrimos nuestro dedos, toda la arena del mismo podrá pasar a través de ellas. Intentamos ser conscientes de que la vida son problemas y sufrimientos, pero también felicidad y amigos, de que no hay cielo sin infierno y viceversa, de que somos seres intrascendentes y por ello, insignificantes entre la inmensidad del cosmos. A través de los agujeros de nuestras botas intentamos escapar de esos

“micromundos” que pretenden endiosarnos en un universo virtual.

Nuestro camino hacia las montañas es nuestro camino de vida. Lugares, personas, vivencias, viajes, se condensan en la construcción de una senda de la que no nos queremos desligar. Quizá ésta termine en las laderas de una montaña, allí dónde los pájaros ya no vuelan, pero donde el aire es tan puro y limpio como las almas que allí habitan. Sabemos que lo peor es sufrido por familia y verdaderos amigos, pero también consideramos que no existe nada más vil que traicionar a aquellos que te quieren. La traición a los demás siempre comienza por la traición a uno mismo y de ahí nuestra lucha por ser fieles a nuestros ideales. Aquellos que habitan en ese lugar sagrado de nuestra alma.

En realidad, considero que has cumplido un ciclo existencial desde el advenimiento de las quimeras, la construcción palpable de sueños reconocidos como irrealizables, el sentimiento de estar inexistente en vida ante la terrible y al mismo tiempo increíble experiencia de la muerte, el renacimiento adherido al empuje de la naturaleza y sus montañas en su más puro estado... ¿Qué sería de nosotros sin el viaje?

Somos aquello que no conocemos pues somos presente que se proyecta de inmediato hacia un futuro incierto, pero resurge ante experiencias nuevas, inexploradas con anterioridad, somos un cúmulo de sensaciones y vivencias pasadas y por pasar, somos un tejido de interrelaciones con la tierra, sus gentes, sus vivencias, sus paisajes, sus montañas. Somos parte del viaje.

Iñaki ya no está aquí en presencia física pero sigue vivo, en ocasiones más que antes, en el alma, corazón y pensamiento de todos aquellos que lo queremos con pasión. Iñaki se ha ganado la inmortalidad a pulso, simplemente (casi nada) por ser como era. La semilla de su luz habita en sus seres queridos y nada ni nadie podrá ya apagarla.

Mucha gente se queda con el Iñaki alpinista, ese que sube a la carrera donde otros no pueden ni tan siquiera respirar. Yo abogo por el Iñaki persona, tan fuerte que ensombrece al escalador y montañero. Ese que da todo el dinero que puede sin preguntarse si queda algo en la recamara pues los demás son primero, ese que abraza a los niños sin preguntarse qué tipo de enfermedades padecen, ese que sueña y pelea por un mundo que sabe imposible, ese que llora y ríe si es que hay que llorar o reír, sin fijarse si hay alguien observando. Cuántas veces bromeamos a cerca de tu carisma; querido hermano, no es tu carisma lo que encandila, sino esa radiante luz que brilla desde cada poro que te rodea.

Seguimos en la brecha; yo, por ahora, en presencia física. Tú en mi energía y en la de todos aquellos que tanto te queremos. Tu libro enseña muchas cosas y las enseñará a todos los que desconocen la verdad oculta de las cosas y creen en la virtualidad del mundo que nos envuelve. Con tus palabras nos enseñas a contemplar y descubrir esos pequeños acontecimientos ocultos en un universo de mundos irreales, esos tesoros que en su apariencia cotidiana y hasta banal, guardan, permiten y recogen maravillosos y volátiles momentos de felicidad con los que la existencia nos premia.

Compartimos viajes, vivencias, amigos y visiones acerca del mundo y sus elementos; nos quedan cosas en el tintero que el infortunio no impedirá realizar. Tú lo sabes y yo también.

Sigo sentado en medio de verdor brillante que me brinda la primavera asturiana. Algo se mueve entre la hojarasca, a unos 20 metros de donde me encuentro. Una preciosa cierva aparece, y tras ella un maravilloso bambi de muy pocos días de edad. La cierva me mira desconfiada, pero el cervatillo se acerca, poco a poco hasta lamerme la mano. No entiendo por qué no se asusta; una lágrima resbala por mi mejilla. Creo que sabe y siente, cómo, aquí, en las montañas, como Iñaki, que yo también alcanzo mi paz.

Jorge Egocheaga

Palabras por Iñaki

No puedo comprender. Ni siquiera esperaba, yo, que pienso millones de veces al día en todas las cosas de la vida, que unos padres, Pilar y yo, pudieran sentir una orfandad tan

honda al perder un hijo.

Era nuestro hijo, claro, y si hubiéramos confesado desde siempre que Iñaki era un tipo admirable, dotado de cualidades destacadas, con la unidad del ramaje de un gran árbol, en su alma, cualquiera podría pensar, harto equivocado, que todos los padres dicen lo mismo de sus vástagos, y hasta lo piensan.

Y eso no es cierto, sería un tópico, es decir, una explicación carente de sentido, una cerveza que sólo fuera espuma.

Porque a un hijo se le quiere, a todos mucho, y a cada uno "al que más", pero la brillantez de espíritu de Iñaki no tenía nada que ver ni con padres ni con hijos; era una armonía poderosa de cualidades, su manera de vivir en lo suyo lo de todos, Iñaki se había convertido para nosotros en algo más que un hijo, como el pasajero mágico que se sienta a tu lado, que todo el vagón le mira con deslumbre, y casi no sabes cuando ha subido ni quién se lo ha llevado.

Precisamente, aunque tantos puedan creer dioses a sus hijos, si el ordenamiento jurídico o la autoridad, no se lo impide, nosotros no caíamos nunca en esa fatuidad optimista.

Por nuestra propia cuenta sólo hubiéramos llegado a tener a Iñaki por el montañero más guapo del mundo, nada más, a su salud.

Fueron los demás, como la gente que hace a los profetas, quienes nos presentaron su valía. Con cada paso Iñaki adquiría grados más altos en la brujería de las expediciones, mucho más densa al fin que su hematocrito, y quizá dentro de un tiempo los meros mortales podamos saber qué resorte feroz de brujería adversa ha desgarrado su vuelo sobre este Annapurna, tan innecesariamente letal.

Iñaki sabía ver desde un solo lado, la otra cara de las montañas desconocidas y de los problemas por conocer. Hablaba a cada cual en el lenguaje que se merecía, y acompasaba con encanto las zonas más arduas de su existencia, las expediciones.

A este padre que habla y a esa madre que llora, nos gustan de arriba abajo los recuerdos que se le dediquen, los álbumes que consigamos y las amistades que se precien de no haber usado su nombre en vano.

Pero su recuerdo ya no es asunto físico ni siquiera patafísico, tiene una esencia propia más allá de lo organizable, de lo referible, de lo sujeto a campañas y montajes. Iñaki es ya metafísica pura, sobrevive más allá de las dificultades y alegrías de la vida. Iñaki dispuso de gracia mística, de la mejor médula humana, por encima de lo opinable y lo informativo.

Que descanse en paz pero no se olvide de cuidarnos un poco a todos.

Iñaki Ochoa de Olza Sanz

*Texto leído por su padre en el homenaje a Iñaki,
"Semana internacional de Mercedilla", Junio 2008

No, no hay nada que yo pueda desear:
Sólo quiero que regreses a mí, intacto,
Desde el otro lado de ese océano solitario.

Bob Dylan

NOTAS

Despertar en primavera

1

Unos años más tarde, y en este mismo pueblo llamado Chirwa, un conocido alpinista vasco que si encontró cerveza y por lo visto había ingerido bastante, una noche se atizó un sonoro guantazo por las escaleras de su albergue, mientras intentaba bajar a expulsar parte de lo ingerido. Los del pueblo aún se ríen cuando lo recuerdan....

En brazos de la diosa madre

1

Nuestra expedición generó una deuda de un millón de pesetas, que aquel gobierno pagó, como subvención, seis meses después de volver a casa a cambio de salir en la foto, puesto que fuimos elegidos “mejor equipo navarro” a finales del año 1.992. Fue la primera y la última vez que yo iba a recibir dinero público.

2

Yo entonces no lo sé, pero en los próximos nueve años pasaré en este lugar más de 150 días, con sus noches...

A mi manera

1

Se peleaba tanto, de hecho, que juraba en arameo. A las retrógradas, estrechas y sin embargo bienpensantes mentes de algunos, ello les parecía motivo de escándalo. Supongo que no habían leído la Biblia...

2

La cuestión de saber a dónde me voy, o a dónde no, con apenas 15 días de antelación iba a sucederme en el futuro en repetidas ocasiones. Es uno de los motivos por los que pienso que es mejor haber nacido aquí que en Alemania, por ejemplo, eso de la flexibilidad...

3

Al regresar a casa apareció en la prensa una noticia basada supuestamente en afirmaciones de los norteamericanos que aseguraban que yo no llegué al punto más alto del “plateau” somital. ¿Como podían saberlo ellos, que si que es seguro que no llegaron, como ellos mismos dijeron? ¿Y qué puede decir un periodista, sentado desde casa? En 2001 y 2004 volví a ascender al Cho Oyu, y en ambas ocasiones pude confirmar que mi ascenso de 1993 alcanzó el punto más alto. En ningún caso al comienzo de la meseta somital, que es donde algunos aspirantes se quedan. En 2004 mi ascenso tuvo lugar en 11 horas y 16 minutos desde el campo base hasta la cumbre. El tramo desde el comienzo de la meseta somital hasta el punto donde se ve el Everest me llevó 25 minutos, con la nieve dura.

Baja o revienta

1

Unos años después una periodista me dijo que nosotros, los escaladores del Himalaya, éramos “auténticos héroes”. Casi me sale una hernia del ataque de risa. Héroes, le dije, son los médicos y enfermeras que estaban en el quirófano el día que operaron a mi madre. Bueno, ese día y todos los demás...

2

Nawang Thile se iba a convertir tres años después, en 1997, en el primer nepalí en subir al K2, por la arista oeste. También ha subido cinco veces al Everest y ocho al Cho Oyu, pero no va por ahí contándoselo a todo el

mundo.

3
Unos años después, en junio de 2005, el periódico británico The Observer preguntó a Hinkes por este incidente. No negó que no me ayudó ni que se marchara hacia arriba. Después aseguró que lo mío no sería tan grave, ya que no me morí... Alan tenía que haber sido futbolista, no es nadie echando balones fuera.

El rey del dolor

1
Suerte no les hizo falta. Fermín, Mikel y Antonio se trajeron para casa una nueva ruta, bautizada “Insumisión”, en la cara noroeste. Julián y Txuma por su parte subieron por la vía eslovena con soltura. Y sólo perdieron 12.000 pesetas de material, que uno de ellos arrojó al vacío en una “pequeña” discusión técnica. Fotos si que trajeron, ya que Antonio salió bastante guapo, dentro de lo que cabe, en la portada del Desnivel...

2
Pensemos por un momento en la piscina en la que un nadador ruso, Vladimir Salnikov, bajó por vez primera para el ser humano de los 15 minutos en los 1.500 metros libres. También puede venir tras él cualquier patán ignorante y orinarse en el mismo lugar... pero no por ello dejará de ser la piscina de Salnikov.

Insumiso en la guerra

1
El movimiento de objeción de conciencia creció y creció hasta convertirse en la así llamada INSUMISIÓN, que acarreó penas de cárcel para muchos de sus miembros. Ello “cantaba” demasiado en un estado tan moderno y democrático, modelo universal de transiciones, en el ocaso del siglo XX. Al final el ejército perdió una batalla más. A mi hermano pequeño ya no le llamaron...

La leyenda del viento

1
Unas semanas más tarde cambiaremos radicalmente nuestra opinión sobre el líder coreano, cuando éste arroje violentamente un piolet a la cabeza de uno de sus sherpas, llamado Sarki, que estaba enfermo y deseaba descender desde el último campo, a casi 8.000 metros. El sherpa bajó, sí, pero llorando y sangrando, y tuvimos que amenazar al coreano para conseguir que se disculpara...

2
Durante mi posterior ascenso a la cumbre principal, en 2003, pude comprobar en mi altímetro que son 12 los metros de diferencia entre ambas cumbres, a favor de la cumbre principal. La travesía desde la cumbre secundaria me llevó 35 minutos.

Lo del Lhotse

1
Usé el aceite hasta que se acabó, y todavía conservo el espejo; en él me miro. El crucifijo se quedó en la cima del Lhotse, algún tiempo después.

Fiasco

1
Sebastián Álvaro me había ofrecido el trabajo de filmar a Carlos Soria, mi admirado alpinista madrileño, en el Cho Oyu. Y además también

había trabajo filmando al grupo que finalmente iba al Polo Norte. Rechacé ambas ofertas para irme con los americanos, y también porque “Al filo…” estaba cambiando y entraba “gente” nueva, a la que prefiero que aguante otro que lo necesite más.

La cara oculta

1

Premio que concede anualmente el Grupo Francés de Alta Montaña, siempre controvertido y polémico. Y en mi opinión, una pura patraña publicitaria.

2

Nima Dorje Tamang murió, acompañado de otras ocho personas (entre ellas el propio Sarki) en un accidente de helicóptero en mayo de 2002. Regresaban del campo base del Makalu, donde habían estado trabajando para una expedición de TVE. Le echo de menos en cada expedición.

El obrero del Himalaya

1

Premio que concede anualmente el Grupo Francés de Alta Montaña, siempre controvertido y polémico. Y en mi opinión, una pura patraña publicitaria.